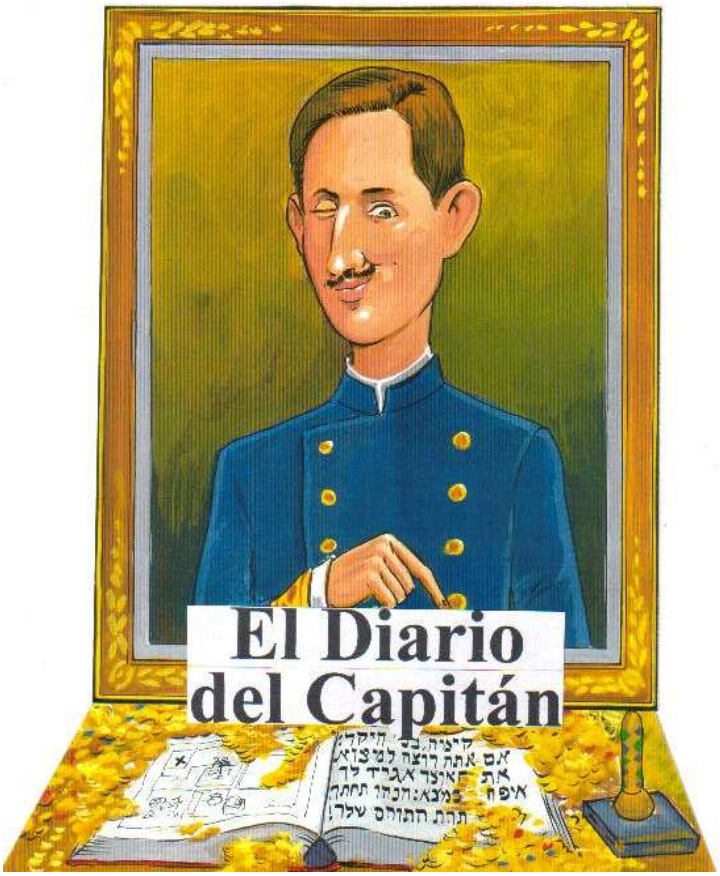
CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

6
SHILICOLOGIA:
EL DIARIO DEL CAPITAN

Por Moisés Chávez



PROLOGO

Shilicología 6: El Diario del Capitán es el sexto volumen de la Serie SHILICOLOGIA de la Biblioteca Inteligente.

La Serie SHILICOLOGIA consta de 17 volúmenes. Señalamos con letras negritas el lugar del presente volumen:

SHILICOLOGIA	1	Historias de infancia
SHILICOLOGIA	2	Aventuras en pañales
SHILICOLOGIA	3	Sueño y realidad
SHILICOLOGIA	4	Los shilicos franchutes
SHILICOLOGIA	5	El Doctor Nelo
SHILICOLOGIA	**6**	**El Diario del Capitán**
SHILICOLOGIA	7	Mitología de Celendín
SHILICOLOGIA	8	Aventuras mitológicas
SHILICOLOGIA	9	Genio y figura
SHILICOLOGIA	10	El Señor Mackay
SHILICOLOGIA	11	El Fuscán
SHILICOLOGIA	12	Los Portugueses del Perú
SHILICOLOGIA	13	Arqueología de Celendín
SHILICOLOGIA	14	Lexicografía de Celendín
SHILICOLOGIA	15	Introducción a la Shilicología
SHILICOLOGIA	16	Loca Odisea-Celendín 2024
SHILICOLOGIA	17	LA BIBLIOTECA INTELIGENTE

* * *

La Serie SHILICOLOGIA intenta rescatar con enfoque antropológico algunas tradiciones de los celendinos —o shilicos— y representa un eslabón más en la producción literaria de nuestra tierra por medio de sus hijos que la añoran. Y si de yapa quieres fotos, todos los shilicos siprallas, las encontrarás en el Volumen Introductorio BIBLIOTECA INTELIGENTE de EL GRAN PBI y de nuestra página web Biblioteca Inteligente. Pero para mayor conveniencia, o como dice la palabra, "para evitarles la fatiga" a los shilicos, lo incluimos también al alcance de sus manos en el volumen final de la presente Serie SHILICOLOGIA.

La secuencia de los volúmenes de la Serie SHILICOLOGIA va desde sencillas historias infantiles hasta su tratamiento sistemático y su análisis antropológico en los últimos volúmenes y de manera especial en el Volumen 15, que lleva por título, *Introducción a la Shilicología*, que si va hacia el final es porque requiere de los fundamentos puestos en los volúmenes que le anteceden.

* * *

La Serie SHILICOLOGIA tiene tres partes bien demarcadas:

1. La primera parte abarca los volúmenes 1-3 que forman una mini serie de historias de infancia, sobre todo de la infancia del autor en Celendín, su ciudad natal.

2. La segunda parte abarca los volúmenes 4-11 e incluye historias de personajes que resaltan en la historia de Celendín:

Los shilicos franchutes enfoca tanto a los shilicos mentecatos que hablan mochando las palabras como en el francés hasta aquellos que enfocaron seriamente sus aspiraciones en las universidades de París y lograron éxito en aquellos años cuando la cultura francesa inundaba el mundo, y aun en el día de hoy. Entre muchos mencionamos al Gral. José del Carmen Marín, al Dr. José Marín Gonzáles, al escritor Alfredo Pita, etc.

El Doctor Nelo rescata algunos recuerdos del Profesor Daniel Quiroz Amayo, que con toda justicia y en el noble sentido de la palabra ha sido designado el "Quijote de Celendín", porque Celendín fue para él su encantadora Dulcinea.

El Diario del Capitán contiene historias que con el tiempo se han ido entretejiendo alrededor de la memoria de mi abuelo, el Capitán Don Zaturnino Chávez Baella, héroe de las campañas de San Juan y Miraflores para la defensa de Lima, la Capital del Perú, en la Guerra del Pacífico.

Mitología de Celendín debe su título, no tanto al enfoque de la antropología cultural, sino a sus historias infantiles relacionadas con el mito o arcilla con que los niños pequeños jugamos a ser Miguel Angel. La historia intitulada "La dimensión del mito" parodia el poema del poeta celendino, Julio Garrido Malaver, "La dimensión de la piedra", con que ganara los Juegos Florales en Trujillo.

Aventuras mitológicas, como el volumen anterior, presenta fantasías del tipo de "Los Rougrats", de los chicos en la edad de jugar con mito.

Genio y figura, presenta con nombres, apellidos y apodos a personajes típicos de la divina comedia shilica, es decir, de la vida sencilla y honesta de nuestro pueblo.

El Señor Mackay soy yo mismo en los días de mi infancia y a lo largo de la vida. Esta obra está estrechamente relacionada con mi obra poética, *Filosofía de la vida*, el Volumen 2 de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS de la Biblioteca Inteligente. ¿Y por qué lo de "Mackay"? Pues porque yo pertenezco a la primera familia de "macayes" de Celendín. Me he apresurado a escribir este libro para evitar desesperadamente que desaparezcan los macayes, como otros clanes típicos de la vida de nuestro pueblo.

El Fuscán, es decir, "El Buscador de Oro", epíteto del Amauta Alfredo Rocha Segarra —Segarra con "s", como él quería, según su hija Betty Esther—, es también el título de mi obra que intenta pintar con acuarelas verbales el polifacético perfil humano y shilico de este querido primo mío.

3. La tercera parte está formada por los volúmenes 12-17 que definen y sistematizan conceptos relacionados con lo que hemos venido a llamar, "Shilicología":

Los Portugueses del Perú es una antología de historias cortas o "tradiciones" relacionadas con la Shilicología, porque la tradición oral en Celendín dice que sus primeros habitantes eran "portugueses" que vinieron del Brasil por las rutas no-rutas de la Amazonía. Este volumen incluye algunas historias cortas de Don Ricardo Palma, entresacadas de su obra, *Tradiciones Peruanas*.

Arqueología de Celendín trata de la Segunda Expedición Arqueológica a Celendín y a las ruinas de La Chocta en Oxamarca, que tuvo lugar en 1973 bajo la dirección de este servidor con los auspicios de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUC). La Primera Expedición tuvo lugar en 1937, bajo la dirección del Dr. Julio C. Tello.

Lexicografía de Celendín sale a la ayuda de nuestros lectores que no están acostumbrados al habla de nuestro pueblo pero exhiben gran apetito por la ciencia de la Shilicología. Es una guía sobre vocablos del español antiguo o del portugués, así como del quechua regional de los Choctamallques que se basa en los apuntes de mi padre, Don Juan Chávez Sánchez, y de mi sobrino predilecto, el Sabio Arquímedes (El Quime). Cuando el lector no entienda algunas de nuestras expresiones shilicas, recurra a esta obra o a las notas de nuestra obra, *El Diario del Capitán*, en cuyo texto los vocablos shilicos están señalados mediante números exponenciales.

Introducción a la Shilicología aglutina y analiza la información de los volúmenes precedentes. En realidad somos los primeros en acceder al concepto de la "Shilicología", si bien ya se haya difundido en otros países, sobre todo en Israel y Francia.

Loca Odisea-Celendín 2024 tiene características distintas de las de los volúmenes anteriores pues introduce a la meta final de un viaje de peregrinación a Celendín, un viaje y un recorrido como el que hacemos todos los shilicos que desde todos los rincones del mundo volvemos a nuestro terruño aunque sea para respirar el aroma de su aire por unas cuantas horas.

Finalmente, el volumen, ***La Biblioteca Inteligente***, no es otra cosa que la reproducción del vasto Volumen Introductorio de nuestra página web Biblioteca Inteligente. Y lo incluimos en la Serie SHILICOLOGIA porque contiene un álbum de fotos con enfoque autobiográfico que se origina en Celendín y para satisfacer el anhelo de los shilicos por conocer la conexión entre la Biblioteca Inteligente con los anhelos de los shilicos.

* * *

Si la lectura de la historias de los volúmenes de la Serie SHILICOLOGIA te abre el apetito, te diré que historias relacionadas con Celendín están regadas a lo largo y a lo ancho de EL GRAN PBI y de la página web Biblioteca Inteligente especialmente en la Serie DIALOGO VITAL y en la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS.

Para profundizar lo que respecta a las historias cortas de la Serie SHILICOLOGIA accede a nuestro programa informático EL GRAN PBI o visita nuestra casa en internet:

www.bibliotecainteligente.com

A continuación te damos la llave para que dentres. Y cuando sales, cierras bien la puerta y dejas la llave sobre el batán, pero bien escondidita debajo del chungo, para que nadie más la encuentre:

www.bibliotecainteligente.com

En cuanto a nuestro programa informático, EL GRAN PBI —Programa Biblioteca Inteligente—, para ser instalado en vuestras computadoras personales e incluso en vuestros teléfonos móviles conectados con WhatsApp consulta a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarcbup@gmail.com

Al mismo email escribe para recibir regularmente *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la California Biblical University of Peru (CBUP) que continuamente publica temas relacionados con la Shilicología.

¡Bienvenido al apasionante mundo de la Shilicología!

Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP

A NICOLAS DIAZ CHAVEZ,
el más tierno de los combatientes
del Batallón "Celendín Nº 1"
que a la edad de 16 años acudió
al llamado del Mariscal Andrés A. Cáceres
y del Capitán Zaturnino Chávez Baella
para dar libertad al Perú.

Tras su entrenamiento en la
Escuela de Clases y Soldados en Ancón,
él actuó como artillero a los 17 años.
Y tras disparar el último cañonazo
y presenciar el fusilamiento de su hermano
Don Inocente Díaz Chávez,
terminó la Batalla de San Juan
y empezó la Batalla de Miraflores.

Porque este libro rescata su memoria,
de él no se volverá a decir que,
"no obstante todo lo que hizo por la Patria,
su vida transcurrió en el total abandono
y ahora vive olvidado en medio
de los sinsabores de la ancianidad".

º º º

Sólo las buenas acciones desinteresadas
construyen el pedestal del recuerdo
y la simpatía a través de los tiempos.

Hagamos lo que nos corresponde
en bien de los demás,
mientras dura nuestro paso fugaz
por la existencia.

(Capitán Zaturnino Chávez Baella.
Citado en su Diario)

Homenaje al Ciudadano Celendino Don Zaturnino Chávez Baella
Capitán del Batallón "Celendín N° 1" de la Guardia Nacional,
por sus actividades patrióticas en las célebres jornadas de
San Juan y Miraflores

El Capitán Don Zaturnino Chávez Baella

C O N T E N I D O

PROLOGO

INTRODUCCION

HISTORIAS CORTAS

1
El Síndrome de Harry Potter
y el descubrimiento del Diario del Capitán
2
El Diario perdido
3
Distantes están los estratos
4
Chorrillos, San Juan y Miraflores
5
La Epopeya del Ultimo Cartucho
6
CELENDIN

7
El Batallón “Celendín Nº 1”
8
La Odisea en el Amazonas
9
Mirando hacia el oriente
10
Bigotes de Saltaperico
11
El catre de la salvación
12
La Fierecilla Indomable
13
La Ojos de Misho
14
Las mulitas de Llanguat
15
El Chilalo
16
Vallecito de Llanguat
17
El Maestro y su Discípulo
18
El Capitán Sembrando
19
El pino que habla
20
Las campanas de la Iglesia Matriz
21
El sello fálico del Capitán
22
El bastón del Capitán
23
Los infieles de Oxamarca
24
Los platillos voladores de Celendín
25
El Caballero de las Muletas
26
El fantasma familiar
27
El empresario de Polvos Azules
28
Hitos genealógicos
29
Un engendro del demonio

30
Los tesoros del Capitán
31
Los Compadres
32
El Duende Mayor
33
Anhelo cumplido
34
El Niño Dios de Pumarume
35
El zoológico del Fujmori
36
En el lugar de los hechos
37
Recuerdos del Doctor Nelo
38
El Soldado del Reducto Nº 5
39
El Juanito del Reducto Nº 2
40
La última batalla
41
Siendo objetivos
42
Los chilenos peruanos
43
Sin Comentarios
44
¡EL DIARIO EXISTE!

APENDICES

1
DOCUMENTOS

2
APENDICE POETICO

3
CELENDIN EN LA NOTICIA
(Artículo del Diario “Expreso”)

4
PERUANOS DEL BICENTENARIO
Recordando al Héroe Celendino
Capitán Zaturnino Chávez Baella

NOTAS Y REFERENCIAS

INTRODUCCION

El presente volumen se basa en una reconstrucción del Diario del Capitán a partir de fragmentos conservados en los archivos de mi señor padre, Don Juan Chávez Sánchez, hijo del Capitán, más el recuento de leyendas y tradiciones populares conservadas por aquellos celendinos que actuaron como la conciencia y la memoria de su pueblo.

El Diario del Capitán realmente existió con el formato de una colección de artículos publicados en el periódico mural, "El Eter" que fundara mi tío-abuelo, el Dr. Moisés Sánchez Pereyra, Sub-Prefecto de Celendín. En dicho diario mi abuelo, el Capitán, tenía una columna con título, "Rasgos de pluma". En ella ocuparon el espacio principal sus memorias respecto de su participación en las batallas de San Juan y Miraflores al lado del Mariscal Don Andrés A. Cáceres, "el Brujo de la Breña", en defensa de la Capital del Perú en los días de la Guerra del Pacífico.

El Diario del Capitán no era un libro o un legajo organizado, sino una caja que contenía escritos, fotos, copias de documentos municipales y notariales e incluso objetos memoriales o *souvenirs* de su campaña de reforestación del territorio de Celendín, así como de su actividad relacionada con la administración de justicia, la educación primaria, la implementación de los servicios sanitarios en la ciudad, etc. Sus actividades relacionadas con la alquimia carecen de todo fundamento, así como su conocimiento secreto respecto de los tesoros enterrados en nuestra ciudad razón por la cual se convirtió en el personaje de numerosas historias de misterio y de evocación de los muertos.

Todas las pistas llevan a suponer que en Diario del Capitán llegó a manos de su heredero, mi padre, y que fue la fuente para una reconstrucción preliminar de la trayectoria militar y ciudadana de mi abuelo hecha por mi padre muchos años después de la muerte del Capitán —mi padre tenía sólo ocho años cuando murió su padre— con la asistencia del Amauta Pedro García El Búho.

En algún momento la caja o el cartapacio documental del Diario del Capitán dejó de estar en manos de mi padre, hecho que le amargó toda su vida.

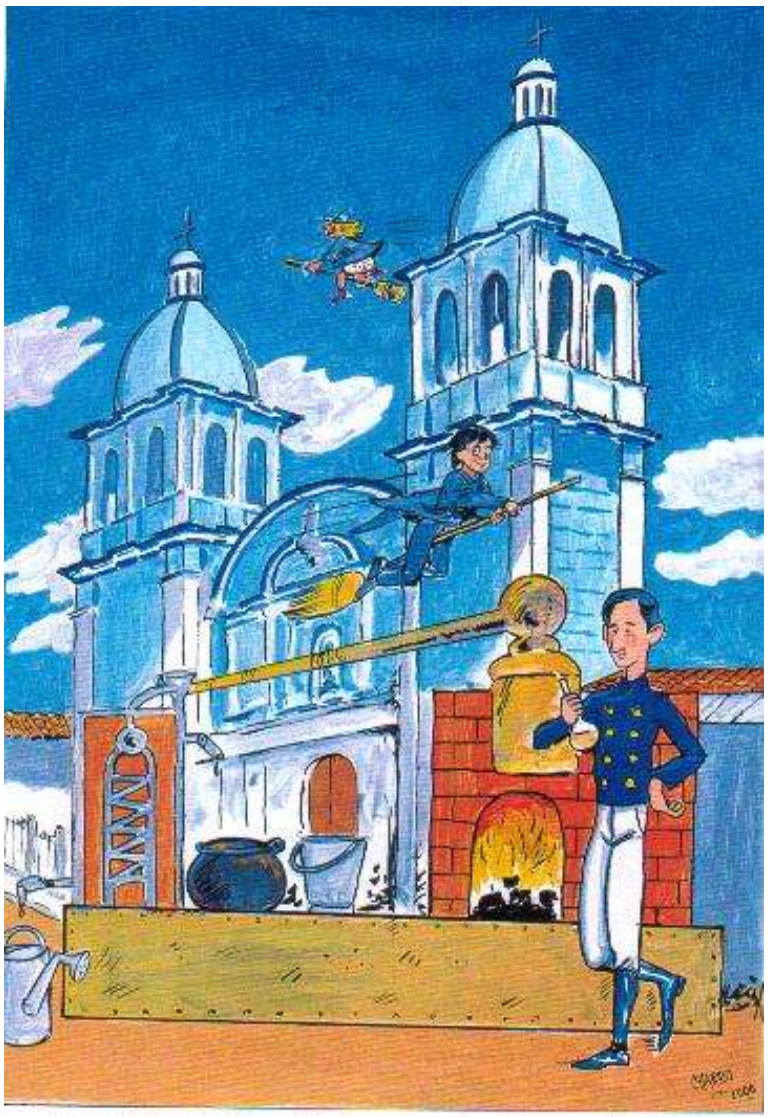
¿Qué es lo que ocurrió?

Realmente nadie lo sabe porque mi padre guardó silencio y nunca reveló su secreto, mi a mí, que quizás fui el único de sus hijos que le hizo preguntas al respecto. De modo que la reconstrucción de los hechos ha sido llevada a cabo a partir de fuentes no originales. Esto no le resta interés al contenido del presente volumen cuyo objetivo ha sido más bien enfocar el impacto de su vida en la vida y en el recuerdo de su pueblo. Todo esto no ha impedido que llevemos a cabo una pesquiza, una investigación de carácter forense y antropológico que bien podría ser la piedra filosofal de reveladores descubrimientos.

En cuanto al formato del presente volumen hemos escogido que cada uno de sus capítulos sea una historia corta, independiente del contenido total del libro y al mismo tiempo entrelazada con su mensaje de respeto, esfuerzo y esperanza que pretende llegar más allá de Celendín y de su gente, al mundo ancho y ajeno.

Dr. Moisés Chávez
Nieto del Capitán

1
EL SINDROME DE HARRY POTTER
Y EL DESCUBRIMIENTO DEL DIARIO DEL CAPITAN



El así llamado "Síndrome de Harry Potter"
en la lejana y misteriosa villa de Celendín

—Dicen que el estreno de la película de "Harry Potter y la Piedra Filosofal" en el Cine Teatro Don Jave causó gran conmoción en Celendín.

—Dicen que desencadenó la búsqueda de entierros y tesoros.

—Dicen que mientras en otros lugares no pasó de ser una super producción dirigida al mercado infantil, en nuestra villa removió actividades tenebrosas que hace mucho tiempo habían perdido credibilidad, como la cartomancia, la nigromancia, la ignorancia. . .

—Dicen que empezaron las peregrinaciones de los infieles a las ruinas de La Chocta y al valle encantado de Llanguat. . .

—Dicen que resurgieron la brujería y el espiritismo, y su parafernalia de naipes, velas, mesitas mágicas, ouijas, humos, escobas voladoras. . .

—Y el agua de Cananga. . .

—Y los siete jarabes del Zarco Dolores. . .

—Y los siete espíritus de Doña Chabu. . .

—Y los experimentos de alquimia que realizara tu abuelo, el Capitán, a vista y paciencia de *tuti li mundi*, ¿di?

Estas aprensiones difundió Radio "La Tuya", la emisora de mayor sintonía en la ciudad de Celendín.

* * *

—Se dice que después de retornar de la guerra, el Capitán Don Zaturnino Chávez Baella se dedicó a la alquimia con un destartalado alambique que él mismo diseñó y armó en su domicilio, en la calle José Gálvez Nº 714. . .

—Se dice que descubrió los tesoros arqueológicos de los Choctamallques, de los Chilchos, de los Culli y de los Sefarditas. . .

—Se dice que dio con la Piedra Filosofal. . .[1] —Los números exponenciales indican notas y referencias que se encuentran al final del presente volumen—.

—Todo squestá[2] escrito, y consta exactito en su Diario que escribió antes de morir.

* * *

Tras el estreno de la película de "Harry Potter y la Piedra Filosofal" en la ciudad encantada de Celendín resurgió el protagonismo de los duendes, de los Poltergeists, de los íncubos, de los súcubos, de los cholos *apus*, y de sus asociados los brujos, los astrólogos, los adivinos y otros hermanos sombríos que empezaron a despertarse del letargo para hacer de río revuelto ganancia de pescadores.

El revuelo que se produjo fue sindicado por los periodistas de Lima como "el Síndrome de Harry Potter". Los cañaverales del vecino valle de Llanguat y los carrizales del río La Llanga se convirtieron en destino sacrosanto de peregrinaciones nuevaeristas, nashacas[3] o no, allí está el detalle.

Aun ahora, no faltan los que tras una travesía realmente agotadora pernoctan entre las ruinas precolombinas de La Chocta para interactuar con los fantasmas de los infieles de Oxamarca. Y en Llanguat de nuevo se hacen experimentos de alquimia en alambique y atanor.

* * *

El alambique sque[4] fue inventado en la Edad Media por los alquimistas franceses que buscaban la quintaesencia y la Piedra Filosofal. Y lo utilizaron para estraer la esencia de las flores, de las cañas y de las maderas en busca de la panacea de las enfermedades y el elixir de la juventud y la vida eterna. Eso creyeron descubrir destilando el jugo de la caña de azúcar y lo llamaron *eau-de vie*, "agua de la vida".

—Nada más ni nada menos que el "aguardiente", llamado así porque es más frío que el agua fría, pero una vez en tu boca es agua ardiente.

—¿El cañazo? ¿Di?

* * *

La noticia del Síndrome llegó a los celendinos residentes en Trujillo y en la Capital, y no pasó de ser tema de tertulias familiares. Pero como perdurara el fenómeno, los Mulloshingos empezaron a olfatear, como dice la palabra: "Donde esté el cadáver, allí se juntarán los shingos".[5]

Para quien no ha oído hablar de él y de ella, diré que son nietos de Don Amadeo Silva "Mulloshingo". Por razones obvias heredaron el apodo de su padre, que en quechua significa "gallinazo pelirrojo", para diferenciarlo de los shingos comunes y corrientes que son como los curas de antaño de quienes solía decir Don Manuel González Prada que tenían negras la sotana, las uñas y la conciencia.

Por razones de vocación, los Mulloshingos escogieron la carrera del periodismo de investigación, y como buenos shilicos[6] se lanzaron no sólo a la búsqueda de la noticia, sino también a hacer noticia.

* * *

Develar el misterio de la resaca metafísica de "Harry Potter y la Piedra Filosofal" en un oscuro poblado escondido en los contrafuertes centrales de los Andes del norte del Perú sólo podría ser noticia de primera plana en los diarios chicha[7] de los cuales los Mulloshingos constituyen fuente fidedigna.

Con todo, antes de viajar a Celendín con el pretexto de la fiesta brava,[8] examinaron en Internet todo material que pudiesen encontrar sobre alquimia. Y mediante testimonios de algunos paisanos de edad avanzada lograron recopilar información adicional acerca de los extraños experimentos que hace más de un siglo realizara el Capitán.

Lástima que no se les ocurriera conseguir alguna información de boca de los descendientes del Capitán que residen en Lima, como, por ejemplo, yo.

* * *

¿Será posible que la obsesión de los alquimistas medievales haya tenido un retrasado eco en Celendín en la interfase al Siglo 20 cuando ya se había inventado el motor de combustión de cuatro tiempos, el fonógrafo, la soldadura eléctrica, y Edison ya había implementado el alumbrado eléctrico?

En la antesala de la Guerra del Pacífico ya se habían descubierto los microbios y las bacterias, invisibles culpables de las enfermedades.

Las reacciones químicas, antaño consideradas obras del Shapingo, habían sido redimidas por la ciencia.

Al término de la guerra se había fabricado el submarino de Peral y se habían descubierto las ondas electromagnéticas, la vacuna antirrábica y las hormonas, y la película fotográfica ya había relegado al olvido a su ancestro mágico, la daguerrotipia.

Hacia 1890, Dunlop había producido las llantas con presión de aire.

Hacia 1895 los hermanos Lumière habían inventado el cinematógrafo, y el ruso Popov y el italiano Marconi habían inventado la telegrafía sin hilos.

El francés Becquerel había descubierto la radioactividad del uranio, y los esposos Curie el polonio y el radio.

¿Acaso la química moderna no había sido desarrollada desde fines del Siglo 18 por Antoine Laurent de Lavoisier? ¿A dónde, pues, pudieran haber conducido los anacrónicos experimentos del Capitán?

No me vengan, pué, con eso de la "Piedra Filosofal", porque esas cosas son vejeces. ¡puro cuento chino!

* * *

Ni bien llegaron a Celendín, los Mulloshingos se entrevistaron con el Doctor Nelo, a quien todos señalan con justicia como el más grande duendólogo habido y por haber, y el único que puede atesorar la respuesta de las interrogantes de misterio. Y se quedaron culecos cuando les dijo que "la Piedra Filosofal nunca ha sido, ni tampoco es, ni será un cuento chino".

"Si bien los herejes y profanos las consideraban 'brujería', y los más cultos, 'alquimia' ", dice el Doctor Nelo, "las actividades del Capitán con justicia deberían ser catalogadas como experimentación científica. Y si llegó a descubrir el elixir de la eterna juventud, sin duda lo habrá consignado en su Diario, al cual se lo ha de descubrir con los métodos de la arqueología moderna y no mediante prácticas de espiritismo y consultas a los muertos."

* * *

El Capitán murió de una pulmonía fulminante el sábado 21 de enero de 1900, a los 47 años de edad, pero se sabe que logró detallar sus observaciones en su Diario.

Tras su muerte, su biblioteca y sus archivos fueron siendo gradualmente desmantelados hasta desaparecer, salvo algunos pocos volúmenes de Miguel de Cervantes, de Antonio Raimondi, de Mateo Paz Soldán, de Ricardo Palma, de William Shakespeare, de Victor Hugo, y algunos textos en francés, idioma que entonces había conquistado el corazón de la *intelligentsia* shilica[9] e hispanoamericana.

"Si se encontrara el Diario del Capitán, recién podríamos ser objetivos, en lugar de andar por allí diciendo sonseras y mentecaterías", dijo el Doctor Nelo al salir de su clase de Derecho en la Universidad de Celendín donde es el alumno más "arqueológico". Luego arrancó su moto con una hembra al anca y se dirigió a merendar con rumbo desconocido.

Así dejó a los periodistas plantados junto a la banca de granito frente al predio donde antaño estaba la botica de su padre, Don Daniel Quiroz, otro destacado alquimista de esta villa de misterio.

* * *

Los Mulloshingos no querían quemar etapas. Esperaban entrevistar de nuevo al Doctor Nelo en su laboratorio y museo privado. Pero temiendo volver a Lima con las manos vacías, optaron por recurrir también a otros medios quizás un poco desprestigiados, como la nigromancia.

Se encontraba a la sazón en la villa el Doctor Carlos Casanova Lenti, alabado por sus grandes poderes físicos y metafísicos. Y al ser sondeado respecto de la posibilidad de llevar a cabo una sesión de espiritismo les escuchó sin mostrar ningún interés. ¡Peor cuando le dijeron que se trataba de consultar al Capitán! Allí sque dijo: "¡Basta! ¡Con el Capitán yo no me meto!"

El Doctor Casanova. . . ¿Te acuerdas de la entrevista televisada que le hizo la Señito, la Gisella Valcárcel, en Panamericana Televisión, con relación a los fundamentos científicos de la pasada de huevo y del cuy?[10]

* * *

En la primera mitad del siglo pasado, sesenta años o más después de la muerte del Capitán, se lo seguía evocando para consultarle en qué lugar o en su casa de quién había entierros de doblones de oro, libras esterlinas, joyas de piedras preciosas engastadas en plata y oro, y perlas de gran precio.

Todo el mundo sabe que en las inmediaciones de la villa de Celendín ocultaron sus tesoros los aborígenes choctamallques antes de plegarse al territorio de los Chachapuyas ante el avance de los ejércitos del Inca Túpac Yupanqui, pensando regresar. Lo mismo hicieron sus aliados culli y los mitimaes chilchos, para que sus tesoros no fueran a parar en el Cuarto de Rescate en Cajamarca.

¿Acaso no conocían éstos las reservas de oro que esconde el subsuelo celendino en el cerro de Minasconga, pocos kilómetros al norte de Sorochuco? La misma estructura de la toponimia quechua-española revela que las conocían desde tiempos inmemoriales.

También los "portugueses", los sefarditas que dirigieron la empresa de drenaje del lago Chilindrín y fundaron la villa, ocultaron sus tesoros para no llamar la atención de las autoridades del Virreinato, sedientas de oro.

Los ricos mercaderes de los tiempos del Capitán hicieron lo mismo para esconder sus tesoros ante la inminente llegada de los chilenos.

Pero en las últimas décadas del siglo pasado pocos se atrevían a molestar el sueño eterno del Capitán, y menos lo haría el Doctor Casanova, que como todos saben está casado con Doña Ligia Emperatriz Tavera Chávez, bisnieta del Capitán.

* * *

Descorazonados, los periodistas Mulloshingos se fueron a llorar con el Flaco Camacho, pero sus ojos brillaron de esperanza cuando éste les dice:

—¡Masque[11] vamos a consultar con Doña María Culona!

Hacía mucho tiempo que la anciana había dejado de practicar la nigromancia; después de todo, no tenía necesidad de agotarse con tales prácticas. Plata le sobra, tanto de lo que ha recibido de herencia como de lo que le mandan de Lima sus hijos profesionales, y quién sabe si también de los entierros que ha logrado detectar, cuyos dueños legítimos pertenecen ahora a los fueros de ultratumba.

Se presentaron en su tienda como periodistas shilicos, nietos de Don Amadeo Silva, enviados por la plana editorial del periódico "Ajo".

La anciana, que a pesar de su aislamiento, está bien informada, les interrumpe:

—Quedrán decir del periódico "Ojo". . . ¿Y qué pué me quieren comprar? Cati, casi nada ya tengo en mi tienda; puros atabales nomá, como ustedes ven.

—Quisiéramos saber si ya oído hablar alguna vez del Capitán Don Zaturnino Chávez Baella.

—¡Jué! ¿No se han enterado de que cuandazo nomá se ha muerto?

* * *

Los Mulloshingos lograron convencer a Doña María para evocar al Capitán, a pesar de que ella se porfiaba en decir:

—El finau cuandazo nomá que no responde.

Y efectivamente, no respondió.

Los Mulloshingos y el Flaco Camacho salieron apabullados de aquella vivienda bien barrida y de paredes bien blanqueadas pero apircolladas[12] de telarañas y con pobre ventilación. Pero ni bien se vieron en la vereda y volvieron a respirar aire limpio, se llenaron de optimismo.

El Flaco Camacho les dice:

Quizás sea posible lograrlo por otros medios. . .

—¿Por ejemplo?

—¡La mesita mágica! ¡Masque vamos a ver a Doña Aurelia Collantes!

* * *

Se presentaron como periodistas shilicos, nietos de Don Amadeo Silva "Mulloshingo".

La anciana les dice:

—Yo sé que hay una mesita en Celendín, pero no sé donde. Sque la tienen encadenada porque responde cuando no le preguntan y causa estragos. Honestamente, taititos, a mí esas cosas me dan fuertes jaquecas y dolores de cabeza.

El Flaco Camacho le dice:

—Lo que estos destacados periodistas shilicos desean es descubrir el Diario del Capitán, porque consideran que es patrimonio de la humanidad. ¿Podría ser de ayuda la mesita mágica?

Cuando le pegaron a sus ojos un flamante billete de 100 dólares *made in Irán*, la anciana leyó con fonética extraña:

—*In God we trust*.

Lo metió en su seno y les dijo que volvieran "a la media noche en punto". Ella tenía aún la mesita refundida en algún rincón de su cuadra.[13]

Pero de nada sirvió.

* * *

Parecían haber llegado al final de un túnel sin salida cuando al Flaco Camacho se le ocurrió:

—Todavía nos queda la ouija. Creo que tengo una, traspapelada en mi librería. Si la ouija no nos saca de apuros, entonces. . . ¡el acabóse!

Los Mulloshingos aceptaron probar, aunque pensaban que si las expertas demostraron no ser de ayuda, menos ayudaría la ouija que es manoseada hasta por los mocosos del Coronel Cortegana y por las mocosas de Nuestra Señora del Carmen.[14]

Si la ouija no funcionaba, volverían a Lima con las manos vacías, con la tonada de que el así llamado "Síndrome de Harry Potter" no era más que jueguitos de brujería barata que no conducen a nada que valga la pena.

* * *

El Flaco Camacho halló su ouija, y un vecino que conocía de estas cosas la manoseó hasta que la ficha empezó a moverse sola, con violencia.

Bajo la suave presión de las yemas de sus dedos la ficha se dirigió primero a la letra "B", y el Flaco Camacho escribió la "B" en el reverso de una cajetilla de cigarros.

Luego condujo a la "I".

Luego condujo a "Q", y hasta allí ningún sentido afloraba.

Luego condujo a la "U".

Y después de conducir a la "E", su misterioso poder quinético desapareció.

El Flaco Camacho dijo:

—¡Me doy!

Se miraron la cara, y leyeron BIQUE, y luego al revés, EUQIB, y no afloraba ningún sentido.

Los Mulloshingos salieron de la librería porque no aceptaron echarse unas copitas de cañazo para disipar sus penas. Era como la media noche, y había que volver cuanto antes a su posada. Doña Pepita Chacón había tendido sus camas en el cuarto de amasar.

* * *

Se apagaron las luces y la puerta de la librería fue trancada tras ellos, cuando la Mirtha Mulloshingo se da cuenta que dejaba olvidada su cartera. Pero en el instante que volvieron su mirada para tocar la puerta, vieron que por la rendija empieza a salir humo blanco que les entumeció la entrepierna.

Se quedaron inmóviles y vieron que el humo adquiría un contorno ágil y grácil que se tornó rosado desteñido.

Los Mulloshingos no podían mover sino sólo el globo de sus ojos y sus labios. El Paco le pregunta presa de pánico:

—¿Quién eres tú?

—Yo fui la Feliciana.[15]

Después se lograron enterar de que a la Feliciana la velaron con una mortaja rosada, su color favorito, porque era casi una niña.

Siguieron al espectro que les atraía movilizándose de espalda en dirección de la Plaza de Armas. Sus tobillos parecían tener alas, como las del dios Mercurio.

Cuando llegaron al pórtico de la Iglesia Matriz, la Feliciana les dice:

—BIQUE. . . BIQUE. . . ¡Don Nelo sabe!

Y desapareció por entre las junturas de las enormes puertas de la Iglesia Matriz.

* * *

Los jóvenes amanecieron temblando de frío en sus camas gemelas que les había arreglado doña Pepita Chacón.

Todas las pistas habían sido inútiles, y volverían a Lima con las manos vacías.

Doña Pepita les sirvió un tazón humeante de verde de paico con papas y huevos pedreados, y les sonrió:

—¡Masque no me vayan a desairar! Lo he preparado especialmente para ustedes, porque parece que tuvieran cushpines.[16]

El verde estaba delicioso. Y más aún con un par de cachangas[17] recalentadas que ella les guicapeó[18] desde la boca del horno.

Doña Pepita les augura:

—¡Masque se van a regresar chaposos! ¡Qué, pué, los limeños ni sangre tienen en sus caras!

Pero se entristece cuando le dicen:

—Nos regresamos mañana mismo.

—¡Qué pué! ¿Se corren antes de la corrida?[19]

* * *

En el camino a la agencia Atahualpa se les ocurre despedirse del Doctor Nelo.

Daba la causalidad de que el Sabio bajaba de su casa por el Jirón de la Unión en dirección de la Plaza de Armas, sacudiéndose de frío y hundiendo su hermoso cráneo en el nido formado por sus hombros erguidos.

Ha perdido todas sus muelas, excepto una, la muela del juicio, para que nunca sque se olvide de lo rico ques tener dolor de muelas.

Y en buena hora ha perdido todo su pelo, porque nadie en Celendín posee un cráneo tan perfecto como el suyo, que vale la pena lucir.

En la esquina de la Escuela Nº 82, los periodistas comentan que de no ser porque aún le queda un pelo, se diría que le cae a pelo su apodo de "Huevo Filosófico".

* * *

¡Huevo Filosófico! ¿No tendrá este apodo algo que ver con la alquimia?

Los periodistas se miran la cara con alegría y dicen al unísono:

—Si le dicen "Huevo Filosófico", algo nuevo tendrá que revelar sobre la filosofía de la alquimia, porque hubo un tiempo en que filosofía y alquimia eran prácticamente la misma cosa.

Le dicen:

—¡Muy buenos días, Doctor!

—¡Muy buenos días escelentísimos turistas! ¿Tengo el honor de conocerles?

—Nosotros pué somos los Mu. . . Mu. . .

—¡Ah, sí! Los Mulloshingos. . .

—Sí, pué. Hemos heredado el apodo de nuestro señor padre, tal como los Churgapes y los Chilchos han heredado sus respectivos apodos de modo generacional. ¿Se acuerda que conversamos con usted frente a la mansión de su señor padre acerca del Capitán Don Zaturnino Chávez Baella?

—¡Ah, sí! ¿Y tuvieron el gusto de entrevistarse con él?

* * *

Mientras le acompañan de regreso a su casa, le cuentan que la Feliciana les dijo de la palabra BIQUE: "Don Nelo sabe."

El Doctor Nelo se rasca la cabeza y les dice:

—A propósito, ¿ya han tomado desayuno?

—Sí.

—¡Menos mal, porque yo también ya he tomado!

Y cuando se acercan a su puerta, camina cabizbajo, chocheando, chocheando:

—BIQUE. . . BIQUE. . . BIQUE. . .

Se para en seco y exclama:

—¡Bingo! ¡Ya lo tingo!

Los periodistas, que en tan poco tiempo en Celendín han aprendido a alegrarse por cualquier sonsera, abren sus bocas ante los murales, las momias, los fósiles de pterodáctilos y de dinosaurios, las plantas carnívoras y las flores que crecen en el aire en su vivero embrujado. De pronto se dan cuenta de que les dijo "¡Ya lo tengo!", y exclaman:

—¿Qué?

—¿No han escuchado el trabalenguas BIQUE, BIQUE, ALAMBIQUE que canturrean los niños en el jardín de la infancia?

* * *

Se les desvanecen las chapas[20] y creen que esta vez sí que han llegado al final de su camino. Será mejor nomá comprar sus boletos de regreso a la Capital.

El Doctor Nelo les mira con los ojos más lindos que jamás hayan existido, y les dice:

El Doctor Nelo,
el más grande duendólogo de Celendín

—El Capitán Don Zaturnino Chávez Baella diseñó el primer alambique en Celendín, y lo llevó a Llanguat para destilar su famoso cañazo.[21] Si él habría dejado su alambique en alguna parte. . . ¡Eso os podría conducir a descubrimientos mayores, y acaso a su misterioso Diario! Quizás buscando en algún altillo[22] lo podáis encontrar. ¡Sólo el Sabio Arquímedes os podrá sacar de semejante apuro! Siempre y cuando sepáis usar esa palanca. . .

Los Mulloshingos dieron por terminada la entrevista y le besaron la mano diciendo:

—Doctor, hemos venido para despedirnos. Mañana nos volvemos a Lima.

—¿A Lima? ¿A ser pálidos? ¿Cuándo ya empezaban a criar chapas en Celendín?

Ellos sonríen y salen haciéndole creer:

—En la tarde le visitamos para admirar su museo.

* * *

Bajaron a la Plaza de Armas y se dirigieron cuesta arriba a la agencia Atahualpa. Era una mañana fría y nublada, como raras veces ocurre en el mes de julio.

Al pasar frente al atrio de la Iglesia Matriz, dirigen su mirada a sus enormes puertas cerradas y ven que empieza a salir humo por entre las rendijas.

La Mirtha Mulloshingo pensó con sobresalto que habría empezado un incendio a causa de algún cirio que olvidaron apagar. Pero el humo gradualmente adquirió una coloración rosada desteñida que les dice:

—Ahora falta dar con el alambique. ¡Y después con el Diario del Capitán!

El Paco le responde:

—¿Sabes qué nos dijo el Doctor Nelo? ¡Que tenemos que usar la palanca del Sabio Arquímedes!

—Y la Mirtha le pregunta con sorna:

—¿De ése que se quemó las guandumbas en la tina, y salió sipralla,[23] llamando a Eureka, su mujer?

La Feliciana les dice:

—Por si acaso, el Sabio Arquímedes es bisnieto del Capitán.

* * *

Los Mulloshingos bajaron rumbo a la casa del Sabio Arquímedes y lo encuentran abriendo su boca junto a un montón de alfalfa en su esquina de Doña Zoila Briones, listo para empezar su paseo cotidiano. Si no se apresuran, ¡quién podría dar después con su paradero!

Se presentaron como los periodistas del diario "Ajo" que investigan el así llamado "Síndrome de Harry Potter" en Celendín.

—¡Ah! ¡Con que ustedes son los Mulloshingos!

Le dicen:

—Nos hemos enterado que usted es bisnieto del Capitán. . .

—¡Ma! ¡Ni que fuera novedad!

—Nos hemos enterado también de cierto alambique que el Capitán ha dejado refundido en algún altillo. Se dice que en ese alambique buscó la quintaescencia, o la Piedra Filosofal, o el elixir de la eterna juventud, o la panacea de la felicidad. . .

—¡Ma! ¡Ni que fuera novedad!

—¿O sea que sí lo sabe?

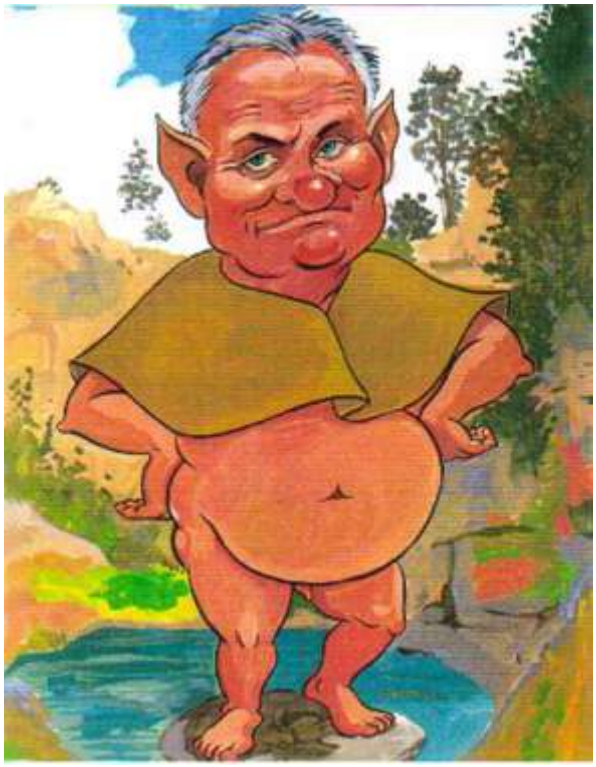
—¡Ma! ¡Ni que fuera novedad!

—¿Sabe en qué altillo podría estar?

—¡Ma, ni que yo fuera tuco[24] para andar ovando por los altillos!

* * *

Las respuestas cachacientas[25] del Sabio Arquímedes hicieron mella en los jóvenes periodistas celendinos. Luego se refundió en el fondo de su huerta, porque de repente le vinieron anhelos de hacer del cuerpo, y de entre las gigantescas hojas de chiclayo —el papel higiénico shilico— levantó su mano para desearles un buen viaje de retorno lo más pronto posible.



El Sabio Arquímedes en la laguna de Suro

Caminaron cabizbajos por el costado de la fuente de la Plaza de Armas y fueron a comprar sus boletos antes de quedarse atrapados para siempre en esta villa de misterio, sin que eso fuera novedad.

Y les sale al encuentro la Feliciana, cuyo espectro a ratos refulgía con las chapas de la vida, y a ratos con la palidez nacarada de la muerte.

Le dicen desesperados:

—Nos dijo que. . . ¿acaso él es tuco para andar ovando por los altillos?

—¡Ah! ¡El tuco! ¡El Búho! ¡Pregúntenle a su nieto del Búho, el cual está casado, casualmente, con la Nelly, la bisnieta del Capitán!

Se refería al Lucho Mori García.

* * *

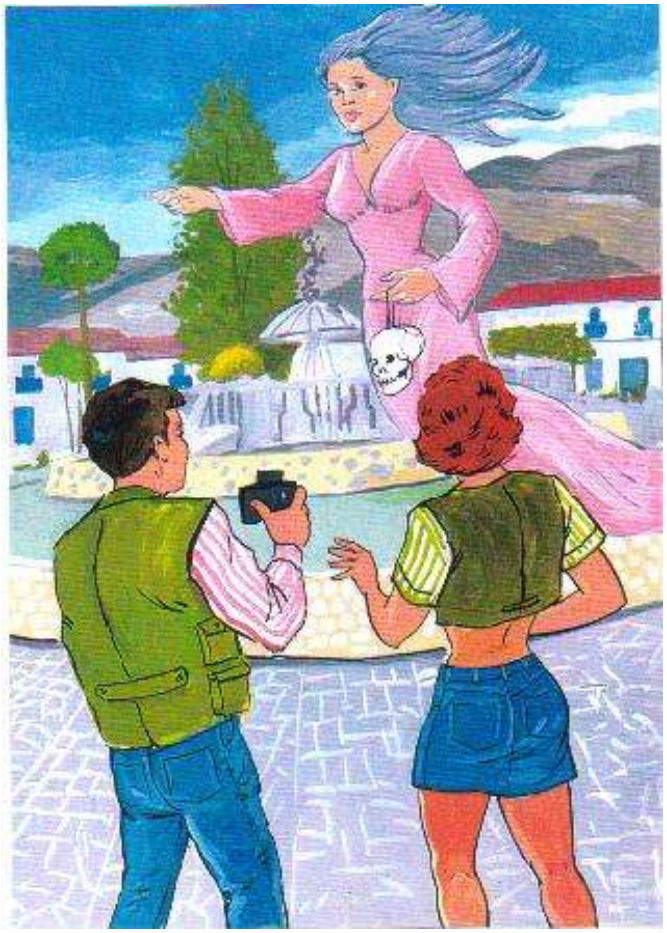
De vuelta al Sabio Arquímedes, éste tocó la portada de al lado, y abrió Doña Nelly.

El Sabio le pregunta:

—¿Y el Búho?

Ella se aturdió ante semejante interrogación, pero él aclaró:

—¿Acaso tu marido no es su nieto del Búho?
Ella responde:



La Feliciana y los periodistas Mullushingos

—No. . . ¡Ah, sí! —Porque se dio cuenta que se refería al gran poeta Don Pedro García, apodado "El Búho", a causa de su sabiduría—.

El Sabio le dice:

—Aquí, estos periodistas quieren entrevistarlo para el diario "Carajo".

Ella le responde:

—El Lucho está en su cama. Ojalá pué que ya esté sano, porque lo ques esta madrugada ha venido ¡en una trancaza![26] Imagínese que su traje blanco al estilo de Clark Gable en "lo que el viento se llevó", y sus zapatos de charol blanco, y su corbata de popelina blanca. . . ¡Mírenlos pué convertidos en una shipuna![27] Ahorita mismo me iba a ver a Doña Magna, para que los lave.

* * *

Ella que acaba de decir estas palabras, y su marido que se acerca, todo puñushau,[28] y les dice parcamente:

—¿En qué puedo servirles, caballeros?

—Nos hemos enterado que usted sabe algo acerca del alambique que el Capitán dejó en un altillo. ¡Cómo nos gustaría verlo! Sin duda, se trata de una reliquia de valor científico.

Y el hombre, que no tiene la malicia suficiente como para saber manejar los secretos de Estado, lo desembujsha[29] todo al decirles:

—Su Sello, será. . . Su Sello Fálico de cuando era Juez de Primera Instancia. Yo lo he encontrado arriba en el altillo y lo tengo bien refundido en el fondo de mi baúl, para entregarlo en manos propias a su heredero, y a nadie más.

—¿Lo encontró en el altillo? ¿No habrá encontrado también allí su alambique? ¿Sabe que eso sería algo de invalorable valor para la ciencia? Porque no era un simple alambique que digamos. . .

—Yo no he visto ningún alambique.

Y su mujer interviene:

—Dicen que hay uno en su altillo de mi tía Chela, allá arriba. . .

* * *

Allá arriba, en la casa de al lado, estaba la entrada oscura del altillo de la mansión que heredaron de mi tío Victoriano mis primas Toya y Chela. Allí se ocultan la Minshulaya[30] y la Chucadosa.[31] Quizás allí pudiera haber un alambique o alguna otra clave para dar con el Diario del Capitán.

Subieron por una escalera de palos de maguey y encontraron un destartalado alambique semi oculto por el polvo y por papeluchos roídos por las ratas y los canshules[32] —¿acaso lo único que quedaba de su Diario del Capitán?—

Su caldera estaba boca abajo; alguien la había retorcido para troncharla[33] y usarla como bacenica.

La tapadera, que recogía los vapores del jugo de la caña, estaba totalmente chancada y separada del refrigerante.

Medio separado del refrigerante estaba el serpentín de vidrio, donde el vapor se transforma en aguardiente.

Nadie sabía para qué mierda habría servido ese atabal. Y algunas viejas que conocían las cosas más de cerca afirmaban espantadas que era "una máquina muy pesadaza", en el sentido de que en sus inmediaciones se respiraba una atmósfera de misterio.

Se dice que tiene su guardián, un pequeño indio llanguatino[34] calero en mano, que se aparece coqueando en la boca del altillo.

* * *

Mientras los hombres miran la máquina con temor reverente, la Mirtha limpió con un pincel el polvo acumulado sobre el serpentín de vidrio y logró distinguir un pequeño rollito de papel metido allí adentro. Era de papel cuadriculado y se había conservado intacto, lejos del alcance de las ratas y de los canshules.

Cuando empezó a desenrollarlo aparecieron escritas con letras de molde tres palabras: LA PIEDRA FILOSOFAL. . .

El regocijo iluminó sus rostros, y el texto se hizo visible en su integridad. La tinta era de nogal y ni una sola letra estaba desvanecida. Doña Nelly le dice a su marido:

—¡Masque léelo todo!

Y él leyó las instrucciones escritas al pie:

1. Tomar una cartulina blanca del tamaño de una hoja de cuaderno.

2. Untarla en toda su superficie con el jugo de un limón y dejarla que se seque al Sol.

3. Estampar mi sello en la esquina inferior derecha.

4. Colocarla sobre un azafate y meterlo en un horno un día después del amasijo, y sólo por un minuto.

La revelación del misterio aparecerá con toda claridad.

La Piedra Filosofal, o lo que fuese que el Capitán habría descubierto, haría noticia. Los corazones de los Mulloshingos levitaban de ansiedad.

¡No había más que quedarse en Celendín para ver el desenlace final!

* * *

Cuando espantaban el coche para poder prender[35] el horno, se les acercó la Mama Lila, que venía del mercado remolcando una canasta repleta de pajuros,[36] y les dijo, sin saber lo que ocurría:

—¡Han leído mi pensamiento! ¡Hoy amasamos!

Al día siguiente siguieron las instrucciones al pie de la letra. Todos miraban su reloj controlando que pasara sólo un minuto. Y cuando sacaron del horno el azafate con la cartulina desplegada, se habían revelado sólo dos palabras: LA FILOSOFIA. . .

La multitud de abrebocas se fue juntando ante la puerta del horno. A nadie se le había ocurrido trancar la portada de la calle para impedir el flujo de gente al interior de la casona llenando los dos patrios y el alar que da a la huerta, en el cual está el horno de cúpula.

De pronto, ante el bullicio y la algazara de la gente apareció una palabra más: INTUYE. . .

El texto decía: LA FILOSOFIA INTUYE. . . Pero había algo más.

* * *

Alguien gritó:

—¡Masque llevémoslo al Doctor Nelo!

Los periodistas no pudieron contener a la gente que levantó en alto el azafate con la cartulina y se encaminó en una concurrida procesión a la casa del Doctor Nelo en el Jirón de La Unión 205. Como bien diría Enrique Iglesias, "¡Eso era una experiencia religiosa!"

Cuando llegaron a su puerta, el texto revelado decía: LA FILOSOFIA INTUYE LO QUE LA CIENCIA. . .

Pusieron el azafate ante la mirada escrutadora del Doctor Nelo, y en ese momento fueron apareciendo con rapidez en la cartulina las letras C O N S T R U Y. . .

Cuando el Doctor Nelo se adelantó a leer, CONSTRUYE, apareció la E final y el texto pareció estar completo, distribuido en dos hemistiquios en perfecto *paralelismo membrorum*:

LA FILOSOFIA INTUYE
LO QUE LA CIENCIA CONSTRUYE

Este dicho era el lema de los antiguos alquimistas.

* * *

Ante el asombro de la concurrencia, el Doctor Nelo se puso a bailar un extraño ritmo judaico, con la cabeza inclinada a la derecha, a la manera de los derviches de Estambul.

Se atragantó, y exclamó:

—¡Señores, la Piedra Filosofal existe!

Los periodistas y los abrebocas, como shingos alrededor de carne mortecina, callaron ante lo que eso pudiera significar.

El Doctor Nelo hizo que se ashuturaran[37] de un canto alrededor de su patio-invernadero, y les rogó que tuvieran calma para escuchar la interpretación del enigma.

Y empezó a hablar:

—Como es de todos sabido, el Capitán se dedicó a destilar cañazo en su alambique que tenía en Llanguat. Aunque siempre se sospechó que tendría escondido otro alambique en Celendín para sus experimentos de alquimia, un alambique que no era un alambique, sino un simple atanor.[38]

* * *

Alguien le preguntó, en términos atrevidos e irreverentes:

—¿Acaso no se había enterado el Capitán de que la Edad Media había pasado cuandazo nomá y que la Piedra Filosofal quedó reducida a un mero cuento de viejas? A propósito, ¿no fue el Capitán el que destiló sus orines en su alambique, pensando producir oro? ¿Creería pues que "**or**ines" deriva de "**or**o"? ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

El Doctor Nelo interrumpió su carcajada y le dijo:

—¡Fíjate que no, imbécil! Para tu información, el que hizo eso fue el gran alquimista Brandt de Hamburgo. Y sí logró producir ORO, sólo que combinado con un elemento químico hasta entonces desconocido, el FOSF. Es decir, descubrió el FOSF**ORO**.

Los de la Escuela Normal se rieron a carcajadas, pensando que acababa de decir un chiste. Y él amonestó airado al que los lideraba:

—¿Por qué no te callas, Chávez?

Cuando se restauró el orden, prosiguió:

—Sepan, mentecatos, que el Capitán no se rió de la Piedra Filosofal, sino que la buscó con apasionamiento, ¡y la encontró!

Todos se quedaron culecos.

* * *

El Doctor Nelo prosigue:

—El Capitán INTUYÓ que la Piedra Filosofal que transformaría el plomo o cualquier otro metal inferior en ORO, no sería una piedra común y corriente. Se trataría de una piedra que el ojo humano jamás podrá ver, porque no es otra cosa que el átomo.

Al escuchar eso, algunos se salieron puertas afuera.

Pocos se quedaron, entre ellos los periodistas Mulloshingos, que no dejaban de tomar anotaciones.

También se quedaron ashuturados Doña Nelly y el Búho, su marido, y algunos cuantos mentecatos más.

* * *

El Doctor Nelo prosiguió:

—Cuando se empezó a buscar la Piedra Filosofal que produciría la transmutación de los elementos no se disponía de otro recurso que la FILOSOFIA, que intuía la naturaleza de la materia. Los filósofos alquimistas árabes se trazaron metas y objetivos concretos, y se lanzaron para alcanzarlos. Pero, no obstante que les debemos tanto respecto del desarrollo de la Química,[39] no tenían a su disposición los medios para la transmutación de la materia. Esto recién sería posible con el físico británico Ernest Rutherford, uno de los primeros investigadores de la física nuclear. El descubrió los rayos *alfa* e identificó sus partículas como núcleos de átomos de helio. Y cuando bombardeó con partículas *alfa* a los átomos de nitrógeno, obtuvo átomos de un isótopo de oxígeno.

Como le miraban entre culecos y despavoridos, optó por ir al grano:

—Y en la década de los 50, con el bombardeo del átomo con neutrones en la Universidad de California. . . ¡se logró transmutar el mercurio en ORO! ¡He allí, nashacos,[40] el milagro de la transmutación de la materia!

Y todos exclamaron estruendosamente:

—¡¡¡La Piedra Filosofal sí existe!!! ¡¡¡La Piedra Filosofal sí existe!!!

* * *

Para reafirmar sus conceptos sobre la transmutación de los elementos, entró en su cuadra[41] y sacó un libro escrito por el Dr. Moisés Chávez, arqueólogo celendino conocido como "el Gran Mago Decodificador". Y les leyó:

Lo que más ha contribuido al desarrollo de la arqueología moderna ha sido la aplicación del método del Carbono 14 a los restos arqueológicos de material orgánico. Eso ha tenido lugar a partir de las investigaciones de Willard F. Libby publicados en 1949 en la revista Science.

Los estudios experimentales de Libby han comprobado que los rayos cósmicos provenientes del espacio sideral, al penetrar en la atmósfera de la Tierra producen neutrones, los cuales bombardean a los átomos de los elementos químicos que existen en ella.

Se ha verificado que cuando un neutrón bombardea un átomo de nitrógeno se produce la transmutación de elementos y el nitrógeno se transforma en un átomo de hidrógeno y otro de Carbono 14 radiactivo, como lo indica la siguiente fórmula. . .

* * *

Hizo una pausa para escribir con un carbón sobre el suelo la fórmula-ecuación: $N^{14} + n = C^{14} + H$. Pero mientras busca un tizón se da cuenta que los pocos que le escuchaban ya se habían largado puertas afuera. Sólo quedaban ashuturados los periodistas Mulloshingos, Doña Nelly y el Búho, que seguía extasiado cada detalle de su conferencia magistral.

Sonrió, y pensando que no era necesario escribir la ecuación, les mostró más bien la punta del tizón y procedió a expresarse en términos de la analogía:

—Señores, esto es carbón. . .

Ellos abren sus ojos llenos de asombro, y él prosigue:

—Y si ustedes tuvieran los medios requeridos para aplicarle suficiente presión, lo transformarían en. . . ¡un diamante!

Ellos abren sus ojos más de la cuenta, y él les dice:

—Y si en el ciclotrón lo bombardean con la Piedra Filosofal, es decir, con neutrones, a lo mejor producen ORO. La Piedra Filosofal es invisible, porque si es imposible ver el átomo, menos podemos ver sus neutrones. Pero Rutherford sí "los vio" en 1911 y se dio cuenta de que el átomo tiene una estructura planetaria, con su núcleo a manera de nuestra estrella, el Sol.

El Buho le interrumpe:

—Usted quedrá decir que los intuyó, Doctor Nelo. Porque es algo que no se puede ver. . .

—¡Justo a eso iba, jéjere![42] Como dice el Capitán: LA FILOSOFIA **INTUYE** LO QUE LA CIENCIA CONSTRUYE.

* * *

El Doctor Nelo prosiguió diciendo que la transmutación de los elementos que los alquimistas buscaron lograr mediante reacciones químicas sólo se puede lograr mediante poderosísimas reacciones atómicas o nucleares,[43] y que para lograr esto los científicos han tenido que explorar el átomo, no obstante que todo se reduce a la manipulación de lo invisible. Y les pregunta:

—¿Saben de qué tamaño es un átomo?

Ante el silencio sepulcral que inunda su vivero, él prosigue:

—Si aumentáramos el tamaño de las cosas hasta que el diámetro de un cabello sea de 10 kilómetros y los microbios sean monstruos del tamaño de los rascacielos de 100 metros de altura, y una bola de billar sea del tamaño de la Tierra, recién se harían visibles al ojo humano los átomos del hidrógeno, que es considerado como la unidad referencial para la medición del peso atómico de los elementos químicos. En otras palabras, ¡recién se haría visible la Piedra Filosofal!

* * *

La bisnieta del Capitán, que esperaba ansiosa que el Doctor Nelo les mostraría algún aerolito, o un guijarro recogido por los astronautas del Apolo 11 en la superficie de la Luna, o una curpa[44] como la que se disparó desde Marte y cayó sobre las nieves de la

Antártida, o masque sea un pedazo de chancona. . .[45] Doña Nelly, repito, le dio a su marido un pellizcón torcido en el culo, y le jaloneó de su vibirí, diciéndole:

—¡Vamos ya, nashaco!

Y añade, a regañadientes:

—¡De que me muera pué de cólera! ¡Por mariásantísima!

2
EL DIARIO PERDIDO

Mi papá empezaba en la cama haciendo comentarios de la jornada.

Continuaba haciéndole cosquillas y haciéndole reír.

El no se desvestía por completo. Sólo se sacaba su saco y su chaleco y se tapaba medio cuerpo haciendo fraj con un canto de la frazada.

Mi madre consentía. . .

Mi papá proseguía, como de costumbre, a contarle un cuentito subido de color.

Ella le escuchaba atentamente, estimulándole a proseguir. Lo hacía mediante el acicate de una sola letra: "¿Y. . .?"

A veces, para variar, decía: "¿Y diái?"[46]

El proseguía diciendo: "En aquellos tiempos, cuando los 'portugueses' llegaron acá, al lago de Chilindrín, procedentes del Brasil. . ."

* * *

Parecía extraño que se refiriese a los "portugueses" en estas serranías y en pleno Virreinato español. ¿Qué diablos tendrían que hacer los portugueses del Brasil por estas rangras?[47] Pero así empiezan muchas historias que pasan de generación en generación en la villa de Celendín.

Yo estaba calladito en mi rincón, haciéndome el dormido. De manera providencial, casi siempre me encontraba a la mano, para escuchar sin ser escuchado y para tragarme mi risa y mis interrogantes, que hubieran sido delatoras.

Una vez casi me pescan[48] debajo de la cama, atormentado por el frío y los chasquidos del catre matraco.

Menos mal que aquello no duraba, y él no se quedaría mucho rato allí. Era una visita totalmente protocolar, siendo la hora temprana. Era sólo para hacerle dormir a mi mamá, contándole un cuentito.

* * *

Tras este intervalo, él volvería a su escritorio hasta pasada la media noche, no sin antes fumarse nerviosamente en el zaguán un cigarrillo Inca o Nacional, acaso recordando las cosas que ocurrieron en ese escenario y que marcaron su vida de una manera tan intensa. . .

Aquella vez no esperé mucho hasta que mi madre se durmió, cansada de los ajetreos de la jornada, y me deslicé silenciosamente para escabullirme afuera del cuarto.

Luego volví a entrar, todo horondo,[49] para acostarme en la cama de mi papá, en mi rincón.

Gracias a Dios no ocurrió otra cosa. ¡Imagínate que en vez de un cuento hubiese sido otra cosa, y mi madre hubiese empezado a jadear y a gritar de manera sofocada, y el catre hubiese empezado a crujir y se hubiese desbaratado en mi encima.

¡Ay Amito! ¡Para qué te cuento! En esos días nada sabía de esos apuros, y si me metía en tales aprietos era sólo por los cuentos e historias cortas que tanto me llegaron a apasionar.

* * *

Quizás estaba allí, debajo de la cama, porque me agradaba verlos reír. Otras historias que contaba en otros ambientes carecían de la gracia que hacían tan especiales sus cuentos de la cama. Aparte de esos momentos, él era más bien reservado y nunca le vi reírse para afuera.

Le contaba a mi mamá historias entresacadas de las *Tradiciones Peruanas* de Don Ricardo Palma, como esa de "las tres etcéteras del Libertador Bolívar" y la del "Obispo Chicheñó".[50]

Le contaba historias relacionadas con el Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, su tío, hermano de su madre, cuya muerte violenta nunca dejó de llorar.

O las historias de las escandalosas aventuras amorosas de tal o cual dama, ya venida en años y daños.

* * *

Eran historias que tenían como escenario estos patios, zaguanes, salas, la Pampa Chica, la Zanja Madre, la boca del Tragadero, las ruinas arqueológicas de La Chocta, el misterioso cerro Tolón y el encantado valle de Llanguat.

Sobre todo le contaba historias relacionadas con su padre, el Capitán Don Zaturnino Chávez Baella. Y una vez, cuando yo tendría diez años, le escuché decir con evidente tristeza: "Todas estas cosas las había escrito mi papá en su Diario. Y algunas de ellas las he copiado a máquina para compartirlas con mi compadre El Búho, con Don Próspero Díaz, con Don Saúl Silva y con Don Artemio Tavera. Si no hubiera sido por la insistencia de ellos, de tener acceso a copias parciales, también estas cosas se hubieran perdido junto con todo lo demás."

* * *

¿El Capitán escribió un Diario que se ha perdido?

¿Dónde se lo podría encontrar?

¿Acaso yo lo podría descubrir algún día?

En ese Diario tendría mil historias para deleitarme con su lectura porque en esos días ya sabía leer.

Ya no tendría que esconderme al pie de la cama, a riesgo de terminar recibiendo de yapa una buena rebenqueada, de parte de los dos, de papá y mamá, por turno?

¿Acaso estaría oculto ese Diario en algún lugar de Llanguat?

De ir allá, de paso conocería el caudaloso río de La Llanga y el manantial de donde brota agua caliente como sangre diluida. Allí vería el alambique que construyó mi abuelo, el Capitán, y presenciaría la molienda infernal y el trapiche movido por bueyes azotados por shapingos. Vería cómo se hace la miel de caña, las tapas de chancaca y los tongos.[51]

Pero no me permitían ir allá, porque yo era pequeño.

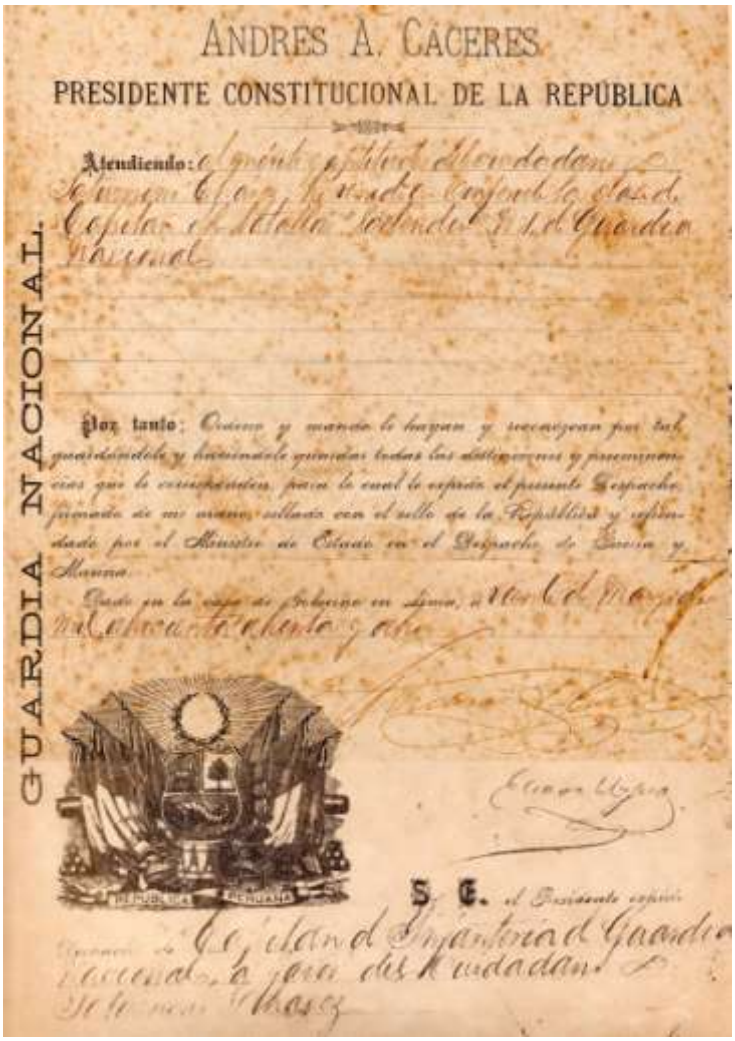
Así planeé escaparme de la casa, y un buen día ocurrió. Entonces yo tenía ocho años.

* * *

Con el transcurso del tiempo estas historias me fueron introduciendo en la reflexión de la vida, cómo la gente se reduce a un nombre o a un apodo —si tuvieron la dicha de merecer uno en vida—. Y a veces terminan reduciéndose a una sola frase o a una sola anécdota. Sólo en casos excepcionales nos acompañan sus fantasmas.

Finalmente, lo terrenal termina entremezclándose con lo de ultratumba, sin que atinemos a saber en qué lado ocurrió tal o cual incidente, si en esta vida o en la otra.

Mi secreto de pie la cama hizo que yo pusiera inusitada atención cuando mi padre me conducía de la mano y me mostraba los retratos del Capitán y el Despacho Presidencial que recibiera de parte del Excelentísimo Señor Presidente de la República Don Andrés Avelino Cáceres, ascendiéndolo al grado de Capitán del Batallón "Celendín Nº 1" de la Guardia Nacional.



Mariscal Andrés Avelino Cáceres
El "Brujo de la Breña"

3
DISTANTES
ESTAN LOS ESTRATOS

"Ocurrió en los días del Mariscal Don Andrés A. Cáceres, adalid de la Segunda Independencia del Perú. . ."

Así empiezo a contarle la historia de mi abuelo, el Capitán, a Lili Ester, mi adorada hija de seis añitos, en el Parque del Reducto Nº 2, en Miraflores, donde él combatió con su batallón "Celendín N° 1", en defensa de nuestra Capital.

En la parte frontal miramos desplegada la enorme bandera peruana, roja y blanca.

Mi pequeña no deja caer a tierra ninguna de mis palabras:

—Cáceres fue llamado primero "el Soldado de la Breña", y después fue ascendido a "el Brujo de la Breña", y en la cúspide de su gloria fue ascendido a "el Brujo de los Andes" a causa del éxito de sus escaramuzas para liberar el suelo patrio del yugo extranjero. . .

Y su pregunta es:

—¿Y de veras era brujo?

* * *

Tomados de la mano nos dirigimos al monumento del Mariscal Don Andrés A. Cáceres, y mi pequeña lee con fluidez: A LA MEMORIA INMORTAL DEL BRUJO DE LOS ANDES, HEROE DE LA GUERRA DEL PACIFICO Y DEFENSOR DE LA DIGNIDAD NACIONAL.

Luego lee la célebre frase: NADIE TIENE RAZON CONTRA EL PERU, pronunciada por el Mariscal el 3 de junio de 1886, al asumir la presidencia de la República.

Y exclama:

—¡El día de tu cumpleaños!

Se detiene en el monumento de Carlos de los Heros, de la Armada Peruana, Teniente 2do. del Huáscar, que se inmoló en Antofagasta el 28 de agosto de 1879, y lee: MIRAFLORES LE TRIBUTA UN HOMENAJE DE GRATITUD A SU VALOR EJEMPLAR.

De allí, atraída por el resplandor y colorido de las flores corre hacia el jardín que rodea el enorme cañón Dahlgren que fuera descubierto en la cabecera de la calle Schell, en lo que fuera el emplazamiento del Reducto Nº 1, comandado por el mismo Mariscal Cáceres.

* * *

Habíamos llegado recientemente de Bolivia, y ese día teníamos previsto visitar a la tía Chabu en su casa de La Calera, en Surquillo.

Salimos con suficiente anticipación para visitar antes el Parque del Reducto Nº 2 —en el cruce de la Vía Expresa y la Avenida Benavides—, y después el Parque del Reducto Nº 5, en la Avenida Angamos Este, a pocas cuadras de su casa de la tía Chabu.

Junto al Parque del Reducto Nº 2, el Dr. Alberto Andrade Carmona, alcalde de Lima, tuvo la iniciativa de construir un Museo de Sitio y llamarlo con el nombre del Mariscal Don Andrés Avelino Cáceres, y el Sr. Manuel Masías Oyanaguren, alcalde de Miraflores, ha convertido el hito histórico en uno de los parques más bellos de Lima.

Estos lugares debes visitar, Charro, sobre todo el primero, que siempre está abierto al público.

* * *

La falta momentánea de vigilancia fue nuestra oportunidad para trepar al monumento principal diseñado a manera de reducto o defensa.

Le digo a Lili Ester cuando llegamos a la cima:

—Este extraño monumento conmemora la batalla de Miraflores para defender Lima, la Capital.

Ella pregunta:

—¿Cuál monumento?

Le respondo:

—El que reposa aquí, bajo tus pies.

Ella dice:

—Yo no veo ningún monumento bajo mis pies. . .

Le digo:

—Es un tipo especial de monumento aquí en el mismo lugar donde combatió tu bisabuelo al lado del Mariscal Andrés A. Cáceres para la defensa de Lima, la Capital del Perú. Este monumento representa un reducto, una defensa de tierra y piedras como esta suave elevación ahora cercada de flores. En algunas partes era una rampa cuya inclinación permitía el movimiento de los cañones; en otras partes era una trinchera. Es un escenario muy diferente al de la sierra, donde Cáceres confrontó al enemigo, oculto en medio de las breñas.

Ella pregunta:

—¿Y qué son las breñas?

Y respondo:

—Breña significa. . . significa. . . Masque después te explico.

Después me enteré que es un terreno de quebradas y lomas pedregosas cubiertas de maleza.

Desde ese escenario en la sierra central, Cáceres fue conquistando paso a paso la Segunda Independencia del Perú.

* * *

En una parte de su Diario, el Capitán relata cómo conoció a Cáceres:

Los voluntarios tuvimos que marchar con voluntad hasta Chilete, y al llegar a Pacasmayo fuimos recibidos con agrado por la comisión encargada de conducirnos en un buque expreso de guerra.

Al llegar a Lima ingresamos a la Escuela de Clases y Soldados comandada por el Coronel Cáceres, quien instruía a los soldados para formar en ellos un reflejo de su ejemplo como enemigo gratuito de los chilenos.

Desde la madrugada adiestraba Cáceres a los patriotas que llegaban de distintas regiones del territorio nacional. Los entusiastas jefes se sentían vencedores e inspiraban fe en su propósito de cumplir con la consigna sagrada.

"Como valiente peruano. . . ¡Viva Cáceres!" —tal era el saludo acostumbrado al Soldado de la Breña, quien me pidió informe sobre el espíritu celendino—.

Desde entonces comenzó un mutuo afecto entre los dos, y Cáceres llamó al cuerpo que él puso a su disposición con el nombre de "Batallón Celendín Nº 1 de la Guardia Nacional".

* * *

A lo largo de mi infancia tuve un gran interés por conocer su personalidad, y me impactaron las palabras del historiador Juan José Vega que decía que para los peruanos de todas las generaciones Cáceres no es sólo un héroe, sino un símbolo y una figura legendaria:

El encarna la terca e indómita voluntad de resistir, la esperanza en una victoria final aun a costa de los más grandes sacrificios.

Para Cáceres, que lleva adherida a sus botas la tierra de todos los rincones de la Patria, el Perú no es sólo la Capital o la costa. El Perú es cada centímetro del territorio, y mientras quedase libre una porción de él, aún había posibilidades de triunfo.

Es el símbolo del Perú integral, el que mezcla en grandiosa sinfonía de colores los paisajes de su mar, de todas las regiones, y la sangre de sus héroes.

Es el símbolo del Perú que no se doblega ante la adversidad, y que de sus cenizas sabe remontarse a las alturas como los cóndores de sus Andes.

* * *

Tras las batallas de San Juan y Miraflores y la toma del Palacio de Gobierno, los chilenos no se fueron del Perú, sino que gobernaron nuestro país a lo largo de un lustro por medio de sus títeres, hasta que Cáceres güicapeó al último de ellos, el General Miguel Iglesias, disipando nuestra paranoia patriotera y cimentando nuestra identidad y dignidad nacional.

Después de su gran victoria en Huaripampa, las tropas de Cáceres aparecieron de sorpresa en el valle del Rímac, encerrando a las fuerzas iglesistas en las inmediaciones del Palacio de Gobierno. Y cuando asumió la presidencia de la República el 3 de junio de 1886, no se olvidó de su joven amigo celendino y le otorgó el grado de Capitán de la Guardia Nacional mediante el Despacho del 20 de Marzo de 1888, año y medio después de asumir el mando.

* * *

Es nuestra responsabilidad ante la historia lo que nos mueve a recordar y a no olvidar. Por eso, a partir de solo fragmentos, me di a la aventura de descubrir el Diario del Capitán como una ofrenda de paz. Porque el tiempo pasa y la vida es absorbida en el débil recuerdo que amenaza dejarnos en medio del vacío sin nombres, ni fechas ni emociones. Pero cuando exploramos el misterio que se aleja hacia el pasado, hay gente que sale de allí para darnos el encuentro, como en aquel verano fogueado en Jerusalem.

Eran mis días de estudiante en la Facultad de Arqueología en la Universidad Hebrea de Jerusalem, Israel, y me encontraba trabajando en las excavaciones en el área de la Ciudadela o Torre de David, en la Jerusalem Antigua o Ir Atiqáh, en lo que fuera hace dos mil años el palacio del rey Herodes.

En mis manos portaba una brocha y un pincel para discernir el polvo de materia orgánica, cuando de repente fui visitado por un vahído febril.[52] Y a manera de espejismo miré una nebulosa que subía por entre el laberinto de cimientos aún húmedos.

Los antiguos cananeos dirían que vi "dioses subiendo de la tierra".

Los arqueólogos de ahora dirán que se trata de una repentina evaporación a causa del excesivo calor del Sol.

Para mí, los fantasmas de la arqueología dejaron de ser "los antiguos", "los infieles", "los gentiles", "los romanos", "los cruzados", "los judíos", y volvieron a ser seres humanos que aman tanto como yo.

* * *

Por la noche, en mi cama, me puse a pensar en esa extraña experiencia y escribí este poema que años después incluí en mi libro, *Filosofía de la vida*:

Distantes están
los estratos
que reposan sepultados aquí,
bajo mis pies. . .

Estratos geológicos
que cuentan
que a veces la Tierra
suspira bien hondo.

Estratos arqueológicos
que dicen
que toda obsesión
tiene final.

Pensar. . .
Que antes de ser estratos,
fueron pisos, fueron puertas,
fueron paredes y cuartos,
que Dios sabe cuánto amé.

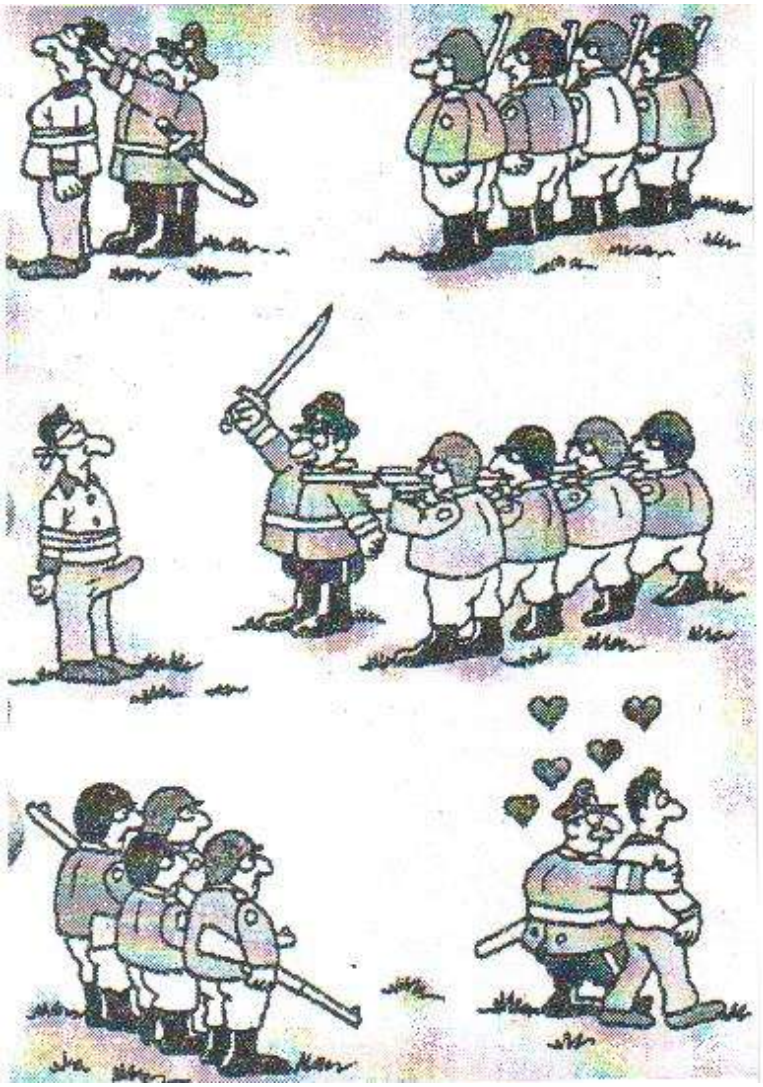
Ahora. . .
Las vigas y el cielo raso
son sólo sombras del suelo
que se deshacen al viento
o al pincelazo.

Silentes están.
Pensar. . .
Que antes de colapsar,
batallaron en las murallas
de mi alma.

¡Cuán ajenos parecen!
¡Quién los podría filmar!
Porque aquellos tiempos idos
fueron míos, amigos, sólo míos.

Si aquellos estratos los sentí míos, con mayor razón siento mío este reducto que reposa aquí bajo mis pies mientras mi pequeña Lili Ester extiende sus manitas para tocar el cañón Dahlgren, y retorna a mi lado corriendo y portando una flor.

4
CHORRILLOS, SAN JUAN Y MIRAFLORES



¡Apunten! ¡Fuego!

Los fragmentos que han quedado del Diario del Capitán nada refieren de sus aducidos experimentos de alquimia o de sus descubrimientos de tesoros arqueológicos. Aparte de sus campañas militares, hablan con más detalle de su gestión pública y de sus obras para mejorar la vida de su pueblo, y con más detalle se refiere a historias conmovedoras de desprendimiento que he tenido el honor de rescatar a lo largo de tres décadas de investigación.

El fragmento que trata de las batallas de San Juan y Miraflores, mi padre rescató al transcribirlo en primera persona y al reformularlo después en tercera persona para la formación cívica de los niños en un programa de la escuela llamado La Hora Escolar. Dicho fragmento revela cómo era su estilo literario y podría servir de pista para descubrir otros de sus escritos, coadyuvando al descubrimiento de la totalidad de su legado literario, su Diario, si acaso tal cosa pudiese ocurrir.

* * *

A continuación su relato de lo que ocurrió en la accidentada topografía de San Juan, que se extiende entre los distritos de Miraflores y Chorrillos:

A las 4.00 de la mañana del día 13 de enero de 1881 se realizó el ataque al centro de la primera línea de defensa en los campos escabrosos de San Juan, donde se luchó heroicamente más por el honor que por el triunfo, siendo derrotados nuestros defensores después de una matanza terrible a la bayoneta por ambos lados, donde perecieron los voluntarios del Batallón Canevaro.

En esta acción de armas, el Batallón conducido por Don Zaturnino Chávez Baella fue rodeado por el enemigo en calidad de prisioneros, quedando estacionados con las armas arriba para ser fusilados. Pero hasta que se dio cuenta a los jefes enemigos para comenzar el asesinato, Don Zaturnino dijo a sus soldados: "No debemos esperar la muerte con los brazos cruzados. ¡Ataquemos con ímpetu para tener el mismo fin!" —frase que se parangona con las célebres del Héroe del Morro—.[53]

Nuestros soldados, que esperaban la muerte "crucificados", reaccionaron en tan desesperante situación y se arrojaron enfurecidos contra el enemigo hasta quedar aislados ambos ejércitos en los campos contrarios, envueltos en una densa polvareda y humo asfixiador.

Desorientados, los chilenos volvieron a la carga destrozándose entre ellos.

* * *

Paralelamente a estos dispositivos está la División Cáceres que se arroja valerosamente contra el ejército invasor, teniendo que soportar grandes pérdidas.

Los restos de este ejército y el anterior[54] *se unieron para marchar en retirada a Miraflores, después de haber disparado el celendino Don Nicolás Díaz Chávez el último tiro de su cañón y de haber sido fusilado su hermano Don Inocente Díaz Chávez por haberse negado a decir: "¡Viva Chile!"*

El celendino se inmoló insultando al chileno, como émulo de Cambronne en la hazaña de Waterloo. En esta refriega los chilenos perdieron 2.000 hombres, y los sobrevivientes se dedicaron en la tarde al saqueo y al incendio.

* * *

Rota así la primera línea de defensa, el Dictador Piérola mandó un efectivo de 9.000 hombres en auxilio de la segunda línea de Miraflores que tenía cinco reductos montados con piezas de artillería. El General Cáceres estaba encargado de la defensa del ala derecha con dos cañones entre Miraflores y el mar.[55]

Eran las 2.00 pm. del día 15 de enero de 1881 cuando los chilenos atacaron a los peruanos por el ala derecha de la defensa, a dos fuegos. Ya contaban nuestras fuerzas con el triunfo después de dos horas y media de combate, pero fueron vencidos y tomados a la bayoneta. Perecieron patriotas de todas clases sociales que acudieron a la defensa.

* * *

Cáceres luchó durante cuatro horas para mantener su línea de defensa donde se encontraba el Batallón Celendín Nº 1, dirigido por Don Zaturnino Chávez Baella, en cumplimiento de su consigna. Por momentos vislumbraba esperanzas de triunfo, pero terminados los pertrechos y al tratar de proveerse encontraron la desilusión de toda esperanza: Cajones de herrajes, clavos, piedras, arena y tantas cosas inservibles dieron lugar a batirse a la bayoneta calada.

La última decepción la encontraron nuestros combatientes cuando Cáceres pidió órdenes al Dictador para exterminar a los chilenos que se encontraban embriagados en Chorrillos, celebrando su triunfo en una completa orgía, revolcados todos por el efecto de las bodegas saqueadas.

El permiso fue negado.

* * *

La pérdida de las batallas de Chorrillos, San Juan y Miraflores se debió a la superioridad numérica, a la oficialidad, a los últimos modelos de cañones, a la artillería montada, a las ametralladoras con dotaciones completas, disposición de sus jefes, provisión de municiones, y más que todo a la traición doblemente afirmada con la ruptura del armisticio antes de esta jornada memorable donde se desplegaron actos de verdadero valor.

Militares de renombre hacen crítica del ataque y defensa de los campos de Chorrillos, San Juan y Miraflores. Refiriéndose a los de la primera dicen: "Técnicamente hablando fue un terrible desconcierto. Pero en medio de él, ¡cuántos rasgos de sublime valor! ¡Cuántos hechos de indomable heroísmo! ¡Cuánta sangre generosamente vertida!"

Dueños los chilenos de la situación con la toma del Palacio de Gobierno, fueron despachados los sobrevivientes de la hecatombe, a la vez que les suspendieron el haber de un sol diario que percibían, dándose por terminada la guerra.

* * *

Un detalle ha dado mucho que hablar: La supuesta traición de Piérola que puso a los combatientes peruanos en desventaja en circunstancias cuando podrían haber logrado la victoria para nuestra nación.

El Capitán no acusa a Piérola de traición; al contrario, se solidariza y muestra gran aprecio por los líderes de la Patria en medio de los trágicos acontecimientos de la guerra. El

no dice que Piérola mandara llenar los cajones diseñados para transportar pertrechos, con herrajes, clavos, arena, piedras y tantas cosas inservibles.

Es de suponer que este hecho acusa la acción de militares peruanos que calcularon que los defensores no llegarían a batirse en retirada en la segunda línea de defensa de Miraflores, y tales cajones caerían en manos de los chilenos como un chasco. Pero es más seguro que algún militar corrupto y antipatriota se "choreó" los fusiles y las municiones para venderlos a los montoneros. Los militares están más expuestos a este tipo de tentaciones que los demás seres mortales.

Sin armas de fuego, los patriotas tuvieron que batirse a bayoneta calada, puñales fijados en la punta de un fusil para combate cuerpo a cuerpo, y fueron diezmados mediante tiroteo de mediano alcance.

* * *

—¿Cómo podemos seguir dándole herrajes, clavos, arena, piedras y tantas cosas inservibles al Perú? ¿Di?

—Como está escrito:

Las musas de la guerra
sin duda saben bien
quién fue, quién, quién,
¡ese hijo de perra!

5
LA EPOPEYA
DEL ULTIMO CARTUCHO

La primera parte de la vida de mi padre, Don Juan Chávez y Sánchez, transcurrió bajo la sombra del recuerdo trágico de la Guerra del Pacífico, una guerra ajena a la cual arrastraron al Perú sus súbditos con mentalidad militarista y corrupta.

En nuestra sala en Celendín, entre otros recuerdos de la guerra, tenía un lugar especial una réplica de un cuadro al óleo de la contienda de Arica del 7 de junio de 1880 en que aparece el anciano Coronel Francisco Bolognesi sentado en tierra, apoyado sobre su mano izquierda en la refriega en medio de soldados chilenos, pero con su revólver dispuesto a cumplir su consigna: "Tengo deberes sagrados que cumplir y los cumpliré hasta quemar el último cartucho."

El óleo, que lleva el nombre de "El Ultimo Cartucho", fue pintado por Juan Lepiani en 1899.[56] Moore yace inerte. Saenz Peña es tomado prisionero. El Coronel Bolognesi, ya herido, va a ser ultimado por la espalda por un soldado chileno.

El cuadro era un memorial que mi padre usaba para promover preguntas y respuestas en mi tierna edad.

* * *

Francisco Bolognesi era un soldado conocido, pero a su lado hubo miles de soldados desconocidos, reservistas que murieron tras quemar el último cartucho y a quienes el Perú no ha sabido reconocer debidamente.

El lunes 12 de marzo del 2007 leí en Bolivia el diario "El Comercio" de Lima y me choqué con un artículo acerca de la moratoria de la Televisora Nacional de Chile respecto de la transmisión de la miniserie, "Epopeya", basada en el relato de tres soldados chilenos que combatieron en la Guerra del Pacífico.

No se trata de tres generales o coroneles, sino de tres soldados rasos que relatan lo que vivieron en el campo de batalla.

Me impactó que Chile recordara a sus soldados desconocidos, a sus héroes chiquitos. Y me llamó la atención que tales soldados habían dejado un diario, porque lo mismo hizo mi abuelo.

Me interesó ver cómo sus diarios habían sido vertidos en una obra cinematográfica porque a mí también se me había ocurrido mucho tiempo atrás convertir el contenido del presente libro en un guión para el cine o la televisión.

* * *

La moratoria se debía a una solicitud de las autoridades consulares peruanas que juzgaban que unos 600.000 usuarios verían la miniserie en el Perú a través de la señal de cable, y dada la sensibilidad no sólo de los peruanos, sino también de los bolivianos por las consecuencias de ese trágico conflicto bélico, era aconsejable postergar la difusión de la miniserie.

Mi opinión respecto de las gestiones del Sr. Hugo Otero, Embajador del Perú en Chile, era que no irían más allá de dar a conocer la incomodidad que representa a los peruanos recordar los hechos dolorosos de la guerra. Por su lado, las autoridades chilenas expresarían su postura en términos de que la miniserie no provenía de la iniciativa oficial, y aun logrando su postergación por unas semanas, no se podría dar su anulación. Y eso es precisamente lo que ocurrió.

* * *

Algo parecido ocurrió cuando Arabia Saudita amenazó a Estados Unidos si se difundía en su territorio la película *Maut el-Sarát* (Muerte de la Princesa) que trata del fusilamiento de una joven princesa saudita por enamorarse de un plebeyo, cantante de rock, y tener con él relaciones de amor.

¿Qué podría haber hecho el gobierno de Estados Unidos ante las libertades constitucionales de una empresa cinematográfica de esas que a veces son, económicamente hablando, más grandes que muchos de nuestros estados del Tercer Mundo?

Como era de esperarse, la película fue proyectada, y Arabia Saudita nada pudo hacer respecto de sus amenazas.

Igual tenía que ocurrir en Chile con la miniserie "Epopeya", que finalmente fue transmitida un mes después.

* * *

Cada vez que viajo a Lima visito en Miraflores el Parque del Reducto Nº 2, y en Surquillo el Parque del Reducto Nº 5, bastiones conmemorativos de la defensa de Lima en la Batalla de Miraflores, en la cual combatió mi abuelo. El era entonces un joven soldado, desconocido como los tres soldados chilenos que merecieron ser recordados en la miniserie "Epopeya".

En el Reducto Nº 5 me recibe un soldado con quien converso, y me cuenta que el Parque también es visitado por ciudadanos chilenos, porque sus antepasados estuvieron entre los que cayeron en batalla en este lugar. Y cuando le pregunto qué emociones le despiertan sus visitas, responde con derroche de humanidad: "Las mismas que la visita suya, porque el dolor de la guerra es el mismo si somos chilenos o si somos peruanos" —dicho sea de paso, según el Diario del Capitán en la Batalla de Miraflores dieron su vida 2.000 soldados chilenos. El historiador chileno Gonzalo Bulnes Pinto registra 2.124 muertos en Miraflores, y 699 muertos en San Juan, lo que confirma la exactitud relativa de los datos que aporta mi abuelo en su Diario—.

* * *

¿Cuántos cayeron en el lado peruano?

¿Qué ha hecho el Estado peruano por reconocerlos?

Ante estos hechos no cabe el silencio cómplice que guardamos respecto de Don Nicolás Díaz Chávez, cuya vida después de la guerra transcurrió en el total abandono, no obstante todo lo que hizo por la Patria.

De él escribe mi padre: "El actuó como artillero a la edad de 17 años. Tras presenciar el ajusticiamiento de su hermano y tras disparar el último cañonazo, terminó la Batalla de Miraflores. Y ahora vive olvidado en medio de los sinsabores de la ancianidad."

* * *

El Estado peruano ha hecho algo para recordar a quienes defendieron nuestra integridad nacional: Diseñó, implementó e inauguró en 1929 el parque más importante de Lima con el nombre de Parque de la Reserva, para recordar la memoria de los reservistas que lucharon por la defensa de Lima en las batallas de San Juan y Miraflores.

Habían transcurrido 48 años desde la gesta patriótica de 1881, y el Presidente Augusto B. Leguía, consciente del desgaste de su largo mandato dictatorial no quería que otro mandatario que le sucediese inaugurase este magno memorial en el Cincuentenario de las Batallas de San Juan y Miraflores, y procedió a inaugurarlo un año antes de ser depuesto, estando aun inconcluso.

El proyecto del parque quedó abierto a la iniciativa de las generaciones y de los gobiernos futuros. Pero pronto los peruanos olvidaron lo que el Parque de la Reserva representa: Nuestro agradecimiento a aquellos que combatieron y ofrendaron sus vidas en la defensa de Lima.

* * *

El Estado peruano ha hecho más para recordar a sus soldados desconocidos: En 1996 gente del Instituto de Estudios Históricos del Pacífico encontraron en una trinchera del cerro Gramadal, en lo que fuera la línea de combate de San Juan, distrito de Miraflores, los restos bien conservados de un joven soldado peruano, desconocido y de tan sólo 16 años de edad, que luchó por la defensa de la Capital el 13 de enero de 1881.

Tenía alrededor de sí, regados en el arenal que contribuyó a la momificación de su cuerpo, 81 cartuchos de bala que el joven quemó defendiendo su posición. Evidentemente, fue abatido tras quemar su último cartucho.

* * *

Su uniforme de color blanco-crema ayudó a identificarlo como peruano, y se encuentra en el Museo Naval del Callao, en las inmediaciones de la Fortaleza del Real Felipe. Allí mismo se exhiben sus pertrechos.

El Congreso de la República tomó la decisión de ofrecer en la persona de ese soldado desconocido el más alto homenaje a todos aquellos hombres que lucharon en defensa de nuestro suelo: Determinó construir en la Plaza Bolívar una cripta para acoger sus restos mortales en un ataúd expuesto a la vista, resaltando su valor, entrega y patriotismo como ejemplo para las generaciones futuras.

En la entrada de la cripta arde en un brasero una antorcha permanente, y a su lado una inscripción dice:

DESCONOCIDO ES TU NOMBRE,
PERO INMORTAL TU HAZAÑA
EN DEFENSA DE LA PATRIA.

Mi sugerencia al Dr. Luis Castañeda Lossio, cuando era alcalde de Lima, ha sido que dicha cripta tenga acceso independiente del Palacio del Congreso, para que pueda ser visitada por más peruanos, y que un soldado entrenado esté a cargo de la explicación de rigor.

* * *

Lo mismo ha ocurrido en Chile: En las inmediaciones de Arica se encontraron los restos semi momificados por el arenal, de un soldado desconocido pero identificado como chileno por su uniforme rojo-azul.

Y en lo más alto del Morro, al pie del monumento del Cristo de la Concordia que celebra la paz de Chile y el Perú, se ha labrado su tumba que representa al Soldado Desconocido y porta esta inscripción:

LA GLORIA DE UN PUEBLO
RADICA EN SUS HEROES ANONIMOS.
AQUI YACE UN SOLDADO DESCONOCIDO,
ARICA, JUNIO DE 1976.

* * *

El burgomaestre de Lima, Dr. Luis Castañeda Lossio, apreció la conexión del Parque de la Reserva con la historia de la Guerra del Pacífico. Y cuando en el mismo espacio implementó el Circuito Mágico del Agua que iluminó la noche de Lima el viernes 27 de julio del 2007, lo hizo para convertirlo en el complejo de fuentes ornamentales más grande del mundo, como lo cataloga el Diploma conferido por la Guinness World Records el 28 de mayo del mismo año. Y para coronar su obra le sugerimos ubicar en el santuario circular del Parque de la Reserva el Monumento al Soldado Desconocido cuyos restos fueron descubiertos en el cerro Gramadal.

—El Soldado Desconocido no tiene por qué estar en la Plaza Bolívar, delante del Congreso. Su lugar es en el centro mismo del Parque de la Reserva, porque él fue un joven reservista.

—Está bien donde está, porque su féretro está a salvo de la humedad tan recargada del Circuito Mágico del Agua. Pero su monumento debe estar en el centro del Parque de la reserva, un memorial de piedra que haga resaltar el hecho de su tierna edad y de su entrega por los valores de la libertad y de la Patria.

* * *

—¿Y qué del monumento de tu abuelo, el Capitán?

—Respecto de él, el Búho, el más grande poeta celendino, vislumbra su monumento invisible con su pedestal formado por todo el pueblo de Celendín, refiriéndose, me parece, a su gente. El escribe:

Patria, recuerda, Celendín te ha dado
un Capitán que defendió tu honor.
Por él, su pueblo, un pedestal loado,
te ha demostrado su ferviente amor.

6
CELENDIN

Y hablando del Capitán, aparte del escenario de las batallas de San Juan y Miraflores y del escenario del vasto territorio del Perú, el escenario de las historias del presente libro es mayormente la provincia de Celendín, concretamente el distrito de Celendín —que incluye el valle de Llanguat— y la ciudad de Celendín.

La provincia de Celendín se encuentra en la parte sur-oriental del departamento de Cajamarca, colindando al este con el río Marañón y el departamento de Amazonas, y al oeste está su veta aurífera de La Conga —considerada la más grande del mundo— y sus límites con la provincia de Bambamarca.

* * *

La ciudad de Celendín que el Capitán conoció, y a la cual sirvió con amor, es la misma de ahora en cuanto a su planificación y personalidad, salvo los adelantos modernos de pavimentación, alumbrado público, agua, desagüe y alcantarillado, y una reforestación de pinos y eucaliptos ahora extendida en su campiña y en los cerros que la rodean.

Pero aquellos que como yo se cuentan entre los que conocieron la ciudad sin estos adelantos pueden testificar cómo un par de días en nuestra villa, después de venir de la

Capital, nos bastaban para verla hermosa, ejerciendo un innegable impacto en nuestra personalidad.

* * *

En sus comienzos la ciudad se dividía básicamente en dos barrios a partir del Jirón de la Unión y la Plaza de Armas: El barrio de Colpacucho al norte y el de Siracucho al sur.

El hecho de que los nombres de sus barrios originales fueran quechuas en una ciudad típicamente española y portuguesa, señala la importancia que tenían los ingenieros indígenas chilchos que sin duda se contaron entre los planificadores de la ciudad. Habiendo sido ellos ingenieros y militares mitimaes,[57] se contaban entre los estrategas de su planificación.

Esto es algo que hay que recalcar: Los primeros colonos europeos no encontraron aquí una tierra vacía, como muchos suponen. Aunque es verdad que su población indígena se había reducido considerablemente, según documentos de los días del Conquistador Don Francisco Pizarro, eran mitimaes, es decir, ellos mismos extranjeros que inteligentemente optaron por asociarse con los colonos portugueses y españoles que se les juntaron en esta región.

* * *

Sobre el origen de la toponimia "Celendín" (originalmente, "Chilindrín"), la conjetura más convincente es la del Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo, de que proviene del gentilicio "chilchos".

El gentilicio habría derivado gradualmente en "chilicos" —como nos llaman en la costa norte del Perú—, palabra que los primeros colonos sefaraditas pronunciaban "shilicos" (con *shin*), y se lo adjudicaban con orgullo.

Esta explicación tiene sustento documental en el *Primer Informe Etnológico sobre Cajamarca: Año 1540*, publicado por Waldemar Espinoza Soriano en la Revista Peruana de Cultura Nos 11 y 12, Lima, 1967.

El nombre original de la cuenca del lago que fue Celendín, desde los tiempos de los chilchos era "Chilindrín" —al menos en boca de los colonizadores portugueses y españoles—, de donde deriva "Celendín", también escrito en los documentos coloniales como "Zelendín".

La obra de investigación de la Sra. Consuelo Lescano Merino de Rodríguez, *Adviento de Celendín*, muestra que el ingreso de los colonizadores españoles al territorio de la provincia de Celendín ocurrió desde los días mismos del Conquistador Don Francisco Pizarro, a partir de Cajamarca.[58]

El drenaje del lago de Celendín es posterior. La misma obra demostraría que el nombre "Chilindrín" era usado oralmente y no en documentos escritos como los que ella ha tenido el privilegio de examinar.

* * *

Por el año 1770, al llegar los sefarditas provenientes del Brasil, pusieron su mirada en los lagos, en su mayor parte pantanos, porque no eran reclamados como tierra de cultivo o de pastoreo. Pero como estaban incluidos en documentos de la administración virreinal como concesiones y propiedad privada, tuvieron que adquirir el lago de Celendín por medio de un documento de compra-venta.

Tras su adquisición ellos dieron inicio a la empresa de drenaje y disección del lago, y en el fondo del mismo construyeron ordenadamente sus casas y fundaron oficialmente la villa el 12 de diciembre de 1792, siendo Rey de España Don Carlos IV, su madre doña Amalia de Sajonia, y su Primer Ministro Don Manuel Godoy.

El Rey denominó al poblado formado predominantemente por españoles, "Villa Amalia de Celendín", en honor de la Reina Madre.

* * *

La ciudad se extendía en las tierras del lago que se fueron drenando a medida que se realizaba el trazado de las calles.

Se cuenta que para abrir cauce al Río Chico y al Río Grande, que en realidad son canales de drenaje y no ríos, araron el terreno y arrastraron el barro mediante yuntas de bueyes. Mientras tanto habitaban en un campamento en el cerro de Pilco, o San José de Pilco, al sur-oeste. Y dice la tradición que en el momento esperado bajaron rambados[59] para tomar posesión de sus propiedades adjudicadas, tanto en el área urbanizada como en la campiña que se extendía al oriente hasta las faldas del cerro Jelij.

Los celendinos se involucraron en la gesta de la independencia del Perú y en la defensa de la nación en los días amargos de la Guerra del Pacífico, y uno de los batallones de apoyo al ejército que defendería la Capital en 1881, tenía, casualmente, el nombre de "Batallón Celendín Nº 1".

* * *

Una cosa que llama la atención en la ciudad de Celendín es su plano que ha sido comparado como un tablero de ajedrez.

Llama la atención que el ancho de sus calles sea mayor que el de las calles de la Lima cuadrada, siendo ésta la capital del Virreinato, mientras que Celendín era una villa pequeña y escondida en un lugar recóndito de los Andes.

Por cierto, en una villa que por sus dimensiones ni siquiera demandaba espacio para la circulación en doble sentido de carretas, menos se podía prevenir el tráfico de buses y camiones movidos por motores de combustión.

Entonces, ¿por qué las calles de Celendín son tan amplias?

Las explicaciones no satisfacen cuando sólo se enfoca el hecho como que se trata de un proyecto de urbanización muy avanzado para su época y complicadísimo si se toma en cuenta el reto del drenaje del lago sobre cuyo fondo se asienta, drenaje hecho una vez para siempre.

La única explicación posible es que sus fundadores previeron que una vez extendida en toda la campiña la ciudad se convertiría en una metrópoli de mayor magnitud dada su ubicación estratégica en la ruta que unía oriente con occidente en esta parte del Perú, lo cual se ha cumplido en nuestro tiempo con el asfaltado de la carretera de Cajamarca a Chachapoyas, pasando por Celendín.

* * *

Muchos de los hijos de Celendín, como Don Pedro García, el Búho,[60] le han dedicado poemas, y el poema mío publicado en mi obra, *Filosofía de la vida*, y que incluyo a continuación describe en trazos escuetos sus características físicas y espirituales.

Y dice así:

CELENDIN

Infancia fugaz de sello indeleble.
Horas de escolar, días de recreo.
Infancia tenaz, don saludable.
Hombres que se nutren del recuerdo.

Campiña bordada con garzas de plata.
Olor de eucaliptos, frescor de alborada.
Luz auroral que inunda la plaza.
Colegiales que escoltan cada madrugada.

Formación de tejas, tablero perfecto.
Calles rectilíneas, sin repliegues.
Amplias portadas, balcones celestes.
Quietos zaguanes y patios floridos.

Torres compiten con las blancas nubes.
Almácigo de blancos sombreros de paja.
Blancas paredes reflejan las luces.
Gracia femenil, piernas blancas.

Olor de leña fresca, lata de panecitos.
Hornos de cúpula, llama, traqueteo.
Hora de la oración, del galanteo.
Tímido pestañear del cielo andino.

La Luna se yergue en el negror del cielo.
Estrellas salpican la Vía Láctea.
Tinieblas encubren el amor, los celos.
El silencio, desgarra una serenata.

Una canción de cuna, un tarareo.
Una canción de amor que rompe el alma.
Un "adiós", un brindis de bohemio.
Un pañuelo blanco, sin palabras.

Retienes a tus hijos, sólo hasta la hora:
La hora del umbral, la faz de la hombría.
¡Bendícelos das das, que vayan sin demora!
El mundo es su patria y ciudadanía.

Oh, caravana de místicos taurinos:
¡Volveos a casa del último rincón!
Es hora de sentirse simples celendinos,
¡emoción que sublimiza el corazón!

La calle principal de Celendín
Oleo del artista Jorge A. Chávez Silva, El Charro

A continuación transcribo el comentario que acompaña este poema:

Celendín, mi patria adorada, es una comunidad ancestral que comparte ideales y logros sobre la base del aprecio del esfuerzo individual.

El individualismo dentro de nuestra tradición familiar de ninguna manera produce el divorcio de las generaciones. Al contrario, fusiona a los viejos y a los jóvenes en el mismo espíritu juvenil.

El momento en que los frutos del esfuerzo individual tengan que aflorar coincide con el retorno a la tierra que a pesar de estar distante mantuvo ardiendo siempre la llama de la inspiración.

Celendín me ha dado identidad; un marcado sentido de identidad que me ha mantenido incólume en medio de las fuerzas del caos de la sociedad.

Celendín ha constituido el contexto de mis valores y el manantial de mi filosofía de la vida.

* * *

Nos sumamos a los editores del periódico, "Fuscán"; a su actual director, el escritor Jorge A. Chávez Silva; al Sr. Francisco Tavera Chávez, bibliógrafo fotográfico, y a otros celendinos que luchan porque las características de la ciudad de Celendín sean respetadas en lo que concierne a su diseño original por parte de sus fundadores.

7
EL BATALLON "CELENDIN Nº 1"

Se acercaba el final del año 1879.

Había transcurrido medio año después de iniciada la Guerra del Pacífico entre Chile y Bolivia, y la lamentable intervención del Perú en guerra ajena cuando el envío del Plenipotenciario peruano Lavalle a Chile fue considerado declaración de guerra por parte de Chile, porque abogó por su aliado militar.

Las tropas chilenas, después de triunfar en el territorio peruano de Tarapacá y en las campañas de Tacna y Moquegua, avanzaban decididas a tomar Lima, la Capital, en su intento de terminar la guerra con un armisticio y un tratado de paz favorable y definitivo que tuvo lugar recién a fines de 1883.

Los chilenos no habían alcanzado aún las regiones de la sierra norte del Perú, pero las noticias de sus incursiones en los valles de la costa les habían precedido. Entonces, el Zaturnino tomó a pecho la convocatoria del Coronel Andrés A. Cáceres para organizarse en batallones de apoyo al mermado ejército regular que defendería Lima a comienzos de 1881.

* * *

El Zaturnino, que entonces tenía 25 años, inflamó con su arrojo a un gran número de jóvenes celendinos que decidieron seguirle para defender la Patria. El grupo era grande, pero muchos de ellos eran menores de edad que se debatían en grandes conflictos con sus padres. A ellos les aconsejaba no abandonar sus casas y ser útiles a la Patria en sus respectivos lugares de origen.

El grueso de voluntarios no alcanzaba a completar un batallón, como era la expectativa de ellos. Con todo, se decidieron a partir, en medio de las vivas de sus coterráneos.

Según el relato del Zaturnino, tras haber sido elevado al grado de Capitán, después de recorrer varias veces el contorno de la Plaza de Armas con los puños en alto, el grupo de voluntarios dio entusiastas "¡Viva el Perú!"

Pero eran conscientes de que antes debían pasar por el debido entrenamiento militar, juntos con los voluntarios de otras regiones del Perú. Los instructores serían designados por los más altos mandos militares que respondían directamente a las órdenes del entonces Coronel Cáceres.

* * *

Entre aquellos valientes que partieron en tropel desde la Plaza de Armas de Celendín, estaban dos que habían sido sus compañeros en la primaria: Fidel Velásquez y Jerónimo Aliaga; este último se convirtió en su lugarteniente.

También le siguieron desde el primer momento Julián Pereyra, Gregorio Rojas, Rosales Quevedo, Manuel Fernández, Raimundo Chávez, Lorenzo Chávez (a quien apodaban "el Gavilán"), Pedro Bazán, Inocente Díaz Chávez, Nicolás Díaz Chávez (hermano menor de Inocente Díaz) y Félix Vallerriestra.

Uno de los valientes venía desde la Conga de Urquía, y otros le siguieron de Chacapampa, de Poyunte Cucho y de cada uno de los barrios de la ciudad. Quizás otros se les unirían procedentes del Huauco, Oxamarca, Utco, Huacapampa. Otros de Guañambra, Huasmín, Sorochuco, Minasconga, Mangash y Guangashanga. Esperaba que su iniciativa tuviera eco para despertar el patriotismo en todos los rincones del norte del Perú, para contribuir a la defensa de la Patria.

Muchos otros nombres, entre los que destaca el de Santiago "Saltaperico", podrían ir aflorando si acaso se llegase a descubrir el texto completo del Diario del Capitán.

* * *

Había gran expectativa por ver cara a cara al Brujo de los Andes, al héroe de Tarapacá.

Quizás al principio no podrían verle de cerca, pero si destacaban por su arrojo, sin duda tendrían la dicha de verlo vestido de gloria en la acción.

El Zaturnino se esmeró en reclutar la gente que, según esperaba, pasaría a formar parte del "Batallón Cajamarca", porque llegada la fecha de partir faltaban unos pocos hombres para completar un batallón aparte, y se podría esperar que algunos desistieran al contemplar las peripecias del camino y el futuro incierto.

Sólo faltaban seis valientes para completar el número requerido para formar un batallón.

* * *

Con los que ya tenía, el Zaturnino marchó a Cajamarca, para luego proseguir por el valle del Magdalena hasta el puerto de Pacasmayo. En este lugar se encontrarían con los emisarios de Cáceres, junto al muelle.

Hasta Pacasmayo era un viaje de dos semanas, tomando en cuenta los bríos de su juventud. Si alguna vez recorres ese escenario y miras a tu paso la gran represa del Gallito Ciego, recuerda que por el fondo de la misma transitaron esos jóvenes patriotas con sus almas saturadas de amor y sueños de victoria.

Entonces, antes de que el grueso del incipiente batallón alcanzara las alturas de la Jalca, les alcanzó un joven llanguatino cuyo nombre lamentablemente no aparece escrito en los fragmentos que han quedado del Diario del Capitán. El les había seguido desde Mamaj, chaquiñán chaquiñán,[62] porque no los pudo alcanzar en la Plaza de Armas de Celendín.

Faltaban sólo cinco hombres.

* * *

Cuando avanzaban a campo traviesa y disfrutaban de un banquete de papas guagalinas sancochadas y ají de chiche que les alcanzaron unas mozas buenasmozas y piernudas de las jalcas de Sendamal, les dio alcance otro más que venía corriendo tras ellos desde la ciudad de Celendín.

Se trataba del Nicolás Díaz Chávez, que entonces contaba con sólo 16 años de edad.

El Zaturnino conservó la copia de la esquela que le obligó a escribirle a su mamá desde la Jalca. Después de un largo tire y jale él fue admitido en el grupo, porque su hermano mayor, Inocente, dio su consentimiento.

Faltaban sólo cuatro hombres.

* * *

Entonces, a poca distancia apareció sonriente el Félix Vallerriestra, que les venía siguiendo de cerca, pero medio oculto, acaso acosado por la indecisión.

Era otro menor de edad a quien el Zaturnino le obligó a volver a casa, pero al no conseguirlo porque "se empaló",[63] le hizo que escribiera una esquela a su madre, cuyo borrador conservó como parte de su Diario, una especie de documento "A Quien Concierna".

Esto es lo que el Félix escribió a manera de despedida: "Madrecita, ten seguridad de que sabré cumplir mi deber y no retrocederé un solo paso."

Lastimosamente, la suerte le fue adversa, y murió en el combate.

Ahora faltaban tres.

* * *

En el camino habían recibido contribuciones de alimentos, de mulas y ponchos de lana.

Ya se había hecho necesario organizar una cuadrilla de mantenimiento y otra de defensa, si acaso fueran asaltados por los despreciables bandoleros anti-peruanos que aprovechándose del pánico de la guerra, y so pretexto de proteger de los chilenos a las poblaciones, asaltaban en los caminos y en los poblados, saqueaban aldeas y mataban sin compasión.

En aquellos días la gente los llamaba "montoneros", para distinguirlos de los chilenos, que usaban de similares métodos.

En la Encañada les alcanzó otro muchacho valeroso que venía de Minasconga, de la cercanía de Sorochuco, y como calificara física y espiritualmente, fue admitido en el grupo para completar el número requerido.

Faltaban sólo dos hombres.

* * *

Entre la Pampa de la Culebra y los Baños del Inca les salió al encuentro otro shilico, porque la fama del batallón que comandaba el Zaturnino les precedía y avanzaba con mayor celeridad.

Quizás el que faltaba aparecería de un momento a otro. Por eso, el Zaturnino y sus valientes, miraban ansiosos a diestra y siniestra, y hacia atrás, peinando con la mirada los cerros y las colinas cercanas y distantes para ver si aparecía alguien más que les saludara levantando en alto la bandera del Perú.

Pero nadie más parecía haberse dado cuenta de los objetivos. Al contrario, se respiraba una atmósfera tensa y había gran inquietud respecto de lo que podría depararles su llegada a Cajamarca.

Faltaba un solo hombre.

* * *

Justo antes de entrar en Cajamarca, otrora residencia del Inca Atahualpa, se puso de pie en medio del camino un hombre de porte militar, afincado sobre sus dos piernas poderosas y luciendo un par de cachabotas relucientes que a lo lejos llamaban la atención. Parecía decidido a cerrarles el paso.

Los hombres del incipiente batallón sintieron consternación. Tenían de todo, pero en lo que respecta a armas no tenían más que machetes de llanguatinos y fuetes de capataz, aparte de puñales para el combate cuerpo a cuerpo.

¿Se trataría de algún montonero que se les había adelantado a tomar como rehenes a las autoridades de la ciudad, o acaso a los mismos agentes secretos enviados por el Coronel Cáceres para darles la bienvenida?

¿Se trataría de algún chileno que a nombre del Coronel Baquedano se atrevía a anunciarles la rendición de la plaza y la disolución del grupo de jóvenes patriotas antes de llegar a su destino?

¿O acaso se trataba del fantasma de Don Francisco Pizarro, que aún se sentía dueño de la ciudad de Atahualpa y aparecía acompañado de gente emboscada con los cañones dispuestos pero escondidos debajo de pullos en medio de los coches y de las ovejas que pastaban tranquilamente a los lados del camino?

* * *

Sólo el Zaturnino le logró reconocer a lo lejos, a pesar de que no llevaba consigo sus característicos bigotes. Y lleno de alegría exclamó:

—¡Es el Shante[64] Saltaperico!

Hacía dos semanas que el Shante había guiado una recua de mulas alquiladas cargando chancaca desde Llanguat hasta Cajamarca.

El tenía planeado adelantárseles a la costa tras hacer escala en Chilete. A esas alturas, el Zaturnino lo imaginaba ya por Pacasmayo, pero no. . .

Evidentemente, se había quedado nomás en Cajamarca porque sabía que los hombres de Celendín llegarían de un momento a otro.

Cuando se acercaron al hombre que era conocido por sus bigotes de alcurnia, se percataron de que aquellos benditos bigotes de saltaperico habían desaparecido, hecho que para algunos significaba mal agüero, y para otros significaba que se acercaba una nueva fase de la vida nacional.

Para la mayoría, su flamante aspecto cailingo[65] era motivo de risas y comentarios.

* * *

El Shante Saltaperico se plantó inmóvil, esperándolos. Sólo cuando los grandes amigos estaban a cinco pasos de distancia se apresuraron adelante los dos y se confundieron en un violento abrazo.

—Les estaba esperando —dijo—.

El Zaturnino le preguntó qué cosa pudo haber ocurrido con sus bigotes majestuosos, pero el Shante no le escuchó ni le respondió en ese momento, porque el grupo de valientes levantó en alto sus machetes y gritaron con estruendo:

—¡Nuestro batallón se completó!

* * *

Algunos de la Tranca, que habían llevado cañazo en sus cuernos de Corpus Christi, comenzaron a danzar la Guayabina, simulando con sus bocas el sonido salvaje de los shilshiles.[66] Y el Shante Saltaperico, sintiéndose un toro semental, levantó los brazos formando ángulos con sus codos, y gritó:

—¡Muuuuuuuuu! ¡Muuuuuuuuuuuuuu!

No faltó el osado que le aventó una pepa de palta, calculando no dar en el blanco, y disimuló luego que bailaba la danza de la Vieja.

Todos se confundieron en abrazos y otras expresiones de alegría, pero en lo que se refiere al Shante Saltaperico, su cuota de nostalgia no se podía disimular. Para aventurarse a la victoria, y acaso para abrirse camino en la costa hasta el momento oportuno de formar un dulce hogar había dejado en Celendín a su amada Catalina, la sensual "Ojos de Misho".[67]

* * *

Para sorpresa del grupo, en Cajamarca les esperaban muchos jóvenes celendinos en fila de potochos junto a la vereda del Colegio San Ramón, con sus vituallas listas para partir con los valientes.

Al día siguiente partieron junto con los de Cajamarca y de otras provincias rumbo al puerto de Pacasmayo. Subieron a pie las frías cumbres de El Cumbe, pasaron por San Juan, por Magdalena, por Chilete, por Tembladera, y descendieron a la costa siguiendo el cañón del río Magdalena.

Las muchachas lugareñas se alegraban y al mismo tiempo dejaban caer lágrimas al verlos tan alegres y bulliciosos, jugando a la pega como niños. Presentían que algunos de ellos nunca volverían a pasar por su lugar.

* * *

Llegaron a Pacasmayo con los pies maltrechos, pero tuvieron una cariñosa bienvenida de parte de los oficiales enviados por el Coronel Cáceres.

Sin pérdida de tiempo fueron alimentados, curados y vendados, y luego fueron embarcados en el muelle en un buque de guerra expreso rumbo a Ancón, burlando la vigilancia de las corbetas chilenas.

Y no pasaron muchos días en el lugar de su destino hasta que vieron cara a cara al genio militar y estratega de la guerra que con el devenir del tiempo se enfrentó a los chilenos y a los chilenizados y se hizo merecedor del epíteto de "el Brujo de los Andes".

* * *

La Guardia Nacional Republicana hizo los arreglos para incorporar a los valientes celendinos al Escuadrón del Norte. Pero al constatar su número, Cáceres decidió que formaran un batallón aparte, al cual denominó "Batallón Celendín Nº 1".

El número de ellos al partir de Cajamarca ya excedía al de un batallón y tanto Cáceres como el Zaturnino Chávez tenían la expectativa de que pronto se completaría un segundo batallón de celendinos, que estaría, quién sabe, al mando del Gregorio Aliaga, o del Inocente Díaz, o del Shante Saltaperico, tres de sus más valerosos allegados que

gustaban entonar a voces la canción "Llevando mujeres en la cartuchera", pegajosa melodía militar francesa que dice:

Al batallón le gusta mucho el vino.
Al batallón le gusta mucho el ron.
Al batallón le gustan las mujeres.
Y a las mujeres les gusta el batallón.

* * *

¿Qué fue del Batallón Nº 1 en las postrimerías de la guerra en defensa de Lima?

En la fase final de la Batalla de Miraflores, Don Zaturnino y su Batallón se abrieron camino a la rastra y a bayoneta calada, y lograron unirse a los combatientes del Reducto Nº 2 que estaba al mando de Ramón Ribeyro.

Los chilenos titubearon si atacar a un batallón reforzado, y esperaron instrucciones sobre qué hacer.

La escasa tregua restauró el alma de los combatientes peruanos, quienes tampoco atacaron. Poco después, un oficial chileno y un oficial peruano se acercaron portando sendas banderas de Chile y el Perú, y les ordenaron desbandarse de inmediato, garantizándoles su integridad física, pero sin señalarles ningún tipo de provisiones.

Las negociaciones en el Palacio de Gobierno en Lima habían empezado y conducirían luego a la firma del armisticio.

* * *

Don Nicolás Díaz Chávez nunca se cansó de referir la horripilante escena del fusilamiento de su hermano Inocente, en momentos previos de la retirada de los defensores hacia Miraflores, una vez rota la línea de defensa de San Juan.

Contaba Don Nicolás que el coronel chileno Sotomayor le dijo a su hermano medio en serio y medio en broma:

—Diga "¡Viva Chile!" y vivirá.

Y el Inocente gritó:

—¡Viva el Perú!

Entonces se adelantaron unos soldados chilenos desde varios puntos del campo. Eran el pelotón de fusilamiento que no había aún tomado su posición, cuando se escuchó la orden:

—¡Disss. . . páren! ¡¡¡Fuego!!!

* * *

Muchas preguntas me provoca el relato que mi padre, Don Juan Chávez y Sánchez, rescatara de boca de Don Nicolás,[68] pero las cosas se me aclaran con la lectura de la obra, *La Guerra del Pacífico*, del historiador chileno Gonzalo Bulnes Pinto, que da a entender que los militares chilenos se esforzaban desesperadamente por detectar entre los líderes peruanos adherentes de su proyecto de un tratado de paz. Quizás la frase "¡viva Chile!" no haya sido realmente formulada, pero acusa tal intencionalidad.

Respecto de la frase "¡viva el Perú!", con esas palabras morían los patriotas al ser fusilados, y no despertaba en los chilenos otra reacción que el convencimiento de que es difícil o imposible anular el sentido de identificación nacional de un pueblo.

Don Nicolás era aquel muchacho menor de edad a quien el Zaturnino le permitió seguirle tras haberle obligado a escribir una esquela que dizqué nunca llegó a las manos de su madre.

Su retorno a Celendín junto con Don Zaturnino, después de una larga odisea por la región amazónica fue toda una sensación porque debido a que sus cartas nunca llegaron a su destino, su madre lo creía muerto.

* * *

Pero conmueve más lo que le ocurrió al Shante Saltaperico quien decidió volver a casa de inmediato, tras el final de la guerra, pero nunca llegó a pesar de que un compromiso sentimental había marcado poderosamente su existencia y su bigote. Después, ¿qué sería de su enamorada, la exuberante "Ojos de Misho"?

Todas estas historias conmovedoras, que intuyo no son más que la punta del iceberg, quedaron sepultadas por el polvo y el silencio hasta que me propuse escenificarlas en el ámbito de mi alma.

A estos héroes "tragados por nuestra ingratitud" les rindió un emotivo homenaje 47 años más tarde el poeta celendino, el Búho, en su poema "Heroísmo Celendino":

En las breñas peruandinas
héroes hay, tan olvidados,
como los que al circo fueron:
De la ingratitud tragados.

Yo quiero levantar un héroe
alzando su loza fría,
para darle el verde olivo
que su pueblo ahora le envía.

Llevar he, como alto fin,
homenaje al patriotismo
que con armas y civismo,
realiza Celendín.

* * *

Desde niño he visto a Zaturnino Chávez como un joven líder que impactó poderosamente a sus compañeros de armas por quienes siempre demostró cariño y comprensión. Y con el transcurso del tiempo llegué a asociarlo mentalmente con la imagen señera de un joven líder de Israel poco antes de que surgiera como Estado: Yosef Trumpendor.

Expulsado de su propia patria por el tirano turco, él fue a Egipto donde se encontró con centenares de jóvenes, en su mayoría estudiantes de secundaria del colegio de Yafo, también expulsados de su patria como él, y que como él querían dar libertad a su patria y

volver al seno de sus familias, y a su colegio. Esos jóvenes se congregaron alrededor de Trumpeldor y se ofrecieron como voluntarios al ejército de Inglaterra, que en esos días de la Primera Guerra Mundial acampaba en Egipto, listo para la batalla final contra el imperio turco que se libraría en Sión, la Tierra de Israel.

El General Maxwell, comandante del ejército de Inglaterra en Egipto les respondió que la ley inglesa prohíbe el reclutamiento de extranjeros para su ejército combatiente. Pero les propuso que sirvieran en el frente de Turquía, arreando las mulas encargadas de llevar pertrechos a los soldados ingleses que combatían en a península de Gallipoli que domina el estrecho de Dardanelos.

La propuesta deprimió a los jóvenes de Israel, pero Trumpeldor la aceptó. Como experimentado militar —había sido oficial en el ejército de Rusia—, argumentaba así: "En la guerra no hay diferencia entre el soldado que dispara y el soldado que le alcanza las balas." Y añadió: "En una guerra como ésta todo frente es el frente de Sión."

En marzo de 1915 se creó el "Regimiento de las mulas de Sión", uno de los peldaños del glorioso Ejército de Defensa de Israel (el TSAHAL).

La insignia del regimiento era la Estrella de David y estuvo al mando del Coronel Henry Peterson. Y a Trumpeldor se nombró como su lugarteniente con el grado de Capitán.

* * *

Volviendo a nuestra historia, ¿qué ocurrió con los demás combatientes del Batallón Celendín Nº 1?

La mayoría sobrevivieron, aunque pocos de ellos volvieron de inmediato a su casa.

Algunos murieron atravesados por la bayoneta calada, entre ellos el joven Félix Vallerriestra.

Algunos se establecieron en la Capital y en otras ciudades de la costa, y otros se vieron involucrados en diversas escaramuzas para combatir aquella lacra que significaron las montoneras para la vida nacional.

Don Zaturnino se refiere en su Diario a tales nuevas circunstancias: "En algunos lugares nos negaban hasta un poco de agua y hospedaje por creernos montoneros. Para despreocuparlos de esa idea les ofrecíamos nuestras armas, sin poderlos convencer."

A continuación, él y diez jóvenes del Batallón Celendín Nº 1 se aventuraron a recorrer la selva amazónica en una odisea memorable que ocupa un espacio especial en el Diario del Capitán: "La Odisea en el Amazonas".

8
LA ODISEA EN EL AMAZONAS

Tras las batallas de San Juan y Miraflores, y una vez firmado el armisticio con Chile, diez de los combatientes del Batallón Celendín Nº 1 acompañaron al Zaturnino Chávez y se lanzaron a la gran aventura de peinar a pie el territorio nacional, costa, sierra y selva para conocerlo a fondo.

Destaca en su recorrido la travesía hasta Iquitos por los ríos que se desplazan en la Amazonía con su objetivo en la costa del Brasil en el Océano Atlántico. El Zaturnino Chávez y dos acompañantes sólo llegaron a Iquitos, aunque su objetivo fue proseguir en el Amazonas mucho más allá.

Posiblemente ninguno de ellos pudo jamás percatarse de la trascendencia de su hazaña y de que un siglo después su itinerario llegase a ser objeto de escrutinio y de inquietantes hipótesis historiográficas en el aula de la Universidad Hebrea de Jerusalem, Israel.

* * *

Mi padre solía decir que el objetivo de su padre era emular al sabio naturalista italiano, Don Antonio Raimondi, siguiendo sus pisadas y contando sus pasos, como él solía hacer para calcular las distancias. Esta explicación propalada por su tío, el Dr. Don Moisés Sánchez y Pereyra, está difundida en nuestro pueblo, dada la *quasi* veneración que el Zaturnino demostró tener por el autor de la enciclopédica obra, *El Perú*.

Pero el Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo, al re-examinar su itinerario sobre el mapa, se pone bruscamente de pie y exclama:

—¡Creo que su objetivo ha sido reproducir la odisea en el Amazonas, en el Huallaga y en el Marañón de los primeros colonos europeos que llegaron a Celendín desde el oriente, digamos, los sefaraditas procedentes del Brasil!

Y mientras se sienta lentamente, balbucea:

—Más de un celendino ha soñado con repetir esa hazaña.

* * *

El fragmento del Diario del Capitán que describe estos hechos omite detalles de su travesía desde Lima y empieza presentando a los caminantes reagrupados en Rioja, su punto de partida hacia la Amazonía profunda.

De Rioja procedieron al este, a Moyobamba y Huanabamba; y hacia el sur, a Lamas y Tarapoto, para seguir después el curso norte del río Huallaga rumbo a Yurimaguas y a su unión con el río Marañón.

Después siguieron el curso del Marañón hasta donde se une con el Ucayali para formar el río Amazonas, y prosiguieron el curso del Amazonas hasta la isla encantada de Iquitos.

Las ingentes dificultades de la empresa desanimarían a cualquiera, y eso ocurrió. Sin abundar en comentarios cuenta el Capitán que siete de sus acompañantes se quedaron

en Moyobamba, y él continuó hasta Iquitos sólo con los tres restantes: Jerónimo Aliaga, Pedro Bazán y Nicolás Díaz Chávez, el menor y el más comedido.

Nunca sabremos si abrigaron la idea de seguir el curso del Amazonas más allá de las fronteras del Perú, para finalmente bordear las costas del Brasil hacia el sur en barcos de cabotaje.

* * *

Después de pasar tres meses en Iquitos regresaron y se volvieron a juntar con sus compañeros en Huanabamba. Y tras bregar por los ríos en una balsa que ellos mismos construyeron, pudieron dejar atrás la vorágine de la selva para enfrentar otra vez la travesía ecuestre de la cordillera de los Andes, pasando por Leymebamba rumbo a la banda occidental del Marañón y la Fila del Jelij.

Finalmente descendieron a la verde y refrescante campiña de Celendín en cuyo extremo occidental se divisaban, diminutos, los techos de tejas rojas.

Todos volvieron a casa y tuvieron un recibimiento de héroes a pesar de llevar la ropa hecha jirones y los pies maltrechos y envueltos con trapos, a causa de la dura travesía.

Todos volvieron a casa, excepto uno, el Pedro Bazán, quien squé se quedó en la isla encantada de Iquitos, atrapado y enredado por los brazos y las piernas de la Warmiboa, una hembra descomunal. —De Iquitos se suele decir que es el paraíso perdido donde las mujeres son diosas, y sus hombres. . . ¡una irrisión!—

Llegaron de regreso a casa en septiembre de 1881. El relato, reformulado en tercera persona por mi señor padre, no especifica el día.

* * *

La hipótesis del Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo se basa en antiguas tradiciones orales difundidas en la población celendina, y coincide con las investigaciones del historiador Don Apolonio Carrasco Limas. Las mismas hallan expresión en un corto artículo de interés antropológico aparecido en 1964 en el periódico "Expreso" de Lima y que lleva por título: "Un pequeño estado judío en plena sierra peruana: HEBREOS PERSEGUIDOS POR LA SANTA INQUISICION FUNDARON CELENDIN" —una fotostática de este artículo, en el que no consta el nombre de su autor me fue entregado por el Amauta varios años después de su publicación. Yo no lo conocía previamente—.

No sería casualidad que la ruta del Capitán de Iquitos a Celendín coincide, en lo que respecta al territorio peruano, con la travesía de tales "hebreos".

En una entrevista que le hice en su bufete de abogado en uno de los portales de la Plaza San Martín, el Dr. Apolonio Carrasco Limas declaró no haber escrito el artículo del periódico "Expreso", aunque avalaba plenamente su contenido.

¿Quién escribiría ese artículo tan detallado, y sin duda dependiente de las conclusiones del estudio del Señor Embajador de Israel tras su visita a Celendín?

Es un enigma.

* * *

El artículo empieza así: “En el corazón de los Andes norteños del Perú existe una versión del Estado de Israel en pequeño. Se trata de la capital de la provincia de Celendín, ciudad del mismo nombre, y dos poblaciones cercanas, Sucre y José Gálvez, cuyos habitantes, casi en su totalidad, son de ascendencia judía.”

El artículo prosigue: “A los celendinos se les ha conocido secularmente entre los pueblos de la sierra norte como ‘los judíos peruanos’. El profesor limeño de historia, Apolonio Carrasco Limas, es quien más se ha interesado por el estudio de las peripecias de un grupo de judíos portugueses que, perseguidos por la Inquisición en la Península, llegaron al Perú alrededor de 1780, después de atravesar el Brasil.

“Convertidos a la fe católica, se establecieron en la hacienda Chilindrín, ubicada en la entonces Intendencia de Trujillo, que compraron a un convento de monjes mercedarios. En aquel lugar levantaron tres poblaciones —Celendín, Sucre y José Gálvez— y transformaron sus nombres y apellidos para evitar las persecuciones vigentes contra los judíos en la sociedad virreinal.”

Y añade: “Coincidiendo con la versión del profesor Carrasco Limas existen otras de incontrastable valor, como la del catedrático de historia de la Universidad de Huamanga, Jesús Silva Santistevan.”

El artículo concluye: “Precisamente, el Dr. Michael Shimon, Embajador del Estado de Israel en el Perú, viajó recientemente hasta la provincia de Celendín en pos de confirmar la noticia. Desde entonces tiene la certeza de que los celendinos son verdaderos judíos.”

* * *

Respecto de esta ilustre visita refiere mi hermano, el Profesor Julio César Chávez, en un documento escrito como comisionado de la Municipalidad de Celendín: “El 8 de noviembre de 1962, sin anuncio previo, el helicóptero que trajo al Excelentísimo Señor Embajador de Israel, aterrizó en la Plaza Sevilla a horas 8.45 a.m. El Embajador venía acompañado de su señora esposa y de su comitiva. Y acto seguido, el gentío que se había aglomerado para ver el helicóptero los guió a la Farmacia Chávez, para preguntar allí por el paradero del profesor Orestes Tavera, el único que podía responder a las interrogantes del Señor Embajador.”

El Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo, y su esposa Isabel Chávez (mi hermana), agasajaron en su casa al Señor Embajador y a sus ilustres acompañantes.

El artículo del periódico “Expreso” incluye las observaciones del Señor Embajador a quien busqué entrevistar durante mi residencia en Israel, sin conseguirlo. Y respecto del artículo en sí, lo incluimos al final de esta obra a manera de Apéndice.

* * *

Ahora bien, si pasas una vacación en Celendín, suficientemente larga como para conocer de cerca a algunas familias encopetadas que remontan su ancestro a los fundadores, vas a escuchar historias de inquietantes aventuras amazónicas de sus antepasados a los cuales llaman “portugueses” y “sefaraditas”.

Tal es por ejemplo la historia de los Amayo, apellido que se parece a una palabra hebrea cuyo componente básico es *am*, “pueblo”, y que no se da en ningún otro lugar del Perú.

Tal es la historia de los Rabanal, apellido de similar etimología que el de Ab-rabanel o Abrabanel, líder espiritual de los sefaraditas y ministro del rey Alfonso V de Portugal. *Ab* significa en hebreo "padre", *rabán* es "grande", y *El* es "Dios".

La historia de otra de esas familias procedentes del Brasil, la familia Pereyra, es presentada por el escritor Einar Pereira en su novela, *Celendín: Tablero de ajedrez*, aunque él, por alguna razón disimula lo judío maquillándolo de árabe-marroquí.

En la misma línea se cataloga la novela del antropólogo Don Jorge A. Chávez y Silva, *Historias de Yungamar*, en que "Yungamar" funciona como nombre críptico de Celendín, pero no se lo digas a nadie.

Y más específico es el ensayo etno-historiográfico, *Origen judeo-portugués de los pobladores de Celendín*, escrito por el Prof. Luis Daniel Quiroz Amayo, que es nada menos ni nada más que el angélico "Doctor Nelo" de la Divina Comedia Shilica.

* * *

Y si preguntas por la verdadera identidad de tales "portugueses" shilicos, todos te dirán que no es ninguna novedad que eran judíos sefaraditas que llegaron del lejano planeta Brasil y que entre ellos se comunicaban en el ininteligible lenguaje de las tortugas: El "tortugués".

Estos datos son confirmados por el tradicionalista peruano, Don Ricardo Palma, en sus conmovedoras tradiciones intituladas, "La Casa de Pilatos" y "Los judíos del prendimiento", donde indica que los así llamados "portugueses" en el Virreinato del Perú eran, en realidad, judíos sefaraditas, es decir, judíos provenientes de Sefarad, palabra hebrea con que los judíos designaban a España.

* * *

—¿Qué características transportaron aquellos "portugueses", surcando ríos caudalosos y pantanos reclamados por anacondas gigantes, y trepando por los macizos de los Andes nororientales hasta llegar a la orilla de un misterioso lago reclamado por duendes siprallas?[69]

—Las mismas características de sus padres, pues los que llegaron no fueron los mismos que partieron, sino sus descendientes, con generaciones de por medio.

—¿Acaso podremos reconocerlos en su salsa?

—Según el Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo, ése fue el objetivo del Capitán cuando realizó su travesía amazónica hasta Iquitos. Si es que no se propuso seguir hasta Manaus, hasta Belem y hasta Recife, en el departamento de Pernambuco en Brasil, que es de donde salieron las migraciones de sefaraditas portugueses cuando la costa del Brasil dejó de ser holandesa y volvió a manos del Portugal. . .

* * *

Efectivamente, un examen minucioso de la geografía muestra que el Capitán siguió parte de la ruta de esos portugueses, ida y vuelta.

—Pero, ¿por qué razón la llegada y la permanencia de esos portugueses en esa recóndita región del Virreinato del Perú se rodea de tanto misterio?

—Porque entraron "por la guacha",[70] y quién sabe cuál habría sido su suerte a no ser por la cariñosa acogida que les brindaron los indígenas mitimaes chilchos que durante el dominio de los Incas habían remplazado a la población choctamallque de la región, el actual territorio de la provincia de Celendín. A eso se suma el encubrimiento que les brindaron después sus asociados españoles, conscientes de haber llegado a formar en esa región apartada del mundo "una familia tan normal", como la de los Locos Adams, en que portugueses, españoles, chilchos e indígenas culli (o chimú) terminaron juntos y revueltos.

—Sí, pué. En Celendín no hay perro que valga. . . Quizás por eso mismo decía el Alfredo Rocha: "De músico, poeta y loco, todos los celendinos tenemos un poco."

—O dicho de otro modo, ¿el manicomio de Celendín?

—¡Claro! Esos son los shilicos, apelativo que deriva de los chilchos que entonces eran los señores de esa serranía, ellos mismos mitimaes extranjeros según el *Primer Informe Etnológico sobre Cajamarca: Año 1540*, publicado por Waldemar Espinoza Soriano en la Revista Peruana de Cultura, números 11 y 12, Lima, 1967.[71]

Del Brasil a Celendín - Ruta de los "Portugueses"

9
MIRANDO HACIA EL ORIENTE

La hipótesis del Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo podría explicar el por qué los celendinos siempre tuvieron el ojo puesto en el oriente, a partir de "la otra banda del Marañón", mientras los demás habitantes del departamento de Cajamarca tenían la mirada puesta el occidente, hacia la costa y hacia Lima, la capital . Es que les atrae la ruta por la cual vinieron para establecerse en este lago nuestro, o como se suele decir, en este *mare nostrum*.

El relato de la extraordinaria odisea en el Amazonas y la reinterpretación del Amauta de los hechos relacionados con la tradición de que algunos celendinos vinieron del oriente, procedentes del Brasil, y que eran llamados "portugueses", fue una de las razones para que yo prosiguiera con la investigación más al oriente, en la costa atlántica del Brasil y en Israel mismo.

* * *

La odisea del Capitán me motivó en 1973 cuando era estudiante de Historia de Israel en la Universidad Hebrea de Jerusalem a escribir una monografía con el título, "Los judíos de Holanda en América del Sur en la primera mitad del Siglo 17" —ellos eran judíos sefarditas provenientes de España a quienes se refiere Don Ricardo Palma en sus *Tradiciones Peruanas* y en sus *Anales de la Inquisición de Lima* como "portugueses"—.

Para escribir mi monografía examiné las *Publicaciones de la American Jewish Historical Society* (PAJHS) que podrían proveer el marco histórico de la migración de judíos del Brasil a la Amazonía del Perú y a Celendín, en los Andes del norte. Y a pedido del Dr. José del Carmen Marín Gonzáles, destacado antropólogo celendino y catedrático de la Universidad de La Sorbona en París, traduje mi monografía del original hebreo al español. Entonces él se encontraba abocado a la misma investigación tras la publicación de su obra, *L'Amerique du Sud* (*La América del Sur*).

La versión española de mi monografía fue difundida en internet gracias a la iniciativa del escritor Don Alfredo Pita y del antropólogo Don Jorge A. Chávez y Silva, editores de la página web, "Celendín, pueblo mágico".

* * *

Hagamos un esfuerzo para ver las cosas desde un principio.

Desde fines del Siglo 15 los judíos fueron expulsados de España, a la que tanto amaban y llamaban Sefarad (de allí proviene el gentilicio "sefaraditas"), y tras su paso por Portugal fueron asimilados por Holanda. Por eso los registros españoles y portugueses los llaman peyorativamente, "judíos de Amsterdam" o "judíos de Holanda".

Los judíos sefaraditas eran llamados "de España" en Portugal, y "del Portugal" en Holanda, "de Holanda" en el Brasil, y "del Brasil" o simplemente "portugueses" en el Virreinato del Perú. La razón era sus continuas migraciones y su acogimiento a los poderes políticos del momento.

Sus migraciones se debían a las persecuciones a que estaban expuestos a causa de la singularidad de sus rituales, sus costumbres engastadas en un calendario lunar, su filosofía de la vida y su trayectoria milenaria que los presentaba como impajaritables,[72] inconvertibles y duros de matar.

* * *

Los primeros judíos vinieron de América a partir de los viajes de Colón, él mismo, judío de una familia de *anusim*.[73]

La segunda oleada comienza en 1623, cuando Holanda empieza a probar suerte con un programa colonialista en América del Sur y en América del Norte.

Los núcleos de esos judíos dejaron huellas indelebles en América del Sur, por lo cual la American Jewish Historical Society ha difundido importantes artículos sobre el particular, escritos por autores de prestigio como Max J. Kohler, Samuel Oppenheim, Cyrus Adler, H. I. Bloom, Arnold Witznitzer, etc., que enfocan las comunidades judías del Brasil en la primera mitad del Siglo 17.

* * *

El régimen económico holandés, de arraigo mercantilista de avanzada, concedía a sus ciudadanos plena libertad para su desempeño financiero. Entre ellos se contaban los judíos *anusim*, aquellos que tras haberse convertido al catolicismo sólo de fachada, volvieron a practicar su judaísmo abiertamente en el contexto libre de Amsterdam.

En parte, esta política era una reacción contra la política de los regímenes absolutistas de sus vecinos y enemigos, España y Portugal. Pero básicamente representa el surgimiento del capitalismo temprano y de la revolución industrial de avanzada, constituyendo el caso de Holanda un fenómeno histórico que se anticipó en mucho a su manifestación en el resto de Europa.

Este contraste también se hizo notorio en América del Sur, entre las colonias holandesas —mercantilistas y liberales—, y las colonias del Portugal y España, absolutistas y de restringidas libertades y posibilidades sociales y económicas al amparo de la Santa Inquisición.

* * *

Holanda apreció en los judíos de España y de Portugal facultades para concentrar el comercio internacional en Amsterdam, y luego los tuvo como aliados en la defensa e incremento de sus intereses coloniales en América del Sur y las Antillas.

El núcleo principal de los judíos holandeses en la primera mitad del Siglo 17 estuvo en el Brasil, donde se formaron importantes comunidades en Pernambuco, destacando la de Recife.

En los dos últimos decenios antes de la conquista del Brasil por Holanda, comenzaron a inmiscuirse en Brasil judíos de Holanda y actuaron juntamente con ciertos sectores de la población judía local para socavar las bases de la administración portuguesa y servir a los intereses del espionaje holandés. Esta actividad clandestina es ilustrada por un informe enviado en 1634 por Esteban de Ares Fonseca a la Suprema y que se ha conservado en los Archivos de Simancas. Este documento muestra cómo los judíos de

Holanda ayudaron abiertamente a los enemigos del Portugal en las diversas operaciones que finalmente derrumbaron el dominio portugués en esta parte del mundo.

Se indica, por ejemplo, que Bahía fue tomada por los holandeses en 1624 por orden y plan de dos judíos de Holanda: Ñuño Alvarez Franco y Manuel Fernández Drago.

Asimismo, señala Esteban de Ares Fonseca que los judíos de Holanda fueron responsables de la caída de Pernambuco, dirigidos por Antonio Vaez Henríquez, del cual se señala su "alias": *Mosen Coen* (nada menos que Moshé Cohen, judío de abolengo levítico sacerdotal).

* * *

Holanda había invadido el Brasil en 1630, y por el año 1635 ya se había logrado la conquista de la mayor parte del litoral del país donde la población católica portuguesa y los judíos *anusim* gozaban de un vínculo común: El idioma portugués y sus nombres y apellidos hispano-portugueses.

Los nombres de los judíos fácilmente los identificaban con la población local: Ñuño Alvarez Franco, Manuel Fernández Drago, Antonio Vaez Henríquez, Francisco de Campos, la familia Chaviz, etc. Todos son nombres y apellidos hispano-portugueses comunes y corrientes.

Ellos colaboraron con el encumbramiento de Holanda y en la realización de sus programas coloniales. En todo esto contaban con el auspicio de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, concebida por Willem Usselinx con el propósito de fundar colonias donde la esclavitud estuviese prohibida y para formar un nuevo mercado para los productos manufacturados en la Metrópoli, Amsterdam.

* * *

La Compañía Holandesa de las Indias Occidentales fue fundada por el States General de Holanda en 1621, pero pronto sus propósitos se desvirtuaron y el foco de su interés se centró en la rápida acumulación de riqueza mediante el daño producido a los barcos de la flota española que transportaban oro y plata del Perú y México, y la exportación del azúcar de América al mercado europeo.

Es de especial recordación el período en que se desempeñó Johan Maurits como gobernador del Brasil (1630-1644). El supo dirigir con sabiduría y tolerancia los destinos de la pujante colonia. Pero la crisis del azúcar en los últimos tres años de su gobierno precipitó el final del dominio holandés en el Brasil.

En 1674, el año en que liquidó la Compañía, el porcentaje de sus asociados judíos llegaba al 10 por ciento.

Sólo en Recife había entonces una colectividad de 5.000 judíos.

Después del final del período de Johan Maurits las crisis económicas y el consecuente descuido del gobierno de Holanda respecto de sus intereses coloniales en Brasil atizaron las fuerzas insurgentes del Portugal dirigidas por Jao Fernández Vieira, quienes fueron reconquistando progresivamente los territorios del Brasil.

Recife fue abandonada al enemigo, y por fin el 25 de enero de 1654 Holanda capituló al gobierno portugués después de 18 años de posesión.

* * *

Después de la capitulación de Recife se produjo el éxodo de refugiados judíos del Brasil.

Hubo los que viajaron de regreso a Holanda, y otros se dispersaron en el norte de América del Sur y en las Antillas. Este es el origen de la comunidad judía de Surinam (Guayana Holandesa). También de la comunidad judía de Cayenne, de Esequibo y de Curazao, sobre las cuales abundan en detalles las publicaciones de la American Jewish Historical Society.

Fue la disolución y dispersión de las colonias holandesas en Brasil lo que produjo la formación de otros asentamientos de judíos holandeses en las Guayanas, en las Antillas, y allende en la costa oriental de América del Norte. No sorprenda, pues, que los fundadores de Nueva York hayan llamado originalmente a esta ciudad, "Nueva Amsterdam".

Este es también el contexto de migraciones más pequeñas a la Amazonía con el objeto de penetrar a los dominios del Virreinato del Perú desde el este. Las mismas son temas de interesantes historias transmitidas de manera oral entre los habitantes de Iquitos.

* * *

Una migración más pequeña se internó hasta Rioja y prosiguió al occidente hasta dar con la cuenca de un lago o pantano que gracias a sus conocimientos de ingeniería drenaron y lo convirtieron primero en el área urbana de Celendín, y luego fueron ganando terreno para formar su campiña. Aunque su apelativo de "portugueses" no dejaba de delatarlos, en las regiones marginales del Virreinato del Perú fueron bienvenidos; después de todo, su número era pequeño.

La industria del azúcar los conecta a los primeros celendinos con los judíos del Brasil pero en dimensiones minúsculas que no pasaban de la siembra de caña y la producción de chancaca en el contexto reducido del valle encantado de Llanguat.

Ellos mismos habrían convertido en la industria característica de la región la confección de sombreros de paja toquilla proveniente de las palmeras de bombonaje que los chilchos traían de Rioja.

Y hablando de ese *mare nostrum*. . .

* * *

Mi monografía contiene toda esta información impresionó positivamente a mi profesor y a mis compañeros de aula en la Universidad Hebrea de Jerusalem en 1973, y condujo a mi graduación en la especialidad de Historia de Israel porque sustituyó mi examen de grado.

Generalmente los estudiantes de *Tóar Rishón* o Primer Título Académico investigan sobre la base de investigaciones previas de académicos que han producido bibliografía; pero mi trabajo era totalmente novedoso.

Ellos se quedaron aún más conmovidos cuando dije al final de mi exposición:

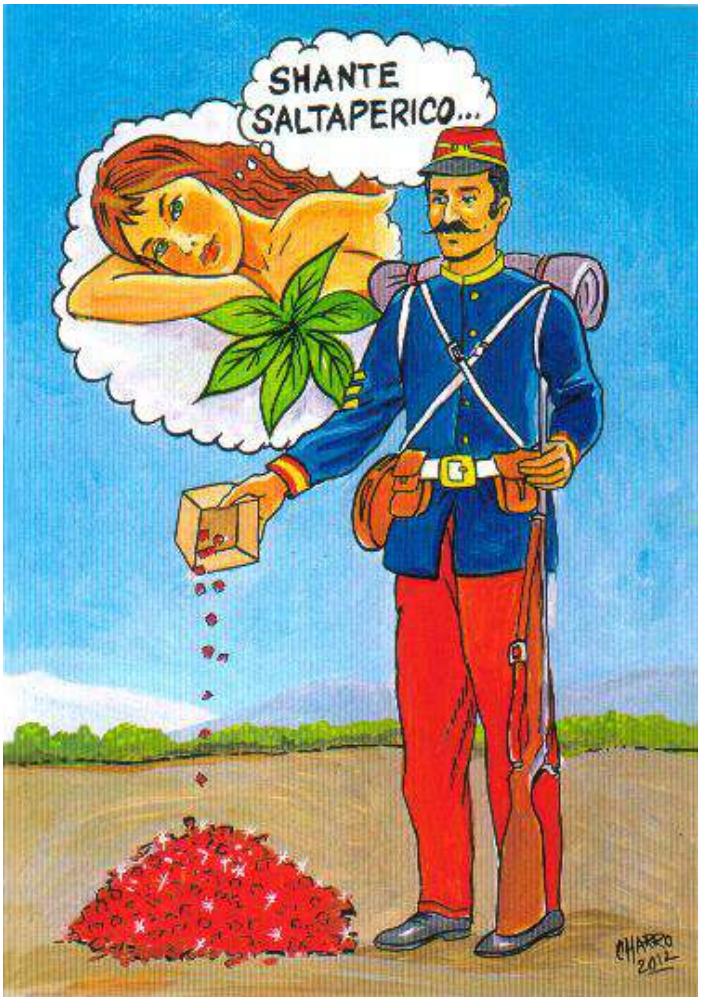
—He escogido investigar estos hechos oscuros que terminan conduciéndonos al lago de Chilindrín, porque. . .

Me atraganté.

Luego concluí enigmáticamente:

—*Ki aní yatsáti min he-agám ha-jú* (porque yo salí de ese lago).

10
BIGOTES DE SALTAPERICO



Tras la interferencia que representa el capítulo anterior, volvamos a concentrar nuestra mirada en lo que ocurría en Celendín en la antesala de la Guerra del Pacífico, y lo haremos refiriéndonos a una persona en particular: El Shante Saltaperico.

Era un buen muchacho, émulo del Saturnino, y logró conquistar la eternidad, gracias a la majestad de sus bigotes.

El color de su piel y de su cabello a duras penas lo haría merecedor de ser incluido entre los bienaventurados pelirrojos o *ginger folks*. Pero sus contemporáneos fueron siendo subyugados por sus bigotes personalizados y su don de gentes.

Eran unos bigotes "a la Federica", que en Celendín se los llamaba "bigotes de saltaperico", que de paso suena casi igual (Federico, perico). La moda tiene su origen en el

arreglo personal del Emperador de Austria, Don Federico Fernando, cuyos tiempos marcan el apogeo de Austria como Imperio Austro-Húngaro.

* * *

En 1875 el Shante celebró su cumpleaños número 15, coincidiendo con la entrada de Ño Carnavalón.[74] Si sus padres se acordaron de que un día así nació el cholo al son del Chilalo,[75] lo supieron disimular bien, y no hubo ni Chilalito ni Chilalón. Pero él no estaba desolado, pues detrás de la esquina, la Gata estuvo a su lado.

Sí, la Gata u "Ojos de Misho". Su nombre era Catalina Marín, y para ahorrar aliento le decían "Cata" o "Gata", por sus ojos. Vivía en el barrio de Colpacucho.

Esa noche el Shante le hizo la promesa de dejarse crecer sus bigotes, y ella se puso contenta imaginándoselo mayor de edad.

Los dos cuidarían de esos bigotes incipientes, retorciéndolos con las yemas de sus dedos y viéndolos señeros gracias a las babas de ella, generosamente aplicadas con su lengua y sus labios encarnados. Parecían dos saltapericos bien contorneados, los testigos de un pacto de amor.

* * *

Para los profanos, un saltaperico es una vaina de consistencia dura que cuando se reseca se arquea más de la cuenta y se abre casi por completo en dos mitades que parecen minúsculas canoas de quilla arqueada. Los chicos suelen jugar con ellos, presionando un extremo mientras se deja libre el otro para hacerlos saltar como resorte lo más alto posible y ver si cae de un lado, o del otro lado, o de culo, lo cual merece el premio mayor.

—Cuando los hacen saltar, exclaman: "¡Salta Perico!"

—Así es. Y así me decía mi mamá cuando me daba mi rebenqueada por las corvas: "A ver, ¡salta Perico!"

Sus bigotes llegaron a ser parte de su organismo y de su universo. Cortarlos sería como mocharse un dedo. Para la Gata, eso sería cometer "un bigoticidio" que le despojaría de su sostén, porque como exageraba Doña Nieves, "la muchacha vivía colgada de esos benditos bigotes".

* * *

Cuando el Shante cumplió 20 años sí hubo Chilalo y dejó de ser el muchacho "con bigotes de saltaperico". El mismo se convirtió en Saltaperico, y su apellido verdadero quedó sumido en el olvido.

Entonces decidieron casarse.

La madre de ella y los padres de él estaban conformes. Nadie intentaría meterse en medio y rozarse con aquellos bigotes de alcurnia. Pero antes había que juntar alguito para adquirir siquiera una recua de mulas, o un solar en Llanguat, o un hato de bueyes para arar en la campiña.

Al ver su espíritu comedido, el Zaturnino lo hizo su asociado en el valle, donde se hizo de unos hermosos rucos[76] ayudando a los bueyes a hacer girar la viga del trapiche.

Dulce negocio era ése de la chancaca. A falta de azúcar no faltaba casa en las ciudades y en las estancias que no tuviera su tapa de chancaca, pues como dice el refrán: "Será feíta, ¡pero tiene su buena tapa de chancaca!"

Pero él no se quedaría allí nomás. Anhelaba conocer la costa y la Capital, requisito de rigor para saber defenderse de los tinterillos y de los leguleyos, y prosperar en el comercio interurbano.

Partiría después de los Carnavales, con una recua que transportaría la chancaca a Cajamarca.

* * *

La Gata estaba de acuerdo, y la despedida fue una emotiva entrega de amor en la casa de campo que el Zaturnino tenía en la Pampa Chica, junto al abrevadero que había al pie del sauce llorón que murió el mismo día en que murió mi padre. Quizás te acordarás de aquella casita pequeña como la de Blanca Nieves y los Siete Enanitos.

Hasta la madrugada remojaron su lecho con sus lágrimas. Y llegado el momento, con la ayuda de una navaja de barbero se cortó sus bigotes y los ató en sus extremos con unos cabellos de ella, como hacen con los caballitos de totora de los antiguos mochica-chimú.

Extraño ritual fue aquel que realizaron llorando, pero sintiendo placer.

Luego los guardó en una cajita de madera que el Zaturnino le había obsequiado con diez olorosos puros de tabaco de Santiago de Cuba que eran del mismo color de sus bigotes. La cajita contenía siete de los puros que lucían como una impecable parada militar.

Los bigotes encontraron su lugar entre los puros, y la caja encontró su lugar en el seno de ella.

Tras guardarlos se chucó con un pañolón y salió delante de él rumbo a su casa.

Nadie supo lo ocurrido.

* * *

Los bigotes de él se quedaron en poder de la Gata, perfumados por el olor del tabaco que se desprendía como un genio en el momento de la fantasía, porque representaban la omnipresencia del ser amado.

El Shante planeaba regresar de inmediato con un par de aretes para adornar a su novia. Pero desde Cajamarca envió a sus peones para devolver las mulas, y entregarle a ella el importe de la chancaca.

Le envió también una carta plegada y trabada al estilo "huminta cucha"[77] diciendo que esperaba mayor fortuna en la carrera militar, como lo venía pensando desde más antes. Argumentaba que las puertas se le abrían al contemplar el batallón de celendinos que estaría al mando del Zaturnino Chávez Baella.

* * *

Pasaron nueve meses, y a pesar del vaivén la Gata no criaba barriga.

Cada día se ponía más esbelta y hermosa, segura de sentirse Gata con dueño.

Era respetada, aunque no faltaban los que se morían de ganas al verla cruzar la plaza sin su pañolón. Su apelativo, "la Gata", les producía una pasión sofocada.

Ella no les daba bola, y con su mirada profunda y triste los mantenía a la distancia.

Pero esos ojos se veían visitados cada noche por una alegría que era nutrida cada vez que abría la caja perfumada de habanos, y acariciaba los bigotes de su Shante.

Ella los olía, los besaba, los lamía, cerraba la caja y la estrechaba contra su seno.

* * *

Pasaron dos años, y Don Zaturnino Chávez regresaba de su odisea en el Amazonas por la Fila del Jelij, envuelto por la bandera nacional que se batía al viento.

Quedaban atrás las jornadas de San Juan y Miraflores, y sus travesías a lo largo del territorio del Perú. Traía los pies heridos, pero el corazón satisfecho de haber seguido las pisadas del ídolo de su juventud, el Sabio Don Antonio Raimondi que habiendo nacido en Italia hizo del Perú su segunda patria y escribió su obra monumental, *El Perú*.

En medio de tales ajetreos, ¡como extrañaba la presencia de su amigo probado y aprobado, en la paz y en la guerra!

¿Qué pudo haberle ocurrido al Shante Saltaperico?

¿Dónde pudo haberse metido el Shante maldiciau?

* * *

La Gata se abrió camino al caudillo e hizo que se desvaneciera a causa del peso de sus interrogantes:

—¿Dónde está el Shante? ¿Por qué no ha vuelto con usted? ¿O acaso viene detrás y de lejos? ¿O acaso lo traen malherido?

La multitud fue conmovida con su llanto, y enmudecieron la banda, los bombos, los platillos y los cuetes.

Don Zaturnino le respondió:

—No debe tardar. Después de la guerra, yo me interné en la selva y llegué hasta Iquitos, y he regresado por la ruta de Moyobamba, Rioja y el Marañón. Pero él decidió volver directamente a Celendín por la ruta de la costa. Eso es todo lo que yo sé. Yo esperaba encontrarlo aquí contigo.

La abrazó, rehusó montar el caballo, y fue a pie al lado de ella.

La comitiva empezó a moverse lentamente desde El Tope hacia la Plaza de Armas. De pronto estalló el bullicio a lo largo de toda la calle central, y Don Zaturnino entró en la plaza en medio del griterío, los bombos, los platillos y los cuetes.

* * *

El Shante, estando al frente de un grupo de compañeros de milicia y todavía en posesión de sus armas, había decidido formar una banda para prestar protección a las ciudades de la costa. Ellos llegaron a convertirse en una pesadilla para los montoneros. Con encuentros cuerpo a cuerpo o en emboscadas fueron limpiando de bandidos y asaltantes la ruta de acceso a la sierra central. De este modo se hicieron de dinero, de oro, plata y joyas que recibían de manos agradecidas.

El Shante esperaba regresar pronto a casa, pero los compromisos adquiridos con las autoridades y los cabildos le hacían retrasar su retorno una y otra vez. Hasta que un día fue levemente herido a la altura de la clavícula, y se desangró.

* * *

Entonces envió a uno de sus acompañantes con un extraño presente para su Gata: En presencia de un amigo que le serviría de postillón se cortó al ras sus acicalados bigotes y los guardó en su cartuchera de metal.[78]

El postillón sólo vio que en la cartuchera introducía los bigotes y una carta escrita con tinta de nogal.

—Esto equivale a que yo mismo llegara apoyado en tus hombros para caer en los brazos de mi mujer.

Hizo lacrar la cartuchera y le dijo:

—Juntos con mis bigotes va mi alma, y te protegerá de los montoneros hasta que llegues a tu destino.

Como la cartuchera de por sí era algo pesada, el postillón no se imaginaba que en un falso fondo había rubíes, joyas de oro y perlas de gran precio.

Después le dio una bolsa cosida con más rubíes y una buena cantidad de dinero para entregarla "en manos propias". Y le entregó una bolsa adicional para él.

Acompañado de dos arrieros, el postillón llegó sin novedad. Contaba que muchas veces viajaban desde las doce de la noche hasta las seis de la mañana, cubiertos de harapos para pasar como si fueran arrieros de la localidad.

* * *

La Gata recibió la cartuchera con el nuevo par de bigotes y la bolsa de dinero. El Shante le aseguró que sus bigotes se le adelantaban, y que tras recuperarse aparecería él en persona. La carta era tan amena que ella no se imaginaba las complicaciones de la herida y los altibajos de su recuperación.

Mucho tiempo después el fondo de la cartuchera lo abrieron con Don Zaturnino, y al nuevo par de bigotes se les hizo lugar en la cajita de madera que el Shante le dejara al partir.

Un perfume aún más concentrado se desprendió de la cajita cuando ella la abrió para guardarlos. Y luego de cerrarla con cuidado, la colocó en el lugar de siempre: La silla nupcial que el Shante mandara hacer con un ebanista de Sucre. El encharolado jamás debía sufrir la mínima raspadura, porque era para el hombre lo que es para la mujer su vestido de novia: Conservarlo libre de mancha mantiene el infortunio y atrae la prosperidad.

* * *

En aquellos tiempos, el hombre posaba ufano, sentado sobre su silla con sus piernas y sus brazos cruzados. La mujer, humildemente, posaba de pie detrás de la silla y con las manos tímidamente apoyadas en el cabezal.

Mientras no llegase su dueño, sobre aquella silla nadie más se sentaría. Sólo podían posar sobre ella los bigotes de su dueño. Sobre el asiento estaba la cajita que los contenía cubierta con su mantilla de oír misa y el pañuelo de seda.

Nadie podría imaginar qué fuerza espiritual desplegaba esa mujer en la flor de su juventud, que cada noche se acostaba a la espera de su amado. Quizás el ruido cercano de sus cachabotas, un viraje de la llave en la chapa de la puerta, o su voz diciéndole: "¡Gatita!"

Era demasiada la angustia, y nadie es de hierro. Poco a poco ella se fue consumiendo, de modo que Don Zaturnino y su flamante esposa, Doña María Benjamina, temiendo que se alocara decidieron darle un cuarto en su mansión en José Gálvez 714 para que no se aislara y se pudiera controlar mejor su alimentación.

Pero la Gata rehusó, hasta aquella noche. . .

* * *

Aquella noche se acostó con las gallinas, a la hora de la oración. Su cuerpo estaba debilitado y su belleza abatida.

Trancó la puerta con un horcón y afirmó la vela en el candelero. Y se puso a pensar en él, cuidando de no dormirse antes de haber apagado la vela.

Ella iba a apagar la vela, cuando sobre la silla del Shante algo empezó a traquetear.

Ella dio un salto en la cama, y con mucha cautela se acercó a mirar. Quizás alguna rata podría ocasionar raspaduras a la silla.

Como el traqueteo cesó, tomó coraje y tomó la mantilla de sobre la caja. Tomó más confianza y levantó la caja. Y cuando la abrió, el perfume del tabaco de Santiago de Cuba llenó el cuarto con más intensidad.

Ella besó los bigotes y los mantuvo un buen rato pegados a su pecho. En eso la vela empezó a languidecer junto a la cabecera de la cama.

Un oscurecimiento largo fue seguido por un resplandor violento de la mecha, y luego pareció apagarse por completo.

Colocó la caja sobre la silla junto a la cabecera de la cama, y la caja comenzó a saltar como saltaperico, apoyándose en un extremo de su base, y luego en el otro: ¡¡¡Taca tataca tatá!!!

Ella la tomó de nuevo, la pegó a su seno y se acostó pensativa, sin apagar la vela.

No tuvo miedo y durmió plácidamente con la cajita pegada a sus pechos que se veían turgentes mientras su cuerpo desfallecía de debilidad.

* * *

Al siguiente día estuvo de pie antes de que la luz de la aurora permitiera diferenciar el color de las flores del patio.

Colocó la cajita sobre la silla y se dirigió al cuarto de su mamá, quien le recibió en su seno como cuando era pequeña. Y al abrigo de ella se quedó profundamente dormida.

La madre presentía algo y no quiso levantarse temprano como de costumbre, por temor de despertarla.

Cuando la Gatita se despertó, su madre le llevó el desayuno a la cama. Y mientras las dos saboreaban su oloroso café acompañado con bizcochuelos de chane,[79] se miraban calladas. La madre temía preguntarle, y la hija temía referirle lo ocurrido.

Por fin la Gatita le contó todo, y añadió:

—Y no sentí miedo. Al contrario, dormí tranquila con la cajita en mi seno.

La madre temblaba, y le dijo:

—Volvamos al cuarto para ver qué es. . .

* * *

La Gatita pegó su oreja en la espalda de su madre cuando ella se acercó a la silla. Y mirando fijamente la cajita, sin tocarla, la madre balbuceó:

—San. . . San. . . Santiaguito, ¿estás aquí?

Y la cajita respondió con los mismos movimientos de saltaperico:

—¡¡¡Taca tataca tatá!!!

La madre prorrumpió en llanto diciendo:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La madre le pidió que sacaran su catre de aquel cuarto y lo armaran junto al suyo.

En los días siguientes las cosas parecían volver a la normalidad. La Gatita entraba a su cuarto sin temor, pero de noche se cobijaba en el seno de su madre.

* * *

Al cabo de dos semanas llegó a Celendín otro postillón con otra bolsa de dinero y de rubíes, y se lo entregó a la Gatita "en manos propias".

Esa mañana de Sol la Gatita se encontraba sentada junto al pretil con su senga[80] hundida en la milca[81] de su madre que le despiojaba rico rico.

De rato en rato se ponían a contemplar las flores del patio, que últimamente parecían haberse henchido de colorido.

Entonces la madre le preguntó al postillón:

—Pero, ¿qué de su paradero? ¿Cómo se recuperó de su herida?

El postillón sacó su sombrero, cubrió su boca con el extremo de su poncho, y respondió:

—No se recuperó.

* * *

Esto que él dijo, no lo escuchó la Gatita, porque cayó desmayada sobre el pretil:

—Hace dos semanas, el martes 13 de este mes, hacia el anochecer, estando nosotros en camino a Celendín. . . Después de haberse recuperado de la fiebre se puso a acariciar sus bigotes y a acicalarlos con su saliva. Quiso levantarse, pero abandonó el intento. Y no vimos más, porque al caer bruscamente sobre la almohada, su brazo inerte hizo que la vela saltara y nos quedamos a oscuras.

La Gatita empezó a volver en sí cuando escuchó a su madre preguntarle al postillón:

—¿Y esta bolsa de dinero?

—El me la encargó momentos antes, diciéndome: "Si en caso me retraso, tú te me adelantas. Mi alma te protegerá de los montoneros."

Y atragantándose, concluyó:

—Parecía estar en franca mejoría.

* * *

Su alma había salido en el momento cuando sus bigotes comenzaron a saltar como saltapericos con caja y todo y sobre la silla nupcial.

Expiró cuando la vela del candelero empezó a languidecer en el cuarto.

El postillón, que estuvo presente en el velorio de cuerpo ausente se encargó de confirmar todos estos detalles a pesar de que nadie le había contado lo del taca tataca tatá.

Todos escuchaban su relato junto a los cirios que flanqueaban el ataúd vacío.

Entonces intervino la madre de la Gatita, y señalando el ataúd, les dijo:

—Mi Shante no está ausente, ni este ataúd está vacío. ¿Saben ustedes qué contiene la cajita que hemos puesto en su interior?

Como todos se quedaron mudos, concluyó:

—Ustedes. . . ¡Qué han de saber!

* * *

No fue cosa fácil arrancarle la cajita a la Gata.

Su madre pensaba que si no hacía eso su hija terminaría loca.

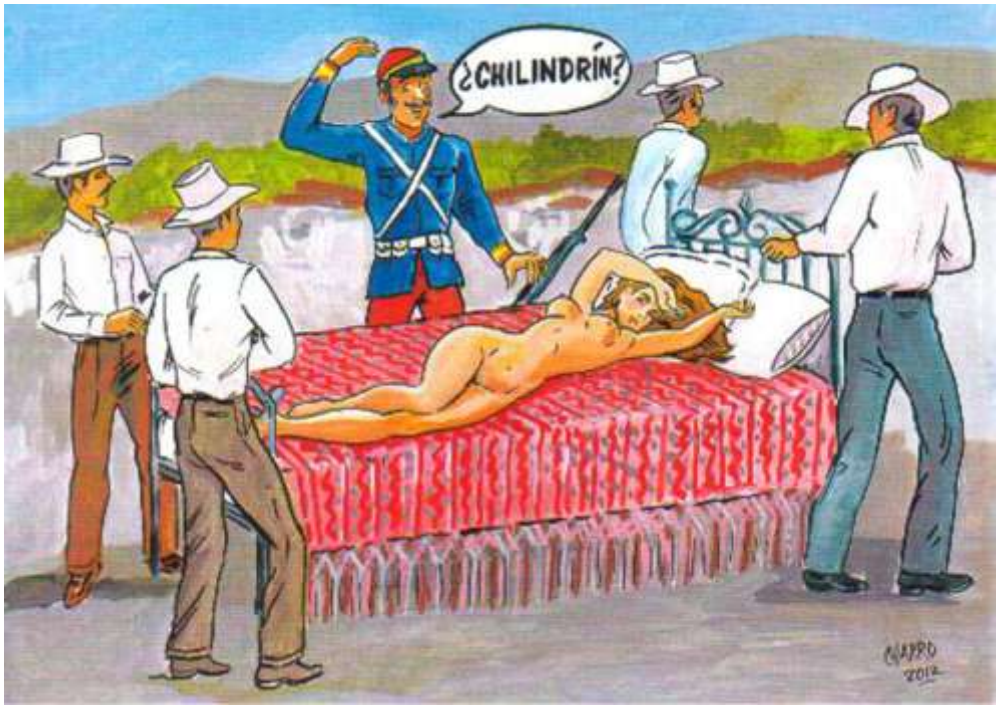
Los nuevos bigotes se mantenían en perfecta formación militar en medio de los habanos.

Afuera en el patio saltan un par de niñas, y dándose golpecitos en las palmas de sus manos, repiten sin cansarse el inocente trabalenguas de la guerra, que dice:

¡Pito me quita!
¡Pito me da!
Pedro, Eliseo,
Nada me dan
porque se fueron
a Tarapacá.

Y la Gata se limpia los ojos y lo completa diciendo en voz baja: ¡¡¡Taca tataca tatá!!!

11
EL CATRE DE LA SALVACION



En los meses que antecedieron a la firma del Tratado de Ancón el 20 de octubre de 1883, el Perú seguía sitiado por las tropas chilenas que hacían prácticamente imposible que los mercaderes se movilizaran con normalidad contribuyendo de este modo a la revitalización de nuestra nación. Los chilenos no saldrían del Perú si antes no se firmaba un Tratado de Límites definitivo, y eso se hacía difícil conseguir.

Particularmente se hacía difícil el contacto con la Capital en aquel entonces cuando la única vía de comunicación era el camino de herradura, salvo los escasos vapores de cabotaje que surcaban las costas del Océano Pacífico y unían los puertos del litoral del Perú.

Regularmente, el viaje duraba más de un mes a lomo de bestia, y los celendinos viajaban en caravanas para protegerse de los asaltantes en los caminos, porque en el trayecto de la costa había dos palenques de asaltantes, uno en Paiján y otro en la Pampa de las Zorras, cerca de Huarmey. Y a estos peligros se sumaba el estar expuestos al movimiento libre de los chilenos que en los caminos y en las ciudades encontraban casi cero resistencia.

* * *

Mi bisabuelo, Don Juan Sánchez y Merino era un rico mercader y se había convertido en el jefe de la principal caravana que se movilizaba entre Lima y Celendín, y más allá de la otra banda.[82] De él se cuenta que en cada viaje traía algo novedoso a su terruño.

El había traído la primera máquina de coser, marca Reyna, de fabricación inglesa. Era manual, pero con todo era una gran novedad porque antes en Celendín sólo se conocía la aguja y el dedal.

El fanatismo por aquella máquina cundió en la región, y los estancieros acudían en mancha desde los rincones más distantes sólo para escuchar su curioso traqueteo y verla coser como por arte de magia.

También trajo la primera lámpara con tubo de cristal, que remplazó al tubo de piel de carnero que rodeaba un plato sobre el cual había un tazón con mecha de pabilo untada con grasa de oveja y que a falta de otra cosa mejor, se decía que alumbraba "réquete bien".

También se cuenta que fue el primero en traer a Celendín las semillas de eucalipto, y puede ser cierto. Pero el primero en hacer almácigos de eucaliptos para la reforestación de la provincia fue su flamante yerno, el Capitán Don Zaturnino Chávez Baella, considerado con justicia en nuestro pueblo el Padre de la Ecología, tas con tas con San Francisco de Asís.

* * *

Desde que llegaron a Cajamarca las noticias de la cercanía de los chilenos, muchos trancaron sus puertas o huyeron para refugiarse en las provincias del departamento, poniendo a salvo a sus familias y sus pertenencias, sobre todo valores, que era lo primero que los chilenos buscaban al llegar a cada población.

Don Juan tenía familiares radicados en Cajamarca, y como tenía una recua de mulas para el comercio, se dedicó a trasladarlos en ellas a Celendín en varios viajes, a fin de ponerlos a salvo junto con sus pertenencias.

En su último recorrido los chilenos ya se encontraban afincados en la ciudad de Cajamarca. Cuentan que la tropa daba rienda suelta a sus instintos cometiendo saqueos y violando a las mujeres. Se registran casos en que con el corbo, un arma parecida a una hoz, desgarraban los senos de las rebeldes.

También mataban las reses de los pobladores para el rancho de la tropa, y cometían muchos otros atropellos, como obligar a los pobladores a realizar servicios y trabajos forzados para proveerles de leña y vituallas.

Poco después de su llegada a Cajamarca, los chilenos empezaron a planificar incursiones en las provincias y ciudades del departamento, acentuando el pánico y la desbandada.

* * *

Don Juan tenía una razón adicional para llegar a Celendín sin novedad juntamente con su tesoro: Su hija, la hermosa María Benjamina, que entonces tenía 17 años estaba a punto de contraer matrimonio con Don Zaturnino Chávez que hacía poco había vuelto de su odisea en el Amazonas.

No había manera de cruzar la ciudad de Cajamarca o las inmediaciones con valores que no fueran confiscados de inmediato. Ocultarlos entre sus vituallas era peor. Por eso,

Don Juan optó por transportar su tesoro con bombos y platillos ante las narices de los guardias chilenos hasta un lugar seguro desde donde pudieran continuar sin novedad rumbo a Celendín.

—¿Cómo ya pué?

—El simuló ser cajacho,[83] uno de los lugareños a quienes los jefes chilenos habían sometido a trabajo forzado. El apircolló[84] su tesoro dentro de un colchón que hizo transportar por en medio de la Plaza de Armas de Cajamarca tendido sobre un catre *king-size*. El colchón ocultaba también varias alforjas plegadas para tenerlas a la mano al anochecer, cuando se las picarían rumbo a Celendín.

* * *

Con la ayuda de tres de sus asociados se dispuso a trasladar el catre, armado, con el colchón encima y bien tendido con almohadas, colchas y almohadones de seda, y perfumado con Orgía Turca, el aroma que convierte a cualquier alfeñique en un toro semental.

La ruta sería del barrio de San Pedro al de Cinco Esquinas, pasando por la Plaza de Armas, con el explícito propósito de ser interceptados por los guardias chilenos que estaban apostados en la ruta.

Sus asociados no podían imaginar tan descabellada decisión, pero se calmaron cuando Don Juan les dijo:

—Es para distraerles y pasar el tesoro mientras los nuestros van saliendo de la ciudad con las manos vacías por la cuesta que conduce al camino de Celendín.

* * *

Esta medida sólo pudo caber en la cabeza de alguien que pudiera actuar provisto de un poderoso recurso psicológico. El sabía que los jefes militares chilenos se pelearían por poder dormitar en tan atractiva comodidad y dar tregua a sus huesos en medio de las pesadas marchas y contramarchas, y dar rienda suelta a sus más bajos instintos, encamándose con las más bellas muchachas cajamarquinas.

Trasladarían el catre lentamente, con evidente desgano. Lo harían con paso de procesión, asentándolo en tierra ritualmente con golpes secos, y levantándolo con golpes enérgicos, como si sobre el catre yaciera una virgen invisible o una maja desnuda ataviada con collares y joyas.

Era para exacerbar las fantasías de los guardias y hacerlos mirar en otra dirección.

* * *

Así descansaban, desganadamente, largo rato en cada trecho y en cada esquina, como quienes cumplían a regañadientes las órdenes de la autoridad.

Y sí diciendo, mientras descansaban demasiado rato sentados sobre el empedrado y recostados contra las cuatro patas del catre, se acercaron dos oficiales chilenos que codiciando tal comodidad imaginaban que lo único que hacía falta encima era una cajamarquina desnuda, de blancas colinas y piernas blancas, como diría Pablo Neruda en sus *Veinte poemas de amor*.

Un oficial chileno le dijo al que parecía dirigirles, es decir, a Don Juan Sánchez y Merino:

—¡Mi ño! ¿A dónde lleváis ese catre?

El le respondió:

—¡Mi jefe! Lo llevamos al otro cuartel, para el jefe.

Sabía que los chilenos estaban acantonados en dos lugares principales: En Chontapaccha y en Cinco Esquinas, es decir, en las dos entradas principales de la ciudad.

El oficial chileno supuso que esa prenda seguramente estaba destinada para el jefe del regimiento chileno y que estos "cajachos" eran de su servicio. Así que les dijo:

—¡Muy bien, pu! ¡Lo juímo, pu! (nos fuimos, pues).

* * *

No habían caminado más de unos pocos metros, siempre desperezándose a más no poder, cuando el oficial chileno los detuvo de nuevo, diciéndoles:

—¡Alto!

Don Juan pensó que el problema recién empezaría y que no haría mejor cosa que responder el interrogatorio con la verdad y nada más que la verdad.

Le pregunta:

—¿De dónde traéis el catre? ¿Acaso de Chontapaccha?

Don Juan respondió, sonriendo:

—¡Por supuesto que no! Lo traemos de aquisito nomá, y se nos ha mandado llevarlo al Cuartel de Cinco Esquinas, para el jefe.

El chileno le dirigió una mirada capciosa, como sospechando algo casualmente en él, y poniéndole el dedo en el pecho le dice con un leve empujón:

—¡Mi ño! ¿De donde es usted?

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, ¡usted!

—Yo soy de Chilindrín.

* * *

Esta fue la primera parte de su estrategia: Le dijo de "Chilindrín" en lugar de "Celendín", recurriendo al nombre arcaico de nuestra tierra, de los días cuando no había un poblado en el fondo del lago y se designaba así al lago y a la hacienda que a la sazón le pertenecía al español Don José de Chuquivala, y después llegó a ser propiedad de las monjas Clarisas y de los Mercedarios.

Eso que les dijo era verdad, y los chilenos no podían fusilarlo por decirles la verdad.

Pero también era un hecho cierto que este nombrecito, "Chilindrín", sólo lo conocían los celendinos. Con seguridad, las gentes de Cajamarca y de otros lugares del departamento nunca lo habían escuchado siquiera.

Era una situación como cuando se le recomendó a un general celendino que atendiera de manera especial a cierto muchacho shilico que estaba postulando a la carrera militar. Se le dio sus características más resaltantes, pero el general no podía identificarlo entre tantos postulantes. Y lo que hizo para acertar fue hacerlos formar en el patio:

—¡A-ten-ción!

Todos se cuadraron militarmente.

—¡Des. . . cánso!

Todos separaron sus piernas y llevaron sus manos atrás.

—¡¡¡Aaa. . . shutúrense!!!

El único que se ashuturó[85] fue el postulante shilico, y el general se dijo: "¡Con que éste era el peje!" —ashuturarse significa ponerse de cuclillas, la posición de la meditación—.

* * *

El chileno le miró a los ojos, dudando de su respuesta, y le dijo:

—Ah. . . De Chilindrín. . .

Y añadió:

—¿Y por dónde queda Chilindrín?

Un tanto aturdido, el señaló al azar y dijo:

—Por allá.

Y le interrogó:

—¿Y a qué distancia se encuentra? ¿Chilindrín, eh?

—Está como a ocho días de camino.

Cosa que también era verdad.

* * *

Interrumpió el diálogo el otro oficial y le hizo una pregunta inesperada:

—¿Y cuál es el Santo Patrón de. . . Chilindrín?

Respondió de inmediato, sin pensar:

—La Virgen del Carmen —cosa que también era verdad—.

Y el chileno exclamó:

—¡Ah! ¡Es también la patrona de Santiago de Chile, pu!

Y les dijeron:

—¡Ele jota! ¡Lo juímo! Sigan nomá, pu.

Al doblar la esquina, los shilicos dejaron el paso de procesión y optaron por el paso de polca, y con catre y todo se hicieron humo.

* * *

Lo encargaron o lo regalaron en alguna casa o posada, llenaron las alforjas con los tesoros del colchón y se las picaron a Celendín ya oscuro, calculando que sus familiares se encontrarían lejos de la ciudad y más allá de todo alcance. El negror de la noche sería su cómplice seguro.

Llegaron a Chilindrín con todos sus tesoros a salvo, con la novedad de que los chilenos ya estaban en control de la ciudad de Cajamarca y que era muy probable que les seguirían las pisadas.

Era, pues, necesario, ocultar y enterrar todo cuanto tenían de valor, tanto oro y plata, como joyas, piedras preciosas, perlas de gran precio y documentos de valor. Eso hicieron de inmediato; tal es el origen de muchos de los entierros que se han encontrado

posteriormente en nuestra villa, cuyos habitantes tienen fama de ser prósperos mercaderes y comerciantes.

* * *

Simultáneamente se hicieron los preparativos para el sonado casamiento de su hija con Don Zaturnino Chávez Baella, para quienes llevó a salvo una dote ejemplar.

Los chilenos no llegaron nunca a Celendín. Más bien, con el paso de los días llegaron rumores de que la ciudad de Chota había sido tomada, saqueada e incendiada. Dicen que el incendio cundió porque en aquellos tiempos sus techos eran de paja.

Muy posiblemente los chilenos seguían tonteando en los alrededores de Cajamarca intentando averiguar por dónde diablos estaría Chilindrín. Pero en Celendín todos creen que los chilenos decidieron no acercarse a nuestra villa porque nuestra Patrona es la Santísima Virgen del Carmen.

* * *

—A propósito, ¿de dónde sacaste esta historia tan interesante? ¿También la escuchaste al pie de la cama?

—Poco antes de quedar ciego, mi hermano Julio César, apodado Julio Malo, me la entregó por escrito cuando supo que yo estaba escribiendo un libro acerca de nuestro abuelo. Me dijo que él le refirió la historia oralmente al Amauta Don Pedro García y Escalante, el Búho, y que después de un tiempo, este le dio la grata sorpresa de obsequiarle la historia escrita a máquina con una muestra de agradecimiento al final: Su poesía, "Vallecito de Llanguat",[86] que acababa de escribir.

—Me pregunto: ¿No será esta historia otro fragmento del Diario del Capitán?

—Podría ser. Mi abuela María Benjamina pudo habérsela contado a mi hermano Julio, su nieto engreído. Pero tantos detalles históricos y geográficos sólo pueden derivar de una fuente escrita, como el Diario del Capitán al cual tenía acceso Don Pedro García cuando el Diario se encontraba íntegro en poder de mi padre.

Otras historias del Capitán y de su esposa pueden haber tenido una trayectoria similar, como la de "La Fierecilla Indomable", que reconstruyo a continuación.

12
LA FIERECILLA INDOMABLE

**Mi abuelita y su duende tutelar,
según un apunte de la época**

La pasión del Capitán por la lectura era de todos conocida. Se cuenta, o acaso él contaba en su Diario, que entre batalla y batalla alguien le vio recostado entre sus vituallas leyendo los periódicos de principio a fin, y le reconvino por dedicar tanto tiempo a este "pasatiempo de ociosos", en lugar de ponerse a jugar a la timba con sus compañeros.

Y él le respondió: "Más le sirve el dinero al infeliz que lo usa a cambio de la recompensa espiritual que persigue."

—Se puede decir que gracias a su pasión por la lectura se consiguió una mujer de película. . .

—¿Cómo ya pué, óigaste, de película, si aún no habría nacido el Coche Jave, el que llevó las películas a Celendín?

* * *

Entre los libros de la biblioteca del Capitán había una selección de obras de teatro de William Shakespeare, vertidas al formato de historias cortas. Quienes conocen de literatura saben cuán difícil es penetrar al teatro antiguo donde los personajes hablan en verso, y cuán amena se torna la obra de teatro si es vertida en el formato de una historia corta.

De niño, me deleitaba leer ese libro, y una historia que me divirtió mucho es la de "La Fierecilla Domada", una mujercita de un genio fatal que ningún pretendiente podía domar. Ella descartaba pretendientes como si fueran pañuelos para limpiarse los mocos. Pero como dice la palabra, "a cada coche le llega su Carnaval", apareció por allí un tal Petruchio, que mediante el recurso de sus extravagancias logró domarla sin compasión.

Algo semejante ocurrió con el Zaturnino, que sin tener que recurrir a extravagancias, pero sí a su afán de la lectura, conquistó a una indomable fierecilla shilica. Al menos eso es lo que él se imaginaba. . .

* * *

Empecemos por el principio:

El 12 de enero de 1881 Don Zaturnino le escribió una carta a su madre y la acompañó con un retrato suyo que en el reverso tenía esta dedicatoria: "Madrecita: Obediente al sagrado imperativo de mi Patria, me encuentro pronto a combatir. Mañana decidirá la suerte para volver a abrazarla o morir cumpliendo mi deber. Su hijo, Zaturnino, Lima 12 de enero de 1881."

El "mañana" a que se refería era el 13 de enero cuando a las 4.00 a.m. empezaron a sonar los cañones en los escabrosos campos de San Juan, al sur del distrito de Miraflores. Y el 15 de enero, tras un despliegue estratégico, los combatientes de la Patria se verían en medio de una confrontación de proporciones mayores y de consecuencias que nunca dejaremos de lamentar.

Como a esta misiva no le siguió otra, su señora madre creyó que él habría muerto en la batalla. ¡Grata impresión significó para ella enterarse ese día de que por el oriente, por la Fila del cerro Jelij, su hijo primogénito regresaba a casa al frente de un alegre séquito, después de dos años de ausencia!

* * *

Corría el mes de septiembre de 1881 cuando diez jinetes que cabalgaban mulas alquiladas en Balsas, en la otra banda del Marañón, se hicieron visibles en los declives del cerro Jelij, descendiendo a la campiña de Celendín. Su llegada había sido anunciada por unos balseros que se les anticiparon a pie, y las autoridades de la villa pudieron hacer preparativos para que este momento cívico no pasara desapercibido en nuestra villa.

Se nombró de emergencia una comisión para salir a darles el encuentro. La misma estaba precedida por el ciudadano Doctor Moisés Sánchez Pereyra, quien tuvo la iniciativa de llevarle tres caballos ensillados con monturas y estribos de plata. Uno de ellos estaba destinado para Don Zaturnino, otro para Don Jerónimo Aliaga, y el tercero para el joven Nicolás Díaz Chávez. Ellos eran sus colaboradores más cercanos.

Los estribos de bronce con baño de plata que Don Zaturnino lució en aquella ocasión pertenecieron al Coronel Juan Basilio Cortegana y se conservan en la colección de

antigüedades de Celendín bajo la custodia del Ing. Lucho Mori García, nieto del Búho que de alguna manera había dado con este tesoro.

* * *

El Dr. Don Moisés Sánchez Pereyra pensó que era conveniente presentarle un flamante uniforme militar, previendo que Don Zaturnino habría descartado el suyo tras las travesías de la selva. Ese es el uniforme con el cual se tomó una fotografía de cuerpo entero que se ha conservado en un cuadro retocado a pastel, el mismo que se atesora en el Salón de Actos de la Municipalidad de Celendín.

Las autoridades de la villa juzgaron que debía ingresar a la ciudad uniformado, a fin de que algunas familias inconformes con lo ocurrido con algunos voluntarios tuvieran la prudencia de guardar distancia de él en el momento de su ingreso a la ciudad, y en los días de su recuperación del viaje.

También se le llevó un par de muletas que podrían ser de utilidad, dadas las heridas que Don Zaturnino tenía en ambos tobillos.

Y para cerrar con broche de oro llevaron plegada una flamante bandera roja y blanca, y un asta para enarbolarla en ella cuando estuvieran a la vista de la población.

La comisión alcanzó a los viajeros más arriba del potrero de La Tranca. El resto de las autoridades les esperaban el El Tope, en el extremo sur de la ciudad, portando sendas banderas pequeñas, para descender luego a la Plaza de Armas y a la Municipalidad por la calle principal, la calle del Comercio.

* * *

Debido a la presencia de la señorita Catalina Marín en el séquito que le esperó junto con las autoridades en El Tope para inquirir por su amado, el Shante Saltaperico, Don Zaturnino optó bajar del caballo y caminar hasta la Municipalidad al lado de ella y del Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, sirviéndose de las muletas que le habían provisto. Lo mismo hicieron sus seguidores, pues bajaron caminando por la calle principal detrás de ellos tres, sosteniendo sus caballos de la rienda.

Las autoridades ediles venían detrás, seguidos de la banda de músicos.

El estallido de muchos cohetes anunció que el séquito se haría visible en la Plaza de Armas, porque dizqué los shilicos donde escuchan cuetes todititos se carretean para allá.

Grande era el regocijo de chicos y grandes, propios y extraños. Pero los vítores y aplausos no pudieron ocultar la sombra de su alma a causa de su amigo ausente. Lo mismo ocurría con la señorita Catalina Marín, que aceptó formar parte del séquito, aunque no tenía fuerzas para resistir las presiones del momento.

¿Dónde se habrá metido ese Shante Saltaperico condenáu? —era la pregunta que ensombreció el corazón de toda la gente al verla desfilar a la cabeza del séquito, más atractiva que nunca, no obstante su rostro inundado en lágrimas—.

* * *

Cuando llegaron a la Plaza de Armas, el Dr. Moisés Sánchez Pereyra le señaló con su dedo en la bocacalle un grupo de doce bellas adolescentes. Ellas habían salido hermosamente ataviadas para la recepción del héroe, portando cada una un gigantesco ramo de rosas rojas y blancas.

En medio de ellas destacaba una muchacha de tez nacarada y mirada penetrante que no podía disimular sus lágrimas de emoción. Para que te hagas una idea de cómo era, cierra los ojos y piensa en la Fernanda de las Casas, la trágica pareja sentimental del Joel Gonzáles "Cara de Pez" en la super telenovela peruana, "Al fondo hay sitio".

Era la María Benjamina, hija menor de Don Juan Sánchez y Merino y de la Sra. Encarnación Pereyra, y hermana menor del Dr. Moisés Sánchez Pereyra.

A duras penas pudo ella mantenerse en su lugar en el momento en que el séquito pasó cerca, y tras depositar sorpresivamente el ramo de rosas que portaba en los brazos de una mocosa abreboca que estaba a su lado, se escabulló atrás por entre los estancieros cubiertos con sus ponchos y sombreros.

Don Zaturnino se dio cuenta de ese movimiento inesperado, pero lo supo disimular.

* * *

Cuando se acercaban a la Municipalidad se acentuaron las vivas al Perú, al Coronel Cáceres, al Batallón Celendín Nº 1, a Don Zaturnino y a todos los valientes que venían con él.

Juntos con ellos, otros compañeros de armas fueron invitados a subir al Salón de Actos de la Municipalidad en medio de profunda emoción por el reencuentro. Dos de ellos ayudaron a Don Zaturnino a subir sin las muletas.

También se hizo que subieran los padres o familiares de Don Nicolás Díaz Chávez, el más tierno de los combatientes del Batallón Celendín Nº 1. La alegría de sus corazones estaba opacada por la ausencia de su hermano Inocente, que quedó sepultado en los arenales de San Juan tras ser fusilado por un improvisado pelotón chileno.

En memoria de este acontecimiento se colgó tiempo después en el Salón de Actos de la Municipalidad el retrato de mi abuelo con su atuendo militar, y si alguna vez se lo quitó de su lugar, la historia lo vindicó por el hecho de haber sido también concejal y alcalde de la ciudad.

* * *

Una vez en la sala, las hermosas damitas entregaron los ramos de flores rojas y blancas a Don Zaturnino y a su séquito.

Acto seguido vinieron emotivos y breves discursos a cargo de las autoridades.

Don Zaturnino recibió de parte de la Subprefectura los tres volúmenes recientemente publicados de *El Perú*, obra cumbre del Sabio Don Antonio Raimondi, cuya odisea en el Huallaga, el Marañón y el Amazonas entre los años 1859-1861 despertó tanto su interés y admiración.

Se decía que de adolescente había trabajado en una fundición en Chiclayo para ganar alguito y poder comprarse el primer volumen que había aparecido en 1874 con los auspicios del Presidente Don Manuel Pardo y dedicado "a la juventud peruana".

En 1879, en la antesala de la Guerra del Pacífico, ya había aparecido el tercero y último volumen.

* * *

El Dr. Moisés Sánchez Pereyra le obsequió la edición ilustrada de *El Quijote de la Mancha*, publicada en París por la Editorial Garnier Hermanos. El comentario de estas obras fueron uniendo sus vidas, y su biblioteca compartida en su sala principal se convirtió en el centro de tertulias literarias en las cuales los hermanos Sánchez Pereyra brillaban con luz propia.

Luego Don Zaturnino fue acompañado a su domicilio en la calle Ayacucho del barrio de Colpacucho, actualmente, El Rosario. Entre sus acompañantes estaba Don Eleuterio H. Merino, orgulloso de haber sido su maestro en la primaria. El le entregó, a título personal, un ejemplar de las *Tradiciones Peruanas*, de Don Ricardo Palma, la primera colección producida en 1872.

Acto seguido fue organizado un gran baile social en honor de los héroes.

* * *

Don Pedro Ortiz Montoya, que fuera su compañero de escuela y de travesuras, le obsequió ese libro tan ameno que incluía la historia de "La Fierecilla Domada". Era la traducción al español de la obra de Charles y Mary Lamb intitulada, *Cuentos de Shakespeare para el uso de los jóvenes*, una colección de las famosas tragicomedias del célebre dramaturgo inglés, adaptada para la lectura juvenil.

Esta obra, lanzada en inglés en 1807, fue traducida a varios idiomas y popularizó en toda Europa las historias de *Romeo y Julieta*, *Sueño de una noche de verano*, *El mercader de Venecia y La Fierecilla Domada*, cuya lectura placentera ayudó a Don Zaturnino todo el tiempo que pasó sentado en una mecedora con los tobillos vendados.

En todos estos ajetreos, la hermosa María Benjamina brillaba por su ausencia.

* * *

Cierto día, Don Moisés Sánchez Pereyra tomó un libro de un estante de la sala y salió rápidamente por la portada pintada de verde para dirigirse calle abajo, rumbo a Colpacucho. Pero su hermanita, que le estaba observando, le siguió apresuradamente hasta la puerta y le dijo, amaneradamente, luciendo su pobrísimo francés para apantallar a los vecinos abrebocas que pasaban por allí:

—*Ou est'ce que vous allez, Monsieur?*[89]

Don Moisés le respondió:

—A su casa del Zaturnino. Le llevo otro libro para que se entretenga.

Ella le dice:

—*Mais ce libre est a moi!*[90]

El le dice:

—Me lo va a devolver cuando lo acabe de leer.

Ella le dice:

—Pero, ¿no te parece que quien debe prestárselo es la dueña?

El le dice:

—¡Pues, claro! —y se lo entregó—.

* * *

La cosa no terminó con ello, porque ella le dijo:

—¿Y por qué no hacerlo contigo, ahora mismo?

El le dice:

—Sí, pero no sé si él estará presentable como para recibir visitas. . .

—¿Acaso no ibas a visitarle tú?

—Me refiero a visitas de mujeres.

Y allí saltó la fierecilla, pues como dice la palabra, "de la abundancia del corazón habla la boca".

Ella le dice:

—¡¡¡De mujeres!!!

—Quise decir. . . de ti. . . ¿No puedes esperar para otro día?

—Es que tengo urgencia de hacerle una pregunta. . .

El le dice:

—¿Así? ¿De qué se trata?

Y ella vuelve al recurso del francés:

—*C'est une affaire personnelle.*[91]

* * *

A propósito de la imitación del francés en esos tiempos, en mi última estadía en Lima tuve el privilegio de visitar el antiguo edificio del Palais Concert en el Jirón de la Unión con la guía del antropólogo Jorge A. Chávez Silva, el Charro.

Una gama de académicos y literatos afrancesados se reunían en tertulia en el Palais Concert (pronúnciese: *Palé Cocéj*), entre ellos Abraham Valdelomar, quien solía decir: "El Perú es Lima, Lima es el Jirón de la Unión, el Jirón de la Unión es el Palais Concert, y el Palais Concert soy yo." —Algo parecido reclamaba el Alfonsí cuyo ego era exageradamente voluminoso y pesado: "Celendín soy yo"—.

La imitación de lo francés — la moda *parisién* y el sombrero *conotier*—, se remonta a esa época cuando Francia era la Meca del mundo cultural, el Paraíso Terrenal a donde aspiraban ir de cabeza todos los que se consideraban flor y nata (*la fine fleur*) de la *societé*.

* * *

El Charro se refirió a la manera de hablar del Alfonsí *Lagañó, laparpé, cometrí de coné* o "Lagañoso lagarpejo come tripas de conejo", es decir, "lagañoso lagarto-perro come tripas de conejo". —Observe la pronunciación de "perro" como *péjo*, como en portugués—.

Dijo que tal manera de hablar era rezago de las tertulias de antaño, en que a los shilicos *mentecá* se les daba por *hablá* acortando las *palá* y acentuando la sílaba final al estilo francés.

Dijo que al Alfonsí se le habría pegado esa manía porque él pasaba tiempo en la mansión de Don César Pereyra, antro de las tertulias de los franchutes de la *ville*. —Doña Grimanesa,[92] madre de Don César Pereyra, era una buena dama que lo protegía, como lo hacía también Doña Sabina, ambas mujeres evangélicas y sin nexo familiar—.

* * *

Celendín, a pesar de su ubicación, como se dice en francés, *dans le cul du monde* (pronúnciese: *dalkí di mond*) estaba al día con la *nouveauté* (pronúnciese: *nuvoté*) o novedad.

En la biblioteca que mi padre heredó de mi abuelo, el Capitán, y de mi tío-abuelo, el Dr. Moisés Sánchez Pereyra, aun se conservaban sus manuales de gramática francesa, mudos testigos de tiempos mejores.

Se cuenta que el anhelo de mi tío-abuelo Moisés Sánchez Pereyra era enviar a su sobrino preferido, a Juan, mi papá, a estudiar medicina en París. Pero *squé* se lo perdió todo por *enamorá* —porque se unió con su enamorada Esther, mi mamá—.

No faltaban los noveleros que dizqué acababan de llegar de París, es decir, de "su extranjero de Doña Celfa".[93]

* * *

Don Moisés sabía que jamás se podía discutir con su hermanita, la "fierecilla indomable". Ante su mirada penetrante y su voz chillona, todos bajaban la suya. Y a todo esto se añadían sus antipáticas locuciones en francés.

Fueron, pues, juntos, y se encontraron con que otras visitas femeninas se les habían adelantado. Entre ellas estaba la señorita Catalina Marín, la mujer omnipresente, que justamente se despedía de él en ese preciso momento.

La señorita María Benjamina no le dirigió la mirada ni la palabra. Y cerrada la puerta al salir las visitas, le habló de "usted" al Zaturnino:

—¿Todavía no puede usted caminar?

El le responde:

—Claro que sí puedo.

—¿Y por qué no estuvo usted en el baile organizado en su honor?

Su hermano intervino:

—Caminar sí puede. Lo que no puede es bailar. . .

Ella se quedó pensativa, y le preguntó:

—¿Y se puede saber para qué vino la Gata?

—Me trajo unas humintas.

—¿Para nada más?

—Me hizo más preguntas sobre el Shante Saltaperico. . .

—¿No será que son novios? ¿Sí o sí?

* * *

El Zaturnino no supo qué responder, y en su confusión se sintió por primera vez domado.

Era una típica pregunta de doble sentido con las que la fémina solía dominar a los demás. "¿No será que son novios?" ¿Quiénes? ¿La Gata y el Shante Saltapericco? ¿O el Zaturnino y la Gata?

Sus palabras se prestaban a doble interpretación.

Entonces intervino Don Moisés para librar al Zaturnino de las arácnidas ataduras que le iba tendiendo su hermanita. Sólo él sabría cómo hacerlo.

¿Cómo?

¡Pues riéndose de ella, cosa que nadie más se atrevía a hacer!

También Don Zaturnino se animó a reírse, para su propio mal.

La fierecilla le tapó la boca:

—¿Se puede saber de qué se ríe usted?

Y Don Moisés intervino para librarlo:

—¡Qué novios ni qué novios! ¡Ellos son marido y mujer!

Pero la amoló. Y ante la mirada severa de su hermana, aclaró:

—El Shante y la Gata. ¿No es cierto, Zaturnino?

* * *

Entonces, sorpresivamente, la señorita Sánchez le habló de tú a tú, sin ocultar una intensa alegría interior:

—Yo he venido para traerte este libro mío para que lo leas y te entretengas. Mañana vuelvo para que me lo devuelvas. No te distraigas recibiendo visitas, ¿eh?

Se despidió moviendo levemente su diestra, como si la tuviese ligada a su seno, y con la siniestra le dio un jalón del brazo a su hermano, y casi le hizo caer.

El libro de la señorita Sánchez era un tomo de la edición completa, no abreviada de *Los Miserables*, de Víctor Hugo. ¡Que el lector juzgue si una obra de 500 páginas se podría leer de la noche a la mañana!

¿De que sí volvió al día siguiente por su libro?

¡Sí que volvió!

¿Y que sí se lo llevó de vuelta a casa?

Sí. Y volvió a visitarle acompañada de su hermano, para traerle de regreso el libro, para darle más plazo para leerlo.

* * *

Para algunos seres humanos las cosas del amor tienen tantos giros innecesarios, pero así squés la vida. En el caso de Don Zaturnino y la señorita Sánchez Pereyra empezó así un gran amor que fue a dar en el altar al cabo de un año.

Contrajeron matrimonio en 1883, y la mocosa se hizo el día de su boda de las joyas y valores que le transfiriera su señor padre con el recurso ése, del "catre de la salvación".

Un campanazo de estreno de las campanas recientemente fundidas para la Iglesia Matriz resonó en el patio de la casa de los novios celebrando su unión matrimonial de la cual nacieron María Antonieta, Gustavo, Aurelio, Mercedes, Juan y Victoriano.

Una vez desposada, la Fierecilla recuperó sus fueros y se puso a darle a su marido, con vara de lloque[94] en mano, lecciones de francés.

Después empezaron sus entretenidas tertulias que congregaron a poetas, cuentistas y chismosos en su hogar de José Gálvez Nº 714.

* * *

Entonces Don Zaturnino no contaba con el devenir de las cosas y con el clamor de su pueblo por justicia, alimentos, educación, protección de los montoneros, y sobre todo, liderazgo e inspiración.

Fue después que se vio envuelto sucesivamente en los cargos de concejal, alcalde, juez, inspector de instrucción, reforestador, maestro fundidor, periodista y normalista suplente.

Mientras tanto, su adorable mujercita no se apartaba del espejo de cuerpo entero y del Metiche, su duende tutelar, ante los cuales le deleitaba posar completamente desnuda a lo largo de toditita la jornada.

Con razón dice la palabra:

Aquel que bien se casa
con mujer bonita,
¡ni cien curanderos famosos
el susto le quitan!

13
LA OJOS DE MISHO

La noche del velorio de cuerpo ausente del Shante Saltaperico, Don Zaturnino y su esposa invitaron a la señora Catalina Marín a pasar un tiempo indefinido en su casa, lejos de la sala con las reminiscencias del velorio, hasta que se pudiera recuperar del dolor de su precoz viudez.

No hacía mucho que Don Zaturnino había contraído matrimonio con la hermosa María Benjamina. Su casa en la calle José Gálvez 714 era amplia, y varias personas aparte de la pareja llenaban de alegría sus patios, jardines y zaguanes. Allí la Cata (o la Gata, como todos gustaban llamarle a causa de sus ojos celestes o zarcos) contaría con los cuidados de Doña Pepa, y a pesar de estar en familia, también tendría privacidad.

La Gata aceptó su gentileza. Después siguieron días de silencio que daban la impresión de que no se hablaría más del asunto.

Cuando las cosas parecían olvidadas, ella misma les visitó para hablarles:

—¿Podría traer todas mis cositas?

Le dijeron:

—¡No faltaba más! Trae todas tus cosas.

Ella dijo:

—En realidad, me refiero sólo a una cosa: La silla nupcial de mi Shante.

* * *

En su nueva morada, la Gata parecía ponerse más chaposa y hacendosa. Pero alguna obsesión tenía con aquella silla sobre la cual no se sentaba ni colocaba cosa alguna, salvo un pañuelo de seda plegado y encima de él una cartuchera repleta de rubíes, una mantilla de oír misa y un misal.

A Doña María Benjamina, que era una pishpireta de alcurnia, le llamaron la atención ciertos rituales extraños que la Gata parecía realizar alrededor de aquella silla, pero no hizo ningún comentario.

Cierto día, sintiéndose segura, la Gata les contó:

—Yo pegué mi oreja a la espalda de mi mamá cuando ella se acercó a la silla y a la cajita de habanos, y mirándola fijamente, sin tocarla, balbuceó: "San. . . San. . . Santiaguito, ¿estás aquí?" Y la cajita respondió con los mismos movimientos de un saltaperico: ¡¡¡Taca tataca tatá!!!

Y atragantándose continuó:

—Y mi madre prorrumpió en llanto diciendo: "¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!"

Y prosiguió:

—Aquello ocurrió en la misma hora en que él murió, temprano, al anochecer, más acá de Pacasmayo. Nada ha vuelto a ocurrir con la silla, pero es el objeto más querido que me queda de él aparte de sus bigotes.

Doña María Benjamina le pregunta:

—¿Y por qué pensabas que nos opondríamos a que trajeras tu silla?

Les dijo:

—Pensaba que antes ustedes debían conocer lo ocurrido.

* * *

Cierta mañana, en el balcón de la Municipalidad, Don Zaturnino comentó sin malicia lo de la silla con un colega del Concejo. Y éste le contó a dos concejales más. Y ellos dos le torturaron por un tiempo para que les invitara a su casa para juntos abordar la silla nupcial y evocar el espíritu del Shante Saltaperico para consultarle, le dijeron:

—De ciertas cositas que te van a interesar. . .

Le decían, maliciosamente:

—Deja, por lo menos, que acuda y nos permita gozar un minuto del privilegio de su presencia.

Pasaron unas semanas y los concejales dejaron de insistir. Pero amigables sonrisas y miradas condescendientes enfocaban a Don Zaturnino desde todas direcciones, hasta que un día escuchó a alguien comentar en lenguaje codificado: "El Dios de la Guerra ha sido premiado con dos Venus que le dicen: 'Estamos listas para. . . a Marte'."

Al hablar de "dos Venus" se referían a Doña María Benjamina y a la Gata.

* * *

Don Zaturnino pensó que si la Gata decidiera volver a la casa de su madre, él estaría de acuerdo. Temía que los comentarios malévolos llegaran a oídos de Doña María Benjamina, por lo que decidió, más bien, abocarse a sus negocios en Llanguat.

Hacía tiempo que quería fabricar un trapiche de bronce, fundiendo los casquillos de las municiones que los chilenos habían dejado regados por el suelo cuando tomaron la

ciudad de Cajamarca. El había ordenado juntarlos, y los tenía guardados en un cajón de madera.

Hasta aquel entonces, los trapiches eran de madera, y su desgaste y los costos resultaban desalentadores para la industria de la chancaca y el cañazo. Por eso, él diseñó un trapiche de funda entera de bronce, cuya consistencia evitaría el desgaste.

También había diseñado un alambique, y se convirtió en el primer fabricante de cañazo en esa región del Perú. Por aquel entonces ya contaba con los servicios del maestro fundidor Don José Anyaipoma, que había venido a Celendín desde Magdalena y había instalado su taller de fundición en los zaguanes de su casa.

Entonces dejó a buen recaudo el mantenimiento de su vivero de pinos y eucaliptos ubicado en el Cementerio Anterior de la villa, y se refundió en sus solares en Llanguat que desde las Aguas Termales hasta Pumachaca habían pertenecido a su señor padre, Don Lorenzo Chávez Rubio.

* * *

Por entonces, el Capitán no tenía un cargo específico en el Concejo de Celendín, pero las autoridades lo buscaban para que les ayudara en la planificación de proyectos.

Cierto día lo mandaron llamar de Llanguat, dizqué para algo muy importante.

No pasó un día hasta que se enteraron de su llegada esos dos concejales, y le visitaron so pretexto de informarle acerca de las últimas novedades de la comuna. Ellos disimulaban sus intenciones lascivas con el pretexto de tener el privilegio de gozar por un momento de la presencia del Shante Saltaperico, a lo que el Capitán respondía:

—Hay que dejar en paz a los muertos, y hay que mostrar respeto y consideración por los deudos.

Para su propio mal, en un acto de desesperación ellos dos recurrieron a ponerle entre la espada y la pared, y aduciendo a su autoridad castrense le dijeron:

—Tú has sido su jefe en vida. . . ¿O no? ¡A tu orden, él acudirá! Permítenos contactarle ahora, y no volveremos a insistir más.

Don Zaturnino calló. En su alma decidió que las puertas de su casa estarían cerradas para ese par de granujas. Y al respecto ordenó a la servidumbre:

—Si vuelven, no les abran, y díganles que no estoy.

* * *

Cierta tarde de mal agüero se presentaron de nuevo.

Hicieron sonar insistentemente la aldaba de la portada, y Doña María Benjamina les abrió.

Entraron y se quedaron humildemente de pie sobre el pretil, con sus sombreros entre sus manos sobre su pecho, en señal de respeto.

Esperaron que Don Zaturnino viniese pausadamente del fondo de la huerta.

Luego Doña María Benjamina les acercó tres sillas, y se refundió en la cocina.

Las visitas inoportunas hicieron larga la conversación so pretexto de informarle de los asuntos del Concejo y de los dires y diretes de quienes querían mantenerlo alejado en Llanguat.

Don Zaturnino escuchaba aburrido la insulsa conversación. Y uno de ellos soltó la lengua:

—¿Y la Gata? ¿Todavía sigue en tu casa?

Les respondió a secas:

—La señora Catalina sigue en casa.

* * *

Estaba a punto de agradecerles su visita cuando Doña María Benjamina se aparece de la cocina llevándoles una tacita de café humeando y una lapa de cachangas.[95]

Se secó los dedos en el extremo de su mandil, mientras se dirigía a su cuarto, y cerró la puerta tras de sí.

Con la mirada alegremente estúpida, los concejales siguieron cada uno de los movimientos de la hembra seductora que era mi abuela, hasta que desapareció en la penumbra de su habitación.

Don Zaturnino simuló no mirarles, esperando que por fin se despidieran y se marcharan por las buenas.

Entonces Don Marcial, que así se llamaba el mayor, le preguntó:

—¿Está ocupada tu sala?

Le dice:

—No. ¿Acaso querían pasar allí?

Le dicen:

—No. En realidad, ya nos vamos. Y ese cuarto a donde entró Doña María Benjamina será pues su dormitorio. . .

—Sí, así es.

—Y el cuartito de al lado, ¿será el dormitorio de la señora Catalina?

Don Zaturnino se puso de pie dando a entender que su visita se había terminado, y lo hizo diciéndoles:

—Sí, ¿por qué?

—Porque tiene la puerta abierta de par en par. ¿Por qué no sale? ¿Acaso no le ayuda a la señora María Benjamina?

* * *

La Gata no tardaría en llegar de la pampa trayendo en su mandil un buen número de choclos para hacer humintas, cuando la conversación intentó enrumbarse a su salud, a su futuro, ¡y a su cuerpazo!

Y en último intento, Don Marcial le dice a Don Zaturnino:

—Déjanos ver la silla nupcial.

—¿Cuál silla?

—La silla del Shante Saltaperico.

El otro concejal tomó viada:

—Te obedecía en vida. . . ¡Apuesto que te obedece ahora también!

Don Zaturnino montó en ira, y les dijo:

—Ese cuarto es privado. ¿Entendido?

* * *

De veras contrariados, los concejales se pusieron sus sombreros y se dispusieron a salir, cuando escuchan en ese cuarto un ruido extraño.

Los hombres fijan su mirada en la puerta abierta, justo en el momento cuando la silla nupcial se detuvo en seco después de haberse deslizado sobre un invisible colchón de aire. Se detuvo bruscamente sobre la laja de piedra del umbral haciendo un traqueteo simulando con sus patas el movimiento de un militar que se cuadra ante su superior:

—¡¡¡Taca tataca tatá!!!

Luego se detuvo de golpe, como en posición de firmes, y dejó rodar de la cartuchera que estaba encima multitud de rubíes que se desangraban como lágrimas encarnadas y jugosas pepitas de granada.

En Celendín se les llamaba a los rubíes carbunclos o carbones que se encienden en la oscuridad. El Gnomo de Rubén Darío[96] pretende conocer cómo se originaron en una mina encantada en el seno de la tierra: Son brillantes encarnados con la sangre de los labios de una mujer enamorada.

Don Zaturnino acarició la espalda de sus huéspedes, y les dijo:

—Es mejor que se marchen, por favor. . .

* * *

Esta vez los concejales no se hicieron de rogar y aceleraron el paso aterrados y pálidos. Y en su aturdimiento, al abrir la portada de la calle, el menor tuvo la desventura de meter su nariz en el seno de la muchacha que acababa de regresar de la pampa con su mandil lleno de choclos. Y el intenso perfume del tabaco cubano penetró hasta su alma para torturarle por tres días y tres noches.

La muchacha soltó el extremo de su mandil intentando guardar el equilibrio y no caer, y al ver aquellas visitas atolondradas que no se dignaron a ayudarla a recoger sus choclos, le preguntó a Don Zaturnino:

—¡Mah! ¿Qué pué les pasa a estos nashacos? ¡Están más locos que una cabra!

—¡Tú lo has dicho! —respondió Don Zaturnino, y le franqueó el paso para que ella se dirigiera de frente a la cocina, mientras él colocaba la silla en su lugar.

Pero cuando miró, la silla se había vuelto sola a su lugar en el interior del dormitorio. También los rubíes se habían elevado y vuelto a su lugar en la cartuchera, como si nada hubiera ocurrido.

En ese momento abrió la puerta de su cuarto Doña María Benjamina, y le pregunta:

—¿Y la Gata? ¿Todavía no vuelve?

Y le responde, tranquilizado, como si sus visitas jamás le hubieran robado su paz interior:

—Está en la cocina, pelando los choclos.

* * *

Muchos años después, en un baile de Carnaval, unas viejas alcahuetas conversaban con alguien allegado a la familia:

—¿Cuánto tiempo habría estado la Gata en su casa de Doña María Benjamina?

—No sé.

—¿Se habría vuelto a enamorar?

—No sé. No sé.

—¿Y se casaría de nuevo?

—No sé. No sé. No sé.

—Pero tuvo squé su hijita. . .

—Te digo que no sé.

* * *

La Catalina se recuperó completamente y volvió a ser la misma joven grácil y comunicativa. El cariño de nuestra familia supo retribuir cuando sirvió de ama y nodriza a la primera hija del Capitán, una hermosa niña a quien él llamó María Antonieta, como su abuelita. Ella sería la primera de sus seis hijos.

—Las malas lenguas decían que la niña era su hija de la Gata, por lo blanca y nacarada de su tez.

—También era blanca y nacarada la esposa del Capitán.

—Pero que yo sepa, el Capitán sólo tuvo cinco hijos. . .

—Su hijo Juan declara que su hermanita María Antonieta fue la primogénita y que todos ellos fueron seis.

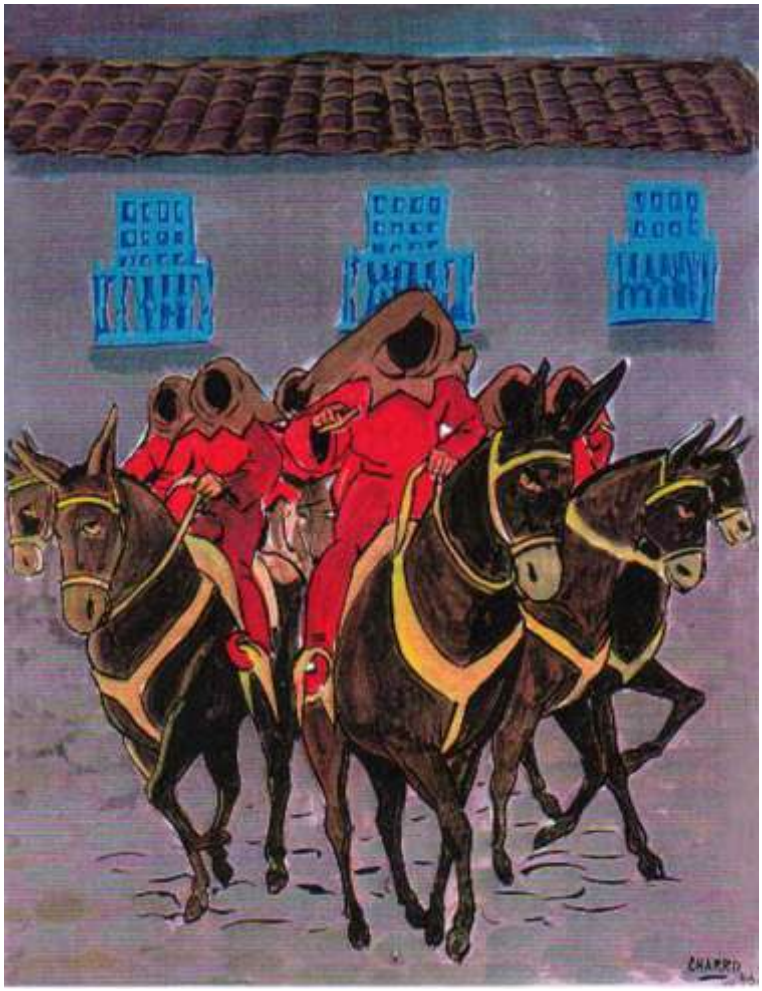
—Lo extraño es que después hayan olvidado a la niña. . .

—Eran habladurías de la gente. Quizás la niña no vivió mucho. Recuerda a los concejales que se morían de ansiedad por la Gata, y la laya de "compadres" que el Capitán se manejaba en Llanguat. Ellos nunca dejaron de arrojar basura a él y a su familia. Seguramente has oído hablar de lo que le ocurrió al Aurelio, su hijo del Capitán. . .

—Dicen que el mal había sido preparado para el Capitán. . . ¿Acaso no has oído la historia de las mulitas de Llanguat?

—Pueblo chico, infierno grande.

14
LAS MULITAS DE LLANGUAT



No ha sido aquella la única vez que ocurrían cosas raras en su casa de mis primas Toya y Chela, hijas de mi tío Victoriano, hijo del Capitán. Antaño esa casa formaba parte indivisa de la mansión que nos dejó el Capitán.

Muchos años antes, cuando la sala de esa casa era el dormitorio del Capitán y de su esposa, Doña María Benjamina, ocurrió algo gravísimo que mi padre no se cansaba de contar.

En esos días alguien había planeado asesinar al Capitán, pero le fallaron sus cálculos no obstante que planeó el crimen para que tuviera lugar en el valle encantado de Llanguat, donde sería más fácil hacer desaparecer las huellas del delito.

* * *

Allá en Llanguat estaba su fundo sembrado de caña de azúcar, su trapiche para la molienda y su alambique para la destilación del cotizado *eau-de-vie*, como Doña María Benjamina llamaba al cañazo o aguardiente en el más pulcro francés.

El día que se le esperaba con toda seguridad, apareció no él sino el joven Aurelio, su tercer hijo, que a la sazón tendría sólo 13 o 14 años de edad. Con él se hacía acompañar a menudo para atender los asuntos en el valle, pero esta vez no fue porque por alguna razón tuvo que viajar de emergencia a Cajamarca.

Fue entonces que el trabajo que le prepararon al Capitán casi mata a su hijo, quien se libró de un pelito de la muerte, a causa de su resistencia excepcional.

Habían esparcido las cenizas maléficas sobre el piso de la cabaña donde el Capitán se refugiaba del candente sol del valle, y donde dormía de noche sobre una tarima de carrizos.

* * *

La empresa familiar marchaba viento en popa. Del caluroso valle, los asociados del Capitán transportaban a Celendín fruta, miel de caña, cañazo, tongos de chancaca común y tapas de chancaca blanca, que se consumía como postre y golosina.

Los productos del Capitán llegaban a Cajamarca y a la costa. Todo esto, aparte del beneficio en Rioja de las palmeras de bombonaje para producir paja toquilla para la confección de los famosos sombreros shilicos.

—¿A quién se le habría ocurrido hacerle tanto daño?

—Líos de faldas. . .

—¿Líos de faldas en Llanguat? ¡Quiáy serrr!

—Quizás sería una extemporánea venganza por lo de Corpus Christi, cuando él y el alcalde metieron a Don Sheba, el santo patró de Llanguat, en la cárcel pública. . .

—Se estima que los malhechores habían preparado las cenizas maléficas para el Capitán, porque cuando un hombre público es justo, nunca deja de ser acechado por los corruptos.

* * *

El joven Aurelio llegó a Llanguat con la penumbra, y sin detenerse pasó de largo la capilla de Don Sheba (San Sebastián) y se dirigió más al norte, a Mamaj, donde estaba la cabaña del Capitán.

Pronto se vio rodeado del manto retinto de la noche, pero avanzó ágilmente por el sendero conocido para él en todos sus recodos y chaquiñanes.[97] No se hacía necesaria la ayuda de millares de lamparitas menudas de color blanco verduzco, las luciérnagas, que sólo alumbran su propio microuniverso, pero todas juntas no lograrían iluminar un palmo del sendero de nuestra realidad.

Los zancudos sí que le causaban problemas. Los breves intervalos que pasaba en Llanguat no habían sido suficientes para que su sangre les hartara y repeliera. Por eso, los zancudos le hacían a cada paso despertar de sus ensimismados pensamientos de muchacho enamorado, hasta la cabaña en Mamaj, donde a puerta abierta y sin mosquitero, el cansancio le haría ignorar esa tortura.

Por aquellos tiempos el valle estaba infestado de malaria o terciana.

* * *

Llegó a la cabaña de una sola habitación. Abrió la puerta de un empujón, porque no tenía manubrio. Depositó su alforja detrasito de la puerta, y se sacó los llanques.

Le gustaba ir a Llanguat de llanques, porque de esta manera los pies tenían ventilación en medio de aquel infierno de fuego, tan próximo a los fueros del Shapingo o Satanás.

El piso estaba apelmazado y seco, y había sido hecho a nivel. La tarima había estado allí cuando distribuyeron de manera pareja sobre el piso el barro fortalecido con bagazo. Los palos que la sostenían estaban plantados en el piso.

En realidad, para la comodidad del Capitán en sus visitas de una sola noche, sólo se había remodelado una antigua cabaña, nivelando el piso y embarrando las paredes de carrizo a manera de quincha. Y para impedir que con el trajín se erosionara la capa de barro del piso, estaba tendida encima, a manera de alfombra, una cubierta de anchas hojas de plátano puestas una sobre otra de manera transversal. Se notaba que el trabajo había sido hecho con notable buen gusto.

Sobre esa cubierta de hojas de plátano habían cernido las cenizas maléficas.

* * *

El joven Aurelio dejó sus llanques afuerita de la puerta, y se dirigió a recostarse sobre la tarima de carrizos, protegiendo su cabeza sobre una improvisada almohada de tunshe.[98] La lámpara que encendió indicó a los peones que se encontraban en las cabañas cercanas que había llegado el patrón.

Hacia la media noche le empezó el escozor en los pies, como si los zancudos se hubieran organizado para atacar sólo ese sitio. Cuando aclaró el día sus pies estaban tan hinchados que parecían chiclayos al horno. Y todo su cuerpo ardía y temblaba como con terciana. Pero los peones sabían que no era terciana.

* * *

Bien temprano lo llevaron de regreso a Celendín. Le acompañaron dos peones, y él iba sobre una mula, deshidratado y exhausto. Por poco no se murió en la cuesta de Shururo o en los Blancos.

Cuando lo entregaron a su madre ya había perdido el conocimiento.

Los peones le dijeron:

—Esto no es terciana, mamita. . . ¡A la vista está que luán brujeáu!

* * *

Doña María Benjamina mandó buscar de emergencia a las mejores curanderas de la villa. Era casi la media noche cuando lograron ubicarlas en La Tranca para llevarlas a la casa del Capitán.

Ellas dijeron:

—Este muchacho es muy trejo; porque lo que le han hecho era para matarlo en el sitio. Cualquiera no hubiera amanecido vivo, ni menos hubiera podido resistir la cuesta de Llanguat. Pero ahora que se le está bajando la fiebre, ¡dejuro que han de venir!

—¿Quiénes van a venir? —preguntó la madre, preocupada—.

Y ellas, de común acuerdo, respondieron:

—Las mulitas de Llanguat.

Y tras un breve silencio añadieron:

—Las mulitas de Llanguat van a venir para acabarlo de matar. De ninguna manera se van a contentar con haber fallado. Pero nosotras debemos de huir de aquí antes de que lleguen.

* * *

Cuando se apresuraban a salir de la sala, despavoridas, la madre les detiene del brazo y les pregunta:

—¿Cómo que las mulitas de Llanguat?

Y respondieron con prisa:

—En realidad no son mulas. Son un batallón de shapingos que vendrán a la media noche para reclamarlo al difunto. . . perdón, quise decir al joven Aurelio. Pero usted no lo dejará morir, ¿verdad? Porque usted es su madre.

Y añadieron:

—Esto es algo que sólo usted podrá hacer, porque una madre tiene más fuerza que nadie en estos casos.

Y le dieron instrucciones:

—Haga lo posible para bajarle la fiebre mediante compresas de agua fría, cambiándolas a cada instante. Y cuando sea la media noche y lleguen las mulitas de Llanguat, usted no se descuide de ponerle las compresas, mientras ahuyenta a los demonios sin detenerse un solo instante. Esta es una tarea que sólo usted podrá hacer como su madre que es; nosotras no le podemos ser de ayuda. No desmaye un solo instante; compresas y compresas, sin dejar de ahuyentar a los shapingos, para que no le den el tiro de gracia y se nos vaya a morir el joven Aurelio.

* * *

En un extremo del dormitorio, que también tenía puerta a la calle a manera de tienda y que servía de depósito, había una ruma de tongos de chancaca, y encima de los tongos se encontraba providencialmente un gran machete de esos que usan los llanguatinos para machetear.[99] ¡Era justo lo que ella necesitaba!

Limpiaron bien ese machete y lo pusieron debajo de la almohada del joven. Y le indicaron a su madre que ni bien llegaran las mulitas, ella debía tomar el machete, poner la compresa de agua fría sobre la frente del joven, y correr hacia la portada bien trancada que da a la calle para hacer cruces blandiendo el machete en el aire, lo más cerca posible de la puerta. Y cuando las mulitas retrocedieran, ella debía volver al dormitorio para remplazar la compresa empapada con el fuego de la fiebre.

* * *

Después de darle estas últimas instrucciones, las curanderas se abrieron camino afuera, casi a empellones.

Ellas no deberían ser encontradas allí cuando llegaran las mulitas de Llanguat, porque su vida, dizqué, corría peligro. Pero gracias a sus instrucciones la madre sería capaz de ver a las mulitas de Llanguat y contender con ellas en un conflicto de vida o muerte.

Sólo la madre del muchacho las podría ver, por ser la madre y la fuente de su sangre.

Nadie más las vería formadas en la calle ante de la portada.

* * *

Efectivamente, poco después que salieron las curanderas, a la media noche subió un tropel de mulitas por en medio de la calle José Gálvez hasta la portada de la casa del Capitán, que está a pocos metros bajando de la Plaza de Armas.

Doña María Benjamina se percató de su cercanía y de su llegada por el ruido de sus diminutos cascos y por su olor a Llanguat, porque trasminaban a cañazo.

Eran menudas, como crías de mulas, y de bella y brillante anatomía, como las yeguas del carro del faraón. Eran muchas y en perfecta formación golpeaban con sus cascos sobre la calle empedrada como si bailaran flamenco, y rascaban las piedras hasta sacar chispas.

Sus jinetes también eran pequeños, y estaban calzados de zapatitos rojos y encendidos que terminaban en una punta encorvada hacia arriba. Sus espuelas y sus estribos eran de oro y resplandecían a la luz de la Luna. Pero los rostros de los jinetes eran sombríos como una bola de humo o un agujero negro.

* * *

Doña María Benjamina pudo ver todo esto por una rendija de la puerta, porque la noche era iluminada por el resplandor de la Luna. Y contaba que no se detenían de zapatear un solo instante, y en conjunto avanzaban hacia la portada trancada de la casa para intentar derribarla a presión de aire, y entrar adentro al lugar donde yacía el joven Aurelio.

Había momentos que el viento que las precedía zamaqueaba la puerta, pero ante la actuación de la madre volvían a retroceder hasta la pared de enfrente, de su casa de Don Daniel Quiroz, para investir de nuevo con insistencia.

No era fácil lo que tenía que hacer la madre, porque el mismo blandir del machete la tenía exhausta; y tenía, además que correr a intervalos al dormitorio para ponerle compresas frías a la frente de su hijo moribundo.

Cuando ella se apartaba de detrás de la puerta, las mulitas parecían acentuar el golpeteo de sus cascos sobre el empedrado de la calle, y rascaban sacando chispas de las piedras calizas del empedrado.

Si había algún alma por allí cerca, se había esfumado nomás tras la partida de las curanderas, porque dicen que desde antes esa cuadra era muy pesada.

* * *

Doña María Benjamina, por amor de su hijo venció el cansancio y el ofuscamiento, y después de un tiempo que le pareció una eternidad, se percató que en la calle reinaba el silencio.

Corrió a la cama a cambiar la compresa, sin soltar el machete, y volvió a la puerta, pero todo había quedado en silencio. Las mulitas habían desaparecido o se habrían retirado cuesta abajo, rumbo al valle encantado de Llanguat. Así empezó a aclararse el día.

La madre no se desplomó de cansancio, sino de susto, cuando la sirvienta dio un empujón fuerte a la puerta del dormitorio y la logró entreabrir.

Doña María Benjamina le gritó:

—¡Condenada! ¿Qué vienes a hacer aquí?

Y ella le respondió:

—¿No mia mandádusté llamar?

La madre no quiso desperdiciar ese momento de dicha discutiendo con esa mujer ignorante, y le dijo:

—Masque míralo. . . Ya está mejor.

Y el joven Aurelio le preguntó:

—¿Qué haces, mentecata, con ese machete en tu mano? ¡Pareces llanguatina!

También había bajado la hinchazón de sus pies, aunque no por completo.

* * *

Al día siguiente ya se pudo levantar. El no se había dado cuenta de todo lo ocurrido en la noche anterior. Tampoco su madre se lo contó por temor de recordar un solo instante de los vividos y que todo se echara a perder.

La Mama Lila, actuando como guía de turistas nos muestra la portada que da a la calle, que hasta ahora sigue pintada con sapolín verde en su lado exterior.

Nos muestra el revés de la portada y comenta:

—Aquí mismo ocurrió eso, tal como nos lo contaba el papá.

Nos muestra las señales detrás de la puerta:

—Masque mira las huellas de la punta del machete. Eran los machetazos que se le pasaban de la mano a la abuela cuando su brazo se quedó muerto rendido de cansancio.

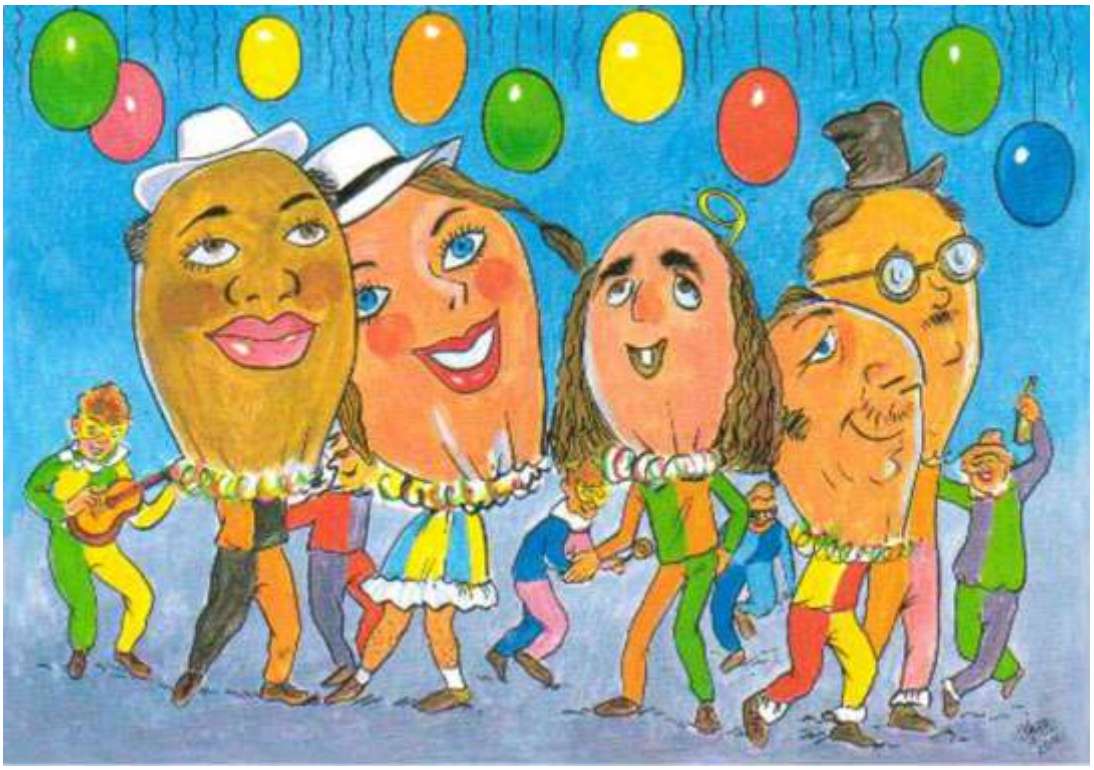
Efectivamente, se ven ciertos cortes superficiales, y nos dice:

—¿De qué otra cosa más podrían ser estos cortes detrás de la puerta?

Y concluye diciendo:

—¡Jué! ¡¡¡Pero qué valor de mujer!!!

15
EL CHILALO:
MELODIA QUE RESUCITA MUERTOS



Carnaval Celendino

Allá por 1860, veinte años antes del estallido de la Guerra del Pacífico, tuvo lugar en Celendín el corso anual o desfile de comparsas de Carnaval que estaba destinado a perfilar la vida de la población de manera permanente.

Como ocurre con el Carnaval de Río de Janeiro, los preparativos fueron muy intensos. Los de la Comparsa de Colpacucho o El Rosario, dirigida por el Negro Eusebio, hicieron retumbar en el ensayo de la víspera el patio de su casa en el Jirón Ayacucho 237 (actualmente Ayacucho 917-921), y seguramente estaba metido por allí ese mocoso. . .

Me refiero al Zaturnino Chávez Baella, porque esa era la casa de sus padres; allí vivía él.

Entonces tendría tan sólo siete años de edad.

* * *

Desde aquel corso, en la entrada de cada Carnaval un séquito de payasos y shapingos reproducen la saga original, escoltando a la señorial pareja del Chilalo y la Chilala cuyas enormes cabezas de cartón prensado destacan en medio del séquito festivo.

Históricamente hablando, tales cabezas representan al Negro Eusebio y a su amada Micaela, aunque ahora sólo los llaman Don Carnavalón y Doña Carnavalona.

El Chilalo es representado moreno chingüengüenchón,[100] y la Chilala, zarca (palabra árabe que significa de ojos celestes), pintarrajeada y atiborrada de collares, y ambos con el típico potocho shilico blanco. Además, él lleva en el sobaco un ave de peluche.

* * *

A la vista se nota que no se trata de una gallina o de un gallo de pelea. El pajarraco rememora un ave rara que el Negro Eusebio atrapó viva en Llanguat y la llevó a Celendín como un obsequio para su amada en el contexto de aquel corso de Carnaval.

La melodía de fondo, también conocida como "el Chilalo", se ajusta al señorial baile tieso del Chilalo y la Chilala, a causa del tamaño descomunal de sus cabezas, pero también se adapta al baile alocado y a la marcha prosalla de las patotas[101] que al son de las palmas y silbidos se desplazan por las calles de la ciudad.

* * *

La melodía del Chilalo es el factor mágico de la celebración. Sobre su paternidad artística se han tejido varias hipótesis, una de las cuales queremos exponer a continuación intentando reconstruir los hechos con honestidad, sin que nos mueva otro motivo que el de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Quien haya sido el autor de la melodía y de la letra original del Chilalo, fue genial. Y el Chilalo tiene su lugar merecido en el santuario de las obras que perduran para siempre.

Las cosas parecen haber ocurrido de la siguiente manera. . .

* * *

Hacía mucho tiempo que había llegado a Celendín, quien sabe procedente de Chincha, un hermoso ejemplar color de lujo llamado Isidoro Baella. Y perdidamente enamorado de nuestro terruño se quedó aquí para siempre pues se casó con una hermosa shilica de tez blanca y de ojos celestes llamada María Antonieta Díaz.

Desde entonces, en Celendín, de vez en cuando nacen algunos negritos que son muy cotizados por su rareza y porque son muy alhajitas.[102] A ellos los prefieren las zarcas[103] despampanantes, y la saga continúa.

* * *

Los hijos de Don Isidoro Baella y de Doña María Antonieta Díaz fueron cuatro:

El primero se llamó Ezequías, cuyo apellido Baella fue heredado por mujeres, y por tanto, desapareció. Pero dicen que se ha conservado en Chachapoyas, más allá de la banda, porque sque se casó allá con una muchacha que era una preciosura, y de allí sale Don Alfonso Baella Tuesta, el famoso periodista del programa televisivo, "Frente a frente".

El segundo se llamó Catalino, que siguiendo la antigua costumbre española de la gente de alcurnia, por ser el segundo fue destinado a ser cura. A él le tocó servir al Señor en

Colasay, distrito de la provincia de Jaén. Allá asumió la tutoría de su sobrino Zaturnino (el Capitán) por tres años, desde 1860.

En cuarto lugar les nació una mujercita a quien llamaron Isabel, quien mereció tardíamente el epíteto de "la Chocha Bailla" (por Baella). Ella se casó a los 13 años de edad con el magnate Don Lorenzo Chávez Rubio, de 59 años, y tuvo seis hijos: Zaturnino (el Capitán), y sus hermanos Hermelinda, Manuel, Jesús, Francisco y Matilde.

—¿Y el tercero?

—¡Paciencia, burro!

* * *

El tercero, Eusebio, fue el único que heredó el color de lujo de su padre, y mereció el apodo de "el Negro Eusebio".

También como su padre, se casó con una zarca, Micaela Sánchez, con quien tuvo una hija que se llamaba Aurora, que llegó a ser la mamá de mi mamá Esther, y que se casó con Norberto Velásquez Rocha, que era de Oxford, que digo, de Oxamarca, por cuyo lado nuestra familia está emparentada con la familia de mi primo Alfredo Rocha.

Al Negro Eusebio se le adjudica la música y la letra del Chilalo, patrimonio cultural de la humanidad.

Mi madre sacaba pecho de que su abuelo, el Negro Eusebio, había sido el autor de la música y de la letra original del Chilalo, el Carnaval de Celendín, al cual se refería como "la melodía que resucita muertos". Pero nunca jamás prestamos atención a su versión de los hechos. La confirmación de esto sólo vendría muchos años después gracias a las investigaciones del Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo y de su señora esposa Isabel Chávez Velásquez (Doña Chabu, mi hermana) sobre la base del aporte documental de la Chochita Petronila Villar, sea su memoria bendición.

Doña Petronila conservaba en su haber muchas historias del pasado misterioso de Celendín, desde el momento en que los portugueses asentaron su campamento en las partes más elevadas de Pilco, antes que se disecara el lago de Celendín y se trazara las calles de la villa.

* * *

La restauración de la historia del Chilalo ocurrió de la siguiente manera:

Enterados de que la Chochita Petronila Villar perteneció a la familia de la señorita Elena Merino Villar, el Amauta y Doña Chabu fueron a entrevistarla en su casa. Tú te acordarás de la enfermera del Hospital Augusto G. Gil. Su casa estaba en la calle que sube al barrio de Las Lagunas, cerca de las faldas del cerro San Isidro.

Le preguntaron:

—¿Sabes, Elenita, si entre tus familiares hubo una señora llamada Petronila Villar?

Ella respondió:

—Sí. Ella fue la hermana de mi abuelo, José Villar, y se casó con Don Tomás Pérez y fue la abuela de los hermanos Pérez Rabanal. Se la recuerda como una mujer muy alegre y pishpireta, en el buen sentido de la palabra.

Otros familiares presentes en la entrevista coincidieron en que la Chochita conservaba, bien refundido en su seno, un papelucho mugriento de gran valor histórico,

aunque tenía más pliegues y arrugas que cara de tatarabuela. Dicho papel, que la familia Merino Villar conservaba en una cajita, contenía la letra original del Chilalo.

Al escuchar la palabra "Chilalo", el Amauta casi se cae patas al hombro, y exclama:

—¡Esa es la melodía que resucita muertos!

* * *

La santa paciencia del Amauta y de Doña Chabu fue galardonada con la providencial aparición del bendito papelucho sobre el cual estaba escrita la letra original del Chilalo.

La letra estaba plagada de arcaísmos que a simple vista no dicen gran cosa porque sus secretos sólo pueden ser dilucidados mediante una rigurosa exégesis filológica y una hermenéutica antropológica que a continuación vamos a exponer por primera vez en la historia.

Héla aquí tal cual:

¡Ya viene el Carnavalito, siluló,
después de haberse paseado en Llanguat!
¡Ya llega el Carnavalito, siluló,
por la cuesta de Shururo, guayluló!
¡Arriba, caballo blanco, siluló!
¡Sácame de este barrial, guayluló!

CORO

¡Chilalito, Chilalón!
¡Qué bonito el Carnaval!
¡Chilalito, Chilalón!
¡Qué bonito es Celendín!
Porque se juega y se baila, siluló,
con guitarra y con cajón, guayluló.

¡Unos ojitos he visto, siluló!
¡Por esos ojitos muero, guayluló!
Me han dicho que tiene dueño, siluló. . .
¡Con dueño y todo la quiero, guayluló!

¡Arriba, caballo blanco, siluló!
¡Sácame de este barrial, guayluló!

* * *

A la recuperación de la letra original del Chilalo siguió una investigación meticulosa de su texto que conviene presentar como caso de estudio y contribución a la ciencia antropológica.

Para empezar, el testimonio de la Chochita Petronila Villar, atesorado por sus descendientes, responde a la pregunta de rigor: ¿Por qué a la melodía del Carnaval Celendino se le llama "el Chilalo"?

Su reveladora respuesta era: "Ese era su segundo apodo del Negro Eusebio, porque dizqué en Llanguat atrapó vivo un raro ejemplar de ave llamada 'chilalo', y lo llevó a Celendín para ponerlo a los pies de su amada Micaela, como una ofrenda de amor. A él se refiere la canción cuando dice 'Chilalito, Chilalón'. Y como la canción enfatiza en su apodo, a la canción también se le llegó a conocer como 'el Chilalo'."

El resto de su testimonio ha servido para reconstruir la conmovedora historia que continuamos presentando a continuación.

* * *

En febrero de 1860 se acercaba a Celendín por la cuesta de Llanguat la bulliciosa comparsa de esos muchachos templados. Templados, no porque venían del temple, sino a causa de la terciana del amor. Ellos representarían al barrio de Colpacucho-El Rosario en la comparsa o corso de Carnaval, y tenían a la cabeza al Negro Eusebio (su tío del Zaturnino) y al Pepe Villar (su hermano de la Chochita Petronila), que como buenos shilicos, como decía el Alfredo Rocha, "eran músicos, poetas y locos".

Antes de la llegada del Carnaval solían organizarse año tras año los diversos barrios de la villa de Celendín para bajar al valle de Llanguat y traer de allí todo lo necesario para la fiesta. De regreso, a cada cabalgadura adornada le seguía, jalada por un peón de a pie, una mula con la carga: Yucas, camotes, tongos de chancaca, frutas del temple y poros con miel de caña.

Ellos habían bajado a oscuras, antes de que amaneciera, y se habían paseado en Llanguat varias horas, dándose chapuzones en las refrescantes pozas del río La Llanga y merendando un mate repleto de yucas y escabeche de gallina, sazonados con ají soltero (llamado así a falta de mujer que muela el ají en el batán).

* * *

Los muchachos habían tenido suerte para hacerse de regalos típicos del valle para sus enamoradas que les esperaban ansiosas en Celendín. Ahora volvían montados en sus briosos caballos, al son de las atrevidas coplas de Carnaval.

Ellas, por su lado, sudaban la gota gorda con los preparativos de la fiesta, para acompañar el sancochado de yuca y camote con col y carne de chancho o de res, o con picante de cuy y caldo de gallina, acompañados de abundante chicha de jora.

Les motivaban las melodías de la fiesta que afloraban de sus labios encarnados y acompañaban día y noche su quehacer.

Hasta entonces, una sola tonada, común a todas las provincias del departamento de Cajamarca era depositaria de toda la picardía habida y por haber. Pero algo ocurriría en la cuesta de Llanguat, entre Shururo y los Blancos,[104] que cambiaría las cosas *per seculo seculo seculorum, amén*.

* * *

El Negro Eusebio, como el Mario Cimaro sque era un galán con cuerpo de deseo y volvía montado en una hermosa yegua blanca a la cual había ceñido, para el último tramo del viaje, con dos vistosos collares, uno de cuentas de guaylulos, y otro de silulos, ambos artísticamente entrelazados con flores típicas de Llanguat. Con esos collares adornaría en el corso de Colpacucho a su zarca, la Micaela, una china linda que le decía: "¡Ay negro facineroso!"

Ambos collares los hizo en Llanguat, y llevarlos consigo sin estropearlos en el pesado viaje de regreso sería una adicional demostración de su inmarchitable amor por ella. Por eso los puso cuidadosamente al cuello de su yegua, no sin antes lanzar una pícara mirada y una severa advertencia a sus acompañantes:

—Si la Micaela se llega a enterar de que primero se los puse a la yegua, ¡tarde o temprano cada uno de ustedes me las va a pagar!

Y exclamó con melodía quejumbrosa:

—¡Micaela! ¡Micaela! ¡Eres linda, Micaela![105]

* * *

Pero algo más llevaba el Negro Eusebio para brindárselo a su amor. Bajo su brazo llevaba, maniatada, esa rara ave antediluviana de la era de los Picapiedras que había logrado atrapar viva en el valle encantado de Llanguat. Este hecho valeroso fue muy mentado entre la población de Celendín.

Pero a la altura de las lagunas de Shururo, con los últimos destellos del atardecer, fueron precedidos por un fuerte aguaceral de febrero que en instantes convirtió el camino en un inmenso barrial.

Era como si el antipático indio Catequil[106] les dijera: "¡Váyanse con su música a otra parte!"

* * *

La Chochita Petronila contaba con orgullo que su hermano, el Pepe Villar, estaba con el Negro Eusebio en las circunstancias de su paso cerca de las lagunas de Shururo, que desde antaño eran consideradas encantadas.

No faltó un chistoso que intentó tomarle del pelo a la Chochita, diciendo:

—¿No sería que de sus aguas "estancadas" surgió la leyenda de que fuesen "encantadas"? Pues desde el camino empinado se las ve abajo negras y sombrías, como charcos de petróleo.

Y ella respondía:

—Desde antaño tenían mala fama esas lagunas. . . Se decía que eran "lagunas hembras". Yo creo que era porque las personas que morían atrapadas en sus aguas siempre eran hombres, nunca mujeres.

* * *

De esas lagunas se decía que tenían su "madre", que era un torito de oro que aparecía en el centro de la laguna mayor sobre un islote flotante de tundra o raíces entrelazadas. Squé resplandecía por breves instantes, justamente a la hora del ocaso, en los precisos momentos cuando el Sol empieza a declinar y las sombras del despeñadero se proyectan sobre el agua.

Le decían sus convidados:

—¡Cuántos no habrán sucumbido a la tentación de refrescarse de la cuesta zambulléndose en sus aguas, y llevarse ese torito como trofeo!

Y añadía:

—El Negro Eusebio tenía una fuerte razón para escapar de la tentación: El aguaceral. Había llovido copiosamente, y antes de que empezara a oscurecer debían cruzar a salvo ese barrial de como una cuadra de largo que se había formado en su camino.

* * *

Uno tras otro cruzaron el barrial; algunos descendiendo de sus respectivos corceles a causa de sus respingos, y jalándolos de las reatas.

Sólo faltaba que cruzara el Negro Eusebio, que se había quedado inmóvil, montado en su yegua blanca viendo que su mula con su carga cruzaba mansamente guiada por un peón que se abría paso en el lodo que cubría sus pantorrillas. Y como había estudiado el movimiento de todos los que le precedieron, estaba seguro de cruzar el barrial de un jalón, sin necesidad de apearse.

Pero en la mitad del trayecto la yegua se resbaló, y el albeo atuendo del Eusebio estuvo a punto de hundirse en el lodo con Negro y todo.

Entonces, él gritó:

—¡Arriba, caballo blanco! ¡Sácame de este barrial!

El se incorporó, y la yegua atravesó el barrial a galope, dejando a todos pasmados. Pero por poco lo cruza sola, dejando a su señorial jinete en medio del barrial, con su chilalo al sobaco.

Pasado el peligro, se sentaron para relajarse.

* * *

Se dice en Celendín que en Carnavales hasta Dios moja.

Pero ese día nada parecía presagiar un aguaceral, justo entre Shururo y los Blancos, el tramo más peligroso del camino.

Te acordarás de lo que le pasó a la maestra Pereyra, la hija de Don Agucho, cuando regresaba de su escuelita en Chalán. Un derrumbe ocasionado por la lluvia la aplastó sobre su caballo y la arrastró por el despeñadero.

De casos semejantes conversaban mientras coqueaban al compás del galope de sus caleros contra el nudo encallecido de su dedo pulgar, para que se adhiriese la cal en el alambre deliciosamente babeado de color verde esperanza.

Mientras tanto, el Negro Eusebio tarareaba las frases que se pegaron a su alma en el momento de pánico:

¡Arriba, caballo blanco!
¡Sácame de este barrial!

Y mientras limpiaba del lodo salpicado los collares que llevaba para su amada, le dio a esta exclamación una rima de pie forzado y una tonadita que a todos gustó:

¡Arriba, caballo blanco, siluló!
¡Sácame de este barrial, guayluló!

Así nació la melodía que llegarían a llamar "el Chilalo", en cuya elaboración pusieron su granito de arena todos ellos.

* * *

A la altura de Chacapampa, antes de llegar a la villa, todos bajaron de sus caballos y entraron cantando y bailando al son de dicha tonada, acompañados de palmas y silbidos, del mismo modo que tradicionalmente hace su entrada anual en la ciudad Ño Carnavalón.

Cuentan que el Negro Eusebio bailaba llevando bajo su brazo su chilalo, que era como una pava con ojeras color lapis lásuli. El coro improvisado por sus compañeros hace alusión a él:

¡Chilalito, Chilalón!
¡Qué bonito el Carnaval!
¡Chilalito, Chilalón!
¡Qué bonito es Celendín!

* * *

Contaba la Chochita Petronila que sus compañeros lo shaushinaban[107] al Negro Eusebio, expresando su cariño y su admiración por sus geniales ocurrencias. Y aludiendo al hecho de que la zarca Micaela ya tenía dueño, el Negro Eusebio (¡quién más pué va serrr!), sus compañeros bromeaban cantando con la misma tonada:

¡Unos ojitos he visto, siluló!
¡Por esos ojitos muero, guayluló!
Me han dicho que tiene dueño, siluló. . .
¡Con dueño y todo la quiero, guayluló!

Desde aquel día le llamarían a él con el apodo de "el Chilalo", y lo mismo harían con la canción de Carnaval que retumbó en las calles de Celendín cuatro lustros antes de que estallara la Guerra del Pacífico.

Estas cosas contaba la Chochita en las tertulias shilicas. También contaba historias relacionadas con los primeros momentos de la vida en Celendín, cuando los portugueses asentaron sus reales en el cerro de San José de Pilco, que se encuentra más arriba de el Cumbe, antes de que se acabara de disecar el lago de Chilindrín y se empezara a trazar las calles de la villa donde antes había una grande concentración de aguas.

* * *

Pero esto no quiere decir que todas las cosas están meridianamente claras; por lo que se hizo necesaria una investigación más extensa por parte del Amauta y Doña Chabu, en la cual participaron también otros hijos preclaros de esta querida tierra.

Sobre el pájaro "chilalo" constataron que existe en los valles altos de Lambayeque y Piura un ave con este nombre, que tiene la característica de hacer su nido de barro, como el pájaro hornero. Dicen que a veces lo hace con su abertura en la parte más abultada de abajo, lo cual es indicio de que habrá un buen año para las cosechas, pero si lo hace en la parte abultada de arriba, eso indica que se espera un mal año.

La letra de un tondero norteño intitulado "El Chilalo", asociada con Chalena Vásquez, dice así:

Chilalo es un alfarero
que canta dando la hora,
relojito de los campos,
relojito mañanero.

Con sus patitas expertas
hace su nido de barro.
¡Chilalo con su Chilala, sí,
en el algarrobo.

Si lo encierras en la jaula;
si se siente prisionero,
Chilalo no canta más
y sólo busca la muerte.

No lo encierres en la jaula
si quieres que cante siempre.
Si quieres que cante siempre,
no lo encierres en la jaula.

Chilalo no canta en jaula.
Su canto es un canto libre.

* * *

El chilalo de Llanguat no necesariamente era la misma ave de la costa, aunque por alguna razón le habrían dado el mismo nombre. El Doctor Nelo lo identifica con la apalina o chinalinda que se parece a una hembra escandalosa con su cara pintarrajeada con color ocre de achiote, y sus ojeras adornadas con lapis lázuli.

El antropólogo Don Jorge A. Chávez y Silva, el Charro, confirma esta hipótesis acotando que la similaridad de la palabra "chilalo" con las palabras del dialecto culli del idioma muchik de los chimú de la costa norte, revela que en Celendín también había gente chimú provenientes de la región de Lambayeque. La misma palabra "chilalo" tiene el

componente monosilábico muchik CHI, como la palabra “china”, que se compone de CHI, “hembra” y ÑAN, “joven”.

Esta observación confirmaría la identificación del Doctor Nelo del “chilalo” con la “chinalinda”, nombre derivado de la analogía del idioma muchik, pues una “china” no sólo es una mujer joven, sino también es una mujer linda y ataviada.

—¡La Pava de Oro!

—A propósito, observa el arqueólogo Federico Kauffmann Doig respecto de las hermosas mujeres chimú de la costa norte: “Los Incas, que llevaron para su servicio al Cusco a muchas de ellas, variaron su significado al asimilar esta voz al quechua. Le dieron a la palabra el sentido peyorativo con el que a su vez ha pasado al castellano del Perú: Criada doméstica. Aunque lo ignoran, los trovadores populares que hoy cantan a su ‘china’ —que no necesariamente resulta ser asiática— dan a la palabra una acepción más apegada a su sentido original.”

* * *

Otro aspecto lingüístico que deriva de la letra del Chilalo es la acentuación de las palabras “siluló” y “guayluló” en la última sílaba, pues se observa en el dialecto culli la tendencia a acentuar la última sílaba de las palabras compuestas, mientras que lo normal en nuestro idioma español es pronunciarlas “silulo” y “guaylulo” (o “guairuro), con acentuación llana.

La presencia de gente chimú en nuestra región en tiempos prehispánicos, el eco de cuyo dialecto se conservaba en Llanguat hasta los tiempos del Capitán, se deja ver también en varias toponimias. Por ejemplo, el nombre del río la Llanga, en el idioma muchik significa “el río”. La toponimia derivada, “Llanguat” también deriva del muchik lambayecano o culli.

El Chilalo es entonces un documento etno-lingüístico de primer orden, justamente debido a que conserva términos ahora desconocidos para los celendinos, y que fueron introducidos por gente chimú.

* * *

Respecto de la palabra “silulo”, el Doctor Nelo ha buscado esclarecer a qué planta llamaban así en Llanguat. El cree que es la higuerilla, cuyos frutos globosos, una vez secos, suenan como shilshiles festivos.

Otros brujos lo identifican con unos frutitos afrodisíacos que guardan en secreto dada su alta peligrosidad y efectividad. Mi tío Augusto Gil parece haber penetrado a este secreto en la antesala de la comercialización de sus famosos “Polvos Azules”, a los cuales nos referiremos más adelante en la historia, “El empresario de Polvos Azules”.

Pero una bruja de Llanguat ha tenido la gentileza de revelarnos que no es otra cosa que el achiote, o a lo mejor, el choloque.

—¿Y qué dice el Doctor Nelo de los guaylulos?

—Dice que los guaylulos o guairuros, son las semillas de bucare, que se da en Llanguat y en las bandas del río Marañón. Son hermosas sus semillas, cual frijoles rojinegros, que como es sabido de todos, son usadas en la adivinación y en diversos rituales

de brujería, aunque no sirvieran más que para vistosos collares y adornos festivos de los antiguos choctamallques y chilchos.

* * *

—Pensar que las claves para establecer el origen de la letra del Carnaval Celendino son simples arcaísmos o palabras culli extinguidas, como "chilalo", "silulo" y "guaylulo", que en la canción sirven nada más que como rima de pie forzado. . .

—Pensar que en la canción se conservan fielmente, aunque ya no se sepa qué cosa son. . .

—Pensar que. . . ¡justamente esa es la evidencia de que estamos ante la versión original, y que el Carnaval Celendino es, más exactamente, llanguatino!

—¿Y se puede saber a ciencia cierta cuándo ocurrieron las cosas?

—Puedes obtener respuesta a esta pregunta si te doy una pista más: La historia que contaba la Chochita Petronila destaca el hecho de que entonces aún no se conocía el aguardiente en la región, porque no había alambiques en Llanguat. En las fiestas sólo se emborracharan con chicha de jora.

—¿O sea que no había cañazo? ¡Imagínate subir de Llanguat sin cañazo! ¡Ya no ya!

—El consumo de cañazo o aguardiente de Llanguat se difundiría después de la Guerra del Pacífico, con la introducción de los primeros alambiques por obra y gracia de mi abuelo, el Capitán.

* * *

Es también interesante la observación de la Chochita Petronila, de que los perfumes, talcos, serpentinas y chisguetes de Carnaval no eran traídos de Lima, sino de Iquitos, provenientes del Brasil, o acaso del Portugal.

Este dato es una pauta cronológica importante que nos conduce al tiempo cuando los celendinos seguían transitando la ruta por la que vinieron sus antepasados del Brasil.

También la enumeración que hacía la Chochita de los barrios de Celendín en esos tiempos es una pauta relativa a la fecha del Chilalo. Las patrullas carnavalescas que visitaban las casas, y comían y bailaban al son de concertinas, violines y silbatos provenían de los diferentes barrios: El Rosario, el Carmen, Santo Domingo, San Carlos, San Juan Bautista, San Antonio, San Cosme, San Damián, San Cayetano, el Cumbe, el barrio de Todos los Santos y la Feliciana.

La mayoría de estos nombres han desaparecido al haber sido remplazados por otros.

* * *

El Charro, que ha pintado una magistral acuarela de una patota de Carnaval caricaturizando a los más conspicuos carnavaleros de nuestro pueblo, se emociona al escuchar esta historia del Chilalo, y comenta con lágrimas en los ojos:

—El Chilalo es realmente un huayno norteño, pero nada se le puede comparar. No fue compuesto como "el Carnaval Celendino", sino como una hermosa canción que debido a su atractivo se difundió por todo el departamento y ahora forma parte del folklore nacional. Y como el folklore del Carnaval cajamarquino es del tipo de las coplas —una

misma melodía es recipiente de diversas letras—, cada ciudad pudo introducir sus propias letras variantes en la melodía del Chilalo.

—Sí, pué. Hasta el Indio Mayta tiene su propia letra del Carnaval. . .

—El Chilalo tuvo variantes desde el comienzo, y seguirá teniendo nuevas variantes como la versión de Don Juan Gualberto Vargas Escalante, que dice que "el Carnavalón ha preparado en Los Blancos su talco", que aparte de la simpática ocurrencia infantil de hacer talco de la "tierra blanca" de ese lugar, muestra efectivamente que el Chilalo nació en ese preciso lugar donde se acaba la cuesta de Llanguat.

* * *

La Chochita Petronila Villar ya conocía la variante "sácame de este arenal" que se adhirió al Chilalo. Ella solía decir: "Qué, pué, en Celendín no hay arenales, y lo que sí abundan son los barriales, a causa de los aguacerales."

Evidentemente, esta variante se introdujo con la difusión del Chilalo en la costa, como lo expresa Doña Chabu: "Con esta variante lo cantaba montado en su caballo pardo, Don Luis Pardo Novoa, el afamado 'Bandido Romántico' o 'el Robin Hood de Chiquián'."

Ella se refería al Robin Hood peruano, natural de Chiquián, capital de la provincia de Bolognesi en Ancash. El formaba parte de las columnas caceristas encabezadas por Don Augusto Durán, que lamentablemente terminaron engrosando las filas de los montoneros.

También le añadieron un retazo de su alma al Carnaval original los grandes músicos de Celendín, como nuestro adorado Copocho (César Díaz Dávila) y sus hermanos, o Don Octavio Pereyra y sus hijos Adolfo y Mario.

—Entonces, ¿no tiene sustento que el Carnaval de Celendín data de 1904 y es de la inspiración del maestro Moreno, cajabambino, director de la Banda de Músicos de Celendín?

—Cabecita de pichón. ¡No puede haber surgido la música un siglo después de la letra!

16
VALLECITO DE LLANGUAT

Y hablando del Carnaval Celendino, que al fin de cuentas es el Carnaval Llanguatino, vale que te hable también del valle encantado de Llanguat y de su caudaloso río La Llanga. Te contaré la historia que me contó la señora Nelly de Mori —bisnieta del Capitán y esposa del Ing. Lucho Mori García, nieto del Búho—, quien ejerce la docencia en una escuela de niñas en la ciudad de Celendín.

Una mañana que coincidía con el onomástico del Capitán, que nació el 28 de noviembre de 1853, ella les leyó a sus alumnas de segundo año de primaria algunas de las poesías del Búho acerca del Capitán, y otras de la antología, *En memoria del Búho*, publicada en 1993, por el Ing. Lucho Mori García.

Por todos es conocida la relación umbilical del Capitán con el valle de Llanguat que se encuentra a unos 20 kilómetros al norte de la ciudad y campiña de Celendín, no así la memoria del Búho que vale rescatar.

* * *

Les dijo a las niñas que "Búho" es el pseudónimo literario de Don Pedro García y Escalante, el más grande poeta que se haya levantado jamás en Celendín.

Les dijo que él nació en Huacapampa, nombre antiguo de la ciudad de José Gálvez, capital del distrito del mismo nombre.

Les dijo que se le llamó "el Búho" porque este animal simboliza la sabiduría, y la sabiduría era la característica de este gran Amauta celendino.

Entonces, una niña le hizo la pregunta de rigor:

—El búho es el tuco, ¿verdad señorita?

—Sí, Shakirita.

—¿Y por qué ese pájaro simboliza la sabiduría? —preguntó la niña Madonna—.

Y una niña llamada Beyoncé le responde:

—Porque usa lentes, pué.

Y como todas se rieron, ella hizo la aclaración:

—Que digo, sus ojos redondos parecen anteojos. . . Que digo, sus anteojos le dan el aspecto de sabio, de pájaro culto.

* * *

La vista de la maestra Nelly se posó sobre la hermosa poesía dedicada a Llanguat, que como hemos visto, fue escenario de varias historias del Capitán, por lo que conviene describirlo con mayores matices de colorido. ¡Y qué mejor hacerlo como el Búho, con poesía, con poesía escrita casualmente para niños!

La maestra Nelly dijo:

—La primera poesía del Búho que les voy a leer lleva por título, "Vallecito de Llanguat", y dice así:

Vallecito de Llanguat

Vallecito de Llanguat
rodeado de altos cerros
como el coloso Pumatiana
y el imponente Tolón.

Su torrentoso La Llanga
avanza hacia el Marañón
para formar ese río
de gran dimensión.

Sus aguas termales
con magia medicinal
curan enfermedades
con rapidez sin igual.

Su ardor primaveral
invita a los amantes
a rambarse campantes
hacia el cañaveral.

* * *

Cuando terminó de leerles esta hermosa poesía se le ocurrió hacerles un *test* a las niñas, un test muy sencillo para que las cosas se quedasen bien grabadas en su mente y en su corazón.

La primera pregunta fue:

—¿Cuál era su apodo del gran poeta celendino Don Pedro García y Escalante?

Todas acertaron:

—¡¡¡El Búho, señorita!!!

La segunda pregunta:

—¿De qué parte de Celendín era el Búho? A ver, ¿quién sabe en dónde nació? ¡Un chupete con punta y una berenjena roja para la niña que sabe la respuesta correcta!

—¡De Quillimbash! —gritó una niña con shimbas—.

—¡De Molinopampa! —gritó otra niña, quichimuela, intentado acertar al azar, como la primera chicuela.

Y le siguieron otras, a cual más, porque la maestra había prometido un chupete con puntas y una berenjena roja para la niña que acertara.

—¡De Sorochuco!

—¡De Guangashanga!

—¡De Mangash!

—¡De Maraypata!

—¡De la Conga!

—¡De Ñonde! —dijo una niña muy inteligente, pero tampoco acertó—.

* * *

La maestra Nelly decía no, no y no, a tan emotivas intervenciones que no podía contener, porque se armó un revoltijo en el salón.

Pero una niña que parecía encarnar la sabiduría del Búho, guardaba silencio prudente. ¡Luáse de saber la respuesta correcta en medio de tantas niñas que sólo hablaban por hablar!

La maestra le dice:

—Yo estoy segura que tú sí sabes, ¿verdad Lili? ¿De dónde eres tú, Lili?

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo soy de Huacapampa, señorita.

—¿Y sabes de dónde era el Búho?

—¡Sí, señorita!

—A ver, diles a todas las niñas de dónde era el Búho.

—¿De Llanguat? —respondió con incertidumbre—.

Entonces otra niña intervino y dijo con sorna:

—¡De Llanguat squiay serrr![108] ¡Qué squé sabrán de poesía esos llanguatinos, ¿dígaste señorita? Esos llanguatinos, ¡¡¡son unos coquerazos!!!

* * *

La maestra prorrumpió en carcajadas y contagió su risa a todas las niñas en el salón.

A duras penas les pudo revelar cuál es la respuesta correcta:

—Don Pedro García, cuyo pseudónimo artístico es "el Búho", era de. . .

Como todas se quedaron sumidas en un sepulcral silencio, prosiguió:

—¡El era de Huacapampa! ¡De donde eres tú, Lili!

Luego les prometió:

—La próxima vez les voy a traer una poesía del Búho dedicada a Huacapampa, ¿ya? Pero ahora, observen con qué palabras tan hermosas describe a Llanguat. El usa la palabra cariñosa "vallecito", porque realmente es pequeño, bello, cálido y alhajita.

Y les pregunta:

—A propósito, ¿cuántas de ustedes conocen Llanguat?

Se levantan muchas manos, y la maestra pregunta:

—¿Alguna de ustedes es de Llanguat?

Cero manos.

* * *

El Búho escribió sus hermosos poemas, "Oda al Capitán" y "Heroísmo Celendino" que han servido como pistas que conducirían al descubrimiento del Diario del Capitán.[109] Pero su antología de poesías abunda más en poesías infantiles, las cuales son a menudo memorizadas por los niños en las escuelas de toda nuestra provincia. Muchas de ellas se refieren a diversos rincones de nuestra tierra, que los niños conocen y añoran.

El valle de Llanguat pertenece al distrito de Celendín. No es un distrito aparte; es el valle de Celendín. Por tanto, cuando hablamos de los llanguatinos hablamos de los celendinos que tienen especial conexión con Llanguat, como por ejemplo, tú, oh amante del cañazo y de la chancaca.

Aunque no lo parezca, y aunque digamos tantas cosas no tan bonitas de los llanguatinos, los celendinos amamos el valle encantado de Llanguat, con sus llanguatinos y todo. Y cuando aparentemente nos referimos a ellos en términos peyorativos, no se trata de otra cosa que de rebalsar la cuota de humor y de reírnos de nosotros mismos.

—¡Qué bonito es Llanguat, señorita! Pero sin sus llanguatinos. . .

—¿Por qué dices eso, Beyoncé?

—Mire nomá cómo luan hundido a flechazos a su santo[110] esos llanguatinos maldiciaus. ¡Y tuavía squé luexhiben triste y sipralla, como quienes dicen: ¡Ananau!

* * *

Al ver el interés por las poesías del Búho, la maestra Nelly les pregunta:

—¿Quieren que les lea otra poesía del Búho? Una poesía que recitan los niños en las escuelitas de todos los distritos de Celendín. . .

Respondieron en coro:

—¡Síííííííííííííííí, señorita!

—A continuación les voy a leer su poesía, "Mi Madre".

Y dice así:

Mi madre es la brisa
que exhala ternura,
caricia sublime,
bondad, la más pura.

Sólo ella se alegra
al ver nuestra dicha;
sólo ella suspira
en nuestra desdicha.

Cantad estos versos
fervientes de amor
a la Madre tierna
que es luz y candor.

* * *

La maestra les pregunta a las niñas:
—¿Quieren que les lea otra poesía del Búho?
Respondieron en coro:
—¡Síííííííííííííííí, señorita!
—A continuación les voy a leer su poesía "A Celendín".
Y dice así:

Cuando la España triunfante,
batiendo a la Media Luna
vino a través del Atlante,
le fuiste edénica cuna.

Desde entonces, bajo tu cielo
hay flores de Andalucía
que lucen hispano velo
más alegres cada día.

Son tus campiñas hermosas
los campos de griega Ceres
donde los lirios y rosas
forman del alma placeres.

Hombres que aman el trabajo,
mujeres que como lares
forman el feliz recato
de tu vida y tus hogares.

* * *

La maestra Nelly les explicó cada una de las estrofas, diciendo:

Cuando el Búho habla de "la España triunfante", alude a la victoria de los españoles cristianos sobre sus invasores musulmanes, cuyo símbolo religioso es la Media Luna.[112]

Después de la victoria de los españoles al mando de los Reyes Católicos Fernando e Isabel sobre el reino musulmán de Granada en 1492, se produjo el descubrimiento de América, acontecimiento que precede a la llegada a Celendín de colonos españoles y portugueses.

Y les dijo:

Para venir de España a las Américas se tiene que atravesar el Océano Atlántico, al cual el Búho llama poéticamente, "Atlante".

Les explicó que "Atlante" es el nombre poético de la Atlántida, un continente que según la mitología griega se hundió en el mar a consecuencia de un gran cataclismo, y las aguas del mar cubrieron sus más altas montañas y las glorias de su civilización. Posteriormente se pensó que sus restos estarían sepultados en el fondo del océano que separa América de Europa. Por eso lo llamaron Océano Atlántico.

* * *

La maestra Nelly les dijo:

Las "flores de Andalucía" a que se refiere el búho no son las flores que crecen en tu jardín, sino las hermosas mujeres de Celendín, las cuales provienen de la región de Andalucía, en el sur de España. Y eso es cierto, porque la mayor parte de los españoles que se embarcaron para la aventura de conquistar las tierras del Nuevo Mundo provenían de Andalucía, cuya capital es Sevilla. Por eso a la Plaza de Toros de Celendín se le ha puesto el nombre de Plaza Sevilla.

—A la vista está que son mujeres y no flores, porque el poeta las describe como que lucen "hispano velo", que es la mantilla que usaban las mujeres andaluces, y que usaban también las mujeres de Celendín en los tiempos del Virreinato.

* * *

La maestra Nelly les explica:

La "griega Ceres" es la diosa Ceres de la mitología griega, que era la diosa del trigo, de la siega y de la trilla. De su nombre deriva la palabra "cereal", porque el trigo es un cereal, que se cultiva en la campiña de Celendín.

La expresión "mujeres que como lares" es una bella alusión a las mujeres celendinas que como lares, es decir, como las divinidades romanas que protegían a la familia, protegen la dignidad de nuestros hogares celendinos.

Esta poesía revela el gran conocimiento que tenía el Búho de la historia, de la mitología, de la ciencia, etc., que justifican su apodo de "el Búho", el ave que simboliza la sabiduría.

* * *

Así llegó la hora del recreo, y todas las niñas rodearon a la Lili, repitiendo las escenas del salón:

—A ver, Lili, ¿de dónde era el Tuco?

—¿De Llanguat?

—¡¡¡Quiáy serrr!!!

—¡Ma! Qué squé sabrán de poesía esos llanguatinos, ¿dígaste?

17
EL MAESTRO Y SU DISCIPULO

En el guión que escribiera mi padre para las audiciones de La Hora Escolar se refiere a los primeros maestros del Zaturnino Chávez: “En 1863 comenzó sus estudios primarios bajo la dirección de Don Celedonio Tejada, Don Pedro Chávez Díaz y Don Eleuterio H. Merino” —estos datos son derivados del Diario del Capitán—.

A Don Eleuterio H. Merino ha descrito Don Alfonso Peláez Bazán con trazos muy sugestivos: “Imaginad un hombre vigoroso empujando empeñosamente una pesada carreta a lo largo de áspera y escabrosa senda. Ese hombre podría ser Don Eleuterio H. Merino,[113] preclaro hijo de Celendín que durante doce años desempeñó la alcaldía de la provincia. A su gran inteligencia y firme voluntad se unía una atrayente manera de ser. Es decir, era un hombre simpático y con mucha vena de humorista.”

* * *

Cuando Don Eleuterio tuvo ante sí a ese inquieto niño de diez años, el pequeño Zaturnino, quizás no se imaginó que la trayectoria de ambos, tan diferente al comienzo, al final convergería en el servicio de su pueblo. Y cuando el Zaturnino volvió a casa tras su odisea en el Amazonas, no podremos aquilatar la emoción que sintió al verle entrar a la ciudad vestido de gloria.

Tras la breve ceremonia de recepción en la Municipalidad, el Zaturnino fue acompañado a su domicilio, entre otros, por su maestro, quien se quedó a solas con él y le obsequió un ejemplar de las *Tradiciones Peruanas*. Este volumen fue conservado en la biblioteca del Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, que después heredó mi padre, y finalmente, yo.

Cuando el Zaturnino se hubo recuperado de su odisea amazónica, Don Eleuterio le instó a incursionar en la gestión pública como concejal y le asignó cargos de especial responsabilidad que su joven discípulo cumplió a cabalidad.

* * *

—¿Y es cierto que tu abuelo es mencionado por Don Alfonso Peláez en su historia, "Cuando recién se hace santo", que refiere cómo Don Eleuterio lo metió en la cana[114] a Don Sheba,[115] el santo patrón de Llanguat el 8 de junio de 1887, fiesta de Corpus Christi?

—Sí. Pero lo presenta como "Saturnino Vaella". La omisión de su apellido paterno y la degradación de su apellido materno de "B" grande a "V" chica no ha de considerarse un error, pues los escritores siempre esgrimimos razones para introducir variantes en los nombres de nuestros personajes; lo que se llama metagrafía.

—Alguien ha sugerido que Don Peláez habría querido desacreditar su legalidad edil con la omisión de su apellido Chávez, con el énfasis en la ascendencia negra de su apellido Baella, y su estrato humilde en la falta ortográfica Vaella.

—¡Jué! Solo faltó decirle "llanguatino".

—¿Por qué, ah?

—¿Acaso no tenía su empresa de producción de cañazo en el valle encantado de Llanguat?

—El contraste de ambos personajes era evidente, pues Don Eleuterio era "gringuito", como anota Peláez, y también era maestro de maestros. Y el Zaturnino era moreno y tan sólo su humilde discípulo.

* * *

Veamos lo ocurrido, tal como lo refiere Don Alfonso; después veremos lo que dicen los demás.

En la sesión del Concejo de Celendín el 1º de enero de 1886 se había sometido a discusión la culminación de las reparaciones de la Iglesia de la Purísima Concepción, la iglesia más antigua de la ciudad. Como el municipio no contaba con recursos suficientes, un concejal propuso pedir la ayuda de los caseríos que contribuirían con madera, carrizos, cueñas,[116] tejas, etc. Y otro concejal propuso tomar en cuenta al santo de cada caserío para que sus moradores se sintieran obligados a cumplir.

La llegada de cada santo con su aporte constituía todo un acontecimiento local. Pero refiere Don Alfonso: "Mientras todos los santos de la comprensión respondieron

cristianamente, San Sebastián no hizo caso de la orden municipal. San Sebastián se burló del señor alcalde y de todos los concejales juntos. San Sebastián no trajo un carrizo."

Don Alfonso añade: "Llegaban, en cambio, desde el valle, ciertos rumores desfavorables: 'Señor alcalde, mande notificar con la fuerza; así nomás, no crea que obedezcan los llanguatinos. No se cansan de decir que ellos no son carneros.' "

Estas palabras procedían nada más ni nada menos que de mi abuelo, Don Zaturnino, que era propietario de extensos solares en Llanguat, y día tras día insistía con los llanguatinos para que cumpliesen la orden de la comuna de Celendín.

* * *

A las dos de la tarde del día esperado, cuando entrarían a la ciudad las danzas de Corpus Christi, Don Eleuterio y Don Zaturnino se armaron para su valor.[117] Mi abuelo guarda un perfil bajo, exactamente como lo describe Don Alfonso.

Don Eleuterio se detiene en la esquina de la Plaza de Armas, y mira insistentemente de un lado para otro. En la plaza ya están las danzas de la Candelaria, del Niño Dios de Pumarume, de San José de Pilco. Por el barrio de Siracucho acaba de sonar un cohete anunciando a la famosa Guayabina de Santa Rosa. Y por Las Lagunas se oyen ya los taladrantes mugidos del toro[118] zarco de San Francisco de Chuclalás. Pero él sigue esperando que aparecieran por Colpacucho las danzas de Don Sheba, San Sebastián de Llanguat.

Entonces escuchan los estentóreos mugidos de sus toros. Se perciben ya claramente los sonidos de los bombos y los viruchos,[119] y en su empeño de abrir camino, los toros llegan hasta la esquina de la plaza y vuelven jadeantes hasta el Santo. Sus devotos portan como emblemas gruesas cañas de azúcar con sus hojas. De los palos del anda penden tremendos poros[120] de miel.

Los danzantes, como siempre, visten extrañas indumentas adornadas con choloques,[121], shilshiles[122] y cuernos de venado.

En una nueva embestida pretenden pasar la esquina, pero Don Eleuterio alza su severo bastón, y con voz clara y enérgica ordena:

—¡Alto!

* * *

Al comienzo los danzantes nada comprenden, y el jefe de ellos se apresura a poner en el hombro del señor alcalde un gran pañuelo morado, rindiéndole honor.

El alcalde enrojece de cólera:

—¡Retírate, cholo insulso! ¡Y pare la danza!

Cuando han callado los viruchos y el bombo, Don Eleuterio se dirige al Santo:

—¡Oh, San Sebastián! Vos, que tuviste que veros con Dioclesiano, allá en la remota era de los mártires, vais ahora a entenderos con un humilde alcalde de provincia. . . Yo soy ese alcalde.

* * *

La más grande sorpresa se apodera de todos. Y tras breve pausa continúa Don Eleuterio:

—Desobedecísteis vos mi orden, que fue la voz del pueblo. Grave pecado, bien lo sabéis, es la desobediencia. . .

Todo el séquito se ha ido petrificando en medio de la calle. Los curiosos que han ido agrupándose alrededor del alcalde habrían estallado en una inmensa carcajada si Don Eleuterio no hubiera puesto en sus palabras, en su gesto, en sus ojos claros, toda la gravedad de que era capaz.

El alcalde termina:

—¡En nombre de Dios y del pueblo os tengo decretada detención por 24 horas en la cárcel pública, que en esta ciudad es la misma para todos! ¡Vamos! —ordena enérgico Don Eleuterio, indicando con su bastón el camino a la cárcel pública—.

Mudos los viruchos y el bombo, la danza prosigue de frente, pegada a la vereda de la Municipalidad, en vez de doblar a la derecha rumbo a la Iglesia Matriz.

* * *

Las mujeres de la comitiva de San Sebastián se acercan al alcalde y claman:

—¡Por los cielos, patroncito, amito, gringuito! No lo lleve. . .

Los hombres, más ajustados a la realidad, le dicen:

—Impónganos, señor alcalde, la multa que quiera, pero déjenos con nuestro Santo.

El alcalde ordena al alcaide que instale al huésped ilustre en la sala de presos y que nadie de los que entran cargando el anda se quede adentro. Y cuando la reja se cierra detrás de San Sebastián, la sorpresa de los presos que están en el patio no tiene límites.

Acto seguido se dirigió a la alcaldía y ordenó al secretario convocar a sesión extraordinaria para las 7 p.m., en la cual Don Mariano Burga sque se expresó diciendo:

—Hoy ha quedado escrito en la historia de Celendín una de sus más sugestivas páginas. Por eso, señores, yo no sólo estoy de acuerdo con lo hecho por el señor alcalde, ¡sino que le ofrezco mi encendido aplauso!

* * *

Así pasó Don Sheba una noche juntos con el Manqueras violador de doncellas, el Tongo victimador de viejas, el Guacrayo terror del pueblo, y otros ladrones y montoneros.

Don Sheba tuvo que escuchar una salmodia de caleros y blasfemias, y amaneció en medio de infinidad de puchos sobre un piso teñido de verde, porque "unos hermanos extraños", como los llama Don Alfonso, hicieron meter en la cárcel con la anuencia del alcaide seis botellas de cañazo, tres libras de coca, cinco trueques de cal y diez atados de chuscos.[123]

Sus ojazos zarcos quedaron nublados por el humo, y al Guacrayo squé se le ocurrió blasfemar diciendo de San Sebastián: "¡Santo va a ser recién desde ahora!" —extraño ritual de canonización, al estilo shilico—.

Y concluye Don Alfonso: "Así quedó escrito en mi tierra el proverbio: 'Con Don Eleuterio Hache, ¡ni los santos!"

* * *

—Algunos detalles habrá que añadir, a manera de comentario, teniendo en cuenta que Don Alfonso Peláez, nació en 1904, 17 años después de los hechos, y que elaboró su historia a partir de 1945, 58 años después de los hechos, inspirado por la hilarante versión que escuchó de boca de Don Juan Antonio Silva, el narrador de cuentos de los alegres y divertidos velorios shilicos.

—Y otros detalles más habrá que corregir. . .

—¿Cómo cuáles?

—Cuando ocurrió aquello, mi abuelo tenía 34 años y era Juez de Paz, no concejal, o como lo llama Don Alfonso Peláez, "concejil". Dos años antes, el 26 de septiembre de 1885 fue comisionado por la Corte como Juez de Paz, y el 1º de enero de 1886 fue nombrado Juez de Paz de Tercera Nominación. Ese era su cargo el 8 de junio de 1887.

—Además de Capitán, ¿di?

—En realidad, lo de Don Sheba ocurrió seis meses antes de su ascenso a Capitán de la Guardia Nacional, el 20 de marzo de 1888.

* * *

Otras cositas más hay que aclarar, que no sabía Don Alfonso porque ocurrieron en la intimidad de nuestra familia, en mi casa en José Gálvez 714:

Mi abuelo es mencionado en la historia de Don Alfonso como encontrándose con Don Eleuterio "por casualidad", ignorando por completo sus planes maquiavélicos, cosa que según veremos no fue así.

Escribe Don Alfonso:

"Se dirige (el alcalde) hacia la otra esquina del mismo lado de la plaza, y allí se encuentra por casualidad con Saturnino Vaella, uno de los concejiles."

"Cuando más animada está la conversación del señor alcalde y su concejil, llegan hasta ellos los estentóreos mugidos de los toros de San Sebastián: ¡Muuu! ¡Muuu! Con toda presteza Don Eleuterio vuelve la vista para ese lado. "¡San Sebastián!" —le advierte Don Saturnino Vaella—."

"Entre breves minutos San Sebastián estará muy cerca del señor alcalde. Este y su concejil siguen mirando. . . '¿Se acuerda usted, Don Eleuterio, que San Sebastián no cumplió con la orden municipal de ahora año y medio?' '¡Cómo iba a olvidarlo, señor y amigo! ¡Si por eso estoy aquí!' Con sorprendidos ojos, Don Saturnino Vaella se queda mirando al señor alcalde."

"Don Eleuterio H. Merino no hubiera puesto en sus palabras, en su gesto, en sus ojos claros, toda la gravedad de que era capaz. Don Saturnino Vaella está atónito."

"Los hombres, más ajustados a la realidad, le dicen: 'Impónganos, señor alcalde la multa que quiera, pero déjenos con nuestro santo. . .' El alcalde no responde nada. A su lado camina Don Saturnino Vaella."

* * *

—¡Cómo le habría de ocultar Don Eleuterio su plan a tu abuelo, si requería de su apoyo moral! Seguro que ellos actuaban de común acuerdo. . .

—Tú lo has dicho, Charro. Prueba de ello es que mientras tardaba Don Sheba en llegar a la Plaza de Armas rumbo a la Iglesia Matriz, Don Eleuterio le esperó en mi casa, en José Gálvez 714, donde "se armaron para su valor" con el mejor cañazo proveniente de nuestros alambiques en Llanguat.

—¿Y cómo sabes eso?

—Mi tío abuelo, el Dr. Moisés Sánchez y Pereyra contaba que ese día él mismo invitó al alcalde y a otras autoridades para almorzar en nuestra casa, y en la mesa se habló del mal precedente que significaba el desacato de los llanguatinos respecto de la autoridad establecida. Y cuando los invitados se marcharon para mirar las danzas, se quedaron a solas Don Eleuterio y Don Zaturnino, el maestro y el discípulo. Y como Don Sheba debía pasar justo por nuestra puerta, se les ocurrió hacerle al pobre Santo lo que le hicieron. ¡Maldiciáus!

—¿Y cómo sabes eso?

—Su tío Moisés se lo contó a mi padre, Don Juan Chávez y Sánchez, y mi padre lo repetía en la mesa de nuestro comedor conteniendo la risa. Y se me ocurre que Don Alfonso deriva de la boca de mi papá el detalle de su historia que involucra a mi abuelo, pues todos los que escriben *short stories* hacen exactamente como yo: Primero les sonsaco toda la información a todos los giles habidos y por haber.

—¿Y podría Don Alfonso haber tenido acceso al Diario del Capitán en este particular?

—¡Tú lo has dicho! De otro modo no tenía por qué mencionar repetidamente a mi abuelo por nombre y apellido. Esta historia habría sido referida primero en su columna literaria "Rasgos de Pluma" de su periódico "El Eter", y luego en el Diario del Capitán.

* * *

Un hecho importante aflora en la historia de Don Alfonso: Don Zaturnino era "su concejil" de Don Eleuterio.

Ellos eran inseparables; eran como uña y mugre.

Y respecto del desempeño de mi abuelo como concejil, mi padre extrae ciertos datos del Diario del Capitán[124] y escribe para "La Hora Escolar" los siguientes datos que muestran cómo Don Zaturnino honró el ejemplo de su maestro, Don Eleuterio H. Merino:

Encariñado con la naturaleza, trató de modificar el panorama de Celendín con la siembra de varias semillas que había recolectado en su trayecto.

A fines de 1882 hizo el primer vivero de eucaliptos. Por sus características de plantas raras llamó la atención de sus visitantes que solicitaban "una plantita de alcanfor,[125] ¡por favor!"

El mismo año sembró en el valle de Llanguat la primera planta de mango y la primera planta de palta, las cuales existen hasta ahora. Además cultivó con éxito la vid, la granada y una variedad de plantas, entre ellas la palmera de bombonaje.

En 1882 gestionó la fundición, en Celendín mismo, de las campanas de la Iglesia Matriz, las cuales fueron hechas en su casa, donde estableciera su taller Don José A. Anyaipoma, quien fuera su maestro fundidor en la ciudad de Chiclayo.

El 8 de agosto de 1883 fue elegido por el Concejo como Inspector de Instrucción, y se instaló la primera escuela para niños sostenida por el impuesto de un sol por cada fardo de bombonaje,[126] *además del arriendo de los terrenos pro-comunales.*

A partir de diciembre del mismo año se ocupó de la dotación de agua potable para la población y de la instalación de pilas, encargándose de la fabricación de la tubería de cerámica en hornos especiales que él mismo construyó.

A partir del 15 de enero de 1884 desempeñó el cargo de Fiscal.

El 7 de marzo de 1885 es designado para desempeñar el cargo de Síndico de Rentas reelecto.

Años más tarde volvería a la escena edil como alcalde. Entonces estableció en Celendín el Sistema Métrico Decimal.

En todos estos hitos de su gestión, es innegable la presencia tutora y directriz de su maestro Don Eleuterio H. Merino.

* * *

Don Eleuterio H. Merino fue su maestro, no sólo en la escuela de la infancia, sino en la escuela de la vida. Y es un hecho indiscutible que el verdadero maestro nunca deja de ser maestro, y el verdadero discípulo nunca deja de ser discípulo, ¡y a toda honra!

Mi padre solía decirnos que su padre antes que militar fue maestro, y de su Diario deriva información sobre su especial interés por implementar la educación en su calidad de Inspector de Instrucción:

El 8 de agosto de 1883 instaló la primera escuela para niños, sostenida por el Concejo, eslabón entre las escuelas privadas y las fiscales en el desarrollo de la educación institucional en el Perú.

En agosto de 1897 acuerda la mejora de sueldo a los preceptores, reparos de las casas escuelas, compra de libros adecuados para los niños pobres, lo mismo que útiles y material de enseñanza. Para ello procedió a recolectar fondos de los arriendos de terrenos comunes de 33 comprensiones, e incluso pagó a algunos maestros con su propio peculio.

* * *

En las palabras de mi padre, un maestro de verdad, así valoraba a los niños el Capitán:

Consideró al niño como el ser más delicado de la naturaleza, que necesita el mayor cuidado, respeto y protección como una promesa para el porvenir.

El es digno de toda clase de cuidados durante sus primeros pasos, siendo responsables los padres y maestros de la función de educar un corazón sensible y cultivar su inteligencia que es sugestionable al menor ejemplo que lo transformará en un ser útil para la sociedad, o peligroso, si adquiriese costumbres torcidas en su fase infantil.

En estos conceptos se cristaliza su respeto a las creencias ajenas y el sostenimiento de sus ideas liberales fundadas en la moralidad observada y en el reconocimiento de un Autor de todo lo creado.

* * *

—Respecto de Don Alfonso Peláez Bazán y su magistral historia, "Cuando recién se hace santo", el Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo ha insistido toda su vida a los estudiantes de la Escuela Normal Superior Mixta de Celendín, que la dramaticen en una monumental obra de teatro, digna de exportación. Y que yo sepa, eso nunca se hizo. . .

—La Sra. Consuelo Rodríguez de Horna refiere en la revista *Jelij* que la historia "ha sido seleccionada como base para el guión de una película por un cineasta norteamericano atraído por la magia de una singular religiosidad que aplica las leyes humanas incluso a los santos" que yacen muertos.

—Al respecto, consultamos con gente del cine nacional, y ellos enfatizan en la necesidad de un guión cinematográfico basado en esta historia, un guión de corte educativo con el título de "El Maestro y su Discípulo", porque ambos encarnan una filosofía de la vida muy shilica, la cual hay que resaltar.

* * *

—¿Y cómo squé terminó el impase de Don Sheba? ¡No me digas que los llanguatinos pagaron la multa que se les impuso!

—Nada de eso. El peor castigo fue ignorarles, para escarmiento de todos los santos de la comprensión.

—¿Y qué pasó con su templo de La Purísima cuando vinieron las lluvias de Carnaval, porque como dice la palabra, "en Carnavales hasta Dios moja". . .

—Todo salió como estaba fríamente calculado, y el templo se inauguró el 8 de diciembre, día de la Purísima Concepción. Los carrizos para el techo llegaron a tiempo, pero de otra fuente. Don Alfonso no lo especifica; sólo dice: "Se obtuvo carrizos de diferentes modos. Hubo gentes que desataron partes de sus techos." Y eso sque era verdad, pero la mayor parte de los carrizos llegó de una fuente imprevista que no te la diré.

—¿Cuál? ¿Cuál?

—Mi abuelo los donó a última hora. El los trajo desde el valle encantado de Llanguat arrastrados por un batallón de burros.

18
EL CAPITAN SEMBRANDO

Cuando yo tenía siete años, mi padre y mi maestro en la Escuela Nº 81 nos llevó a los niños a un paseo campestre en Bellavista, todos "nigua-nigua"[127] y "rambáus"[128]

Nunca olvidaré ese paseo a causa de la sombra y el aroma de los bosques de eucaliptos.

Regresé a casa con los bolsicos repletos de "chapitas" y "trompos", que son las semillas que caen de estos árboles esbeltos cuyas copas parecen alcanzar el cielo.

Para el retorno a casa, él encargó los niños a otro maestro, y a mí me llevó por entre los campos sembrados hasta la pampa que antaño fue el Cementerio Anterior, ahora convertido en la urbanización Pueblo Nuevo.

Al llegar a ese lugar cercado de pencas y altos eucaliptos, y su superficie rugosa regada de chapitas y trompos, me dijo, atragantándose de manera inexplicable: "Antiguamente, aquí estaba el cementerio de Celendín."

* * *

No había el menor indicio de que el lugar fuera alguna vez un cementerio.

No había una sola cruz, ningún túmulo, ninguna lápida que aflorase del terreno. Sólo la extraña rugosidad del suelo que parecía haber sido arado salga-shalga,[129] y abandonado sin sembrar.

Pero había algo realmente extraño allí, que llamaba mi atención no obstante mi corta edad: En media pampa habían crecido dos altos eucaliptos que nadie se había atrevido a talar para cultivar la pampa o para algún otro propósito.

* * *

Mi padre me llevó hacia esos dos eucaliptos, y me dijo: "Si ubicas el punto medio entre estos dos eucaliptos y a partir de ese punto caminas diez pasos en dirección sur. . ."

Mientras hablaba, me conducía de la mano, intentando escenificar un extraño ritual. Y tras diez pasos de niño, nos paramos en seco.

Entonces bajó la mirada y me dijo con una emotividad que yo no he podido aprehender y aquilatar sino con el transcurso de medio siglo: "Aquí está mi papá."

Esos dos eucaliptos habían sido plantados allí para montar guardia junto a la última morada del Capitán, que también fuera su vivero, cuyos almácigos estaban distribuidos entre las tumbas y dieron origen a la reforestación de todo el territorio de la provincia de Celendín.

Ninguna cruz; ninguna lápida. Sólo dos eucaliptos altos y esbeltos, como luciendo su porte militar.

* * *

Medio siglo después empecé a apreciar el legado de mi legendario abuelo, y le conté a Juan, mi hermano mayor, aquella experiencia junto a su tumba.

El paró la oreja, y atragantándose de emoción y sobresalto, dijo: "Lo mismo que hizo el papá contigo, hizo conmigo, cuando yo también tendría siete años de edad. Me llevó a esa pampa, me mostró los dos eucaliptos, me hizo contar diez pasos de niño hacia el sur, y me dijo: "Aquí está mi papá."

Mi hermano prosiguió: "A mí me llevó un día de Todos los Santos. Todavía se podía ver una que otra cruz de palo, caída y podrida."

En la actualidad, esos dos eucaliptos ya no se ven. Quizás fueron talados cuando el área del cementerio fue urbanizada.

Si alguna vez subes por allí como quien abres tu boca, recuerda que en algún lugar a tu mano izquierda del camino que sube al sur, debajo de alguna casa, en algún patio o jardín, se encuentran sepultados los restos del hombre que reforestó a Celendín.

* * *

Siete años tenía mi padre cuando murió su papá.

Sólo Dios sabe cómo aquello pudo conmocionar su mundo. Y esa sensibilidad de un niño que fue sorprendido por la inesperada partida de su padre se mantenía fresca en su recuerdo después de medio siglo.

¿Tendría algo en mente mi papá para llevarnos a mi hermano y a mí para pasar un minuto de silencio junto a la tumba de nuestro abuelo?

¿Esperaría algo de nosotros, no en ese mismo momento ritual, pero sí a lo largo de nuestras vidas?

Yo he llegado a pensar que quería que de algún modo completásemos lo que su padre inició, y él prosiguió, salvaguardando los fragmentos de su Diario.

A causa de su característica lacónica no pudo exteriorizar y expresar la carga de su corazón. Quizás esperaba de sus hijos varones, Julio, Lázaro, Juan, Moisés y Walter, que consumaran su sueño de reforestar Celendín. Pero en cuanto a mí respecta, he llegado a desarrollar la convicción de que él esperaba que yo diera a conocer algún día el Diario del Capitán.

* * *

El Capitán convirtió el Cementerio Anterior que contenía la muerte, en un vivero destinado a dar vida, a transformar el aspecto físico de la provincia y a implementar el valor agregado de sus tierras.

Su sueño involucraba una aventura. Por eso, una vez terminada la guerra, él y siete compañeros de milicia se propusieron explorar la región de la Amazonía como un peldaño de su objetivo de aclimatar en nuestro suelo y en el valle de Llanguat las nuevas plantas que él trajo de sus recorridos.

Mi padre escribe: "Encariñado con la naturaleza, él trató de modificar el panorama de Celendín con la siembra de varias semillas que había recolectado en su trayecto. A fines de 1882 hizo el primer almácigo de eucaliptos en su vivero que estaba en el mismo lugar de su tumba, en el Cementerio Anterior."

A Llanguat trajo las palmeras de bombonaje, originarias de Rioja, esperando dar impulso a la industria de sombreros con su fibra, convertida en paja toquilla. Lamentablemente, su ejemplo no cundió; o el producto no era expedito, y la gente siguió prefiriendo la paja toquilla de Rioja. O quizás, a causa de su corta vida, le faltó tiempo para consumar su industrialización.

En Llanguat también sembró la primera planta de mango y la primera planta de palta, además de uvas y granadas.

* * *

El Capitán consignaba en su Diario sus observaciones sobre este proceso:

Las serranías de los Andes lucían diferentes en los tiempos del Imperio de los Incas, a lo largo de toda la Colonia y en las primeras décadas de nuestra vida republicana. Los árboles más grandes eran los lanches que a duras penas han logrado sobrevivir por su tala indiscriminada para leña.

Los enhiestos y gigantescos eucaliptos y pinos que ahora visten los cerros y las campiñas eran entonces desconocidos pues fueron plantados después de la Guerra del Pacífico.

Procedentes de Australia, los eucaliptos eran una novedad, tanto que la gente no podía pronunciar bien su nombre y prefería llamarlos "alcanfor". Mi padre escribe: "Por sus características de plantas raras llamó la atención de sus visitantes que solicitaban este regalito diciendo: 'Démeste una plantita de alcanfor, por favor.' "

Pronto la Pampa Grande y los declives de macizos de los Andes se vieron cubiertos de incipientes bosques que más tarde tributarían su sombra, su aroma y su calor.

Los viejos eucaliptos que cercan nuestras tierras de "La Fábrica", y de la pampa entre el Río Chico y el Río Grande, las plantó nuestro abuelo, el Capitán.

* * *

No había sólo eucaliptos en su vivero. También había plantas de pino Oregón y cipreses de la variedad *Araucaria excelsa*, aparte de una serie de palmeras ornamentales y de la enredadera del chayote, a la cual, por alguna razón él llamó "cayhua chilena". Del vivero fueron trasplantadas a diversos lugares de la ciudad.

Si visitas la casa que perteneciera a Don Encarnación Sánchez, junto a la Iglesia de la Purísima, verás las palmeras que él sembró con el aporte del Capitán.

Don Encarnación supo inculcar en su hijo, el Ing. Julio Sánchez, el ideal de la reforestación. Se observa que sabían que había de por medio una misión por cumplir que se extendería más allá de sus vidas y que nos incluía a nosotros, sus descendientes.

Como el Capitán, Don Encarnación y otros vecinos de la ciudad decoraron sus patios con esas palmeras de fuste grueso cuyas ramas sirven para decorar las portadas en ocasiones especiales, o los altares de Corpus Christi, o las ferias, o para el trabajo manual de los niños en el jardín de la infancia y en las escuelas.

Quienes tenían estas palmeras en sus casas eran considerados seres privilegiados. Yo era un faltón en el jardín de la infancia, y el día que por fin decidía asistir pedía que me cortasen con serrucho una rama de palmera para llevarla al hombro, porque era lo único que podía convertir mi vergüenza en bienvenida, alabanza y festival.

Ahora puedo comprender lo que decía mi padre cuando se hablaba de talar la palmera del patio central de nuestra casa, porque quitaba la luz: "Cuando yo me muera la podrán cortar."

El paso del tiempo ha afectado su lozanía, pero las que quedan en pie con sus guirnaldas de flores de mastuerzo y de cayhuas chilenas por más de cien años de soledad nos recuerdan que el destino de Celendín es ser la tierra que fluye leche y miel.[130]

* * *

Mi padre escribe: "Mi papá no era un rudo militar, un hombre de guerra, sino un hombre muy cariñoso con los niños, a quien le hubiera gustado ser, más bien, un maestro. Le gustaba estudiar las plantas, tener viveros, reforestar las colinas, llevar a Celendín y a Llanguat plantas exóticas de otras partes del mundo, como las agave o pencas tequileras de México, los pinos de Oregón y las palmeras ornamentales. Los pinos gigantescos que se yerguen en la Plaza de Armas, él los plantó."

Otro aspecto de su misión delegada a sus descendientes se hizo palpable cuando desempeñó el cargo de Inspector de Instrucción. Entonces buscó satisfacción en organizar las escuelas públicas y dotar a los maestros de todo lo necesario para su abnegada labor. Muchas veces completó los salarios de ellos con dinero de su bolsillo. Mi padre escribe: "Sin ninguna recompensa dirigió escuelas particulares donde ensayó con gran ventaja el método Calkins, deleitándose con el aprendizaje de los escolares."

En la actuación del Capitán se materializa la etimología del verbo "cultivar", pues la actividad de cultivar y la de educar proceden de la misma raíz indoeuropea, como lo muestran las palabras "cultivo" y "cultura".

* * *

Yo crecí ansiando haber contemplado a mi abuelo sembrando sus eucaliptos y sus pinos en las laderas de Celendín. Y en cierta ocasión, en el Colegio San Andrés, cuando nuestro profesor de castellano, el Dr. Vicente Gonzáles Montolivo, pidió que aprendiésemos de memoria la larga y hermosa poesía de Blanco Belmonte intitulada, "Sembrando", yo fui el único que la aprendió en toda su extensión y la recité en mi salón con una emoción que nadie podía imaginar de dónde procedía.

Es que mientras recitaba el poema veía el fantasma de mi abuelo encarnarse en las palabras del viejo sembrador, y yo me veía reflejado en los ojos curiosos del niño inocente que dice en el poema:

Una tarde de otoño subí a la sierra
y al sembrador, sembrando, miré risueño:
¡Desde que existen hombres sobre la tierra,
nunca se ha trabajado con tanto empeño!

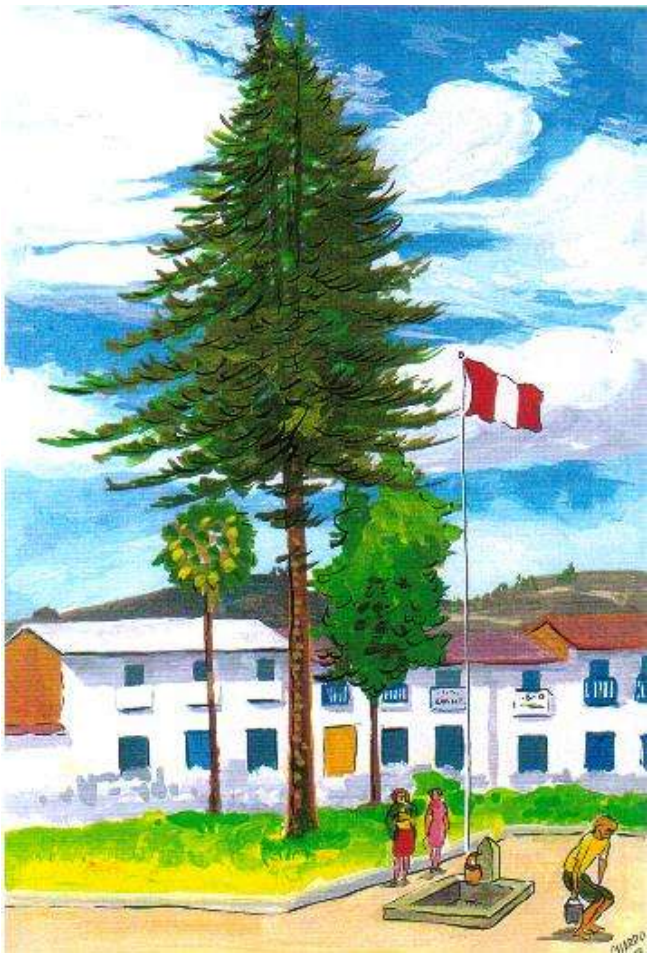
Quise saber, curioso, lo que el demente
Sembraba en la montaña sola y bravía.
El infeliz oyóme benignamente,
y díjome con honda melancolía:

"Siembro robles y pinos y sicomoros;
quiero llenar de frondas esta ladera.
Quiero que otros disfruten de los tesoros
que darán estas plantas cuando yo muera."

Y al contemplar al ocaso las colinas que rodean las campiñas de Celendín cubiertas de pinos y eucaliptos, me imagino verle perderse en la lejanía, repitiendo el lema de su filosofía de la vida:

"Hay que vivir sembrando;
¡siempre sembrando!"[131]

19
EL PINO QUE HABLA



Si visitas Celendín, te gustará su amplia Plaza de Armas y sus jardines alrededor de la fuente central. Y en el jardín frente a la Municipalidad verás un pino cucho,[132] de porte militar, del cual se cuenta que en ciertas circunstancias a su tronco se le ha oído hablar.

Esta historia la escuché de mi papá cuando se la contó a mi mamá en la cama. Decía que a raíz de que el pino hablaba habían ocurrido muchas cosas, algunas jocosas, y otras de lamentar.

Eran cuatro pinos cuchos de la variedad *Araucaria excelsa* que habían crecido en su vivero del Cementerio Antiguo hasta cierta altura, y a los cuales trasplantó el Capitán en la Plaza de Armas poco antes de morir. Uno de los que quedan se yergue frente a la Iglesia Matriz. Otro, el de frente a la Municipalidad, el pino que habla, fue plantado junto a la pila de agua, que ahora ya no existe pero que muchos recordarán. Otros dos no se lograron a causa de los maltratos de chicos y grandes.

En aquellos días la Plaza de Armas no era más que una pampa donde los vecinos pastaban sus coches y ovejas, y los niños jugaban a la corrida de toros o llenaban sus baldes de agua en la pila construida por el Capitán en 1883 como comisionado del Concejo.

* * *

Cuando fue trasplantado el pino cucho eran de temer los mocosos que jugaban a la pega y lo jaloneaban sin ninguna consideración.

También lo jaloneaban las chinas adolescentes cuando se les daba por correr de un lado a otro, blandiendo sus shimbas.

Los muchachos herían su tierna corteza con grabados de corazones flechados, con sus nombres "X ama a Y" o "Tú y Yo unidos para siempre".

Los sorochuquinos lo hacían su cabecera y en sus débiles ramas colgaban sus aperos y alforjas.

Los borrachos decepcionados hacían de él su confidente y paño de lágrimas, y vertían el llanto de sus pishgos sobre sus raíces visibles y erosionadas que para nada eran culpables de su desdicha.

Hasta los perros se ensañaban del pobre pino.

* * *

Con tanto maltrato, ¿cómo pudo ese pino crecer tan majestuosamente?

La única explicación válida es que el Capitán cuidaba de él desde ultratumba.

Se cuenta que en las noches de Luna, en la penumbra que el tejado proyecta sobre la blanca fachada de la Municipalidad, habían visto salir de la pared a un adusto militar en el momento oportuno para encarnarse en el pino.

De esta manera el pino desarrolló un ingenioso mecanismo de autodefensa: Aprendió a hablar y a interferir en el diálogo de los enamorados que junto a él se juraban amor. Y a veces se vengaba de los que, en su apasionamiento, no se contentaban con herirse mutuamente y también herían su delgado tronco con saña y sadismo.

Esta historia se fue olvidando con los años, porque nuestros abuelitos la contaban a pedacitos y atragantándose de risa. Pero cuando ocurrían las cosas no era de reírse, porque por culpa del pino varias parejas rompieron definitivamente, y muchas bodas fueron anuladas, como cuando en la puerta del horno se te quema el pan.

—¿Por qué?

—Por algo que habló el pino del Capitán.

* * *

Se cuenta de una parejita que se venían entendiendo de maravillas. El muchacho era visto con buenos ojos por los padres de ella, y ya iban de brazo de arriba pabajo.

Pero algún perverso les convenció de que es más rico besarse debajo de ese pino de la plaza, en medio del rumor de la pila de agua y a la lumbre de la Luna. Y los pobres cayeron en la trampa.

El muchacho, que tenía fantasías de calentar sus manos heladas en los abrigados senos de ella, se puso de pie y galantemente grabó en la corteza del pino un corazón con sus nombres.

Luego acercó sus labios a los oídos de ella para susurrarle, "te amo". Pero en lugar de eso, la muchacha escuchó esa linda frasecita que no puedo referir.

Ella le propinó una sonora cachetada: ¡¡¡Chéj!!

Y le dijo:

—¡So pedazo de atrevido!

El dio vueltas de remolino, y sobándose le dijo:

—¿Qué te pasa, mamita?

Pero ella lloró. No le quiso oír, y aceleró sus pasos cuesta arriba y sin voltear, haciendo sonar sus chancletas: Lej lej lej lej.

Y su amor no prosperó.

* * *

También se cuenta de otra parejita muy alhajita. Estos no eran enamorados de yanca-yanca,[133] sino novios oleados y sacramentados que estaban haciendo planes serios respecto de su boda.

El novio se puso de pie, y con su cuchilla grabó un corazoncito en la corteza del pino.

Luego empezó a referir al oído de ella sus planes inmediatos. Necesitaban dinero para la boda, por lo que él tendría que viajar a Cajamarca para ver a unos familiares que se lo podían prestar.

El le dijo a ella:

—¡De ninguna manera pospondremos la fecha! Más bien. . .

En ese momento se le adelantó el pino y habló al oído de la muchacha algo que resultó en una espectacular cachetada de su parte: ¡¡¡Cheñéj!!

Lo mandó arando hasta la pila de agua, y él cayó dando bote: ¡Plototój! ¡Plototój! ¡Plototój!

Ella apretó la carrera cuesta arriba, haciendo su güingo[134] y conteniendo el llanto.

Y no hubo boda.

* * *

Circuló la versión de que cuando estaban a punto de jurarse amor, la muchacha se alocaba, segura que esa linda frasecita había sido dicha por su enamorado, que en buena hora se daba a conocer como lo que realmente era: Un fresco, un descarado, un bribón.

Se hubieran muerto de vergüenza de sólo pensar, como decía la gente, que un pino pudiese hablar. Pensar así podría confirmar que de veras ellas estaban más locas que una cabra.

De lo olvidado se escuchaban comentarios de que. . . ¡volvió a ocurrir otra vez! Y eso era la comidilla de la villa.

Y no faltaban los enamorados masoquistas que a propósito acudían a herir al pino con su cuchilla en las noches de Luna. Ellas, para probar un poco de locura, y ellos para

experimentar el placer de recibir un puñete, una sonora cachetada, o masque sea un sopapo propinado con amor.

Hay de todo en la viña del Señor. . .

* * *

Con el paso del tiempo los chejs, los cheñéjs y los plechéjs se hicieron cada vez menos frecuentes, hasta que de lo olvidado le ocurrió a una pareja de enamorados a los cuales esta vez el pino no les pudo echar a perder su compromiso nupcial.

Cierta noche de Luna estaban allí, junto al pino, estos dos que previamente se habían rambado y habían hechos sus primeros pininos en los baños termales de Don Augusto Gil, en el valle encantado de Llanguat.

En realidad, sus padres no sabían si ellos dos se habían llegado a conocer, bíblicamente hablando. Por tanto, no convenía adelantar juicios.

El hecho es que había pasado un tiempecito en que el muchacho no se propasaba. A ella le empezó a gustar, porque como se dice, respetos guardan respetos. De todas maneras se casarían por la ley y por la iglesia, y ella de blanco.

* * *

Esa noche él grabó su corazoncito sobre la ajetreada corteza del pino del Capitán. Y paseaba sus labios sobre la carita de porcelana de ella. Y al llegar al lugar del lóbulo de su oreja, le dijo:

—No la hagamos larga, mamita. Más bien, vamos das das a tu casa a hablar con tu mamá, e inmediatamente después. . .

El pino se le adelantó y terminó la frase de modo que ella también se alocó y le propinó la más sonora cachetada: ¡¡¡Plechéj!!!

Lo mandó arando en dirección de la Municipalidad, y ella se fue corriendo a su casa conteniendo el llanto.

* * *

Pero en este caso no era prudente hacerse de rogar, porque la niña empezó a criar pancita.

Se volvieron a amistar, aunque ella para nada quiso referirse a lo que le escuchó hablar al pino. Y él, prudentemente, calló toda la vida, hasta que un día, siendo ya chochitos, se le ocurrió preguntar:

—Dicen que las mujeres que están verdaderamente enamoradas se alocan junto a ese pino y cachetean a sus amantes sin ninguna compasión. Pero tú, mamita, sácame de la duda, ¿de veras te alocaste?

Como habían pasado tantos años desde la espectacular cachetada, ella tuvo confianza para responder:

—¡Qué descarado eres! Pero de todas maneras te amo. Y si me vuelves a decir lo mismo ahorita mismo, no te daría una cachetada, antes te amaría más.

—Pero, ¿qué te dije, mamita, para que te ofendieras tanto? Yo sólo te dije: “No la hagamos larga, mamita. Más bien, vamos das das a tu casa a hablar con tu mamá, e

inmediatamente después. . .” Tú ni siquiera me dejaste terminar, sino que me mandaste a arar de una cachetada.

—¿Y qué más pué me dijiste? ¡A ver, complétalo, descarado!

—Yo no dije nada más, mamita, porque no me dejaste terminar. Yo iba a decirte que inmediatamente después de hablar con tu mamá subiríamos a mi casa para hablar con mi mamá, y ¡¡¡plechéj!!! me hiciste ver estrellas.

—Yo no escuché eso, grajiento

—Pero, ¿qué otra cosa pudiste haber escuchado, mamita?

Y ella, riéndose a carcajadas, le tomó de las orejas con sus dos manos y golpeó su frente fruncida contra la frente fruncida de él, diciéndole:

—¡Maldiciáu! ¿Por qué me dijiste eso?

—Pero, ¿qué cosa sque te dije?

—Dijiste: “Vamos das das a tu casa a hablar con tu mamá, e inmediatamente después. . . ¡¡¡pino, pino, sopino!!!”

* * *

Ella no se pudo convencer de que él no dijera eso, pero con todo se propuso amarle cada día más porque era totalmente suyo, y con él había disfrutado de una larga vida de placer y felicidad.

Pero él comenzó a tener sus dudas. Sospechaba de que fuera verdad eso que dicen en Celendín, que ese pino habla al ser herido, y se dijo: “¡Dejuro! Ahora se aclara todo. Porque cuando la mujer esperaba que le dijeran ‘te amo’, le dicen ‘¡¡¡sopino!!!’[135] ¡yo también habría reaccionado de manera semejante!”

A estas alturas de la fiesta se rió nomás y se dirigió a visitar a su vecino, el Amauta Don Pedro García, un hombre sabio a quien con razón le llamaban el Búho, y que a todas sus buenas cualidades añadía la de ser leal y la de saber guardar secretos. El no se reiría ni de él ni de su historia.

El Búho le escuchó y se rió agarrándose la barriga.

* * *

Efectivamente, el Búho guardó el secreto, aunque de alguna manera trascendió, porque alguien se lo refirió a mi padre, Don Juan Chávez y Sánchez, a quien le interesó el asunto por razones obvias: Ese pino había sido plantado por su señor padre, el Capitán.

Mi padre le preguntó al Búho, que era su “compadre”:

—¿Qué sabes tú al respecto?

—Eso sque decía el pino al oído de las muchachas, justo en el momento en que ellas esperaban, ya, ya, ya, la más solemne declaración de amor. Con razón ellas se alocaban y les propinaban una buena cachetada. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿No te parece genial?

Y después que se hubo sosegado, prosiguió:

—Dicen que eso ocurría cada vez que el enamorado grababa un corazoncito flechado en la corteza del pino. Entonces el pino se vengaba de él con la mano de ella, y les arruinaba sus bodas. ¿No te parece genial? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—Pero, ¿por qué ocurría con unos y no con otros?

—Las condiciones para que ocurriera eran tres:

1. Debía ser en noche de Luna.
2. El debía grabar en su corteza un corazoncito flechado.
3. La pareja debía estar perdidamente enamorada.

* * *

El pino del Capitán tiene más de cien años y se ha convertido en centro de peregrinación a causa de la energía positiva que prodiga a los creencieros de la Nueva Era, tanto así como Macchupicchu o Marcahuasi.

En cuanto a su frasecita favorita, los escueleros de Celendín la canturrean como estribillo de ingenio poético, y las niñas la cantan mientras saltan la soga.

Los shilicos que se aventuran al ámbito internacional y al espacio sideral han hecho de la frase su santo y seña, mejor que toda identificación masónica. Los identifica, squé, mejor que la interjección de ¡¡¡ashutúrense!!!"

Los shilicos esotéricos la han convertido en una fórmula mágica para hechizos y encantamientos, a la manera de "abracadabra", "hocus pocus", y las fórmulas de Harry Potter en latín.

Para los shilicos sencillos como yo —digamos, los estancieros y los que nunca remontaron vuelo más allá del extranjero de Doña Celfa—, no es más que una simple fórmula de saludo cortés:

—¡Pino, pino, Doña Celinda!

—¡Bien, gracias, Don Absalom!

* * *

Al respecto, me parece que lo más importante es reconocer el hecho de que ese pino habla, y que si todas estas cosas que se cuentan de él resultan ser ciertas. . . ¡Ay del que se atreva a herirlo o intente talarlo, sea alcalde o concejil!

Porque, quién sabe, el estribillo también posee una dimensión mágico-profética. Y he aquí, el que se atreva a tocar su pino, desde ultratumba el Capitán hará que le escueza el sopino de modo que nunca más pueda volverse a sentar sobre sus cuatro letras, como dice el *Canticus Canticorum* latino:

Apurat
Agent 007
que meda
come soon
elojet.

Los dos pinos del Capitán que aún sobreviven

Celendín de noche: La Municipalidad de cuyas paredes salía el fantasma del Capitán para cuidar su pino cuyo tronco se ve pegado a la derecha. Observa las ramas de su pino, cual manos fantasmagóricas. Observa también los fantasmas volando alrededor de la Luna.

20
LAS CAMPANAS
DE LA IGLESIA MATRIZ

El Diario del Capitán incluía una conmovedora historia que mi padre resumió en su guión intitulado "Homenaje al Capitán" que escribiera para las audiciones públicas de Celendín que eran transmitidas por micro desde las instalaciones de la Municipalidad.

Es una historia de su adolescencia del Capitán, que narra cómo viajó a la costa, a pesar de provenir de una familia relativamente acomodada, y decidió ganarse la vida de peón en Chiclayo, en el taller de fundición de un señor llamado José A. Anyaipoma, especializado en la producción de objetos de bronce.

El relato no abunda en detalles, pero trasluce el gran cariño que le llegó a tener el señor Anyaipoma a su joven amigo shilico, al verle tan comedido y honesto.

Mi padre decía que el joven peón quería juntar algún dinerito por sí mismo, para adquirir la monumental obra del Sabio Antonio Raimondi, *El Perú*, que estaba dedicada "A la juventud peruana".

* * *

No pasó un largo tiempo junto al fuelle y la fragua, los crisoles y el metal fundido. Pero fue suficiente para aprender la industria que marcaría de manera indeleble importantes hitos de su trayectoria.

Aquellos días fogueados nunca serían olvidados ni por el joven shilico ni por su maestro fundidor, un hombre fornido y cuyas facciones delataban la gloria de su antepasado directo, el Señor de Sipán.

No volvieron a verse por mucho tiempo, pero el recuerdo se intensificaba a diario en los corazones de ambos, que sentían como padre e hijo. Por eso el joven, ante las contingencias del conflicto con Chile, le mandó un mensaje a Chiclayo, antes de abordar en Pacasmayo un buque de guerra expreso junto con sus valientes shilicos que conformarían el Batallón Celendín Nº 1.

Ellos se dirigían a la Capital para enrolarse en la Escuela de Clases y Soldados bajo las órdenes del Brujo de los Andes y Libertador del Perú, Don Andrés Avelino Cáceres.

* * *

No tenemos manera de saber si el señor Anyaipoma recibió su mensaje.

Trasluce del relato que el buen hombre no supo de las aventuras y desventuras de su joven amigo shilico en las batallas de San Juan y Miraflores ni en la Amazonía, sino sólo cuando volvieron a encontrarse hacia el final de sus vidas.

Por aquel entonces, Don Zaturnino ocupaba el cargo de concejal en la Municipalidad de Celendín. Como tal, tuvo conocimiento de los preparativos para la adquisición de las campanas para la Iglesia Matriz que recientemente se había acabado de construir en la Plaza de Armas. Entonces les contó a las autoridades de su viejo amigo de Chiclayo con quien había trabajado de sol a sol, porque ése sque era su jornal.

¿Viviría aún? ¿Le habrían respetado los chilenos y los montoneros? ¿Seguiría con fuerzas para templar el hierro o fundir el bronce?

No estaría de más enviar un postillón para saber de él.

* * *

Informados de que el señor Anyaipoma se encontraba viviendo en Magdalena, el postillón fue enviado allá.

El hombre de la costa ya veía sus sienes cubrirse de una diadema senil, pero esa carta de su amigo shilico insufló el aire de la fragua de su espíritu y fundió y evaporizó las peripecias y escorias de ese tiempo de guerra.

A este primer contacto siguieron otros, explorando la posibilidad de la fabricación de las campanas de bronce en su taller de fundición. Y no está claro si fue del Capitán la iniciativa de traer a Celendín al maestro fundidor, o si el señor Anyaipoma fue quien decidió dejarlo todo para viajar a un lugar tan distante, para estar al lado de su amigo para siempre.

El fundidor prometió a las autoridades de Celendín, entre ellos el señor cura J. P. Infante, hacerse cargo de la obra de las campanas completamente gratis, por tratarse de su amigo, Don Zaturnino Chávez.

Y la gran sorpresa: Las fundiría en Celendín.

* * *

El señor Anyaipoma transportó hasta Celendín, a lomo de mulas y en un viaje que duró tres semanas, su fragua, sus fuelles, sus pesados crisoles de hierro para fundir el bronce, la pesada materia prima, y otros implementos de la fundición, porque evidentemente no tenía la intención de volver más a Magdalena o a Chiclayo.

Don Zaturnino recibió a su amigo en nuestra casa de José Gálvez 714, y su taller fue instalado en el alar al fondo del patio principal.

Se procedió a la fundición de las campanas, las cuales resonaron por primera vez una tarde de 1883, en el patio de nuestra casa. Las colgaron con una reata de un marco de troncos de eucalipto hincados en el empedrado. Y su repique y vibración llenaron el patio de la casona y atrajeron a una multitud de abrebocas que aplaudieron y lanzaron vivas.

El señor Anyaipoma había puesto todo su arte y su ciencia para que la aleación fuese perfecta. Y porque acababa de contraer matrimonio con Doña María Benjamina Sánchez, su amigo quiso concederle a Don Zaturnino el honor de jalar por primera vez la cuerda y golpear contra el bronce el pesado badajo de fierro.

Los shilicos contendían por el privilegio de hacer resonar las campanas en el patio de nuestra casona mientras se disponían los andamios de eucalipto para instalarlas en su lugar definitivo, en las torres laterales de la Iglesia Matriz.

* * *

Después de fabricar las campanas, el taller de fundición no dejaría de funcionar. Y el señor Anyaipoma trabajaría para la Municipalidad a razón de 4 soles por arroba de bronce.

Don Zaturnino se deleitaba en sus momentos de descanso, ayudando con el fuelle y controlando el metal fundido en el crisol. Ellos dos hicieron una enorme paila para recoger el agua de la lluvia que vertía el tejado en un ángulo de nuestro patio principal. También hicieron juntos peroles y un sinnúmero de implementos al pedido de los pobladores de la villa.

Pero había alguien más que se quedó enamorado del poderío del fuego. Era un niño pequeño que entonces sólo tendría cinco añitos y a quien no se le permitía acercarse demasiado por temor de que se fuera a lastimar. El se las pasaba dando vueltas alrededor de la fragua, ansioso de que le dejaran ayudar a accionarla. Le parecía obra de magia que el sólido metal se convirtiera en líquido, y en sólido otra vez.

Su asombro se incrementaba, cuando su padre, el Capitán, les decía a los peones que tales artes fueron inventadas en el Hades por el dios Vulcano, y que allí no se necesitaban de fraguas, ni de fuelles, ni de carbón, porque el Hades es el mismísimo infierno donde el fuego es completamente GRATIS y de cortesía.

* * *

Aquel niño tenía siete años cuando murió repentinamente su papá, el Capitán, el sábado 21 de enero de 1900, a los 47 años de edad. Entonces vio la casa llena de gente vestida de negro y en silencioso trajín.

Sin entender para nada los enigmas de la vida y de la muerte, y refugiándose lejos del llanto de las mujeres, el niño de cara entristecida y con sus mocos resecos sobre sus mejillas sobadas, cabeceaba soñoliento apoyado con sus dos codos sobre el ataúd de su papá.

Era avanzada la noche alumbrada por la luz de la Luna. El ritual del café había pasado hacía horas, y sólo unos pocos concejales y otras autoridades de la villa se habían quedado a acompañar las honras después de pasada la media noche.

Las mujeres, llorosas, rezaban el Ave María junto al féretro, y el niño, chucado con un pañolón negro, se había quedado dormido sobre el pecho de su mamá.

Algunos hombres estaban al fondo del patio, tomando aguardiente. Uno de ellos hizo del fuelle de la fragua su cabezal y dormía plácidamente. Los demás, forrados con sus ponchos, hablaban sonseras botella en mano, sentados sobre el pretil. También ellos cayeron dormidos cuando en el patio una campana invisible dobló estruendosamente y despertó a todos los que cabeceaban en la casa del funeral.

* * *

Algunos que estuvieron presentes aseguraban que no fue el sonido del repique con que las campanas llaman a misa, sino el golpe de honor que dio el Capitán cuando años atrás se le concedió el honor de probar su repique por primera vez en el patio de su casa como su regalo de bodas.

Algunos salieron a la calle para saber si habían doblado las campanas de la Iglesia Matriz. Y otros que estaban parados con sus manos en sus bolsicos en la esquina de la Plaza de Armas dijeron que no.

La abuelita María Benjamina
y el Papá Juan tras la partida del Capitán

Volvieron a casa para examinar el rincón del alar donde estaba el taller de fundición y encontraron que ningún objeto podría haber producido un sonido semejante por ninguna causa.

Al siguiente día, lo ocurrido era la comidilla de todos en la villa, y el cura Infante insistía que las campanas de la iglesia no fueron tocadas a esa hora:

—Está estrictamente prohibido doblar las campanas de noche, aunque muriese el rey. De noche no se tocan ni siquiera dondines por la muerte de un niño.

Un viejo que en su adolescencia había sido sacristán comenta:

—Las campanas pues repican para llamar a misa, y doblan por un muerto adulto, y su sonido es diferente cada vez. Cuando doblan por un muerto adulto su sonido es muy triste, y si ocurriera de noche conmocionaría a toda la ciudad. Además, el sacristán nunca toca las campanas sin el debido entrenamiento y la debida autorización.

* * *

Los deudos rogaron a los vecinos que les acompañaran de nuevo después del entierro, porque el pánico se acrecentaba ante la cercanía de la noche y la oscuridad.

Estaban en el patio hombres, mujeres y niños, con sus ojos abiertos, haciendo vigilia, alumbrados con mecheros y remunerados con aguardiente a discreción.

La tensión era mayor cuando se acercaba la hora, pasada la medianoche. Todos tenían la mirada fija en el alar, intentando detectar el mínimo movimiento de algo que se cruzara por entre las fraguas y los crisoles. Pero nada ocurrió.

Entonces fueron alejándose uno tras otro, y a los pocos que insistían en quedarse Doña María Benjamina les agradeció.

* * *

Por muchos años se tuvo memoria de lo ocurrido en esa noche, y con el tiempo se fue gestando la leyenda de que cuando doblaron las campanas en el velorio del Capitán en Celendín, su sonido se escuchó tan lejos como en el valle encantado de Llanguat.

Por mucho tiempo, nadie osaba acercarse al taller de fundición hasta que aquel niño pequeño creció y empezó a hacer experimentos con el fuego y los metales, ya sin ninguna restricción. Toda su teoría se reducía a un remoto recuerdo de su infancia cuando le vio a su padre fundir láminas de zinc y lingotes de plomo para hacer soldaditos de plomo en moldes de cerámica, y cañones peruanos y chilenos.

De nuevo el fuego del taller de fundición volvería a abrigar nuestra casona y a dejar que en ella se escucharan los pulmones del Averno, asesando a través de los fuelles.

* * *

Después de ese niño convertido en mi padre, ya nadie supo qué hacer con estos armatostes. Los fuelles y las fraguas fueron desapareciendo como si el tiempo los convirtiera de materia en energía. Pero no ocurrió eso con los crisoles de hierro. Como nadie los podía levantar a causa de su peso, ni había para qué, se fueron hundiendo en su lugar junto con otros extraños objetos de bronce como ruedas dentadas y engranajes.

Con el paso del tiempo se perdió toda asociación de esos objetos con la memoria del Capitán, y con mayor rapidez se perdió la memoria del maestro fundidor, de quien lo único que sabía mi papá es que estuvo yendo y viniendo, hasta que se perdió todo rastro de él.

Pasó un siglo o más, y aquellas piezas de metal parecían haber caído del cielo o de alguna enorme nave extraterrestre, porque resistían a todo proceso de oxidación no obstante estar expuestos a la lluvia en la intemperie. Y como los alares tuvieron que dar lugar a la construcción de nuevas salas y cuartos, se optó por arrojarlos a la huerta, donde todavía se conservaban entre las guías de chiclayo, a pesar de la humedad.

Ahora, sabe Dios dónde estarán. Quizás forman parte de algún relleno de piso o formando parte del cimiento de alguna pared. Recién cuando se descubrió esta historia del Diario del Capitán supimos qué cosa eran y apreciamos su valor histórico, arqueológico y sentimental.

* * *

Cada vez que visito mi ciudad, esas campanas de la Iglesia Matriz me reciben con su fiel ¡¡¡tinti catinti catinti!!!

Y cuando escucho su repique pienso en mi abuelo, y siento la ejemplar amistad del Maestro Fundidor y el Capitán.

21
EL SELLO FALICO DEL CAPITAN

Yo no conocí a mi abuelo, el Capitán, porque nací 45 años después de su muerte. Pero absorbí su imagen a partir de su retrato colgado en la pared y de la reseña que escribió mi padre, que empieza diciendo: "Físicamente, era de talla alta: 1.83 metros. Era delgado, ágil en sus movimientos. Ojos pardos, mirada penetrante, pelo negro y lacio, cabeza y frente medianas, color moreno. Como señales particulares tenía un lunar grande al lado derecho de la nariz. Tenía la boca pequeña, cejas y barba pobladas."

Quizás por esta descripción, antes que por su retrato retocado y pintado a pastel, le reconocí cuando se me apareció de repente al anochecer en la casa de mi hermana Esther, la tercera casa bajando la calle José Gálvez desde la Plaza de Armas.

Cuando le vi con su atuendo militar, supe que se trataba de él. Por eso no tuve miedo. Al contrario, su presencia me colmó de ansiedad y felicidad.

* * *

Agilmente se deslizó en el aire desde el tejado, y descendió gradualmente hasta casi posar en tierra.

Yo corrí hacia él, como un niño pequeño, para darle el encuentro en medio del pasadizo que comunica el patio delantero con el trasero. Y cuando nos encontramos en la mitad del pasadizo quedamos fusionados en medio de una nebulosa de satisfacción.

Pronto me di cuenta de la posición de mi cama en medio de la oscuridad que se aclaraba lentamente.

Luego me di cuenta de mi dormitorio, y de la casa, y de la ciudad de La Paz en la lejana Bolivia, donde resido con mi familia.

* * *

Hacía poco había regresado del Perú. La revista *Jelij* había publicado el recuento histórico que de mi abuelo escribió mi padre, suscitando valiosos comentarios. Quizás estos pensamientos provocaron aquel sueño tan placentero en la ciudad de La Paz.

Poco tiempo después fui informado del descubrimiento de su sello personal, al cumplirse exactamente cien años de su muerte. Y llamó la atención su diseño, sobre todo para las mujeres que al verlo ardían en deseo.

El Ing. Lucho Mori García, nieto del Búho, lo encontró en el altillo de nuestra vieja casona de José Gálvez 714 que ahora ocupa con su esposa Nelly, bisnieta del Capitán. Y decidió que la persona indicada para poseerlo era yo, que venía investigando su trayectoria en la vida.

Para recibir el sello de sus manos viajé al Perú aquella vez.

* * *

La noche en que me fue entregado el sello lo coloqué sobre la silla, junto al catre de fierro que mi Mama Lila había armado para mí en un cuarto que ahora es una tienda vacía, pero antaño era el velatorio de la familia, justamente el lugar donde fue también velado el Capitán.

Por primera vez en mi vida pude experimentar lo que se cuenta de un lugar que es "pesado": No pude pegar los ojos en toda la noche, y cada vez que caía vencido por el sueño, era despertado por una pesadilla persistente.

Ninguna mano fría me jaló del talón o me despojó de las frazadas.

Ninguna fuerza extraña me levantó con cama y todo.

Ninguna sombra cercó mi cabecera como queriéndose comunicar desde ultratumba.

Pero algo dificultaba mi respiración, y cuando por fin lograba conciliar el sueño, terminaba despertándome de nuevo con sobresalto.

* * *

Al amanecer me levanté muy agotado, tomé el Sello del Capitán de sobre la silla, lo acaricié contra mis mejillas, lo besé, lo envolví en un pañuelo y lo guardé en mi maletín para traérmelo consigo a Lima, hasta que llegara el momento de entregarlo junto con el Despacho de mi abuelo que lo asciende al grado de Capitán de la Guardia Nacional, al Museo de Sitio "Andrés Avelino Cáceres" que está en un costado del Parque Reducto Nº 2 en Miraflores.

Ese momento coincidiría con la entrega oficial del presente libro, *El Diario del Capitán*, a la biblioteca de dicho Museo.

* * *

Mientras hacía esto se me vino al pensamiento que quizás el mismo Capitán habría diseñado y grabado su sello. Mi padre también hacía sellos de jebe, y como hemos visto, en todo él imitaba las cosas que le vio hacer a su padre. Había, pues, junto a este sello una presencia especial.

El sello está tallado en una sola pieza de madera de guayacán en que el mango y la impronta tienen en conjunto la forma conspicua de un pishgo en toda su gloria, con su glande extendido y abierto a manera de una impronta ovalada.

Por primera vez en mi vida me encontraba ante un objeto personal de mi abuelo, portador de un mensaje cifrado, acaso para que fuese yo quien lo interpretase un siglo después, lo cual asumí como un reto.

* * *

Su mensaje simbólico revela el apego del Capitán a las doctrinas libertarias de la Revolución Francesa y al movimiento liberal liderado mayormente por masones, el mismo que terminó por quitarle los países de América a la catolísima España y a la Inglaterra protestante.

El hecho de que la Iglesia Católica no pudiera atacar frontalmente a la masonería, a pesar de su bronca generacional, se debía a que no mediaban conflictos de orden teológico. Pero la masonería era la única fuerza organizada jerárquicamente, capaz de hacerle la competencia y contender con la Iglesia Católica y con España por los territorios de América.

Finalmente le ganó la partida. Por eso los escudos de los países emancipados, incluido el de Estados Unidos, portan emblemas masones y ni pisca de los símbolos de la cristiandad.

* * *

Esa misma tradición liberal del Capitán halla expresión en una anécdota generacional:

Cuando yo tenía diez años hubo censo nacional en el Perú, y una de las preguntas en la planilla de empadronamiento tenía que ver con la religión.

Cuando empadronaban a mi padre, yo metí las narices para ver qué respondería. Me intrigaba mucho, porque él no era católico, ni evangélico como mi madre.

Entonces le escuché responder a la usanza masónica: "Soy librepensador".

Exactamente en estos términos se definía su padre, mi abuelo, el Capitán.

* * *

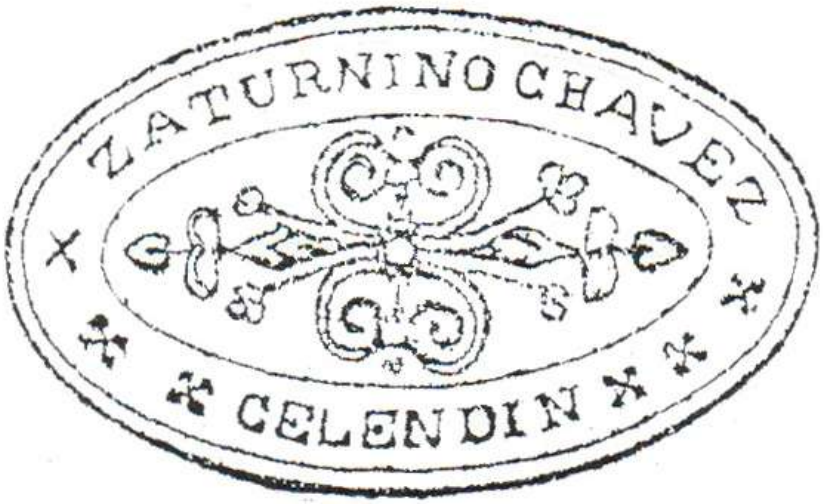
El sello está saturado de simbolismo, no sólo en la impronta donde se observa el factor del *horror vacuum* (horror al espacio vacío), sino también en el mango de diseño cilíndrico que está decorado con el motivo de dos guardillas dentadas, una frente a otra, formadas ambas por una serie de seis triángulos equiláteros, intercalados los de color verde con los de color púrpura, y dispuestos de manera interdentada.

El intercalado de colores indicaría dos virtudes básicas y *sine qua non* de la interrelación y de la comunicación humana: La naturalidad (el verde) y la dignidad (el púrpura, el color de la realeza).

El número 6 simboliza la humanidad; simbolismo que deriva de la numerología bíblica.

En la masonería este motivo representa la interrelación humana en el plano de la justicia, confirmada por el acto de imprimir la impronta del sello en un documento.

La simbología del mango del sello nos habla de generalidades. Pero los motivos de la impronta nos hablan del Capitán de modo más personal.



La impronta es ovalada y tiene en su lado angosto 23 milímetros, y en su lado ancho 39 milímetros, abarcando el doble borde que lo circunda. Sus detalles decorativos y simbólicos son milimétricos; se hace difícil pensar que fuera grabado a mano.

Su nombre, ZATURNINO CHAVEZ aparece en la parte superior, y CELENDIN en la parte inferior, con letras que a duras penas exceden a un milímetro cuadrado.

Así escribía su nombre: Zaturnino, con zeta, distinto de lo que aparece en otros documentos. Las evidencias sobran que no se trata de un error del que confeccionó el sello. De lo contrario, el sello tan atiborrado en detalles, no hubiera sido terminado ni usado.

¿Por qué con zeta? Este detalle cifrado no nos ha sido posible dilucidar. Pero a partir del descubrimiento del Sello del Capitán, yo he ordenado a mi computadora que cambie todas las palabras "Saturnino" por "Zaturnino" —son órdenes del Capitán—.

* * *

A cada costado de la palabra CELENDIN hay tres letras *álef* (**א**). La *álef* es la primera letra del alfabeto hebreo, y un símbolo esotérico prominente en la Qábalah.

¿Qué podría significar su distribución de tres y tres *álefs* a los costados de la palabra CELENDIN?

¿Acaso tiene conexión con el hecho de que los primeros que disecaron el lago de Celendín y se establecieron en su fondo fueron "portugueses", es decir, judíos sefaraditas provenientes del Brasil?

La *álef* del extremo izquierdo no fue acabada de grabar en lo que se refiere a los trazos horizontales y diagonales anchos de la caligrafía hebrea cuadrada, y parece una simple letra équis (X). Ella sería el último trazo realizado en el sello; lo que indicaría que las letras *álef* fueron grabadas en orden de derecha a izquierda, que es la dirección de la escritura hebrea.

Este detalle indica que él mismo hizo el sello, porque ningún sello mandado a hacer hubiera sido entregado incompleto, y justamente en este detalle. Y si esto es así, la Z de la caligrafía de su nombre ZATURNINO no es un error sino un dato codificado.

* * *

En la parte central de la impronta aparece el diseño de dos aparatos florales dispuestos horizontalmente, uno como reflejo del otro. A partir del centro se distribuyen a los lados derecho e izquierdo, y están unidos en el centro en las bases de sus tallos.

En cada aparato floral destacan los motivos de flores de lis flanqueadas con hojas de trébol y capullos de rosa, uno frente a otro en disposición diagonal.

La flor de lis, en su versión heráldica, era un símbolo de los Caballeros Templarios, los monjes guerreros que llegaron a dominar la banca del Medioevo desde su centro cúltico en el Templo de la Santa Ciudad de Jerusalem.

Antes de convertirse en un motivo de la ebanistería y la arquitectura, la flor de lis era también el símbolo de los cruzados provenientes de Francia, como lo indica su aparición en una fortaleza cruzada en la ciudad de Aco, Israel.

Similar conexión existía en aquellos días entre la *intelligentsia* latinoamericana y shilica con Francia y con el idioma francés.

* * *

Si observamos el sello con sus extremos más distantes arriba y abajo nos damos cuenta de que adjunto a ambos aparatos florales hay un motivo secundario: Por encima de la flor de lis hay un almohadón que porta un asta enhiesta que levanta en alto un gorro frigio tal como aparece en el escudo de Argentina y de otros países de América Latina.

El gorro frigio fue adoptado en la Revolución Francesa como símbolo de la liberación de las masas populares. Juntamente con la estrella de cinco puntas se convirtió en símbolo de la independencia como lo muestra el escudo de Cuba, que los tiene juntos un símbolo dentro del otro.

La pluma de escribano que aparece dentro de las flores de lis podría indicar el interés del Capitán por la literatura, que le llevó a colaborar con su alma gemela, el Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, en la redacción del periódico "El Eter", con su columna, "Rasgos de Pluma" —en ese tiempo, producido como periódico mural—.

* * *

Más impactan dos diminutos símbolos que aparecen en la parte superior e inferior del interior de la impronta, entre las hojas espiraladas de las flores de lis: Son la escuadra arriba, y el compás abajo. Se notan claramente al ampliar la impronta 50 veces su tamaño, pero su tamaño real es la cuarta parte de un milímetro cuadrado.

El compás y la escuadra son símbolos prominentes de la masonería.

La escuadra, en la posición que se asemeja a la letra griega *lambda* (Λ), pero más abierta para formar un ángulo de 90 grados, es el símbolo del Venerable Maestro de la orden masónica. Se lo puede ver también en los billetes de dólar.

El Dr. Duarte Carbajal, experto boliviano en heráldica y simbología masónica abre desproporcionadamente sus ojazos al ver este detalle del Sello Fálico del Capitán, y dice:

—Si la escuadra está en la misma posición en que aparece en el mandil de albañil del Venerable Maestro, como aparece en el Sello del Capitán, eso indicaría que tu abuelo tendría ese grado tan alto. Y su proporción de tamaño (tan pequeño) respecto de los demás detalles de la impronta indicaría que quería que aquello fuera un secreto.

Y exclama:

—¡Con razón los generales chilenos respetaron su vida en la Batalla de Miraflores, cuando ya lo tenían al alcance de la bayoneta, porque es posible que entre ellos se comunicaron en el lenguaje cifrado de la masonería!

* * *

Volviendo a mirarlo en su posición normal, vemos que en el centro del diseño, en el lugar donde se unen los aparatos florales, es visible un pentágono. Si observas detenidamente dentro de la estrella de cinco puntas, que también es un símbolo libertario, también hay un pentágono. Ambos símbolos son equivalentes.

—Dirás, "un pentagonito". . .

—Los polígonos son figuras perfectas en cuanto al tamaño y proporción de sus lados dentro del círculo, y representan la perfección humana con relación al parámetro de lo divino representado por el círculo. Interesantemente, ellos expresan mayor jerarquía

mientras menos lados tienen. Tal es el caso del triángulo equilátero que es el polígono que contiene el Ojo de la Providencia Divina en la punta de la pirámide del billete de un dólar.

—¿Y qué del Pentágono de Estados Unidos?

—Ese es otro enigma de la masonería.

* * *

Una observación importante es que el sello no consigna ningún cargo público del Capitán, aunque se supone que era de los días cuando ejercía la magistratura de Juez en Celendín. Se trata de un sello personal y a título personal; un sello para toda la vida.

¿Acaso este sello confirmaría lo que se decía, que entre otras cosas el Capitán era masón y aficionado a la qábalah y a la alquimia?

Este tipo de especulaciones no aparecen en los fragmentos que han sobrevivido del Diario del Capitán, ni en los registros historiográficos de mi señor padre, ni en los testimonios de otros miembros de nuestra familia. Pero sí podemos darnos cuenta de que los símbolos de la independencia de las colonias de España y de Inglaterra en las Américas volvieron a hablar y a clamar a viva voz en aquellos días cuando la libertad de la Patria se vio amenazada por Chile, lo que hizo que mi abuelo surgiera como un líder para reconquistar nuestra independencia nacional.

* * *

Amanda, mi esposa, queda pasmada ante la fuerza del simbolismo del Sello Fálico del Capitán. Entonces le digo:

—Como arqueólogo sé interpretar el lenguaje simbólico, y reconozco que los símbolos nutren el espíritu. Si no, dime todo lo que revuelve en tu ser ver la "roja-amarilla-verde" —la bandera de Bolivia—, desplegada en un lugar distante del planeta, digamos en el edificio del Consulado de Bolivia en Tel Aviv. . .

Ella me muestra emocionada que también el Escudo de Bolivia tiene su gorrito frigio levantado en un asta que sale de la boca de un cañón. Y exclama:

—Exactamente como en el sello de tu abuelo, el Capitán.

Y sintiendo gran emoción le digo:

—Así es amor. ¡Te has casado con el nieto de un héroe!

Y ella me relativiza imitando el acento que se le ha pegado de Santa Cruz de la Sierra:

—¡Eláy, puéj! Pero no con el héroe. . .

22
EL BASTON DEL CAPITAN

Pocos años después que fuera descubierto en el altillo de la parte nueva de nuestra casa de Celendín el Sello Fálico del Capitán, fue descubierto en el mismo lugar, un bastón de características interesantes, que al haber sido puesto al lado del sello concluimos que también le perteneció a él, y ambos son testimonios de su identidad.

Sello y bastón son desde tiempos inmemoriales una especie de DNI (Documento Nacional de Identificación). Así, en los registros bíblicos, una mujer le pidió al patriarca Judá una prenda personal diciendo: " Dame tu sello, tu cordón y tu bastón que está en tu mano" (Génesis 38:18).

En la historia bíblica, el sello y el cordón forman una sola pieza, lo que indica que no se trataba de un "anillo", como se traduce a menudo, sino un sello labrado en piedra. Es posible que tratándose de Judá, su sello tenía grabada la figurita de un león, "el león de Judá".

De la misma manera, su bastón tendría algún diseño reconocible.

* * *

El hecho es que el Capitán tenía su sello y tenía su bastón, y ambos conservó mi padre, Juan Chávez y Sánchez como receptáculos de su identidad. Y en el ocaso de su vida decidió no entregarlos a uno de sus quince hijos en particular sino, indiscriminadamente, esconderlos para que fueran encontrados por uno de ellos, o para que llegara a manos de uno de ellos en particular, como realmente ocurrió.

Así como el Sello Fálico del Capitán fue encontrado por el Ing. Lucho Mori García cien años después de la muerte del Capitán, su Bastón fue encontrado por la Profesora Nelly Machuca de Mori, esposa de Lucho Mori e hija de mi hermana, la Mama Lila, sea su memoria bendición.

Respecto de las circunstancias de su descubrimiento la pregunta surge: Si estaban uno al lado del otro, ¿por qué no fueron encontrados al mismo tiempo, el Sello y el Bastón?

La respuesta surge de una interesante historia que requiere de algunas observaciones previas.

* * *

En la casa que mi padre heredó de mi abuelo el Capitán, él hizo algunas refacciones después que los herederos del Capitán levantaran altas paredes para separar sus respectivas herencias. De este modo, la antigua sala quedó dividida en dos tiendas que dan a la calle, y un pasadizo entre ellas comunica directamente al patio principal.

Al no haber ya sala, mi padre construyó una nueva sala, al fondo del patio principal, con un piso superior. Y en el momento de techar esta nueva construcción, escondió el Sello y el Bastón del Capitán sobre la paredilla, el extremo superior de la pared a lo largo de la cual se apoya una viga llamada "mella", sobre la cual se apoya la estructura del techo de tejas, de dos aguas.

Mi padre colocó el Sello Fálico hacia el lado interior de la mella, y el Bastón lo puso ceñido a lo largo de la mella en su lado exterior, al cual es difícil acceder a causa de la inclinación del techo. Por eso, cuando el Ing. Lucho Mori vio el Sello Fálico, no pudo ver también el Bastón.

Para que entiendas las cosas de que estamos hablando, te diré que la "paredilla" es la pasarela de las ratas y los canshules, sobre la cual modelan a saltos de mata y con toda discreción.

* * *

Con el paso del tiempo, el entretejido de carrizos sobre los que se asientan las tejas del techo quedó muy apolillado. Hubo, pues, necesidad de desatar el techo para remplazar el encarrizado con varas de madera llamadas "cintas", sobre las cuales se apoyan directamente las tejas en las construcciones de nuestro tiempo que evitan el uso de carrizos.

El día en que se desató en encarrizado, y desde lo alto se arrojaron los carrizos apolillados sobre el patio principal, mi sobrina Nelly obsequió esos carrizos a uno de los peones, que prometió volver con ayudantes hacia el atardecer para llevárselos a su casa, ya sea para prender el fuego o para construir quinchas provisionales.

Cuando el peón se tardaba en volver, mi sobrina pasó por el zaguán y vio algo que llamó su atención: Se trataba de un bastón de manufactura muy interesante.

* * *

Ella tomó el bastón y de este modo lo salvó de ser llevado junto con los carrizos apolillados para prender el fuego.

Unos años después yo me encontraba en Lima y me hablaron de dicho bastón, y me mostraron unas fotografías que me hicieron recordar dicho objeto que mi padre conservaba en un baúl donde guardaba bajo llave sus objetos valiosos.

Mi hermano Lázaro también vio las fotografías y recordó haber visto ese bastón cuando mi padre abría su baúl.

Entonces viajé a Celendín para verlo con más detenimiento, y cuando lo vi recordé con más nitidez este objeto que había visto de niño.

De la misma manera como el Sello Fálico del Capitán llegó a mis manos, lo mismo ocurrió con el Bastón. Esto me ha hecho pensar que acaso yo fui finalmente el hijo de mi padre a cuyo recaudo debía pasar este objeto simbólico que perteneciera a su padre el Capitán.

* * *

Examinando el Bastón observó que se compone de dos partes unidas seguramente por una espiga. La unión de ambas partes es disimulada por un cintillo de latón dorado de menos de un centímetro de ancho.

Al ser arrojado el Bastón desde lo alto del techo se rompió parcialmente su parte inferior y fue a dar al fuego junto con los carrizos. Esta parte perdida sería de 20 centímetros aproximadamente, y la que se ha conservado tiene 69-70 centímetros hasta la parte superior de la empuñadura.

La parte que se salvó del extremo inferior del Bastón es de hermoso acabado pero su madera ha sido afectada por la polilla a lo largo de más de un siglo. Para su conservación hemos tratado su madera con un poderoso líquido anti-polilla.

* * *

La parte superior del Bastón está repleta de simbolismos y enigmas. No ha sido afectada en absoluto por la polilla porque está hecha de madera de guayacán, la misma madera con que está hecho el Sello Fálico del Capitán. Esta parte culmina arriba con la empuñadura que representa un casco de caballo con la herradura hacia arriba, de modo que la yema del pulgar derecho del Capitán, reposara cómodamente en medio de ella.

La herradura habría sido de oro, porque ha sido extraída cuidadosamente por una persona que no pudo valorar el objeto completo, sino sólo el valor del metal. Esa persona era alguien de la familia; de lo contrario el resto del Bastón hubiera desaparecido de nuestra casa para siempre.

Mi padre habría rescatado el Bastón de su padre, ya sin esa herradura. Lo que ha quedado de la valiosa herradura del casco son unos pequeños agujeritos por los cuales la valiosa herradura estaba sujeta al casco con clavitos miniatura.

* * *

¿Cuál sería el origen de este objeto personal del Capitán?

Quisiera dar mi opinión basada en el consenso de la historia que venimos reconstruyendo a lo largo del presente libro.

No lo habría adquirido el Capitán. El no era apegado a joyas u objetos de valor material. Podría haber sido un obsequio de su cuñado, el Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, o acaso de su suegro, Don Juan Sánchez y Merino cuando Don Zaturnino volvió de su odisea en el Amazonas e ingresó a Celendín montado en un caballo.

El objeto llegó a manos de mi padre, sin duda por mediación de su señora madre, mi abuela María Benjamina, cuando él se hizo hombre mayor.

* * *

Acerca de todos estos detalles, el testimonio de mi padre hubiera sido muy esclarecedor.

No veo nada enigmático de por medio; sólo veo el apego sentimental de mi padre a los pocos objetos que él pudo rescatar de la memoria de su padre, y el anhelo de que sus descendientes no olvidasen jamás la memoria del Capitán. Por eso, en mi última visita a Celendín ha surgido la iniciativa de juntar el Sello y el Bastón del Capitán, así como el Deespacho de su ascenso al grado de Capitán de la Guardia Nacional en una urna que los conserve en nuestra sala de modo que nunca se lleguen a perder.

23
LOS INFIELES DE OXAMARCA

Para los que participamos en la Segunda Expedición Arqueológica a La Chocta[153] en 1972 se nos torna muy interesante conocer de más cerca a los "infieles" de La Chocta o de Oxamarca por los cuales el Capitán demostró tener tanto interés.

Siguiendo las pisadas del capitán llegamos a las ruinas de la fortaleza de La Chocta en el distrito de Oxamarca, al sur de la provincia de Celendín, y se nos acercan tímidamente los campesinos del lugar, los mismos que realizan labores de labranza y cultivo de papas en las inmediaciones de los restos arqueológicos.

Les preguntamos:

—¿Ustedes son los que cultivan la tierra en este lugar?

Responden, un tanto atemorizados:

—Sólo hasta las inmediaciones de las ruinas. Nosotros, más bien, las cuidamos y no permitimos que se acerquen a ella los huaqueros.[151]

—Y ustedes mismos, ¿no se habrán sentido tentados a huaquear? A ver, ¿qué me dice el Huaquero Viejo?

Y el más viejo responde:

—Nosotros ni nos acercamos a las ruinas. Antes de que oscurezca nos desaparecemos del lugar.

—¿Por qué?

—Porque nos dan miedo los fantasmas de los infieles.

* * *

Me pareció interesante la palabra "infieles" en boca de estos campesinos de Oxamarca que, conscientes de su origen europeo, para nada se sienten vinculados con los desaparecidos aborígenes caxamallas o incas de esta región.

—Sí, pué. Esos oxamarquinos se creen de **Ox**ford y de Din**amarca**. . .

—Ellos no niegan su población, y han abierto squé la Embajada de Oxamarca en la ciudad de Celendín en la Casa Encantada de frente a la Iglesia de la Purísima.

—Pero para los oxamarquinos, la palabra "infieles" no expresa un sentir discriminatorio, sino más bien un respeto reverente e incluso miedo. Con decirte que se mean de miedo ante algún contacto con la antimonia[152] o con los fantasmas que se aparecen entre las ruinas antiguas.

A propósito de la palabra "infiel", se usó en España en tiempos del largo conflicto entre cristianos y musulmanes. Ser infiel equivalía a no ser cristiano, y con ese sentido se usó también en las Américas con relación a los indígenas que vivieron antes de la llegada de los españoles y que no fueron cristianizados.

Esta palabra antipática es abusada por los musulmanes hasta el día de hoy para referirse a los que no son musulmanes.

* * *

Mi remembranza del Capitán quedaría incompleta si no me refiero a su interés por conocer de cerca a los admirables "infieles" de La Chocta y de Oxamarca y a su proyecto de fundar el Museo de Celendín como una institución municipal. Tal proyecto estaba estrechamente vinculado con su afamada odisea en el Amazonas, a lo largo de la cual recolectó algunas piezas arqueológicas interesantes como su émulo, el Sabio Don Antonio Raimondi.

No sé cuántas veces visitaría el Capitán las ruinas de la fortaleza de La Chocta cuando era Inspector de Instrucción entre 1883 y 1897. De allí trajo fragmentos de cerámica tripódica, boleadoras y masas de guerreros incas de bronce bañadas en oro,[154] del tipo estrella y mazorca de maíz. Yo he alcanzado a ver parte de su colección.

En su tiempo todavía se hallaban algunas armas incas entre las ruinas de la fortaleza de La Chocta. Pero cuando el lugar fue visitado por el Dr. Julio C. Tello en 1937, mi padre, que le acompañó en su expedición, atestigua que sólo encontraron fragmentos de cerámica y huesos humanos que fueron guardados, según testimonio del Dr. Toribio Mejía Xesspe,[155] en los depósitos de la vieja casona de la Universidad de San Marcos.

Esa expedición de Tello en 1937 es lo que consideramos la Primera Expedición Arqueológica a La Chocta.

* * *

En 1972, cuando me encontraba escribiendo mi tesis doctoral en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), tuvo lugar la Segunda Expedición Arqueológica a La Chocta, teniendo prácticamente casi nada de la información de Tello, pues no pudimos tener acceso a los objetos recolectados por él y a la información respectiva, si acaso no se habían perdido. Por eso nuestro estudio parte de cero y constituye el primer informe científico sobre el misterio de este importante centro arqueológico de Celendín que es La Chocta.

Miento. Mi abuelo, el Capitán, dio los pasos iniciales para la implementación del Museo de Celendín, y mi padre siguió sus pisadas, legándonos una colección de objetos arqueológicos de gran importancia.

Mi padre conservaba en una pesada maleta de madera pintada con ocre una profusa colección de objetos arqueológicos provenientes de La Chocta legados por mi abuelo.[156] Lamentablemente, yo contribuí, siendo niño pequeño, a desmantelar esta colección, por cuanto la maleta no tenía llave y estaba al alcance de cualquiera.

* * *

A diferencia del Dr. Julio C. Tello, que supo ubicar cronológicamente las ruina de La Chocta con exactitud relativa[157] en la estratigrafía andina expuesta en la superficie del lugar, y del Dr. Henri Reichlen que definió mejor la secuencia cronológica a base de excavaciones estratigráficas realizadas en otros lugares, en su tiempo mi abuelo no pudo entender las cosas desde el punto de vista cronológico. Lo mismo ocurre con quienes visitan La Chocta hoy, razón por la cual he juzgado urgente incluir aquí un sumario de mi reporte científico sobre estas ruinas que considero las más importantes del departamento de Cajamarca.

—¿O sea que es verdad que tu abuelo era huaquero?

—No hay evidencias de que realizara excavaciones de ningún tipo.

* * *

En 1939, en las Actas del XXVII Congreso de Americanistas el Dr. Julio C. Tello se refirió a la cerámica antigua de la región de Cajamarca como "cultura Marañón". El no alcanzó a reconocer las características y la difusión de la cultura de los Caxamallcas (o Cajamarcas) tal como ahora lo hacemos gracias a las investigaciones de la Expedición Etnológica Francesa dirigida por Henri y Paul Reichlen, publicadas en 1949,[158] en la cual no se visitó La Chocta.

Para referirse a la cerámica característica de esta región del Perú, Reichlen optó por el término "Cajamarca",[159] al ubicar en esta región el centro de la difusión de sus factores culturales a partir del ocaso del Período Formativo o Chavín. Entre tales factores destaca la iconografía ornitofelinofídica (de pájaro-felino-serpiente) del omnipresente dios meteorológico que los Caxamallas llamarían Catequil, el mismo que los judíos de Celendín desinflaron hasta reducirlo a un indio común y corriente.[160]

* * *

La cuenca del Marañón constituye la frontera oriental de los Caxamallcas, y los restos pre-incaicos de la fortaleza de La Chocta nos llevan a deducir que en tiempos previos a la expansión inca hubo una cruda rivalidad con los Chachapuyas a quienes los Incas conquistaron a partir de esta región una vez conquistada.

Respecto de la cuenca del disecado lago de Celendín, su importancia económica, política y militar en tiempos pre-hispánicos era muy relativa. El centro de poder de la región en el Período Formativo o Chavín estaba ubicado bien al norte de la provincia de Celendín, en Muyuc Chico; y bien al sur, en La Chocta, en los períodos Caxamalla e Inca.

* * *

La persona que supo aquilatar la importancia de La Chocta, quizás más que el Dr. Julio C. Tello, fue la Dra. Josefina Ramos de Cox, Directora del Departamento de Arqueología del Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, quien me pidió a nombre de esta institución que llevara a cabo una nueva expedición arqueológica en el lugar con el objeto de levantar por primera vez planos de las ruinas y estudiarlas en el contexto general del Perú antiguo. En ese tiempo yo había empezado a escribir mi tesis doctoral sobre arqueología de Celendín en esta prestigiosa universidad peruana sobre el legado de La Chocta.

Esta Segunda Expedición Arqueológica a la Chocta se llevó a cabo en 1972 y el reporte científico fue publicado en *Cuadernos de Arqueología Andina No 1*, Boletín de la Fundación "Josefina Ramos de Cox" en 1974, con el título de "Arqueología de Celendín".

Este documento, el primero y único reporte científico que existe sobre La Chocta, sería la base de mi tesis doctoral en la Pontificia Universidad Católica del Perú, la cual no fue presentada debido a mi nuevo viaje a Israel en 1973 para mis exámenes de grado en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Pero su oportuna publicación expresa mi profundo anhelo por continuar con los anhelos y objetivos de mi abuelo, el Capitán, de implementar

el Museo en Celendín, algo que finalmente ha hecho realidad el Profesor Luis Daniel Quiroz Amayo al implementar el Museo "Alfredo Rocha" de nuestra ciudad.

* * *

Las ruinas de La Chocta se hallan situadas en la superficie del cerro La Chocta se se levanta a más de 3.320 metros sobre el nivel del mar donde termina abruptamente el ramal de los cerros del Callejón y desciende al precipicio que cobija el lecho del río Miriles. La distancia lineal desde el poblado de Oxamarca a las ruinas de La Chocta es de unos 10 kilómetros, pero la subida en pendiente alarga y dificulta el recorrido. Se requiere de unas dos horas para llegar a las ruinas.

Su ubicación reúne todos los recursos de la estrategia del abastecimiento y la defensa.

En la ruta interandina de Celendín, que se extiende desde Chalán al norte hasta La Chocta al sur, no hubo otro lugar que reuniera tantas condiciones favorables como el territorio de Oxamarca, abastecido por productos de todo tipo de clima. La Chocta concentraba las actividades agrarias de Choctapampa al norte, de la Quinua al sur, y de Oxamarca y el Trapiche al noroeste. —Como dice Don Delesmiro Machuca Aguilar: "En Oxamarca hay de todo" —.

Su inaccesibilidad la convirtió en una acrópolis inexpugnable con un vasto dominio visual sobre el territorio de los Chachapuyas. De producirse un conflicto tribal de los Choctamallques locales con los Caxamallcas, cuyos límites pasaban por Mishacocha y Cumullca, se prestaba a la defensa, por su proximidad a sus aliados chachapuyas.

Los pobladores de Oxamarca nos han demarcado un derrotero estratégico de progreso y de promoción turística de Celendín con La Chocta como terminal de la carretera a Oxamarca.

* * *

El territorio de la provincia de Celendín se presenta ante la investigación arqueológica como la unidad étnico-cultural dentro del complejo de los Caxamallcas.

"Choctamallques" es un término acuñado por el Amauta Don Pedro García, el Búho, para referirse específicamente a los Caxamallcas del territorio de la provincia de Celendín, culturalmente emparentados con los Caxamallcas, pero políticamente separados y constituidos en una especie de reino confederado con su centro en La Chocta.

La región de Cajamarca es el área menos estudiada del complejo cultural andino, pues escasean las crónicas detalladas como las de los extirpadores de idolatrías. Sólo se cuenta con el informe escueto de una "visita" tardíamente descubierto y publicado como *El Primer Informe Etnológico sobre Cajamarca: Año 1540*, publicado por Waldemar Espinoza Soriano como separata de la Revista Peruana de Cultura, Nos. 11 y 12, Lima, 1967.

Sin embargo, el estudio de esta región tiene una ventaja: Fue tardíamente conquistada por los Incas. Su experiencia Inca no pasó de una generación, quedando latente la cultura de los tiempos anteriores. En La Chocta, como en ningún otro lugar, están a la vista el estrato Inca sobre el estrato Caxamallca-Choctamallque, uno sobre otro, sin necesidad de recurrir a excavaciones arqueológicas.

* * *

Esta fue la agenda de la Segunda Expedición Arqueológica a La Chocta – 1972:

Partimos de Lima el viernes 23 de agosto de 1972, el Ing. Ernesto Orellana, profesor de topografía de la Universidad Nacional del Centro; mi hermano, el Ing. Walter Chávez Velásquez, entonces estudiante de arquitectura en dicha universidad; y vuestro servidor, profesor de Arqueología General de la Pontificia Universidad Católica del Perú. También formaron parte de esta expedición mis sobrinos Elmer y Jorge Machuca Chávez, en ese entonces estudiantes de la Gran Unidad Escolar Coronel Cortegana de Celendín.

Llegamos a Celendín el sábado 24 y fuimos recibidos por el Profesor Orestes Tavera Quevedo, Director de la Escuela Normal Superior Mixta de Celendín, en cuya casa nos alojamos.

Llegamos a Oxamarca el lunes 26 de agosto, antevíspera de la fiesta patronal de San Agustín, que se celebra el 28 de agosto.

El martes 27 subimos la cuesta del poblado de Oxamarca a La Chocta y emprendimos la exploración de superficie del área de la "Fortaleza de Capac Yupanqui" (la fortaleza circular) y las chulpas pre-incaicas. El mismo día emprendimos los trabajos del levantamiento del plano topográfico en el área de mayor concentración de restos arqueológicos que abarca un kilómetro cuadrado.

El miércoles 28 y jueves 29 continuamos con el levantamiento del plano topográfico y el registro de los principales monumentos. Este día abarcamos la zona de la entrada a la fortaleza y el témenos o área de los altares y santuarios.

El viernes 30 realizamos el levantamiento del plano y la reconstrucción gráfica de uno de los monumentos pre-incaicos más interesantes y mejor conservados del témenos que hemos convenido en llamar "Santuario Paul Rivet", un pequeño altar pre-inca a manera de pirámide parecida a la de los mayas de México y de América Central.

* * *

El sábado 31 regresamos a Celendín.

En el camino nos detuvimos en la ciudad de Huacapampa o José Gálvez, donde entonces vivía el Amauta Don Pedro García, el Búho. Esta visita y entrevista con el Sabio constituye una de las experiencias más interesantes de todos esos días pasados en Celendín. El era un buen conocedor de los sitios arqueológicos ocultos y semi ocultos en el territorio de la provincia.

De regreso a Celendín, nuestras actividades continuaron varios días estudiando las piezas de la colección arqueológica de la Escuela Normal Superior Mixta.

* * *

Hasta aquí he resumido la introducción de mi tesis doctoral, *Arqueología de Celendín*, en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Quien se interese en detalles más técnicos puede tener acceso a ellos debido a su amplia difusión en *Cuadernos de Arqueología Andina No 1*, Boletín de la Fundación "Josefina Ramos de Cox" en 1974, con el título de "Arqueología de Celendín". Varias copias se encuentran en la Biblioteca Municipal de Celendín.

En un área relativamente pequeña como La Chocta y sin necesidad de limpieza y excavaciones arqueológicas se ven y están al alcance de la mano dos estratos claramente demarcados: El estrato de los Choctamallques (la necrópolis de chulpas y santuarios piramidales) y el estrato Inca (la fortaleza circular).

Por estas ventajas, las instituciones de estudios superiores de Cajamarca deberían convertir las ruinas de La Chocta en una meca de peregrinación y estudio. ¡Todos los infieles de Oxamarca y de La Chocta os damos una cordial bienvenida!

* * *

Las revelaciones de mi tesis doctoral sobre la *Arqueología de Celendín* quiero dedicarlas *ex tempore* a la memoria de mi abuelo, el Capitán Don Zaturnino Chávez Baella, de mi padre Don Juan Chávez y Sánchez, y de mi "padrino" Don Pedro García el Búho, que supieron despertar mis inquietudes por entablar un diálogo generacional con quienes nos han precedido en esta región de los Andes peruanos, desde los "infieles de La Chocta", que para mí no son tales, como expreso en mi Poema Nº 30 de mi obra, *Filosofía de la vida*:

¡Cuán ajenos parecen!
¡Quién los podría filmar!
Porque aquellos tiempos idos
fueron míos, amigos, sólo míos.

24
LOS PLATILLOS VOLADORES DE CELENDIN

El autor de *El Diario del Capitán* y su platillo volador

Hace más de cien años, el Capitán Don Zaturnino Chávez Baella fue el primero en llamar la atención de sus amigos y allegados en conexión con ciertos objetos de piedra con forma de lentejas de aproximadamente medio metro de diámetro que frecuentemente se descubren en el territorio de la provincia de Celendín, en los Andes del norte del Perú, y que según él no tendrían origen incaico ni pre-incaico. El Amauta Pedro García, "el Búho", a partir de los documentos originales del *Diario del Capitán* —su columna editorial en el periódico "El Eter"—refiere que él los llamaba "lentejas de piedra".

El Capitán, que tenía entre sus pasatiempos favoritos la recolección de piezas arqueológicas del pasado precolombino del Perú, sobre todas las cosas fue impresionado por el peso descomunal de esas "lentejas de piedra", que sobrepasa en mucho al de las piedras de igual volumen, cualquiera sea su naturaleza: Calcárea, granítica, e incluso la pesada andesita que es una lava volcánica de la región de los Andes, y de esto deriva su nombre "andesita".

Este hecho podría sugerir que por alguna razón la masa de tales "lentejas de piedra" por alguna razón ha sido incrementada artificialmente.

* * *

Lo que más llama la atención ahora que estos objetos han sido rescatados en mayor número es su abundancia, sus diversos tamaños y su forma perfectamente convencional y regular, producidas con una tecnología desconocida.

Una de esas "lentejas de piedra" que perteneció a la colección del Capitán se conserva en el patio de su residencia en el Jirón José Gálvez 714 en Celendín, que han heredado sus bisnietos Chávez-Mori-Machuca.

El Dr. Moisés Chávez, nieto del Capitán y arqueólogo de la Universidad Hebrea de Jerusalem, aparece en una foto muy difundida en internet al lado de esta "lenteja de piedra", luciendo su camisa arqueológica de lino fino que en el pasado perteneció a una momia de Egipto y que está decorada con jeroglíficos pornográficos y con textos del Libro de los Muertos.

* * *

Medio siglo después de la muerte del Capitán, el Amauta Alfredo Rocha Segarra se refirió a tales lentejas de piedra como "platillos voladores líticos" o "platillos voladores de piedra", porque su forma se parece a la manera como se concibe y se representa naves espaciales extraterrestres a partir del testimonio de quienes aseguran haberlas visto e incluso haber sido abducidos e introducidos en su interior y transportados con algún propósito lejos de nuestro planeta.

El término "platillos voladores", designado así en España, sería traducción literal del inglés *flying saucers*, y alude a la manera como son vistos tales objetos espaciales desde abajo, desde la Tierra, salvo raras ocasiones en que parecen haberse posado sobre la Tierra, como la descrita con todo lujo de detalles en la Biblia, en el libro del profeta Ezequiel.

El término moderno, OVNI (Objetos Voladores No Identificados) enfoca un radio más genérico de formas y estructuras aerodinámicas adscritas a tales vehículos espaciales.

* * *

El Profesor Daniel Quiroz Amayo, cuando era profesor de Geografía Física en el Instituto Superior Pedagógico "Arístides Merino Merino" de Celendín, optó por llamarlos "esferolitos", por su parecido a las esferas de piedra descubiertas en Costa Rica, y se refirió a los "esferolitos" descubiertos en el cerro Killkapirka, en la provincia de Bolívar, región La Libertad, en un artículo suyo publicado en la revista JELIJ/PARTA 56 (Año 3, Nº 5, Julio, 1996). Tales "esferolitos" en realidad son las "lentejas de piedra" del Capitán.

La colección del Profesor Quiroz Amayo consta de siete de estos objetos líticos que se encuentran en el Museo "Amauta Alfredo Rocha", en Celendín. Dicho museo ha sido implementado por él y su esposa, la Profesora Esther Rocha de Quiroz, hija del Amauta.

Para ellos, estos objetos podrían estar relacionados con los trazos o inscripciones líticas que se han conservado en las inmediaciones del cerro Killkapirka, pues en quechua, *killka* significa "trazo", "inscripción", y *pirka* significa "muro", significando "muro con inscripciones".

* * *

El Dr. Moisés Chávez prefiere llamarlos como lo hizo el Amauta Alfredo Rocha, con una diferencia: Los llama "Platillos Voladores de Celendín", porque son personas de Celendín, en su mayoría relacionadas con la docencia en los colegios y en el Instituto Superior Pedagógico los que los han hecho notorios al transportarlos a sus casas para lucirlos junto a los pretiles de sus patios, impresionados por su forma y su peso descomunal, aunque sin saber realmente qué son o de qué se trata.

El platillo volador del Capitán conserva con mayor nitidez los rasgos que tendrían los platillos voladores que nos visitan procedentes de otras estrellas. Tales rasgos —la parte inferior totalmente lisa y la parte superior diseñada en círculos concéntricos—, representarían el montaje de sus piezas exteriores, plegables y con diseño y tecnología "transformer".

* * *

En cuanto a su material, el Dr. Moisés Chávez indica que la piedra de que están hechos demuestra ser de naturaleza magmática o de origen volcánico. Según él, en algún momento fueron una mezcla de rocas fundidas o semi-fundidas como las que se producen debajo de la corteza terrestre a una temperatura de más de 1000 grados centígrados.

Esto se hace evidente a partir de muchos de estos Platillos Voladores que han sido destruidos a combazo limpio por curiosos codiciosos que pensaban encontrar en su interior valiosos fósiles de las fases más antiguas de la vida en la Tierra, o tesoros escondidos *ex profeso*, digamos, sofisticados objetos de oro o de otros metales preciosos.

Muy a pesar de ellos, en su interior no han encontrado nada más que esta misma piedra compacta de origen desconocido en el ámbito territorial de Celendín.

* * *

Como dijimos, el mayor conglomerado de estos Platillos Voladores ha sido descubierto en las inmediaciones del cerro Killkapirka, más al sur del territorio de Oxamarca, sin necesidad de llevar a cabo excavaciones arqueológicas, pues la erosión de las lluvias los arrastra a sus vertientes orientales que van a dar a la cuenca del río Marañón.

Otros Platillos Voladores de piedra han sido descubiertos de manera aislada en diversas partes de la provincia de Celendín, sobre todo en las inmediaciones del poblado de Jerez, distrito de Huasmín.

El Dr. Moisés Chávez observa que no se trata de unos pocos Platillos Voladores, como para ser considerados una interesante e inquietante casualidad de la naturaleza, sino de cientos o quizás miles de objetos de forma perfectamente convencional y sin ninguna conexión lítica con su contexto.

Según él, este extraño fenómeno no es fruto del roce erosivo que produce los cantos rodados, como piensan el Prof. Daniel Quiroz Amayo y otros observadores locales. Tampoco son lo que en Estados Unidos llaman analógicamente, "excretions" o "excrementos" fosilizados. Y digo analógicamente, porque aunque se parezcan a deposiciones, son interpretados como formaciones de lava o de lodo caliente como los que se forman en la isla al norte de New Zealand, en que su forma circular se forma alrededor de una erupción de aire caliente. Pero tales formaciones no aparecen del todo desconectadas de su entorno, como ocurre con los Platillos Voladores de Celendín. Tampoco tienen

ninguna conexión con su contexto geológico de naturaleza calcárea, consecuencia de la sedimentación de conchas de animales marinos —la cordillera de los Andes fue hace millones de años el fondo del mar—.

Y lo que intriga más, tampoco se relacionan con ninguna cultura americana, cerámica o pre-cerámica. En otras palabras, nada tienen que ver con la presencia y la actividad del hombre andino. Esto hace que su estudio dé cabida a un sinnúmero de especulaciones, incluidas las relacionadas con los "alienígenas ancestrales", como se suele llamar a los extraterrestres que supuestamente han intervenido para generar las diversas fases coyunturales de la civilización humana a nivel global, o que incluso anteceden a los seres humanos en la Tierra.

En este criterio coincide el Dr. Chávez con el Dr. Giorgos A. Tsoukalos, consultor de la serie televisiva "Alienígenas Ancestrales" (en inglés: *Ancient Aliens*) propalada por History Channel, quien los considera la única representación tridimensional —que no son fotos— que se conoce de las naves espaciales que nos visitan procedentes de otras estrellas y que se acercan a la Tierra tras salir de sus naves nodrizas que se mantienen girando como islas en medio del espacio exterior.

* * *

Ahora bien, ¿qué cosa son y para qué sirvieron estos "Platillos Voladores de Celendín"?

Se trataría de objetos líticos tallados con precisión láser (acronimia de, *light amplification by stimulated emission of radiation*), o hechos en moldes a partir de magma o lava volcánica semi líquida, para que tengan la forma de gigantescas lentejas de hasta medio metro de diámetro o más, y hasta de 200 kilos de peso.

Las piezas de la colección del Museo "Amauta Alfredo Rocha" de Celendín acusan haber sido hechos en molde con la piedra en estado incandescente.

Si las cosas ocurrieron de este modo, quienes los hicieron han tenido acceso a una tecnología muy avanzada como para producir volcanes artificiales o erupciones científicamente controladas a través de la corteza terrestre en una región donde no se conocen volcanes naturales y las rocas son producto de sedimentación calcárea. Salvo que hayan sido traídos de volcanes de lugares muy distantes.

Tales erupciones artificiales les proveyeron no sólo de piedra en estado derretido o semi derretido —según la evidencia de un platillo volador procedente de Jerez que se exhibe en el Museo Amauta Alfredo Rocha de Celendín—, sino también con masa incrementada artificialmente, que es lo único que puede explicar su excesivo peso, comparado con el peso de un volumen similar de la piedra calcárea de que están hechos los macizos rocosos de los Andes centrales del norte del Perú —que como dijimos son producto de la sedimentación de conchas animales en el lecho marino—.

* * *

Al referirnos a los Platillos Voladores de Celendín, no podemos esquivar la pregunta que a menudo nos hacen por haber sido designados "esferolitos" por el Dr. Daniel Quiroz Amayo: ¿Qué conexión podrían tener con las esferas de piedra descubiertas en Costa rica, algunas de más de un metro de diámetro? —que evidentemente fueron hechas

para mantenerlos flotando en el aire; no para colocarlas sobre el suelo, y menos para ocultarlas bajo tierra—.

El Dr. Moisés Chávez indica que los Platillos Voladores de Celendín bien podrían explicar el misterio de los esferolitos de Costa Rica, que igualmente están desconectados de toda cultura arqueológica local, es decir, de todo pueblo que los haya legado como un aspecto de su cultura material. Por lo mismo, la única manera de fecharlos, es aventurándonos a decir que podrían ser anteriores a la llegada del hombre a la América del Sur y a la cordillera de los Andes procedente de América del Norte hace 30.000 años, que según algunos arqueólogos es la edad del Hombre descubierto en Lauricocha.

* * *

Aparte de la manufactura alienígena que acusan ambos, los esferolitos de Costa Rica y los Platillos Voladores de Celendín, la pregunta del millón de dólares es: ¿Qué cosa son estos objetos y para qué sirvieron?

Ambos podrían ser testimonios de actividades educativas y lúdicas de extraterrestres establecidos en la Tierra, representando los esferolitos exo-planetas o sus estrellas distantes del Sol, y los Platillos Voladores líticos las naves espaciales en las cuales descendieron a la Tierra.

El Dr. Manuel Sánchez Aliaga, el Mime, Conde de San Isidro, se aventura incluso a decir que es posible que los esferolitos de Costa Rica y los platillos voladores de Celendín alguna vez estuvieron pintados con colores distintivos, con pintura ahora totalmente desaparecida. De este modo representarían didácticamente los exo-planetas de donde vinieron los alienígenas que los hicieron para aplacar su nostalgia por sus hogares distantes.

Por su lado, los Platillos Voladores de Celendín estaban recubiertos, unos de una película lítica artificial de color negro metálico; y otros de color plateado, como el que fue descubierto en las inmediaciones de Jerez, en Celendín.

* * *

Evidentemente, los alienígenas ancestrales que los produjeron en masa, en un tiempo no eran visitantes esporádicos de nuestro planeta, sino con todo derecho sus habitantes "originarios", antes que la Eva de la Biblia y el Evo de Bolivia. Posteriormente fueron conocidos por los antiguos sumerios como *Anunaki*, término sumerio que se traduciría "seres celestiales establecidos en la Tierra" (sumerio: *anu*, "cielo"; *na*, "de"; *ki*, "tierra").

A los alienígenas ancestrales, especialmente los de Celendín, se refiere el Dr. Moisés Chávez en su obra, *Angelología y Demonología*, que forma parte de su monumental Serie TEOLOGIA CIENTIFICA en la página web Biblioteca Inteligente. El indica que los hombres antiguos vieron en ellos ángeles-demonios-dioses, en todo caso seres muy poderosos como para lanzar objetos líticos al aire en su inquietante versión de Star Wars o Guerra de las Galaxias.

¿No serían los alienígenas de Celendín los mismos "Anunaki", seres celestiales que se establecieron también en Sumeria, en la actual Irak, y cuya fuente memorial de piedra grabada con caracteres cuneiformes sumero-acádicos, la Fuente Magna, ha sido descubierta en la cuenca del lago Titicaca, cerca del emplazamiento de los Bloques "H" de Puma Punku?

* * *

Los sumerios son la primera civilización en la historia humana, probablemente generada por la intervención de los Anunaki de origen extraterrestre hace más de 5.500 años.

La fuente memorial o votiva, tipo bandeja, hecha de piedra y grabada en su interior con signos cuneiformes sumerios ha sido descubierta en la cuenca del lago Titicaca y es exhibida en el Museo de Minerología en La Paz, Bolivia.

La explicación de este extraño descubrimiento en el Altiplano boliviano es que fue obsequiada por algún personaje sumerio importante a los Anunaki, que ellos optaron por dejarla cerca de su base espacial en Puma Punku, en lugar de llevársela consigo a su nave espacial y a su exo-planeta de origen.

* * *

Respecto del conglomerado de Killkapirka cierto shilico loco ha dicho, ingenua pero de manera realmente genial, que se trataría de un arsenal "bélico" para participar, al estilo del film de "Harry Potter y la Piedra Filosofal", en competencias deportivas. Comparadas con sus Platillos Voladores de piedra las competencias de *quidditch* en Hogwarts —la Escuela de Magia y Hechicería más prestigiosa del Reino Unido de la Gran Bretaña—, serían como arrojar al aire "capillo" o "cancha pobre", o como arrojar guijarros que dan bote en la superficie de un lago, una, dos, tres, y hasta siete veces, pasatiempo que solía practicar el Dr. Moisés Chávez en sus años mozos y buenmozos.

—Pero. . . ¿Lanzar platillos voladores de piedra de 200 kilos de peso, por puro gusto y placer?

—La respuesta podría venir de las ruinas de Puma Punku en Bolivia, cuyos bloques "H" revelan que ni la fuerza de gravedad ni las grandes distancias en la superficie de la Tierra fueron obstáculos para esos alienígenas ancestrales. Porque las canteras de andesita más cercanas a Puma Punku se encuentran lejos en territorio peruano.

—También en este caso, la asombrosa ficción de la señora Joanne K. Rowling, autora de la serie literaria infantil de *Harry Potter*, probaría saltar de la magia convencional a una tecnología espacial más sofisticada que la de nuestros magos y hechiceros serranos, que digo, terrestres. . .

—Sí, pero. . . ¿Lanzando al aire o esquivando guijarros y juguetes de piedra de hasta 200 kilos de peso, y por pura diversión? Give me a break!

* * *

Intentando responder a esta insistente pregunta del George Frankenstein, su padre, el Dr. Moisés Chávez, refiere la siguiente anécdota de lo ocurrido en uno de los laberínticos y tenebrosos pasadizos de la Santa Sede de la California Biblical University of Peru (ahora CBUP-VIRTUAL). Concretamente hablando, se trata de una conversación del Dr. Calongo y su chochera, el George Frankenstein.

Esta es la anécdota que refiere el Dr. Moisés Chávez:

"El día que me referí a los Platillos Voladores de Celendín en un curso basado en la separata académica, *Angelología y Demonología*, que forma parte de la Serie TEOLOGIA CIENTIFICA de la página web Biblioteca Inteligente, escuché la siguiente conversación, propia de gente a todas luces aterrada y desquiciada:

—A la verdad, nadie sabe nada de nada, aunque alguien sí podría saber. . .

—¿Quién? ¿Quién, Dr. Calongo?

—El "Paul", el alienígena gris del film producido por la empresa cinematográfica Universal Pictures a partir del guión de Simon Pegg y Nick Frost. Honestamente, este film ha dejado chiquita a la super producción de Steve Spilberg, "E.T." o "Extraterrestre". Sólo que ese film del "Paul" nos está prohibido ver a nosotros, a los evangélicos fundamentalistas de tu calaña, oh George Frankenstein, porque podría hacer estallar nuestras neuronas. . .

—Sí, pué, Dr. Calongo. Hay que mantenernos lejos de su boca y de su lenguaje corporal del Paul, for God's sake!

—Sí, pué, George. Ese alienígena, el "Paul", es un mal testimonio, pues aunque su corazón es limpio y transparente —como el del Doctor Don Trepanación de la Mancha, el científico loco de Celendín—, ese Paul tiene la boca muy, pero muy sucia.

Los platillos voladores en la casa del Doctor Nelo,
ahora convertida en el Museo "Amauta Alfredo Zegarra"

25
EL CABALLERO DE LAS MULETAS

Aquellos predios, las tres casas del Capitán en la cuadra de José Gálvez que desciende de la Plaza de Armas, fueron escenario de fiestas bravías y mentadas tertulias en las cuales brillaban las personalidades del Capitán, su esposa María Benjamina y el hermano de ella, el Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, antes de que se marchara de Celendín para nunca regresar.

Y así como ocurrían fiestas y tertulias en el pasado, después de las cuales los anfitriones volvían al regazo de su centenaria soledad, siguen ocurriendo hechos portentosos en el silencio del presente, y no sólo en las altas horas de la noche, sino en pleno día y con Sol.

No es mi propósito asustarte relatándote tantas cosas que cuentan los inquilinos que alquilaron la primera de esas casas. Después de investigar minuciosamente las evidencias, hemos llegado a la conclusión de que estas casas no están plagadas de fantasmas, como cree la gente. Sólo dos fantasmas deambulaban por sus patios, altillos y zaguanes hasta varias décadas atrás y eran las almas gemelas del Dr. Moisés Sánchez y Pereyra y del Capitán Don Saturnino Chávez Baella, ambos incluidos en la categoría de "fantasmas familiares" con los cuales bien podemos congeniar y convivir.

Dije que "deambulaban". Ahora creo que ya no ocurre, aunque de lo olvidado puede volver a ocurrir.

* * *

Decía el Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo que los fantasmas familiares no aceptan que ya la fiesta se haya terminado y quieren darnos a conocer que no se les da la real gana de irse a sus predios de ultratumba. Ellos están dispuestos a departir con sus descendientes; de ninguna manera quieren dejarlos definitivamente. Sus apariciones o manifestaciones tienen ese propósito: Que nos demos cuenta que después de todo, ellos siguen siendo los dueños.

Ese sería el caso de lo ocurrido una noche en la casa que heredaron mis primas Toya y Chela, la misma que antes perteneciera a su padre, mi tío Victoriano Chávez y Sánchez, y antes a su padre, el Capitán.

Muchos años después la casa fue ocupada por un tiempo por mi hermano mayor, Julio César Chávez y su señora esposa, Doña Carmen Castamán. Y es a ella a quien debemos el testimonio que incluimos a continuación.

* * *

Cierta noche su marido se fue a divertirse con sus amigos, sus compañeros en la docencia, y a ella la dejó solita en la mansión.

No había nadie aparte de ella, pues la empleada que a veces solía quedarse hasta tarde, esa noche se fue temprano a casa, después que Doña Carmen se acostara "junto con las gallinas", es decir, muy temprano.

Doña Carmen estaba despierta en su cama, detrás del biombo o mampara, en el dormitorio cuya puerta da al patio principal.

Mi hermano Julio tardaba en volver.

Por miedo de estar sola, y a la espera de su Julio ella tenía las hojas de la puerta cerradas, pero no trancadas, y la luz estaba encendida. Menos mal que entonces se contaba con alumbrado eléctrico, aunque débil, y a los focos se los llamaba "berenjenas" porque tenían esa forma y ese color.

* * *

Fue entonces que un fuerte ventarrón golpeó de repente las puertas del dormitorio y las abrió de par en par, empujándolas hacia adentro con estruendo.

Doña Carmen se chucó con la frazada y se quedó quietecita.

La luz, como dijimos, estaba encendida. Pero lo que ella contaba fue lo que escuchó, no lo que vio, pues no descubrió su cabeza ni un poquito para ver lo que ocurría alrededor.

El intenso frío se hizo sentir tras la brusca apertura de las puertas y la hacía tiritar, a pesar de estar bien arropada.

* * *

Entonces entró al dormitorio un personaje que parecía militar a causa del ruido de sus espuelas de montar, que en esos días ya no se acostumbraba usar, salvo como adorno en las paradas militares o en las exhibiciones de los caballeros en el ruedo de la Plaza de Toros Sevilla.

Ocurrió algo más: El entablado del dormitorio fue golpeado en seco por lo que parecían ser un par de muletas que sostenían el cuerpo pesado y exhausto que avanzó justo hasta delante del biombo que la ocultaba a Doña Carmen Castamán.

Cuando llegó hasta allí, se detuvo y se produjo un silencio sepulcral.

* * *

En ese preciso momento pasaba por la calle Doña Juana Sánchez, su mamá del Sabio Arquímedes que venía de puarriba y se dirigía pabajo, a dormir en su casa junto al Hospital Augusto Gil.

Doña Juana se detuvo un instante en la vereda de enfrente para saludar efusivamente a un vecino que estaba por trancar su puerta.

Al oír gente allí cerca, Doña Carmen volvió a su cuerpo, y le decía en sus adentros a Doña Juana: "¡Ay Juanita, no pué te pases de largo! ¡Quédate allí nomá y sigue conversando con el vecino hasta que venga nuestro Julio César y se acabe toda esta pesadilla!"

Pero Doña Juana Sánchez, sin imaginarse cuán importante era su presencia en tales circunstancias, prosiguió su camino cuesta abajo.

De nuevo, Doña Carmen Castamán quedó envuelta en el más escalofriante silencio y frío estremecedor.

* * *

Menos mal que mi hermano Julio César no tardó en volver a la casa, y se quedó sorprendido al encontrar la puerta del dormitorio abierta de par en par.

Doña Carmen saltó en la cama y le dijo:

—¿Dónde pué te has metido, condenáu? ¡Si supieras lo que me ha pasado!

Y una vez informado de lo ocurrido, él comentó:

—¡Espuelas! ¿Espuelas, dijiste?

Enmudeció de repente, y cuando recuperó el habla, prosiguió:

—¡Muletas! ¿Muletas, dijiste?

Tras un corto intervalo de silencio prosiguió:

—¡No es otro que mi abuelo, el Capitán! Pues esta era su casa, y este era su dormitorio, y esta cama donde estás echada, ¡era su cama!

Y pensó en sus adentros: "Estaba a punto de desplomarse en tu encima, como cuando entró herido y maltrecho a Celendín, después de su odisea en el Amazonas."

O acaso mi hermano realmente dijo estas palabras, aunque en otra ocasión.

* * *

El le hablaba a su mujer, lleno de emoción, imaginando la honra que significaba para él y para su familia una visita protocolar de su abuelo, el Capitán. Pero a la verdad, dadas las circunstancias, sus palabras eran una crasa imprudencia, porque Doña Carmen se hubiera muerto de miedo en el sitio.

A ese corto monólogo siguió un largo silencio de reflexión, al final del cual, casi desconectado de la realidad, mi hermano prosiguió diciendo:

—¡Seguro que era el Capitán! Por eso se detuvo detrás del biombo y no pasó hasta tu cama, por respeto a una mujer. Así squé era él, muy respetuoso y considerado con todos, y sobre todo con las damas.

Pero Doña Carmen permanecía chucada y gritando:

—¡Cállate! ¡Cállate ya! ¡Cállate, que me desesperas!

* * *

Embargado de emoción prosiguió a contarle que cuando Don Zarturnino Chávez entró triunfante en Celendín, de regreso de su gran aventura en la selva amazónica, le recibió una comitiva en La Tranca y le proveyeron de un caballo ensillado, un uniforme militar nuevo, un par de botas con relucientes espuelas de plata, una bandera del Perú dispuesta en un asta elaborada y. . . un par de muletas —porque traía los tobillos heridos a causa de su larga travesía—.

Mi hermano, visiblemente emocionado, antes que aterrado, quería contarle a su mujer muchísimos detalles más de ese emotivo acontecimiento que conmovió a la villa y permaneció por décadas latente en su memoria.

Quería contarle cómo es que lo flechó la niña María Benjamina, que entonces tenía 16 años de edad, cuando la comitiva de recepción se acercó a la Plaza de Armas, y el Zaturnino se hizo visible en la plaza caminando pesadamente apoyado sobre su par de muletas.

Pero Doña Carmen le gritaba diciendo:

—¡Cállate ya! ¡¡¡Cállate, que me desesperaaas!!!

* * *

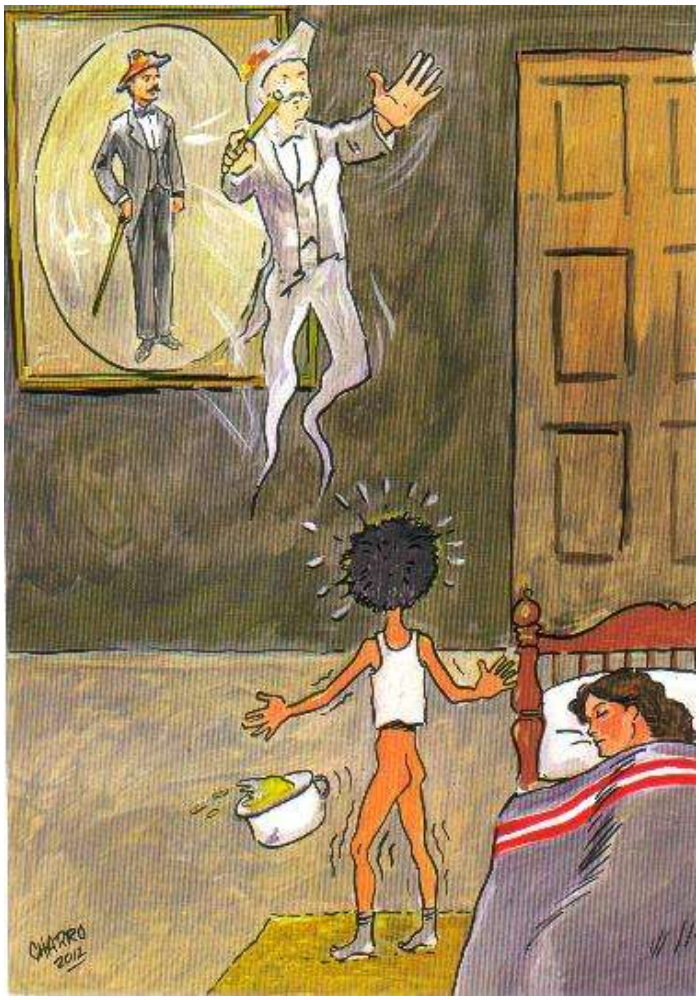
Mi hermano Julio César, como yo no conoció a nuestro abuelo. Pero había escuchado a nuestra abuela, María Benjamina relatar esta historia una y otra vez.

Las historias que ella repetía habían cautivado la tierna imaginación de mi hermano, pues por alguna extraña razón la abuela lo tenía como su nieto favorito y engreído. Ella contaba su versión de los hechos sólo en presencia de él, concediéndole a él mayor status familiar.

Mi hermano se deshacía por contarle estas historias a su amada mujer. Pero Doña Carmen se tapaba las orejas, y le gritaba empapada en llanto:

—¡Cállate ya! ¡¡¡Cállate, que me desesperaaas!!!

26
EL FANTASMA FAMILIAR



En la calle José Gálvez, en la primera cuadra que desciende de la Plaza de Armas de la ciudad de Celendín, se encuentran las seis casas que antaño pertenecieron a mi bisabuelo, Don Juan Sánchez y Merino, próspero mercader que hizo fortuna con sus caravanas de Lima a Celendín: Cuatro de ellas fueron heredadas por sus dos hijos: Mi abuela María Benjamina y su hermano, el Dr. Moisés Sánchez Pereyra, en cuya memoria mi padre llamó mi nombre, Moisés.

Las dos primeras casas estaban unidas por un patio grande como una plazuela. La mitad de ese predio ahora pertenece a mi hermana Deyanira, mi "Mama Lila". La tercera casa, que ahora pertenece a mi hermana Esther, estaba unida a la casa de mi Mama Lila mediante una portada que ahora está tapiada.

Al fondo del patio de la tercera casa estaba en in tiempo nuestro dormitorio, y un alar delante del mismo protegía de la lluvia la ropa puesta a secar sobre una vara que pendía del entablado del segundo piso.

* * *

En estas casas le ocurría algo a un hombrecito con limitaciones físico-mentales que llamábamos, "el Mudo Miguelino",[141] que llegó a formar parte de nuestra familia. En los días de mi infancia, cuando no había servicio de agua en la villa, él se hacía servicial carreándola de la pila de la Plaza de Armas en dos baldecitos pequeños que a causa del bamboleo de sus rodillas, llegaban a casa con la mitad de su contenido.

El era tan pequeño, que se había dispuesto su lecho en el rincón del alar de la casa de mi hermana Esther, en un cuartito miniatura que había debajo del descanso de las gradas que conducían al segundo piso.

Aquello de que te hablo ocurría en las altas horas de la noche, y se trataba de un escándalo de grandes proporciones, pues el Miguelino nos despertaba a todos cuando empezaba a gritar y a reír:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡¡Ayayáu!! ¡¡¡Quieto!!! ¡Carajo! ¡Maldiciáu! ¡Cuñáu!

Evidentemente, alguien le hacía cosquillas, sin piedad.

* * *

Mi mamá lo puyaba[142] a mi papá, que se mantenía inmóvil en la cama, pensativo:

—¿Lóis?[143] ¡Seguro que sueña con esos muchachos maldiciáus!

Pensábamos que soñaba lo que le hacían los malandrines junto a la pila de agua, especialmente el Lagañoso Lagarpejo Come Tripas de Conejo, y otros vagos que se juntaban por allí para matar el tiempo.

Uno se divertía haciéndole cosquillas, matándole de risa.

Otro le daba un cocacho en su cabeza recién tusada[144] a causa de los piojos y ponía cara de yo no fui.

Pero la movida más odiosa era cuando lo levantaban en vilo por la parte bolsuda de su pantalón, justo cuando estaba orinando rico rico en la acequia de la calle.

Después, todo se arreglaba con una cariñada, o dándole un pan, y el Miguelino vertía lágrimas de agradecimiento de sus ojos azules, llenos de bondad.

Nunca nadie resultó con otra explicación, no obstante que las cosas ocurrieron varias veces, rasgando el silencio de la noche, interrumpiendo su sueño y provocándole la carcajada y las maldiciones que profería a viva voz a causa de alguien, de algún quemasangre que no le dejaba dormir en paz.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡¡Ayayáu!! ¡¡¡Quieto!!! ¡Carajo! ¡Maldiciáu! ¡Cuñáu!

* * *

Cierta noche de verano iluminada por la luz de la Luna me desperté con ganas de orinar.

Yo tenía siete u ocho años de edad, y dormía en la cama con mi papá Juan, al fondo del dormitorio.

La bacenica estaba al pie de la cama de mi mamá, detrás de la puerta que daba al alar, la cual estaba abierta de par en par en esa noche de Luna y se podía ver cualquier alimaña desplazándose por el patio empedrado.

Pasé por encima de mi papá, evitando despertarlo, y fui en pos de la ansiada bacenica. Y churrrrrrrrrrr. . . —oriné plácidamente mirando al patio—.

Y me quedé paralizado al ver que una nebulosa blanca y brillante en forma de hombre, con algo como una espada extendida en su mano pasó por la puerta ahora tapiada de la casa de mi Mama Lila a la casa de mi hermana Esther, y vino en dirección de nuestro dormitorio flotando a medio metro del suelo, y al llegar al alar, ágilmente giró a la izquierda y se metió en su cuartito del Miguelino.

Entonces se me congelaron los orines y dejaron de chorrear.

* * *

Silenciosamente puse la bacenica sobre el suelo y me metí en mi cama en el preciso momento en que el Miguelino comenzaba a gritar:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡¡Ayayáu!! ¡¡¡Quieto!!! ¡Carajo! ¡Maldiciáu! ¡Cuñáu!

Esa fue la última vez que yo escuché al Miguelino gritar de este modo en las altas horas de la noche. Pero jamás referí a nadie lo que vi, hasta pasados unos treinta años, después de haberme informado un poco sobre este fenómeno de los fantasmas familiares.

En ese tiempo yo estudiaba asiriología en la Universidad de Brandeis, en Boston, Massachussetts, Estados Unidos, y estábamos leyendo unos textos asirios en escritura cuneiforme que contenían fórmulas de evocación a los muertos por parte de los *ashapu*, médicos-brujos de Babilonia. Mis experiencias de la infancia me hicieron sensible a las revelaciones de esos textos de hace más de 3.000 años, respecto de la realidad de ultratumba.

* * *

Una noche, en mi departamento en Boston, vi una película rusa sobre un "fantasma familiar", que se aparecía en una casa que le había pertenecido en vida.

Al final de la película, un comentarista dijo: "Se trata de alguien que ha muerto, pero se resiste a abandonar la dimensión de los vivos y un escenario en particular, acaso porque ha tenido una muerte violenta, o ha cometido suicidio, o ha sido víctima de un asesinato."

Quizás este fenómeno viene a explicar la extraña declaración de la Biblia con relación al asesinato de Abel por su hermano Caín. Dios le dije a Caín: "La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra."

¿Acaso un acto de justicia pueda ser lo único que contribuya a liberar su alma aprisionada en nuestro mundo, es decir, en esta dimensión?

Entonces volvieron a ocupar mi mente estas preguntas: ¿Quién en nuestra familia ha muerto violentamente y tiene una estrecha conexión con esta casa? Y si ha muerto en otro lugar, por qué su presencia persiste en manifestarse aquí?

* * *

Pensé que se trataría de mi primo Juan Rodrigo, un muchacho simpático y bromista que en vida se divertía haciéndole gritar al pobre Miguelino con sus toscas cosquilladas. Como era carpintero él hizo las gradas y el cuartito donde le acomodaron su camita al Miguelino.

Cuando el Juan Rodrigo murió en Huacapampa de manera misteriosa, dejó en nuestra casa su guitarra, su sierra y su banco de carpintería. Y de noche rasgaban las cuerdas de su guitarra, y unos curpazos eran arrojados contra la hoja de su sierra y nos despertaban de nuestro sueño sonando: ¡¡¡Talán, talán!!!

Una vez, cuando visité Celendín procedente de Boston, fui con mi hermana Chabuca de paseo a Huacapampa, una aldea cercana a Celendín, y al pasar por El Torno, el fundo donde estaba la casa de la familia del Juan Rodrigo, le pregunto:

—Total, ¿de qué se murió el Juan Rodrigo?

Ella responde:

—Dicen que por celos le pusieron veneno en su bebida. Pero, ¿por qué me lo preguntas, treinta años después?

Le digo:

—Porque creo que le he visto en su casa de la Esther, entrando al cuartito del Miguelino debajo de las gradas, para cosquillarlo despiadadamente.

* * *

Con el paso del tiempo, los hechos me llevaron a reflexionar en otra dirección, porque el Juan Rodrigo estuvo en esa nuestra casa poco tiempo, contratado por mi padre para realizar trabajos de carpintería. Y lo del Miguelino era un fenómeno que venía ocurriendo desde mucho antes de que él muriera de manera misteriosa.

Tampoco ocurría sólo en esta casa donde trabajó haciendo el entablado del segundo piso, sino también en la casa de mi Mamá Lila, donde estaba nuestro dormitorio antes de que lo trasladáramos a la casa que sería de Esther, mientras era construida la nueva sala de la casa de mi Mama Lila.

Entonces pensé que se trataría de mi abuelo Zaturnino, que murió de una neumonía fulminante dejando a sus hijos pequeños y a su adorada mujer en la flor de la edad. Aquí dejó su Diario que contenía revelaciones de gran valor. Pero así de triste que es la partida de un ser tan querido, su muerte no fue producto de la violencia ni su despedida careció de honra y dignidad, ni de la cercanía y devoción de sus seres queridos.

* * *

Entonces recordé algo de mi infancia que me hizo enrumbar mi reflexión en otra dirección.

Mi padre había acabado de construir la nueva sala en la casona que sería de mi Mama Lila, y después de haber blanqueado sus paredes con tierra blanca y un capacho de carnero en lugar de brocha, se puso a colgar los retratos de los miembros de nuestra familia, entre ellos uno que llamó mi atención por cierto detalle.

Me llamó la atención el retrato de mi tío abuelo, el Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, porque no obstante el lujo de su atuendo, el sombrero que lucía, parecía que los canshules luavían acabado de cashcar.[145]

Crecí con esa fea impresión. Sólo cambié de parecer cuando en un museo de Lima, en lo que fuera la casa del Coronel Francisco Bolognesi, vi uno de esos sombreros tan lujosos. Un sombrero así usaba el Generalísimo Don José de San Martín como distintivo de los altos jefes militares vestidos de civil. Hasta las primeras décadas del Siglo 20 lo usaban también en las altas esferas del Poder Judicial.

El Dr. Don Moisés Sánchez Pereyra

Era un sombrero "bicornio": Una punta de su ala se proyectaba adelante y otra atrás, y encima tenía un vellocino de tul que en la realidad le daba una apariencia muy vistosa, pero en el retrato parecía que los canshules luavían acabado de cashcar.

Otros detalles de su atuendo fueron llamando mi atención:

Sus bigotes "a la Federica", moda originada en el arreglo del Emperador de Austria, Don Federico Fernando, cuyos tiempos marcan el apogeo de Austria como Imperio Austro-Húngaro. Esta moda era llamada en Celendín, "bigotes de saltaperico".

Usaba leontina con dije de oro.

Y para coronar con broche de oro su atuendo, llevaba un bastón, lo que le añadía cierto aire de Chaplín.

* * *

Tardíamente se centró mi atención en su bastón.

Cuando volvía a mirar el retrato, ese bastón me producía asociaciones mentales que hacían aflorar detalles ocultos de mi subconsciente. Quizás aquello que me pareció una espada en la mano del fantasma que vi, no era una espada sino un bastón extendido hacia adelante como señalando el derrotero o abriéndose camino, mostrando autoridad y toma de posesión de todos estos predios que seguían siendo suyos.

El Dr. Jorge A. Chávez y Silva, el Charro, prominente antropólogo celendino, examina el retrato y dice:

—Se trata de una vara de mando con borla y manubrio de perilla, posiblemente de oro o de nácar, de esas que reciben los presidentes de la República al asumir el mando.

Evidentemente, el hombre tenía pretensiones presidenciales.

* * *

Mi padre no cesaba de expresar su admiración por su tío Moisés, hermano de su madre, porque no obstante lo aislado de nuestro terruño pudo lograr en la Capital de la República dos doctorados: Era Doctor en Filosofía y Letras, y Doctor en Jurisprudencia o Derecho.

Su extenso *curriculum vitae* incluye su desempeño como Cupido, pues "le hizo la buena" al Zaturnino con su hermana María Benjamina, cosa nada fácil tratándose de la "Fierecilla Indomable".

Fue también amigo fiel del Capitán; ellos dos eran como David y Jonatán. Y a la muerte temprana de su cuñado asumió la educación de uno de sus hijos en especial,[146] y lo mandó a estudiar en la Capital, en la Facultad de Educación, que se convertiría después en la Universidad de La Cantuta —aunque su anhelo era enviarlo a estudiar medicina en París—. Pero se perdió París por enamorado.

* * *

A mí me impresionaba mucho la biblioteca de mi tío abuelo en nuestra sala antigua, en una grande vitrina pintada con sapolín de color verde oscuro. Pero estando las puertas de la casa abiertas de par en par, y siendo la sala escenario de concurridos bailes y tertulias, cualquiera podía llevarse los libros "prestaditos" nomás.

Su casa se convirtió en el centro de la bohemia y de las tertulias literarias de la villa. El 29 de diciembre de 1889, la tertulia le eligió Director del periódico "El Eter" en colaboración con mi abuelo Zaturnino, que asumió el cargo de redactor de la columna intitulada "Rasgos de Pluma" que habría formado después el mayor caudal literario del Diario del Capitán que sigue perdido.

Pero he logrado recuperar unos pocos libros de su biblioteca que estaba en un extremo de la sala de la casa donde crecí. Algunos de ellos llevan impreso su sello de cuando era Doctor en Filosofía y Letras y Bachiller en Jurisprudencia, es decir, en Derecho. Y digo "recuperar" porque como la portada de la casa que daba a la calle paraba abierta, pues entraba cualquiera y se llevaba los libros "prestados" mientras los herederos brillaban por su ausencia.

* * *

Siento nostalgia por su máquina de escribir marca Remington, con que escribían los artículos de "El Eter", que en realidad era un periódico mural, expuesto en la puerta principal de la Municipalidad. En esos tiempos esa máquina era toda una novedad. Fue inventada y fabricada por Philo Remington, el ingeniero e industrial norteamericano que también inventó y fabricó el fusil.

—¡Qué interesante! ¡La pluma y el fusil! ¿Cuál es más poderoso y eficaz?

—En esa máquina aprendí a escribir con los ojos cerrados y sin que nadie me enseñara, siguiendo las instrucciones de un viejo manual de mecanografía que hallé tirado en el altillo. Entonces tenía once años de edad.

—¡Te compro esa Remington para el Museo "Alfredo Rocha" de Celendín!

—Siendo confesar que vendí esa reliquia por tres soles y medio para ir al cine con mi enamorada Dora de Almeyda, cuando yo contaba sólo con 13 añitos de edad. ¡Me doy golpes de pecho! *¡Mea culpa! ¡Mea culpa!* ¡Por mi grandísima culpa!

—¿A quién se la vendiste? ¡A lo mejor la puedes recuperar por mil veces lo que te pagaron por ella!

—De buena gana lo haría para que ocupe el lugar central del Museo de Celendín que el Capitán soñó con implementar. Pero no recuerdo a cuál otro granuja se la vendí. . . Quizás fue a Tom Sawyer o a Huckleberry Finn.

* * *

Cuando mi padre colocó el retrato del Dr. Moisés Sánchez y Pereyra en nuestra nueva sala, dijo de él algo que no he podido olvidar desde mi infancia: "La tristeza que le ocasionó la muerte de mi padre hizo que se alejara de Celendín al año siguiente, para nunca regresar."

Primero fue a Cajamarca, donde ocurrió lo del Colegio Nacional "San Ramón" del que llegó a ser su director.

En el internado estaban los muchachos más alhajitas de Celendín, por no decir los más revoltosos y problemáticos. Y por las noches estaban ocurriendo ciertas cositas que los mismos encargados del orden parecían haber tolerado sin medir las consecuencias. Todo comenzó con un muchacho que se apareció con una ouija para consultar a los espíritus de los muertos respecto de "la fija", la balota con las preguntas del examen final.

* * *

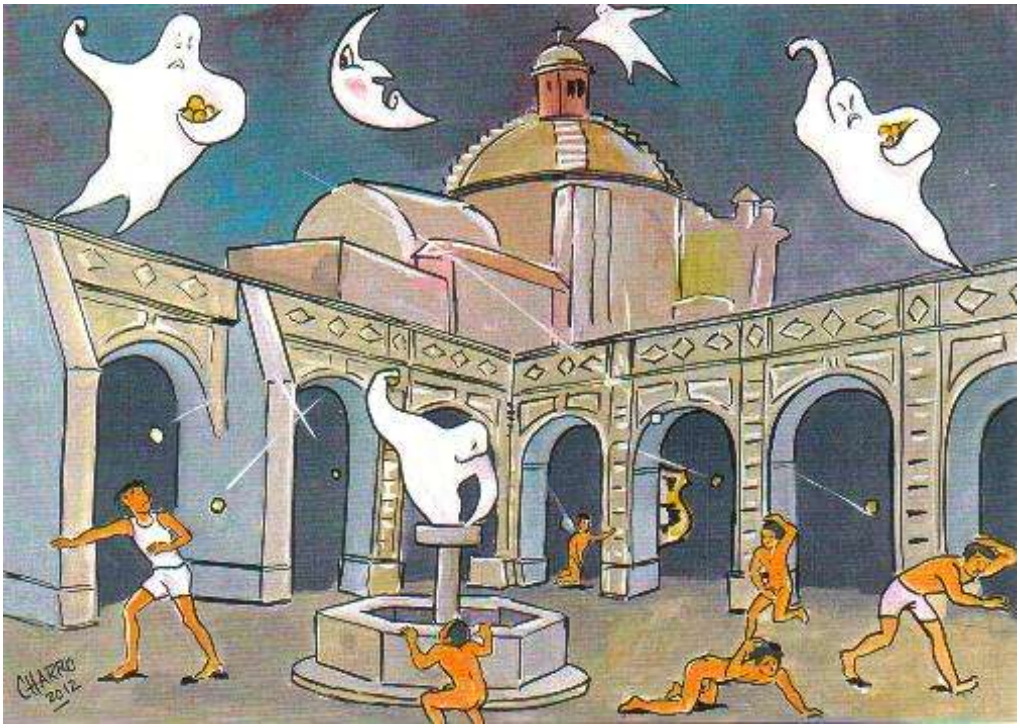
Quisieron acabar en la mañana antes de que llegaran las autoridades del plantel, pero ya amanecía y no lograban que los espíritus se aquietasen y se apartasen a sus fueros.

Resonaban y crujían las tejas de los techos, y pedazos de ellas eran arrancados y arrojados como proyectiles contra las paredes, ventanas y puertas alrededor del patio central. Todos se desesperaban ante el peligro de ser alcanzados en la cabeza.

El Dr. Moisés Sánchez fue despertado en su casa y llamado de emergencia, y se apresuró para ver lo que ocurría.

El trató con sumo respeto a los espíritus, y las cosas se calmaron.

Después confrontó a los responsables, y algunos de ellos fueron expulsados del plantel.



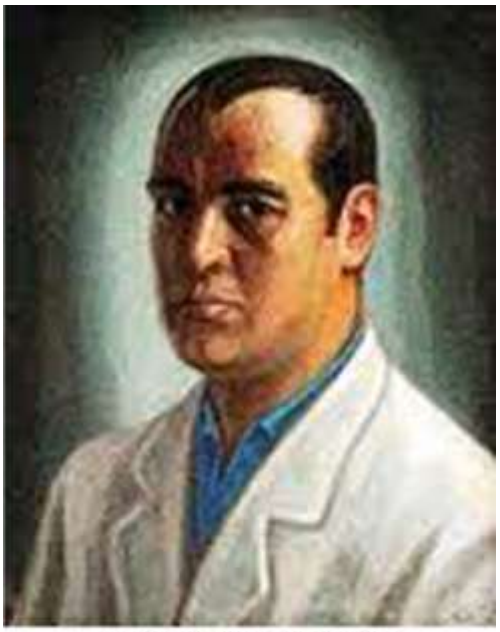
En Cajamarca se casó con una dama llamada Semíramis Urteaga, que le dio dos hijos: Isabel y Alfonso Sánchez Urteaga.

Mi tía Isabel se casó con el señor Víctor Peña, y hasta su partida a su morada eterna era la persona que atesoraba más recuerdos de nuestro pasado familiar.

Mi tío Alfonso se graduó de abogado, aunque de alma era pintor, muy conocido por su pseudónimo, Camilo Blas, y venerado junto con Sabogal como representante de la Escuela Indigenista. Una de sus obras famosas es el mural que representa al Inca Atahualpa de puntas de pie, señalándoles al Conquistador Don Francisco Pizarro y a sus demás captores hasta dónde mandaría llenar de oro el Cuarto del Rescate (la habitación de su prisión en Cajamarca), si se le concedía la libertad.

El se casó con Anita Siles, modelo y reina de belleza. Todas sus hijas eran unas preciosuras, igual que su madre. La menor, Hilda Sánchez de Casaretto, está casada con el Contralmirante de la Marina de Guerra, Fernando Casaretto Alvarado, actual director del Museo Naval del Perú.

Ella estudió bellas artes en la Pontificia Universidad Católica del Perú y ha asumido la investigación historiográfica y museográfica de la obra de su padre. Recientemente, en julio y agosto de 2012 organizó la exposición de la obra de Camilo Blas en el Instituto Cultural Peruano Norteamericano de Miraflores.



Dr. Alfonso Sánchez Urteaga
"Camilo Blas" (Autorretrato)

En nuestra ciudad, mi tío Moisés fue ejerciendo diversos cargos hasta ser subprefecto.

Una de sus acciones por la cual es recordado fue la desarticulación de la banda montonera de Verástegui y Sanoni en 1899, para lo cual fue necesario combinar el destacamento que llegó de Cajamarca comandado por el Dr. Puga con las fuerzas locales

organizadas como “una columna amiga del orden”. La fuerza conjunta estuvo al mando del Capitán Don Zaturnino Chávez, quien la condujo a la victoria en Diablo Cantana, donde fueron victimados los jefes montoneros.

En Cajamarca fue director del Colegio San Ramón en dos períodos; su retrato cuelga en la pared de la Dirección. También ejerció como Juez de Primera Instancia y Vocal de la Corte Superior.

De allí fue más lejos, a Chachapoyas, donde fue Juez de Primera Instancia.

Y en su gradual distanciamiento de Celendín llegó a Llata, capital de la provincia de Huamalíes en el departamento de Huánuco donde desempeñó el cargo de Juez. Pero cuando ganó las elecciones para una diputación por la provincia, su vida fue truncada de manera violenta con un disparo a quemarropa por mano de un sicario.

Pero su fantasma está ligado al predio de su posesión en Celendín.

* * *

En el verano del 2009 visité Celendín con mi hija Lili Ester, acompañados de su amiga boliviana Mariana Bedoya y de mi sobrino Panchesco, recién llegado de Italia. Todos estábamos ansiosos de leer *in sito* las espeluznantes historias del *Diario del Capitán*.

Ellas acaban de estudiar la secundaria y este viaje al Perú y a nuestra ciudad de origen era su “regalo prometido”.

Ellas contemplan la puerta tapiada que atravesó el fantasma familiar, y les digo:

—Por esta puerta el fantasma de mi tío Moisés pasó de la casa de mi Mama Lila a la casa de mi hermana Esther.

Ellas contemplan su retrato colgado en la sala, y les digo:

—El fantasma familiar llevaba su bastón extendido hacia adelante, como abriéndose camino en esta dimensión.

Ellas me miran con sus ojos humedecidos de emoción, y les digo:

—¿Por qué sería yo el único que le vio cuando iba a hacerle cosquillas al pobre Miguelino? ¿Acaso él querría que yo, al descifrar el enigma de su identidad le ayudase a alcanzar su ansiada liberación? Pero, ¿por qué casualmente yo?

Y añado:

—Quizás porque mi padre me puso su nombre, Moisés, en su bendita memoria.

* * *

De regreso en Lima, le pregunto a mi hermana Sara:

—Entiendo que su objetivo fuera que le viera sólo yo, porque me llamo Moisés, como él, y me parezco a él en todo. Pero. . . ¿por qué le hacía al pobre mudo Miguelino morirse de risa y maldecir a boca de jarro con sus cosquillas?

Ella responde:

—Porque era shilico quemasangre como vos.[147] ¿Por qué más va a ser?

Le pregunto:

—¿Qué tal si en lugar de hacerle cosquillas al mudo Miguelino te hubiera cosquillado a vos?

Ella se queda enmudecida y más blanca de lo que es.

Y le digo:

—Sea como sea, me imagino contemplar fijamente su retrato al óleo y ver que de repente se hincha la lona, luego aflora la punta de su bastón, para salir finalmente del todo de su retrato para dirigirse ágilmente a sus fueros en un ritual de toma de posesión.

27
EL EMPRESARIO DE POLVOS AZULES

Mi tío Augusto Gil en la tina con la Bruja de Llanguat

Hasta no hace mucho, en la cabecera del valle encantado de Llanguat, en la ribera izquierda del río La Llanga, había un potrero de mala muerte junto a un extraño manantial.

Lo que captura hasta el día de hoy el miedo y las fantasías de la pobre gente es el color de las aguas de ese manantial, coloradas y calientes como sangre diluída.

De niño yo escuché muchas advertencias respecto de ese manantial: "Si te metes por allí se te van a volver tus ojos rojos, como de los llanguatinos; si es que no te chupan los duendes, ¡y chau!"

Se trata de un manantial de aguas termales de alto contenido ferroginoso, a lo que se debe su color, aunque por generaciones permaneció sin ser analizado químicamente.

Ahora se sabe que su composición química de estas aguas, según el Laboratorio Central de la UNI, es la siguiente:

Fierro (Fe) 45 %
Limonita (Lm) 10 %
Hematites 7 %
Azufre 9 %
Sulfatos 16 %
Yodo (I) 13 %

Se sabe, además, que sus aguas son medicinales y de grandes resultados para la restauración de la salud.

* * *

El potrero donde se encuentra este manantial colindaba en el pasado con los predios que había heredado mi abuelo Zaturnino de su padre, Don Lorenzo Chávez Rubio, los cuales se extendían desde allí hasta Pumachaca más al norte.

Cuando el Capitán enviaba a Llanguat a sus pequeños hijos Gustavo y Aurelio con sus mulas para que fueran cargadas con tongos de chancaca y botellas de *eau-de-vie*,[148] para traerlas a Celendín, ellos retozaban en las inmediaciones del manantial hasta que ocurrió esa tragedia que tanto dio que hablar: Una mula se hundió en las inmediaciones del manantial, y pataleando por salvarse, desapareció de la vista de la gente presa del pánico.

Nada se pudo hacer para rescatarla, a pesar de los febriles esfuerzos de los muchachos que casi son chupados por el suelo juntos con el pobre animal.

Las noticias de lo ocurrido llegaron a Celendín antes que ellos, y el Capitán tomó la decisión de deshacerse de sus solares de junto al manantial, diciendo: "No sea que la próxima víctima sea uno de mis muchachos, o algún otro cristiano bajo mi responsabilidad."

* * *

No está claro a quién se los vendería. Pero décadas después de su muerte pasaron a manos de mi tío, Don Augusto G. Gil Velásquez, que no sé por qué medios, pero de algún modo, sabía que las aguas del manantial eran medicinales y soñó con convertir el lugar de mala muerte en un hermoso spa.

Si visitas el lugar, en la entrada del valle, verás tirada entre las rocas del potrero un depósito de agua que los llanguatinos llaman "la tina de Don Augusto Gil". Está hecho de concreto y tiene la forma de un cubo de metro y medio de lado, y totalmente desconectada del suelo.

Hasta poco antes de su muerte, cuando él llegaba de algún largo viaje venía a Llanguat para relajarse en su tina de noche o a pleno Sol. Los peones la llenaban hasta el borde con agua del manantial, y él se metía sipralla, y pasaba tanto tiempo allí, que los peones temían que el viejito hubiese estirado la pata.

* * *

Cuentan que no fallaba respecto de su rutina, aunque fuera en las altas horas de la noche o en medio de un torrentoso aguaceral, cosa que es de creer dada su férrea disciplina y el calor sofocante del valle.

Cuando mi tío Augusto murió, esa tina se rodeó de extrañas asociaciones y leyendas, algunas de las cuales he podido rescatar. Los llanguatinos contaban que de lo olvidado le veían bañándose allí en medio de la noche, como lo hacía en vida, sipralla, o caminando a saltos de mata en las inmediaciones de sus chozas, ocasionándoles más turbación.

Quizás a eso se debe que a nadie se le ha ocurrido tocar esa tina para convertirla en un macetero gigante o para cualquier otra función en el spa en que se han convertido hoy ese potrero y manantial.

* * *

La enorme fortuna de mi tío la acumuló relativamente tarde en su vida. Pero que antes no diera señales de opulencia no dice mucho, pues todo el mundo sabe que era el único heredero de Don Pedro Gil Bazán y Doña Paula Velásquez de Gil, que hicieron fortuna con el comercio entre Rioja y Celendín.

Llegó el momento en que ya no podía ocultar tanta riqueza que ha dado origen a rumores de que había hecho pacto con el Shapingo. Pero a diferencia de todas las víctimas de este personaje siniestro, que no es otro que el mismísimo demonio Satanás, enemigo de la humanidad, mi tío Augusto quebrantó el pacto y salió ileso, sin que el demonio pudiera hacer nada al respecto.

Quizás las leyendas intentan explicar un solo fenómeno que conmocionó a la gente de Celendín: Sus apariciones desde ultratumba, completamente sipralla y dando saltitos furtivos para evitar las miradas horrorizadas de los vivientes. A varias personas de edad avanzada les escucharán referirse al respecto, y todas enfatizan un detalle: Lo han visto de noche, sipralla, es decir, completamente desnudo.

¿Por qué, ah?

* * *

Antes de proseguir conviene hacer una aclaración de rigor: Se sabe que el Shapingo cuenta con una respetable empresa transnacional que incluye una universidad (la Universidad Autónoma de Chapingo, en México). También cuenta con centrales administrativas en Los Angeles, en el Purgatorio y en el Infierno. Y el único objetivo de dicha empresa es traficar con almas humanas, lo que se conoce como “trata de ánimas”.

Lo que se ignora es que también tiene una sucursal importante en las entrañas del cerro encantado de Tolón, a medio día de camino de la villa de Celendín, al norte de la cadena de montañas del Jelij.

¡A ver que lo nieguen esos millonarios shilicos que en el interior del cerro de Tolón firmaron pacto con el Shapingo a cambio de las riquezas y del poder que ostentan, y de sus mentadas proezas de sex!

Tal habría sido la conexión de mi tío Augusto Gil con el cerro de Tolón. De otro modo, ¿por qué tendría que andar merodeando por ese extraño paraje en cuyas inmediaciones la brújula se trastabilla y se sale de control?

* * *

El Doctor Nelo, que no sabe tolerar a los mentecatos y nashacos, explica más bien que el fenómeno que neutraliza a la brújula acusa la presencia de yacimientos de hierro en la región.

Y respecto de las luces fugaces que se prenden y se apagan de noche indica que no son las almas de los antiguos chilchos o caxamallcas, sino "fuegos fatuos", un fenómeno natural producido por las emanaciones de fosfuro de hidrógeno, espontáneamente inflamables que se dan en los cementerios antiguos donde han sido expuestos los restos orgánicos a causa del huaqueo y la profanación.

Efectivamente, en las cavernas del cerro Tolón existen entierros de los chilchos y de los choctamallques, habitantes originarios de Celendín. Y no habría de sorprendernos que mi tío Augusto Gil andara interesado en ellos, sin descartar por ello lo que se cuenta acerca de su compactación con el Shapingo.

* * *

—¡Ya me vienes con la misma cantaleta! ¿Qué diablos tendría que hacer el diablo con sus almas? ¿Usarlas como materia prima? ¿Para qué? Por todos es sabido, y consta en el libro de Job, que la vida y la muerte están en las manos del Altísimo. Entonces, ¿qué sustento podrían tener tales compactaciones que ahora, dizqué, se hacen vía internet?

—A lo mejor no es tu sangre lo que él apetece, como el Conde Drácula, que es un esclavo más de la compactación. A lo mejor busca contigo un placer de lo más pecaminoso, porque dicen que cierta laya de demonios llamados "íncubos-súcubos" usan y abusan del sexo con hombres y mujeres a discreción comportándose, ora como zambos sementales, ora como hembras recontra sensuales.

—¡Y ahora me vienes con que el Shapingo es gay! ¡O que funge de hombre y de mujer! ¡Ay Amito, y yo que creía haber estado en la cama con la Chuchi Díaz!

—Los demonólogos dicen que los demonios no tienen sexo, pero hallan placer en estropear las almas y los cuerpos de sus víctimas a las cuales engancha con un vil contrato plagado de letra chica.

* * *

A mi tío Augusto Gil le ofreció poder político; pero eso era lo que menos le interesaba.

Le ofreció *sex appeal* y super potencia sexual. Pero él estaba satisfecho con lo que tenía, aunque no convenía andar divulgándolo, a riesgo de ser mal interpretado.

Le prometió grandes riquezas, pero para mi tío eso era moco de pavo. El sólo anhelaba su postre shilico de quesillo con miel de caña de Llanguat.

—Pero firmó. . .

—Dicen que sí, pero estirando la jeta, como quien dice: "¡Gran cosa!"

—¿Y por qué diablos firmaría?

—Ese enigma me he propuesto revelar. De hecho, él escondía una carta bajo su manga. . .

De todos modos, aceptó nomás el polvillo que el Shapingo le entregó de cortesía en una bolsita de seda, en su última visita que hizo a las entrañas del cerro Tolón, apircolladas de cristales de roca, amatistas, esmeraldas y carbunclos.

* * *

Pero en lugar de irse derechito a encamarse con alguna shilica super sencual, mi tío descendió a Llanguat para despojarse del tétrico polvo de los senderos de Tolón en las aguas termales de su manantial y en su propia tina.

Desde el cerro Tolón el Shapingo lo monitoreó con su catalejo, creyendo leer su pensamiento: ¡Se iría *ipso facto* a esa tina de placer para estar allí con una mujer!

Y el Shapingo pensó: "¡Ahoritita mismo me pongo mi Baby Doll y lo sigo, y me meto en su seno convertido en una hembra despampanante!" Pero desde el cerro Tolón vio que el viejito, que usaba monóculo a la manera de Moshé Dayán, ya estaba en su tina relajándose con una mujer.

* * *

Las cosas no eran como se las imaginaba el Shapingo, cuyo nombre, según el Doctor Nelo, deriva de Shah (como el Shah de Irán), y de pingo.

Mi tío descendió para relajarse en su tina; es verdad. Pero antes tenía un mandadito que hacer, lo que se podría catalogar como *top secret* o como factor *sine qua non*.

—¿Qué podría ser?

—El Shapingo pensó que mi tío se tiraría la primera dosis del polvillo así nomá, como todos los giles que todo se lo tragan sin averiguar de qué se trata —a esto se debe la tragedia humana del narcotráfico—. Pero él, siendo como era, un señor empresario shilico de marca mayor, sin duda que primero lo mandaría analizar.

—¿Cómo?

—Consultando con la Bruja de Llanguat, que era la más experta de esos lares y que en el plano profesional lo dejó chiquititito al Brujo de Molinopampa. Dicho sea de paso, ella dizqué le debía algunos favores a mi tío.

—¿Y pudo dar finalmente con ella?

—Ella era la mujer de la tina.

* * *

El Shapingo no atinó a ponerse das das su Baby Doll para encamarse con mi tío, porque pensó: "Después de todo, una mujer da igual."

Y en cuanto a la Bruja de Llanguat, ella se acababa de lavar su cabeza con lavasa de choloques en un recodo del río La Llanga; por eso su pelo brillaba a la distancia con el de las modelos de Sedal.

Después subió apurada al potrero con fuertes anhelos de hacer del cuerpo, y no halló mejor lugar: ¡La tina de Don Augusto Gil la mantendría apartada de la mirada de los llanguatinos facinerosos!

Cuando mi tío se acercó por allí para disfrutar de su baño de rigor, la encontró en semejantes apuros. Pero como eran compadres, y no pudiendo ella salir de adentro sola a causa de su sobrepeso, él se metió para impulsarla con su hombro.

El Shapingo divisó la escena desde el cerro Tolón, cuando apareció primero la brillante cabellera de la mujer, seguida luego de la cara magra y acezante de mi tío, con su monóculo exaltado. Y a la distancia, las cosas fueron óptimamente mal interpretadas.

* * *

El Shapingo se desentendió de ellos dos cuando vio que se dirigieron a concluir sus negocios en el bungalow. Pensaba que de todos modos este era un buen mal comienzo.

Allí la bruja lo examinó al polvito, y le dijo:

—¡Justo lo que me imaginaba!

—¿Qué diablos es? ¿Es un fenómeno?

—Nada de eso, compadrito, pero no deja de ser riesgoso a su edad.

—Pero, ¿qué es?

—Es una fórmula secreta. Básicamente es un compuesto de polvo de guaylulos y silulos, combinados de modo proporcional. Pero eso no acarrea ningún riesgo. Más bien, eso sirve pal. . . No se lo diré para qué sirve, compadrito.

—Dígamelo nomá, comadrita, con toda confianza.

—¡Pal culo! Es el afrodisíaco más infernal de toda la faz de la Tierra. Pero el peligro radica en el polvo que sirve de catalizador, el cual está hecho de semillas de higuerilla. ¡Por algo le llaman "higuera infernal"! Se usa para asesinar a los cristianos mediante la cursulera, o como se suele decir, "sacando la casa por la ventana". Cuando no se logra detener sus efectos a tiempo, puede provocar la muerte por deshidratación.

* * *

Un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo a mi tío al oír que la fórmula secreta incluía silulos; y en ese fogoso valle los escalofríos eran mal agüero, como los de la terciana.

A propósito de los silulos, se ha buscado esclarecer a qué planta del valle de Llanguat llamaban así los chilchos o los indios culli. El Doctor Nelo cree que es la higuerilla, cuyos frutos globosos, una vez secos, suenan como shilshiles.

Los brujos de Llanguat lo identifican con unos frutitos afrodisíacos que guardan en secreto dada su alta efectividad. Pero una bruja de Pumachaca ha tenido la gentileza de revelarme que no es otra cosa que el achiote, o a lo mejor, el choloque.

De los guaylulos (o guairuros), que abundan en Llanguat, se dice que son machos y hembras. Si se los distingue debidamente y se los empareja dentro de una cajita de fósforos, bien envueltitos en un algodoncito que les sirva de edredón, al cabo de un tiempito se encuentra que han tenido guaylulitos, que sirven para la buena suerte.

* * *

La bruja le aconsejó a mi tío:

—¡No lo pruebe, compadrito! Por lo menos, no lo pruebe con ese catalizador infernal. Después de todo, es mejor tener un poco de placer y seguir vivito, que morir coleando.

Mi tío le miraba con la mirada perdida.

Ella no imaginaba el tesoro que estaba depositando en manos del empresario shilico, que obviando el ingrediente catalizador, se consagraría el mismo a la fabricación del afrodisíaco a base de guaylulos y silulos de valor agregado. Y de su propio ingenio agregó a la fórmula un inocuo colorante, una pisquita de añilina azul.

De allí deriva su nombre comercial de "Polvos Azules", por cierto más poético que Viagra, que deriva de "**vi**eja **agra**decida", según el Diccionario Ilustrado del Melcochita, que acaba de probar la efectividad de los Polvos Azules de mi tío al engendrar un niño con una veinteañera, siendo él nada menos que de 73 años de edad.

—Sí, pué. Dice que lo hizo para demostrarle a la Mariella Zanetti que todavía se le para.

—Volviendo a mi tío Augusto Gil, así procedió a etiquetarlos y a comerciarlos en las cortes reales y en los más conspicuos lobbies de ostentación en Inglaterra, España, Francia, Italia, Suiza, Portugal y Mónaco, donde amasó el grueso de su fortuna. Porque ésta no fue fruto de anilinas y de sombreros jipijapa marca "Celendin Hat", como quieren hacernos creer los mentecatos. Tales ingresos habrían sido "moco de pavo" comparados con los Polvos Azules de Don Augusto Gil.

* * *

Mientras Don Ausuto Gil hacía grandes negocios en Toulon (Francia), Don Shapingo se felicitaba a sí mismo en Tolón (Celendín) y descontaba en su Calendario Bristol los meses, semanas, días y horas que faltaban para cobrar su alma. Este era su cálculo: El empresario shilico habría ya trasladado todos sus valores a Europa, porque últimamente sólo andaba por Toulon y Niza. Además, ¿a quién no le atraería Europa que era como un pedacito de cielo?

—¿Y diáy?

—Simplemente llegaría el día anhelado en que el viejito cailingo estiraría la pata. De eso no cabía la menor duda, de la misma manera que no había dudas de que el Shapingo le habría de sobrevivir.

—¿Y diáy?

—Simplemente le heredarían los bancos como les ocurre a tantos pobres viejitos y viejitas que ahorran en ellos su platita toda la vida, y después se olvidan y se mueren felices.

—Sí, pué. La arteriosclerosis. . .

—De algún modo, esas ingentes riquezas volverían a sus manos demoníacas para ser reinvertidas en la empresa de arruinar las almas de los seres humanos.

—¡No me digas que los bancos son cosa del demonio!

—¿No te parece genial?

* * *

En estas cosas pensaba el Shapingo, y en medio del fuego infernal se le hacía agua la boca calculando que el viejito estaría a punto de mancar. Pero. . . ¡vana desidia!

—El Shapingo se desentendió del empresario shilico, creyendo que lo tenía en su bolsico.

—No ocurrió como esperaba porque mi tío, sin que se enterara el Shapingo, había donado todos sus bienes a la Beneficencia Pública de Celendín. De allí provienen esos amplios locales de escuelas, colegios, estadios, coliseos, postas médicas, hospitales y los cementerios de rigor.

—Pero Satanás puede arrancharle todo a la Beneficencia. . . La puede arruinar. . .

—¡Allí está el detalle! A la Beneficencia no se la puede arruinar desde afuera, jamás. No sé por qué medios, pero de algún modo mi tío conocía bien este secreto de la jurisprudencia.

* * *

A salvo sus riquezas, quedaba la posibilidad de que el Shapingo de todas maneras se cobrase su alma. Por eso hizo mi tío aquello que lo redimió. Al donar todos sus bienes a su pueblo, firmando de su puño y letra, incluyó un otrosí que reza así: "Tales bienes no servirán al pueblo de manera efectiva si no existe un fondo financiero para su mantenimiento e incremento, por lo cual también transfiero a la Beneficencia Pública de Celendín los recursos monetarios para tal efecto, para ser destinados a obras de filantropía" —y subrayó las palabras "obras de filantropía"—.

—¿Y qué?

—¿No la manyas? La palabra "filantropía" proviene del griego *filía*, "amor", y *ánthopos*, "hombre" y significa "amor al ser humano"; todo lo contrario de los objetivos siniestros de Satanás. No sé por qué medios, pero de algún modo mi tío sabía que la filantropía neutraliza los designios del Shapingo y cancela todo pacto firmado con él. Estamos hablando de aquello que casi ningún millonario tiene y que este millonario shilico sí tenía: DESPRENDIMIENTO.

—¡Sin duda, un cambio asombroso se había operado en su ser!

—Como ves, se había graduado *magna cum laude* en la Universidad de la Madre Teresa.

* * *

En Celendín. . . ¡se armó la de San Quintín!

El ya no era simplemente Don Augusto Gil, sino "el Gran Filántropo Celendino", y Satanás no pudo revertir las cosas.

Creció su resentimiento por haber sido noqueado por un serrano, e intentó vengarse de él aún después de su muerte. No perdió cada oportunidad para degradar su memoria mostrándolo sipralla y a saltos de mata por el potrero y el manantial de aguas termales, por la cuesta de Llanguat, por Tolón, por Chacapampa, y en el mismísimo atrio de la Iglesia Matriz.

Antes eso ocurría más a menudo, y la humillación era mayor porque se les aparecía sipralla y muerto de frío a las damas, sobre todo a las viejitas, implorándoles con lágrimas en los ojos que lo tapen con su pañolón.

—¿Es que su alma aún pena? ¿Acaso se le impide entrar en la gloria?

—¡Nada de eso! El 21 de abril de 1951 falleció en Lima a los 77 años de edad, y su familia le dio cristiana sepultura. Y ahora sus restos descansan en paz en su amado Celendín. Ese espanto sipralla no es él; es tan sólo un vulgar holograma, un subterfugio del demonio.

Creí que era urgente revelar estos hechos de una vez por todas, no sea que mi tío se aparezca sipralla junto a su monumento, en pleno día y con Sol, ¡y en medio de algún acto público protocolar en su memoria y en su honor!

28
HITOS GENEALOGICOS

**La "Chocha Bailla" a los 108 años de edad.
aún guardando luto, por su hijo el Capitán,
que muriera a los 47 años, y sobre cuyo retrato se apoya**

En la familia del Capitán, como en todas las familias de Celendín, nos divertimos al traer a la memoria las ramificaciones de nuestros ancestros por un hecho especial: Cada nombre va acompañado de su respectiva anécdota o de alguna aventura de amor.

Hay quienes se han esmerado en diseñar su árbol genealógico desde sus más remotos antepasados, ya sea españoles o portugueses provenientes del Brasil.[149]

Mi bisabuela, la "Chocha Bailla" (Isabel Baella Díaz) fue la madre del Capitán. En Celendín llamamos "chochos", a quienes, a causa de su avanzada edad chochean o deliran todo el tiempo. Aunque no faltan los que chochean prematuramente, como por ejemplo, yo.

Científicamente hablando, la chochera es la antesala del delirio, pero también puede ser la antesala de la gloria, y son nuestras chochitas y chochitos los que más han contribuido al arraigo y difusión de nuestras sagas familiares, no tanto por su lucidez, sino casualmente por su chochera que les hace repetir la información sin son ni ton.

He aquí algunas pocas sagas a manera de ejemplo.

Extraños caprichos de Cupido

Isabel Baella Díaz (la Chocha Bailla) tenía trece años de edad cuando se encontraba jugando y haciendo bromas pesadas a la gente que pasaba por la calle, junto con sus amiguitas, menores que ella.

Estaban en un cuarto con balcón a la calle, en su casa de Colpacucho. Desde allí aparecían y desaparecían de la vista, tras arrojar objetos personales para ver a quién sorprendían con un certero golpe o cómo renegaban los estancieros que eran alcanzados al pasar. Y ante las quejas de los transeúntes, ellas ponían cara de "yo no fui", para luego ocultarse sin poder contener con sus manos la risa de sus bocas.

Pero ese día ocurrió algo que tuvo serias consecuencias: Desde la penumbra del cuarto una mano invisible arrojó a la calle un objeto que pudo ser contundente. Era uno de los zapatos de la niña Isabel, que sus amigas habían logrado despojarle haciéndole cargamontón.

Lo arrojaron a la calle para obligarla a bajar las gradas descalza, atravesar el zaguán, aparecerse en la portada y recuperarlo ella misma, acaso de manos de alguna persona agraviada.

Pero no fue necesario que ella se molestara en bajar descalza, porque un gentil caballero que pasaba por allí entró a la casa, subió al cuarto y se lo devolvió en manos propias.

Era Don Lorenzo Chávez Rubio, el terrateniente de Llanguat. El tuvo la dicha de recibir el zapatazo en plena calva, pero al ver que se trataba de un inocente juego de niñas, no se exasperó en absoluto. Más bien, tocó la puerta de la casa, se hizo pasar cortésmente y subió al cuarto que da al balcón para devolverle el zapativo a la niña Isabel con expresión de condescendencia y ternura.

* * *

En la noche de ese mismo día el terrateniente se apersonó en la casa de los padres de la niña, Don Isidoro Baella y Doña María Antonieta Díaz. Tocó la puerta acompañado de las autoridades de la ciudad, pidiendo hablar con ellos.

El pánico cundió hasta el fondo de la huerta, y aunque la niña Isabel intentó esfumarse trepando a una barda y saltando a la huerta del vecino, terminó al fin maltrecha, cabizbaja, avergonzada y desgreñada, de pie ante la presencia del elegante caballero que lucía leontina de oro y descansaba sus dedos nerviosos en los ceñidos bolsicos de su chaleco.

Su padre, un simpático caballero del color de lujo, nacionalizado celendino, y su madre, una zarca hermosísima, descendiente de los portugueses fundadores de Celendín, ya estaban enterados del zapatazo.

La madre estaba a la espera de lo que su hija tuviera que decir al huésped ilustre a manera de disculpa. Nerviosamente anhelaban que pasara por fin la pesadilla. No se imaginaban que en realidad el zapatazo fuera una maldad del Cupido maldiciáu.

* * *

El zapatazo en la calva no tenía exasperado al terrateniente, en absoluto. Muy por el contrario, había tenido los mismos resultados de un flechazo de amor.

Como la niña Isabel, el hombre estaba allí de pie, temblando de nerviosismo en presencia de dos autoridades como testigos, para pedir el pie, que digo, la mano de la niña.

No tuvo que esforzarse para convencer a sus padres que lo del zapatazo había sido obra del Señor o fruto del destino, una señal ineludible de que sus vidas estaban predestinadas para unirse para siempre en el vínculo del sagrado matrimonio.

Los padres de la niña dijero "ya pué", y se la concedieron das das, y no sólo la mano, sino también el pie con zapato y todo.

* * *

De la unión de Don Lorenzo Chávez y de Doña Isabel Baella nacieron mi abuelo, Don Zaturnino, y sus hermanos Hermelinda, Manuel, Jesús, Francisco y Matilde.

Cuentan los antiguos, que la niña Isabel jugaba con su hijo primogénito como si se tratase de su hermanito menor.

Entonces, Don Lorenzo Chávez contaba con 59 años de edad, y era una persona muy respetada en la villa. En su obra, *Homenaje al Capitán*, mi padre se refiere a él diciendo: "Era agricultor en el valle de Llanguat, de clima mortífero, y a pesar de ello llama la atención su longevidad, pues falleció a los 108 años de edad, lo mismo que su esposa."

Según este dato a pesar de que se casó a los 59 años, tuvo por delante 49 años de vida conyugal, y falleció cuando la Chocha Bailla tenía 62 años. Eso quiere decir que ella vivió 46 años de viudez, y 48 o 49 años guardó duelo por la muerte de su hijo Zaturnino que murió a los 47 años de edad a causa de una pulmonía fulminante.

—¡Pucha! Son cuentas de siglos y medio siglos. . . ¡Y todo, gracias a la miel con quesillo!

—Sí, pué. Dicen que la miel de caña de Llanguat tiene que ver con la longevidad.

Chochera generacional

A la Chocha Bailla, mi bisabuela, no la llegué a conocer, pero sí la conocieron mis hermanas mayores, porque ella vivió hasta los 108 años. Yo conservo una fotografía en que aparece al lado de un retrato de su hijo, el Capitán, quien murió muy joven, a los 47 años. En el momento de la foto tenía su carita tan arrugada que parecía una uva pasa, y sus ojitos ya estaban sellados.

He aquí una muestra de su chochera particular: De su casa en la calle Ayacucho, en el barrio de Colpacucho, subía a nuestra casa, que quedaba a sólo tres cuadras, y lo hacía en un mundo de tiempo, pues de trecho en trecho se sentaba a sacar pastos del empedrado delante de su casa de la gente. Parece que esto era un designio en nuestra villa, como lo era para los negros de Chincha el sacar camote con el pie.

También se ponía a orinar, o a roncar con su cabecita suavemente acomodada sobre el pretil de piedra de las veredas. Seguramente se olvidaba a dónde se dirigía, o si estaba de ida o de vuelta. Sólo la rutina la guiaba a dar con la casa de su hijo ausente (el Capitán).

Cuando llegaba a nuestra casa, gracias al socorro de algunas almas caritativas, todos la recibían con reverencia y disponían una silla para hacerla sentar.

Luego le daban de comer en la boca.

* * *

Después de haber comido, ella sacaba de su seno sus deliciosas golosinas que llevaba para sus bisnietas: Merucas enmohecidas y panes resecos y aplastados para mi hermana Elena, su bisnieta preferida, a quien llamaba su "Pechocha" (preciosa).

Por ella preguntaba al llegar a casa, diciendo:

—¿Dónde está mi Pechocha?

Como ya no podía ver ni oír con claridad a causa de su edad tan avanzada, mi hermana Isabel, que era una pishpireta,[150] exactamente como en la saga bíblica de Jacob y Esaú, se adelantaba y le decía:

—¡He aquí tu Pechocha, Chochita!

Y ella recibía los panes resecos y las merucas mohosas que la Chocha Bailla sacaba de su seno, y se los comía rico rico, sin convidarle nada a la verdadera Pechocha, ni a nadie más.

* * *

Mi tía Matilde fue su última hija de la Chocha Bailla, y la única de los hermanos de mi abuelo, el Capitán, que yo llegué a conocer. De sus otros cuatro hermanos no he llegado a saber más que sus nombres y los nombres de sus descendientes. Uno de ellos, Francisco, fue el padre de mis tíos Rosendo y Celso.

De en medio de las sombras intento rescatar el recuerdo distante y borroso de mi tía Matilde, un recuerdo plagado de dolor y soledad. Yo era un niño muy pequeño, y ella una anciana centenaria de ojos entrecerrados y tristes.

Como su madre en su generación, mi tía Matilde adquirió exactamente la misma modalidad de chochera. Desde su casa en la calle Ayacucho del barrio de Colpacucho subía en su lento viaje de tres cuadras hasta llegar a nuestra casa en la calle José Gálvez, después de sacar pastos con sus uñas del empedrado de las calles ante su casa de la gente; después de sentarse a mirar con su mirada perdida el paso de la gente y de los burros que subían de Llanguat arrastrando atados de carrizos.

Su llegada a la casa nos henchía de alivio y de miedo entremezclados con cariño y respeto.

Cuando me asustaba ante el anuncio de su aparición, mi madre me explicaba que ella era la hermana de mi abuelo, que era una mujer buena y que no me iba a comer.

Ese perro del demonio

El último hijo del Capitán se llamó Victoriano, mi tío, hermano de mi padre. El era muy pequeño cuando murió el Capitán.

El solía referir una extraña experiencia que tuvo en la cabaña del Capitán en Llanguat cuando tendría doce o trece años.

Acababa de llegar al valle, procedente de Celendín, y sería el Shapingo o el Brujo de Llanguat que se le apareció al pobre muchacho en el mismo lugar donde su hermano

mayor, el Aurelio, pisó las cenizas malignas destinadas para matar al Capitán, como referimos en la historia de las mulitas de Llanguat.

* * *

Ocurrió pasado el medio día, después de almorzar en la cercanía de la cabaña del Capitán. Cuando entró en la cabaña puso la tranca para no ser molestado por los reclamos de los peones.

Cuando se dispuso a recostarse sobre la tarima para hacer la siesta, un perro de mierda le dio a la puerta una patada como de hombre, e hizo saltar la tranca.

Luego el perro levantó la pata para mearlo en su pie, obligándolo a apartarse y a recostarse sobre la tarima.

Entonces, el perro subió también a la tarima, dio tres vueltas en remolino, y al recostarse en la parte de la cabecera, junto a la cabeza del Victoriano, esa parte de la tarima se desbarató y cayó al suelo.

El perro salió de la cabaña, no sin antes intentar mearlo al Victoriano, con el consabido ademán de levantar la pata.

* * *

El Victoriano no se daba cuenta de que no se trataba de un perro común y corriente, sino de algún daño. Y pensó: "Este perro güevón cree que me va a ganar. ¡A mí, todavía! ¡Masque no le voy a dar gusto!"

Trancó de nuevo la puerta y se acomodó a hacer la siesta en la parte de la tarima que aún quedaba en pie.

En eso, volvió a entrar el perro tras patear la puerta bruscamente y se subió de nuevo a la tarima para recostarse a su lado, arrimándole al Victoriano al canto. En eso la tarima se derrumbó por completo, con Victoriano y todo.

Recién le entró pánico, porque asoció este hecho insólito con lo que le ocurriera años atrás a su hermano Aurelio, cuando aún vivía el Capitán ¿Te acuerdas de la historia de las mulitas de Llanguat?

Magistral ejemplo de rambada

Existe un estrecho paralelo entre el ritmo de la "lambada" y el ritual de la "rambada", al estilo Celendín, porque ambos se hacen bien arrimaditos.

El Victoriano se enamoró perdidamente de una muchacha zarca y super sexy llamada Eufemia Pinedo, pero a causa de su timidez no se atrevía a acercarse a ella, y menos a declarársele.

Su primo Rosendo Chávez Velásquez, hijo de su tío Francisco, hijo del Capitán, que le llevaba unos pocos años, observó que recíprocamente, la muchacha estaba perdidamente enamorada del Victoriano.

Entonces le dijo al Victoriano:

—¡Bah! ¡Facilazo! Tengo un plan que no puede fallar: Tú te largas a Llanguat y me esperas en Mamaj (más abajito de Llanguat), en la cabaña del Capitán. En Celendín yo la

rambo a la Eufemia, como si fuera para mí, y me la cargo a Llanguat, y allí te la entrego en manos propias. ¿Qué tal?

* * *

Así ocurrió. El Victoriano se fue a Llanguat y esperó en la cabaña del Capitán. Y después del medio día se apareció el Rosendo con la muchacha, muy comedidaza. Por supuesto, a ella le reveló todos los detalles del plan.

Mi hermana Sara comenta:

—Así, ¿cómo ya pué para que protesten sus padres cuando la cosa, como dice la Palabra, "¡Consumada es!"

Las cosas, tal cual ocurrieron, se las contó la misma tía Eufemia a mi mamá Esther. Y mi mamá le preguntó:

—Y tú, ¿te fuiste así nomás? ¿Sin hacerte de rogar?

Y ella respondió:

—¡Claro! No podía hacerme de rogar, porque yo también lo quería.

De la unión de mi tío Victoriano y mi tía Eufemia provienen mis primas hermanas, la gringa Victoria y la morenita Graciela (Toya y Chela), ambas unas beldades muy cotizadas en todo Celendín.

* * *

En nuestra villa, la mayor parte de los amarres eran mediante la "rambada", como en el caso de la tía Eufemia, o la "encerrada", como en el caso de la Mica de Doña Peta.

En la encerrada a veces participan los mismos padres de los pobres muchachos. Consiste en mandarles que suban al altillo so pretexto de buscar goteras o de buscar algún atabal. Y cuando estaban arriba, les quitaban las escaleras de maguey, dejándolos solitos allí arriba, hasta después que se aburran.

Los organizadores de la encerrada se hacen los que se olvidan de ellos, y algunos se mandan mudar hasta el día siguiente.

A la Mica de la tía Peta squé la encerraron así.

El tío Elías Buenos Días

A diferencia de mi padre, que se dedicaba al estudio, su hermano menor, mi tío Victoriano amaba el campo y trabajaba arduamente para llevar adelante la empresa familiar en la campiña de Celendín y en el valle de Llanguat. De él se ha conservado otra historia que paso a relatar, la misma que tiene que ver con mi tío Elías Buenos Días.

Se cuenta que el tío Elías Buenos Días, cada noche de Luna, a las once, muy puntualazo, bajaba con su hato de vacas a la pampa, para gorrear pasto en los solares de mi tío Victoriano, que hacía poco había pasado a la presencia del Señor, relativamente joven.

El no pedía permiso de mi papá, hermano del Victoriano; todo el mundo lo sabía. Pero como él era el tío Elías no había ningún inconveniente y a nadie se le hubiera ocurrido delatarlo o llamarle la atención. Pero una buena noche eso dejó de ocurrir de golpe y de manera notoria.

En la noche siguiente el tío Elías tampoco se apareció con sus vacas por su pampa del finado Victoriano.

Y lo mismo ocurrió en las noches siguientes: El y sus vacas se esfumaron de aquella pampa como si los hubiese tragado el Tragadero.

* * *

Y esta es la explicación que él mismo Tío Elías le dio a mi papá años más tarde:

—Una noche de Luna, poco después del velorio del Victoriano, volví a su pampa, como de costumbre, y resulta que. . .

Mi padre quedó muy intrigado a causa de la súbita palidez del tío Elías, quien, tragando su saliva, le dijo con voz temblorosa:

—Resulta que esa noche, mientras pastaba mis vacas, se apareció a mí un hombre de movimientos ágiles, bien forrado con su poncho. Y su cercanía me produjo escalofríos.

Sus palabras fluían entrecortadas, como cuando te da torozón, y mi padre le pregunta:

—¿Y qué pasó?

—Por más que traté de evitarlo, se sentó a mi lado en silencio.

—¿Y por qué no lo esquivaste?

—Porque tuve la desdicha de que se sentara en un extremo de mi poncho. ¡Cómo ya pué para que yo lo pueda esquivar!

* * *

El tío Elías se calla y hace su güingo. Luego prosigue de manera entrecortada:

—La noche, como te dije, era de Luna. Por eso me. . . Por eso me di cuenta con toda claridad de quién se trataba. Pero no me dijo ni una sola palabra.

Mi padre le pregunta impaciente:

—¿Y quién era?

Y le responde, medio queriendo llorar:

—¡Era tu hermano, el Victoriano! ¡Era el fináu!

Y corriendo de la presencia de mi padre, se le oyó decir de manera entrecortada:

—Desde esa vez ya no me asomo por tu pampa, ¡aunque me pagues!

* * *

Yo no sé por qué lado, dizqué, Don Elías Díaz era mi tío. El vendía alfalfa en la puerta de su tienda que daba a la Plaza de Armas, ¿te acuerdas?

Quizás era mi tío por el lado de mi bisabuela, la Chocha Bailla, que se llamaba Isabel Baella Díaz. A la verdad, así como ocurren las cosas en la cama, cualquiera en Celendín podría ser mi tío o mi tía.

En cierta ocasión, cuando visité mi tierra convertido en un señor profesional, una viejita me resondró en plena calle de ser un malcriado, dizqué porque no le dije "tía" —y hasta ahora no he podido averiguar de quién se trataba, ni por qué tendría yo que ser su sobrino—.

Mi bisabuela, la Chocha Bailla.
A su derecha está mi papá Juan.
A su izquierda mi tío Victoriano.
En el fondo ramas de las palmeras del Capitán.

Desde aquella vez, cada vez que visito mi tierra le saludo como "tío" o "tía" a todas las personas mayores que yo, y a veces también a las menores, por sí las moscas.

* * *

Aparte de su enorme montón de alfalfa, del tío Elías Díaz sólo me acuerdo que los mocosos pasábamos por la puerta su tienda y le saludábamos diciéndole: "¡Tío Elías, buenos días!"

Ese cariñoso saludo infantil bastaría para endulzarle toda la jornada. Pero terminaba amargado, porque los mismos mocosos volvíamos a pasar por la puerta de su tienda una y otra vez, diciéndole: "¡Tío Elías, buenos días!" —y apretábamos la carrera—.

Así es que se quedó para siempre como "el Tío Elías Buenos Días".

29
UN ENGENDRO DEL DEMONIO

Esta historia espeluznante y conmovedora a la vez solía contar mi padre en las tertulias de las noches de Todos los Santos. Y cierta noche, pasada una vida, sin percatarme que también era noche de Todos los Santos, la incluí en mi obra, *El Diario del Capitán*, por tener relación con la familia del Capitán.

La historia tiene un trasfondo de mucho sufrimiento, y escucharla arranca lágrimas a propios y extraños.

Nadie en la familia del Capitán habrá sufrido tanto como su hermana Matilde, pues se cuenta que su vida fue muy trajinada.

Siendo muy tierna se casó con un tal Collantes, cosa que era normal en esos tiempos y en un lugar muy alejado como nuestra ciudad donde a falta de cine o de televisión las niñas no tenían otra diversión que el matrimonio prematuro. Pero el hombre que la desposó era tan cruel con ella que muchos expresaban sus dudas de que fuera realmente shilico.

Dicho sea de paso, cuando llegué a reconstruir nuestro árbol genealógico familiar que incluyo a manera de apéndice, no pude dar con el nombre completo del tal Collantes.

* * *

El Collantes la arrancó de nuestra familia y se la llevó tan lejos como Arequipa.

En esos tiempos de viajes a lomo de bestia, a vapor o a pie, Arequipa no sólo era un país extranjero, sino un mundo remoto, tan diferente como Irán, de donde los que irán no tenían esperanzas de regresar a salvo. Y cuentan que cuando la vida nos arrebataba a un ser querido hasta tan lejos, en el otro extremo del enorme territorio peruano, no se partía sin antes haber hecho su debido testamento.

Se cuenta que el tal Collantes era tan perverso, que al sufrimiento que trae consigo la lejanía y la soledad de su prenda en la lejana Arequipa, añadía la cuota del maltrato. Y a qué extremo habrían llegado las cosas, que la pareja terminó volviendo a Celendín, cosa que de por sí suscita muchas sospechas.

Pero aquí mismo la seguía maltratando, y tras maltratarla se mandaba mudar lejos de la casa, a emborracharse con los estancieros, porque evidentemente en el poblado nadie lo quería, ni siquiera para tomar un trago con él.

Y cuando volvía a casa, de lo olvidáu, el maltrato cobraba bríos, hasta que una noche recibió su merecido.

* * *

Una noche de Luna, pasadas las doce, el Collantes volvía a casa tras una de sus andanzas por Bellavista, un poblado cercano a la ciudad de Celendín. Y poco antes de llegar a La Feliciana, la plaza de compra y venta de ganado, ahora llamada plaza Sevilla, encontró un bebé abandonado, acostadito pegadito a una penca, y lloraba bajito de hambre y de frío.

Cuando el Collantes se acercó, el bebé acalló su llanto, y éste lo recogió, pero no por compasión, pues de hecho ya pensaba sacar provecho vendiéndolo.

El pensaba primero poner al bebé a buen recaudo, antes de volver a las inmediaciones de Bellavista para averiguar respecto de la madre. Entonces optaría por la extorsión, para sacar doble partida: De la madre, por haber cometido tan execrable crimen de exponer la vida de su bebito a las ratas del campo y a los canshules. Y de la persona a quien se lo vendería, porque sin duda sabía quién en la villa gemía por tener un hijo, aunque no fuese de su vientre.

* * *

Se cuenta que el Collantes era capaz de vender su alma al diablo, aunque fuese por unas pocas monedas. Y no faltaban los que decían haberlo visto merodeando por el cerro encantado de Tolón a donde acuden algunos mentecatos buscando compactarse con el Shapingo, es decir, con Satanás o con sus ángeles, a cambio de prosperidad material.

Como él no tenía entrañas no se le ocurrió preguntar de inmediato por la madre, en las inmediaciones de aquella penca y en las casas de la cercanía. Más bien, como a gallina robada, das das lo metió bajo su poncho, sin siquiera decirle ¡agú! ¡agú!

Aceleró el paso de bajada, rumbo a la villa, y el bebé, al sentirse abrigadito, se calló por completo. Pero en lo que al Collantes respecta, su conciencia no dejaba de golpearle por lo que había hecho y por lo que pensaba hacer.

* * *

Sucedió más abajo, cuando el Collantes se acercaba a la plaza de La Feliciana, que escuchó una voz bajita, como de una niña pequeña que le llamaba por su apellido, como le llamaban todos, y como le llamamos nosotros, pues nadie se dio jamás el trabajo de averiguar su nombre.

La voz le dijo con todo respeto, pero como llamándole la atención:

—Collantes. . .

El no hizo caso. Más bien aceleró el paso de bajada, pensando cómo es que alguna niña pudiese haberlo reconocido a esas horas de la noche. ¿No sería la madre del bebé que le seguía los pasos de cerca y de incógnito?

Lo que más le dio miedo fue pensar: ¿No sería la misma Feliciana, hablándole desde ultratumba para condenar el daño que planeaba hacer?

* * *

Aceleró el paso a lo largo del único tramo de calle a un costado de la plaza de La Feliciana.

El nombre de esta plaza recuerda la memoria de una hermosa adolescente que fue trágicamente asesinada en los albores de la fundación de Celendín, estremeciendo a toda la población a lo largo de casi dos siglos. Nunca se supo realmente nada de lo ocurrido, y esa chica quedó convertida en un fantasma que en Todos los Santos deambulaba hasta hace unas décadas por las calles y las casas de la villa en medio de los aullidos de los perros que sentían su presencia invisible.

Menos mal era noche de Luna y las primeras casas de la villa estaban a pocos pasos de distancia. Además, la borrachera se le había ido como por encanto.

* * *

Cuando estuvo cerca del puente del boulevard de El Tope, que en esos años estaba hecho de palos y champas, ya para entrar a la primera calle de la villa volvió a escuchar el llamado. Pero confundido con el arrullo del Río Chico en crecida, no pudo distinguir bien la vocecita. Aunque esta vez le parecía la voz un tanto diferente, pero que le llamaba con familiaridad:

—Collantes. . . Collantes. . .

Esta vez él se detuvo para apreciar mejor de dónde procedía la voz que parecía seguirle los pasos. Evidentemente era alguien que le conocía bien y quería jugarle alguna broma pesada.

Entonces escuchó por tercera vez el llamado insistente:

—¡Collantes! ¡Collantes! ¡Collantes!

La voz se había mutado notablemente. Esta vez era una voz gruesa, aguardientosa, que ya no salía de detrás de las pencas o de las huertas preñadas de choclos, sino de debajo de su poncho.

Cuando levantó su poncho para mirar a su bebé a la luz de la Luna, éste le sonrió con una boca exageradamente abierta, y le dijo, riéndose a carcajadas:

—Collantes. . . Collantes. . . ¡¡¡Mírame los dientes!!!

* * *

Cuentan que al ver sus colmillos de oro que resplandecían a la luz de la Luna, el Collantes perdió la razón y arrojó a ese engendro del demonio lo más lejos que pudo. Y que al dar contra el suelo, el bebé transformado en un pesado fardo, sonó con el estruendo de una talega llena de monedas, muchas de las cuales se desparramaron brillando a la luz de la Luna.

Entonces el Collantes, poncho al hombro apretó la carrera hacia abajo, por la calle del Comercio, para luego torcer hacia arriba hacia la calle Ayacucho, y dar con la casa de la familia de la tía Matilde, su mujer.

Llegó a Ayacucho Nº 237, privado y botando espuma.

* * *

La noticia de lo ocurrido se difundió en el poblado como reguero de pólvora. Y que se sepa, ninguna madre shilica había abandonado a su bebé recién nacido junto a una penca, en las altas horas de la noche.

Desde entonces, en Celendín, cuando alguien quiere lucir su nueva muela de oro, o su dentadura postiza, o por qué no también su quichimuela, le dice a su prójimo: "¡Collantes, Collantes, mírame los dientes!"

* * *

Si habría alguna cuota de verdad en esta historia de Todos los Santos es que el tal Collantes fue el marido de la hermana menor de mi abuelo, el Capitán, que se llamaba Matilde Chávez Baella, que años después de ocurrido lo que hemos relatado, tuvo sólo una hija llamada Eva Collantes Chávez, cuya vida transcurrió en el más absoluto silencio, si es que no murió muy temprano en la infancia.

A mi tía abuela Matilde alcancé a conocer en mi tierna infancia cuando ella ya había pasado los cien años de edad. A pesar de sus rasgos tan erosionados, aún se podía adivinar que había sido una mujer menuda, zarca y agraciada.

Cuando de lo olvidado ella llegaba de visita a nuestra casa, había revuelo entre los pequeños como yo, porque se nos decía que era loquita. Yo me alegro ahora de recordarla y de no permitir que "su paso por la existencia", como solía decir el Capitán, se pierda por completo. Y porque he llegado a sentir amor por ella en el fondo de mi corazón.

30
LOS TESOROS DEL CAPITAN

En las noches de lluvia persistente cuando las calles de Celendín se convierten en avenidas de agua que desaparece poco después como por arte de magia. . .

En las noches frías cuando junto a la bicharra te abrigas con un jarro de chocolate o café caliente, y se conversa de las cosas que más conmueven e inquietan a la gente. . .

En esas noches se sigue rememorando los horrores de una guerra centenaria y se comenta que los entierros de tesoros fueron realizados en los lugares menos imaginados para evitar que caigan en manos de los chilenos que desde tierras tan remotas de América del Sur llegaron hasta los confines del norte del Perú.

El mismo hecho de que el ejército invasor llegase hasta tan lejos estremece el alma de la gente.

Para quienes nos visitan de lejos y de pronto se ven en medio de escenarios ahora reclamados por fantasmas, no hay mejor ocupación que la de recordar, a pesar del temor de ser escuchados por ellos.

* * *

Pero ése no sería el único origen de los entierros. Debe haber tesoros escondidos por los choctamallques y por los mitimaes chilchos, los habitantes aborígenes de esta región, para que no fueran a parar en Cajamarca, en el Cuarto de Rescate del Inca Atahualpa.

Otros tesoros también habrían sido escondidos de los montoneros. Y otros fueron escondidos por los montoneros mismos, y han sido desenterrados por extraños, porque nadie sabe para quién trabaja.

También podría haber entierros de los portugueses, para que algún día fueran descubiertos como indicador de su presencia en esta tierra de promisión.

El hecho es que cuando de la noche a la mañana un shilico se hace rico, ¡seguro que se ha de haber encontrado algún entierro en su casa de Don Agustín Shillido, o del Coche Güin, o de Doña María Pura, o del Doctor Nelo, o de Don César Chocho, o de Don Víctor Camacho, o de Don Porfirio Díaz, o en el lugar más apropiado: En algunas de las casonas que al morir dejara a sus herederos el Capitán.

Dicen que la más pesadaza de todas esas casas es la de mis primas Toya y Chela, hijas de mi tío Victoriano, hermano de mi papá.

* * *

Por muchas décadas, después de la muerte repentina del Capitán, su dulce sonrisa y su buen humor quedaron impregnados en el alma de su gente. Y se cuenta que a menudo algunos evocaban a su espíritu para preguntarle respecto del paradero de los tesoros de los portugueses, de los españoles, de los montoneros, y de quienes ni te puedes imaginar.

¿Por qué tendría el Capitán que saber de los cofres repletos con soles de nueve décimos, o con doblones de oro, o con libras esterlinas, o con las joyas de tal o cual dama, o con los rubíes que el Shante Saltaperico le enviara a su amor, la Gata, la “Ojos de Misho”.

Y si él pudiera verlos con sus ojos metafísicos, ¿qué te hace pensar que está a tu disposición y te concederá tus deseos como el genio de la lámpara maravillosa de Aladino?

* * *

Los rituales de evocación del espíritu del Capitán son aludidos en el "Canto Epico al Héroe Celendino", del Amauta Don Pedro A. García, el Búho.

Cuenta la tradición que efectivamente, algunas personas acostumbraban ir a la media noche al Cementerio Anterior, no precisamente "para alzar su loza fría y darle el verde olivo que su pueblo le envía" (como dice el poema del Búho), sino para realizar prácticas de espiritismo.

Y dizqué, algunas veces el Capitán fue despertado, sólo para rogar encarecidamente que "le dejasen en perpetua sombra".

Aunque la neta, la neta, es que también parece haber acudido sin que le evocaran, para recorrer sus predios del Jirón José Gálvez, para proteger los pinos que plantó en la Plaza de Armas, para hacer que doblen las campanas de la Iglesia Matriz después de la media noche, y para contemplar con cariño a las personas que tanto amó y dejó tan de repente.

* * *

Ha pasado más de un siglo de su muerte, y me consta que el Capitán sigue visitando sus fueron del Jirón José Gálvez, no necesariamente cuando se lleva a cabo alguna sesión de espiritismo. Pero todavía a uno que a otro se le ocurre evocar su espíritu en busca de entierros y tesoros.

Un hombre como él, ¡seguro que sabría de entierros! ¡Y acaso su tesoro es el mayor de todos los tesoros que han quedado ocultos en Celendín!

Cuentan, por ejemplo, de lo que le ocurrió al Sabio Arquímedes, el Quime, su bisnieto, cuando como tantas veces molestó su sueño de ultratumba.

El Quime preguntó:

—¿Hay algún entierro en esta casa?

Y el espíritu respondió:

—¡Dejuro pué quiá diaberrr! ¡¡¡Síííííí hayyyy!!!

El Quime se avalanzó sobre la mesa con los ojos desorbitados, casi apagando la vela con la solapa de su purpúreo saco ceroso, y como en las cosas del amor, se fue al grano:

—¿Por dónde? ¿Onde?

Y el espíritu le respondió:

—¡Debajo de tu cuuuuloooooo!

* * *

Al escuchar esta historia, presa de ira santa expresa la Mama Lila, mi hermana:

—¡Quiáy serrr el abuelo ese grajo! ¡De quién diablo nashaco habrá sido su espíritu para que diga: "¡Debajo de tu cuuuuloooooo!" ¡Y tuavía sque nos quieren hacer creer ques el abuelo!

Prorrumpimos en sonoras carcajadas, y Don Delesmiro Machuca, su consorte, comenta apaciblemente:

—De todas maneras fue una sonora cachetada desde ultratumba. ¿Para qué, pué, molestan a las ánimas benditas del Purgatorio? Eso es algo que no se debe hacer.

* * *

De estas cosas se enteraron los periodistas Mulloshingos, y fueron a visitar al Sabio Arquímedes para hacerle un reportaje periodístico:

—¿Es cierto que se ha descubierto un entierro en su casa, aquí en José Gálvez 722?

—Para qué te digo que no, si sí. Pero. . . sí y no.

—¿Cómo que sí y no?

—Se ha descubierto uno cuando esta casa no me pertenecía. Pero yo sé que hay otro entierro que espera su turno de ser descubierto.

—¿Cómo sabe? ¿En qué se basa su convicción?

—En los ruidos que escucho. . .

—¿No cree, más bien, que podrían ser ratas o canshules?

—Son ruidos extraños, como los que produce la cola de una serpiente cascabel.

* * *

La periodista Mirtha Mulloshingo le dice:

—¿Y por qué no cava allí? ¿Por qué no tumba la pared?

Y el Sabio le responde:

—Lo mismo me decía la otra.

Y ante la mirada severa de la hembra, continúa:

—Don Manuel Pisco me decía: "¡Túmbalo al horno! A lo mejor está debajo de allí." Pero yo no voy a tumbar mi casa sólo por lo que me dice la gente. Además, yo sé que el entierro no es para mí; eso me ha sido revelado en sueños.

* * *

El Sabio Arquímedes tuvo a bien revelar toda la verdad:

—Esta casa perteneció a mi tatarabuelo, Don Juan Sánchez y Merino, quien habría escondido el tesoro. La tía Meche la heredó de su padre, el Capitán, o mejor dicho, de la abuela María Benjamina, y mandó hacer algunas refacciones. Ella le encargó a su marido, Don Gaspar Rojas "Capacho", que se hiciera cargo de dirigir a los peones. Concretamente hablando, se trataba de desatar la gradería de piedras y barro que estaba ceñida a la pared y que conducía al altillo. Había que abrir en dicho espacio una puerta para una habitación que sirviera de cuadra y que ahora es una tienda. Es que dicha habitación era oscura y sin ninguna ventilación.

Después de hacerles un dibujo para que entendieran mejor su relato, el Sabio Arquímedes prosigue:

—En pleno trabajo, al medio día, Don Capacho vio aparecer entre las piedras removidas de la gradería el extremo de un capacho.[136] Entonces, el muy sapazo les dijo a los peones: "Váyanse, taititos a la casa de al lado, porque ya van a dar las doce, y doña

Meche ya tiene lista la merienda allí. Dice que para hoy ha preparado caldo de gallina con presa. Yo ya les sigo después, porque ahorita tengo urgencia de ir a la huerta para hacer del cuerpo."

* * *

Con mucha convicción, el Sabio prosigue su relato:

—Los peones se fueron aprisa, y él se quedó a solas para sacar el capacho para él sólo. Esa gradería no había tenido otro propósito que esconder el entierro, porque para subir al altillo una vez a las quinientas, bastaba una simple escalera de palos de maguey.

—¿Y qué contenía el capacho?

—De alguna manera se llegó a saber lo que había encontrado, y Don Capacho mismo lo reconoció. Yo le pregunté un día: "¿Y qué pue contenía el capacho que encontró usté? Y me respondió: "Qué pué, casi nada, óigaste. Sólo unas cuantas libras esterlinas, unos pocos soles de nueve décimos, y unas piedras rojas, negras y verdes. Qué pue, muy poco nos dieron por todo eso, y de ello ya no queda nada. Más es lo que se habla que otra cosa."

* * *

Con mucha tristeza el Sabio Arquímedes les dice a los periodistas Mulloshingos:

—Pero yo creo que esas "piedras rojas" eran carbunclos o rubíes encendidos en engastes de oro. Y esas "piedras negras" eran joyas de obsidiana. Y esas "piedras verdes" eran turquesas y esmeraldas. Y los soles de oro no habrían sido sólo unos cuantos. Ni qué decir de otras joyas que él no menciona, como las perlas de gran precio y los objetos de plata y oro para uso ritual, porque con todo eso comerciaba Don Juan Sánchez y Merino.

Y suspira, diciendo:

—En fin, para él habrá sido, óigaste, porque así squés:[137] Los tesoros tienen su dueño. Y es posible que lo que él encontró es poca cosa en comparación de lo que tuavía hay, porque yo escucho ruidos, como de serpiente cascabel.

* * *

Las historias acerca del descubrimiento de entierros apasionan a los shilicos, y en esas noches de diluvio y de plenilunio, no se habla de otras cosas al abrigo del fuego de la bicharra o del fogón. Por eso, cuando el Sabio Arquímedes cuenta de los ruidos misteriosos que se escuchan en su casa que antaño perteneciera al Capitán, los Mulloshingos le dicen:

—¡De veras, maestro! ¡Mande hacer una excavación exploratoria! ¡Invítelo al arqueólogo ése, a Don Alfonso Peláez Bazán, tan mentado en todo Celendín por sus excavaciones en busca de entierros misteriosos! Después de todo, la casa ahora le pertenece a usted, ¿o sí? Masque consulte con Don Alfonso, el más prestigioso cazafantasmas de la región.

Y responde:

—¿Paque lo tumbe a la casa en mi encima? Como les dije, lo que pueda haber no es para mí. Eso ya lo sé. . .

Y tras una breve pausa lo desembujcha todo, todito, todo:

—También sé para quién es.

* * *

El Sabio les refiere a los Mulloshingos su sueño profético, y lo que le reveló su abuelo, Don Juan Chávez y Sánchez, mi papá.

Le dice:

—Cierta noche tuve un sueño, de esos sueños que parecen realidad. Don Juan Chávez y Sánchez —así me gusta llamarlo, con nombres y apellidos—, se me apareció en esta casa muchos años después de su muerte, y me dijo: "El entierro que hay aquí en tu casa es para tu shulca;[138] para tu hijo Juan, mi amado biznieto que lleva mi nombre."

Le brillan sus ojos y sigue narrando:

—Yo no tenía todavía un hijo que se llamara Juan, y Don Juan Chávez y Sánchez, al ver mi confusión me dijo: "Me refiero a tu hijo que te va a nacer. . . No te olvides de ponerle mi nombre, 'Juan'; porque el entierro está destinado para él."

La periodista Mulloshingo inquiere:

—¿Quiere decir que por razón de ese sueño usted le puso el nombre "Juan" a su shulca? Evidentemente, la historia de San Juan Bautista se repite, ¿no es cierto?

—Pues para qué te digo que no si sí. Lo interesante del caso es que yo ni siquiera sabía que la bandida de mi mujer estaba embarazada. No me había dicho nada la condenada. Pero con el devenir del tiempo el niño nació y le puse por nombre "Juan" de acuerdo a las instrucciones que me fueron dadas por revelación de sueños.

Y concluye:

—Por eso sé que el tesoro es para él; porque los tesoros siempre son para alguien y para nadie más, como lo que ocurrió con el entierro que se encontró en su casa de Doña Aurora Mori, en la esquina de abajo. En el pasado, esa casa también había pertenecido a Don Juan Sánchez y Merino.

* * *

Los periodistas Mulloshingos pararon la oreja al oír de su casa de Doña Aurora Mori, en la esquina de abajo.

Se cuenta que Don Salomón Mori Sánchez, que antes fue dueño de esa casa que llegó a ser de Doña Aurora Mori, era arriero y tenía cuarenta mulas para llevar carga a Chachapoyas, y murió sin sospechar del enorme tesoro que yacía escondido en su casa.

En medio de dos cuartos había una gradería de piedra, de pared a pared, y sin descansos. La misma daba acceso al altillo a la mano derecha. Llamaba la atención su tamaño descomunal para conducir a un insignificante altillo. ¡Ni que el altillo fuera una lujosa sala de baile!

Me acuerdo de esa gradería, que Don Salomón Mori utilizaba para orear sobre ella las caronas de sus mulas y sus sillas de montar. También secaban allí las mazorcas de maíz y guayungas.[139]

Fue allí, debajo de esa gradería, en cuyo extremo superior dicen que se aparecía un fraile sin cabeza, donde se encontró el entierro.

* * *

¿Qué relación podría haber tenido el Capitán con todos estos entierros?

Ninguna. Porque esas casas no habían sido realmente de mi abuelo, sino de mi bisabuelo. El habría escondido esos tesoros para ocultarlos de los montoneros y de los chilenos, que nunca llegaron a Celendín.

Pero existe otro tipo de tesoros a los cuales muchas veces no prestamos atención.

Con relación a mi abuelo, el Capitán, puedo asegurar que sus mayores tesoros nunca fueron enterrados ni en falsas paredes, ni en falsas bóvedas, ni en falsas graderías, sino en los corazones de sus descendientes y del pueblo de Celendín que tanto amó.

Allí tienes el tesoro que siempre estuvo a la vista:

Los pinos centenarios que se yerguen en la Plaza de Armas.

Allí tienes los bosques de eucaliptos en la pampa y en las laderas del cerro San Isidro y Jelij.

Y aquí tienes el tesoro del Diario del Capitán que restauro en este libro a partir de sus fragmentos. Si se descubriera el grueso de su texto, ¿no será que allí encontremos el mapa del tesoro?

¿No será el mismo Diario del Capitán el tesoro que descubrirá el shulca[140] del Sabio Arquímedes de acuerdo con la profecía de San Juan?

31
LOS COMPADRES

Dicen que los Compadres ya habían muerto, pero por culpa de ellos dos esa noche mis sobrinos Fabrizio y María Isabel no pudieron dormir, porque los fantasmas de los Compadres jugaban a la pega en el patio encementado de su casa de la Mama Lila. Y no contentos con eso, más tarde en la noche oscura concentraron su naturaleza etérea debajo, encima y alrededor de los catres de los pobres muchachos para no dejarles pegar los ojos ni conciliar el sueño.

La única solución para este problema era esperar ansiosos la mañana para emprender el viaje de retorno a Lima Limón ella, y a Torino él —dije a Torino, en la distante Italia, no al Torno, en Huacapampa, que los microbuseros de Celendín tanto pregonan como "Torino"—.

—Pero, ¿quiénes fueron los Compadres, y qué diablos hacen aquí en esta historia?

—Fueron el Búho y mi papá Juan. Ellos eran más que amigos. . . Eran "compadres". Eran uña y mugre, como paso a referir a continuación.

* * *

En Celendín vivía Don Juan Chávez y Sánchez, hijo del Capitán. Y en Huacapampa tenía su amplia casa solariega su "compadre", el Amauta Don Pedro García y Escalante, apodado el Búho.

El Búho idolatraba la memoria del Capitán y realizó una concienzuda investigación de su trayectoria militar y cívica para poder escribir sus poemas épicos "Heroísmo Celendino" y "Oda Epica al Heroísmo del Capitán Don Zaturnino Chávez". Y está claro como el Sol en su cenit que para escribirlos entresacó información del Diario del Capitán que por ahora yace perdido en su mayor parte, pero tú me ayudarás a descubrirlo al final del presente libro.

Contemporáneos ellos dos, también les identificaba la vocación magisterial y les unía la proverbial amistad de David y Jonatán, como al Capitán y al Dr. Don Moisés Sánchez Pereyra, su cuñado.

Se llamaban con cariño, "compadrito"; aunque entonces no eran compadres, soñaban con serlo muy pronto cuando naciera y fuera bautizada la criatura.

* * *

Don Pedro García se casó con su amorcito, Doña Luzmila, y por un tiempo fueron a vivir en Celendín donde pudieran estar más cerca de su querido Juan y de su esposa Esther, mi mamá. Se acomodaron en una casona en el barrio de las Lagunas, como quien baja del cerro de San Isidro.

Cuando yo era pequeño me decía mi padre que Don Pedro García era un gran sabio, un amauta, y que le llamaban "el Búho" porque el búho encarna la sabiduría.

Aunque yo no pudiera constatar su sabiduría, sí pude constatar su cariño. El me prestaba mucha atención y respondía a mis inquietas preguntas infantiles. Y a la manera de

los antiguos frenólogos de Escocia que creían que el destino del hombre está marcado por la conformación de su cráneo, él me ajustaba entre sus rodillas para que no me pudiese escapar, y se ponía a palpar mi calavera.

Y le decía a mi padre, sin disimular su emoción:

—¡Garcilaso! ¡Este es el gran Garcilaso!

¡Cómo me hervía la sangre que me llamara así! Porque me parecía que me decía "¡Gallinazo! ¡Este es el gran Gallinazo!" —es decir, shingo—.

* * *

Mi padre me explicó que así como mi abuelo tuvo a *El Perú* del Sabio Antonio Raimondi como su Biblia personal, para Don Pedro García no había obra más genial que *Los Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, porque como testigo ocular nos presenta un cuadro detallado de los Incas antes que los detalles se desvanecieran tras la conquista de los españoles.

Apasionado por los libros, mi "padrino" el Búho soñó en convertir a Celendín en un gran centro cultural. Mi papá me llevó a su casa para que viera su imprenta, la única imprenta que ha habido en Celendín y que ahora forma parte de las antigüedades que conserva su nieto, el Búho 2, el Ing. Lucho Mori García.

En otra ocasión tuve el privilegio de ver su piano, el único piano que ha existido jamás en Celendín. ¡Cómo haría para llevarlo a Celendín en esos tiempos, remontando los Andes a lomo de bestia, cuando aún no había carretera!

Recibir una explicación personal de cómo funcionaban estas cosas era para mí, un niño pequeño, un verdadero honor.

* * *

El Búho es más renombrado como poeta.[161] Para mí, el es el más grande poeta que ha habido en Celendín. Su producción era tan copiosa que ante él el gran Augusto Polo Campos hubiera quedado chiquito, y la filósofa Chuchi Díaz aparecería como una verdadera irrisión.

No había papelito que llegase a sus manos que no fuera canonizado con su verso y su prosa. La tensión entre el ser y no ser llegaba a extremos cuando escaseaba el papel allá lejos en Huacapampa.

El se alimentaba de poesía para aliviar su alma de su peso, como lo expreso en mi poema, "La guerra con poesía" que escribí en mi juventud y que encontrarás en mi libro, *Filosofía de la vida*. En una parte del poema escribo:

Poesía
es el alimento
que se ingiere para afuera:
Es aliviar al alma de su peso.

La poesía
es una abeja que hace miel,
y cuando la deja de hacer,
deja de ser.

* * *

Entonces, cuando se le acababa el papel, Doña Luzmila, so pretexto de darse una escapadita a Celendín para encontrarse con su Esthercita, se hacía la comedida y le decía a él:

—¡Amorcito! ¡Me voy a Celendín! Te traigo bastante papel de despacho, ¿ya?

El papel de despacho era tan delgado que se deshacía en las yemas de tus dedos. De tan delgado era casi transparente; por eso los escolares lo usábamos para calcar.

Como no había otro papel para recibir copiosamente su verso lleno de inspiración, soñar con una reserva regular de papel de despacho embelesaba al poeta que, esperanzado, dejaba ir de su cuenta a su prenda, a su amorcito.

* * *

En las tiendas de Celendín, Doña Luzmila insistía en que le envolvieran sus compras cada cosa por separado, para que el dependiente se viera obligado a envolver varios paquetes con papel de despacho.

En casa, ella deshacía los paquetes, y extendía y planchaba el papel con la palma de su mano, para que llegara a las manos del poeta en las mejores condiciones posibles.

Al siguiente día, todos los papeles ya estaban llenos de poesías, habiendo logrado la abundancia de papel de despacho enardecer su inspiración. Por eso ella se creía con derecho a reclamar de vez en cuando un pedacito de papel de despacho para calcar, como cuando le gritó al Búho desde lo más recóndito de la chacra:

—¡Amorcitooo! ¡¡¡Alcánzame una poesía para limpiarme el culo!!!

* * *

En Celendín, los Compadres se hicieron famosos por las fiestas pomposas que solían brindar en sus respectivos cumpleaños. Se mataban docenas de cuyes, gallinas, patos, y a veces un coche engordado o una vaca suiza. El cañazo abundaba y su olor trasminante atraía a los invitados y a los paracaidistas.

Sus mujeres, Esther y Luzmila, se lucían como anfitrionas, y a pesar del ajetreo y el trajín de la sala a la cocina y de la cocina a la sala, y al corral, y a la huerta, y a la calle, no se echaba a perder el atractivo femenino de estas fuertes mujeres shilicas.

Ellas eran, en verdad, las joyas preciosas de sus hombres, y eran harto ponderadas. Después de todo, es a los treinta años que verdaderamente las mujeres ¡están en su punto chumbeque!

* * *

Todas estas cosas contribuyeron a que mi madre, Esther, que jamás cayó en la trampa, cayese por fin en la trampa cuando se planeó que la fiesta del cumpleaños del Búho ese año se realizara en Huacapampa, y no en Celendín como siempre.

Sí, mi madre cayó en la trampa. . . ¡La misma que solía decir: "¡Yo estoy de ida, y tú estás de vuelta!" —a propósito hablaba al revés—.

La misma que decía, super segura de sí misma: "Si yo hubiera sido hombre, ¡a esta hora ya luabría puesto al mundo patas arriba!"

La misma que oraba humildemente a Dios diciendo: "Pero en tu santa sabiduría me hiciste mujer; porque si no. . ."

Pero, aunque mi padre y mi madre se amaban, y habían formado un hogar feliz, y habían engendrado doce hijos e hijas, no estaban legalmente casados. Y era ella la que no quería casarse, alegando que los contratos matrimoniales son "puro papel de despacho".

* * *

El día fijado mi papá le dijo a mi mamá que estaban invitados a la fiesta de cumpleaños de su compadrito Pedro García, en Huacapampa, en esa placentera e idílica aldea a doce kilómetros de Celendín.

Mi padre se afeitó, se puso su chaleco, y selló su atuendo con una hermosa leontina de oro. Y muy elegante, le ajochó a mi madre para que se acicalara ella también.

Ella hizo un esfuerzo especial por tratarse del cumpleaños de su "compadrito", y juntos salieron al camino y se apresuraron para llegar a tiempo.

No era algo de rutina que la parejita salieran a pasear juntos, tan elegantemente vestidos. La ocasión era muy especial, sobre todo tratándose de aquel romántico y bucólico rincón andino al cual últimamente lo han agarrado de bajada los millonarios shilicos como escenario de sus bodas, de sus divorcios y de otras celebraciones festivas.

* * *

Así es como mi padre llegó a Huacapampa, jalando la coche. Y mi mamá llegó media cuadra detrás de él, jadeante y llevando bajo el brazo una gallinita, "para no llegar con las manos vacías".

Había mucha gente invitada, aparte de las autoridades del lugar.

Los músicos de la aldea tocaban en el patio desherbado y barrido, como si fuera una retreta a plena luz del Sol.

Los muchachos pateaban descalzos un hermoso copocho de coche, inflado con el resuello de sus propias bocas.

En un extremo del alar alguien carneaba al animalito que parecía sonriente, a causa de la piedra que tenía incrustada en su mandíbula.

Y en la huerta, el maestro pirotécnico quemaba cuetes con destreza y profusión.

* * *

Cuando mi padre y mi madre entraron a la sala para saludar al cumpleañero y a todos los presentes, todos gritaron:

—¡Sorpresa! ¡Que vivan los novios! ¡Jué! ¡Ashucrí!

Entonces se acercaron a ellos dos el alcalde y los testigos, y se realizó su unión matrimonial como Dios manda.

La ocasión no era su cumpleaños del Búho, sino la unión civil de mis padres en el vínculo del santo matrimonio. Eso ocurrió, exactamente, el 3 de agosto de 1944. Eso quiere decir que *ipso facto*, bandangán, procedieron a procrear la criatura. Me refiero a la criatura destinada a materializar el vínculo sagrado de su compadrazgo.

—Las Bodas de Huacapampa son más mentadas que las Bodas de Caná en la Biblia, en las que el novio también se llamaba Juan, y la novia. . . ¡a lo mejor también se llamaba Esther.

—¿Y cómo se llamaría la criatura?

—Masque después te explico.

* * *

Poco después mi padre se accidentó en nuestra casa en Celendín.

Se resbaló de la escalera de maguey cuando se disponía a bajar del altillo de sobre la sala antigua, y se rompió la cadera al darse contra el suelo de costado. Tuvieron que llevarlo de emergencia a Cajamarca en un auto expreso, y a Lima en avión.

Parecía que no sobreviviría, pero gracias a la atención médica inmediata y a un largo proceso de recuperación volvió a caminar, aunque disimulando de por vida una leve cojera.

Todo el tiempo que duró su recuperación fue cobijado en la casa de su primo Celso, hijo de su tío Francisco, hermano del Capitán. Eso tuvo lugar en Lima, en el distrito de San Isidro.

Fue en agradecimiento a su primo, que mi tío Celso Chávez Velásquez llegó a ser mi padrino y no el Búho.

—¿Y qué de la criatura?

* * *

Tras su larga recuperación, mi padre volvió a Celendín, y su llegada tendría una cuota extra de alegría, pues su amante esposa Esther le esperaba con una hermosa criatura en sus brazos. Esa criatura había nacido el 3 de junio de 1945.

—¿Quién era esa criatura?

—Esa criatura era yo, y me llamaron Celso Moisés. Como podrás ver, por poco no quedo huérfano antes de nacer.

Mi nombre "Moisés" estaba decidido de antemano, en agradecimiento de mi padre a su tío Moisés, hermano de su madre María Benjamina, por quien mi padre tenía una *quasi* veneración. Y mi nombre Celso, en honor de mi tío Celso que cuidó de mi padre durante su larga recuperación.

El Búho supo comprender esta nueva dirección de las cosas, y aunque no fue consumado su compadrazgo, la amistad de mi padre y de él fue cimentada, y nunca dejaron de llamarse "compadrito".

* * *

Con el paso del tiempo nuestra familia se trasladó de Celendín a Lima, donde mi madre llegó a cumplir los 93 años, sobreviviendo en muchos años a mi padre.

Poco antes de su partida, nuestra familia organizó un banquete en su honor en la casa de una de mis hermanas, y nuestra madre no podía faltar.

La bañaron, la vistieron, le pusieron su abrigo nuevo. Y cuando al salir de la casa le prendieron en la solapa un hermoso broche de oro, ella se hizo la brava y exclamó:

—¿A dónde me llevan, ah? ¡Cuidáu que me lleven para hacerme casar! Sepan ustedes que el matrimonio es algo voluntario que a nadie se le debe obligar. ¡Masque, déjate!

* * *

El 31 de agosto de 1972 fue la última vez que le vi al Amauta Pedro García.

Procedentes de La Chocta, estábamos de paso por Huacapampa los integrantes de la Segunda Expedición Arqueológica a Celendín organizada por el Instituto Riva Agüero y la Pontificia Universidad Católica del Perú, bajo mi dirección. Esta expedición se llevó a cabo por iniciativa de la Dra. Josefina Ramos de Cox que, entre otras cosas, estaba interesada en que yo le preguntase al Amauta sobre el paradero del Diario del Capitán, el mismo que pudiera haber incluido información arqueológica relacionada con la provincia de Celendín. Tal expedición era parte de los requisitos de mi tesis doctoral en la Universidad Católica.

Nos detuvimos en Huacapampa (o José Gálvez) con el único propósito de visitar al Amauta en su casa.

* * *

Lo encontré jadeante, chocheando en su chacrita.

El peso de los años había desplomado la configuración atlética de sus años mozos. Poco oía, y todo lo confundía.

Cuando me acerqué a él, tenía una rama de chamiza en su mano, y con ella espantaba al coche para que no hiciera daño en la parcela sembrada. Y cuando le dije que yo era Celso Moisés, el hijo de su Juan, preguntó con ansiedad:

—¿Aún vive mi Juancito?

Se iluminó su rostro de alegría al escuchar de su Juancito, que estaba distante, en Lima, y nos dio un banquete de lejanos recuerdos.

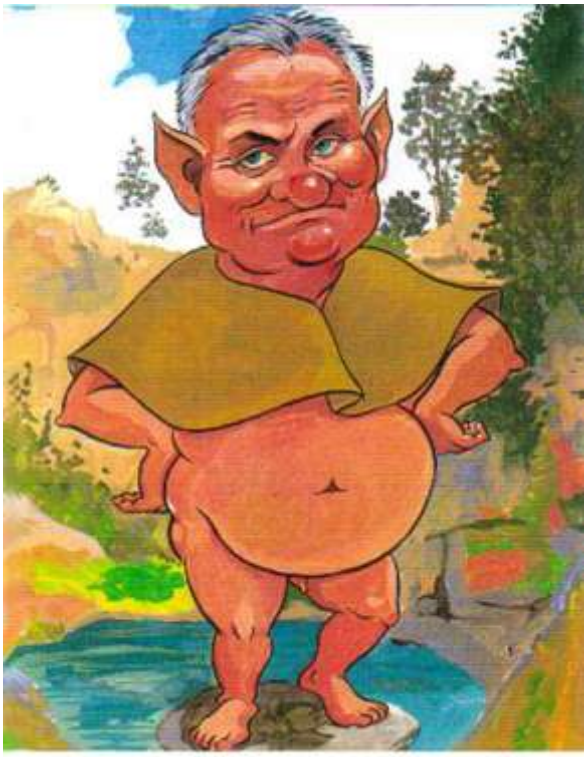
Pero la prudencia me hizo desistir de preguntarle sobre el Diario del Capitán. Sólo besé su frente fruncida para guardar impregnado en mi alma el aroma de su bondad.

* * *

A mi amado padre y al gran frenólogo celendino que un día se refirió proféticamente a esta criatura carca-senga[162] diciendo "¡este es el Gran Gallinazo!"[163] dedico mis mayores obras: *La Biblia Decodificada* y la *Biblia Reina-Valera Actualizada*, fruto de un proyecto editorial de un millón de dólares que se llevó a cabo a lo largo de diez años, catapultando a nivel mundial la investigación científica que en el mundo de habla hispana siempre estuvo relegada a un segundo plano respecto del mundo de habla inglesa.

Dicen que los Compadres ya habían muerto, pero en esta historia yo los he hecho revivir.

32
EL DUENDE MAYOR



El Duende Mayor

El 17 de marzo del 2005 hubo un diluvio en Celendín, y la campiña volvió a convertirse en un extenso lago, como era al principio. De nada sirvieron los drenajes del Río Chico y del Río Grande, y menos el Tragadero, ahora sellado a causa de los derrumbes del cerro Jelij.

El nivel del agua llegó casi hasta nuestra calle, José Gálvez, donde se encuentran los predios que antaño pertenecieran al Capitán Don Zaturnino Chávez Baella.

Muchas casas se vinieron abajo, y el Coliseo Monumental fue convertido en albergue de emergencia y primeros auxilios. Entre los damnificados había muchos niños.

En Lima pararon la oreja los Mulloshingos, periodistas del diario "Ajo", como cuando fueron designados para investigar el Síndrome de Harry Potter y las evocaciones del espíritu del Capitán. Es que de por medio había algo que excedía el ámbito de la meteorología: Con el diluvio reaparecieron los duendes del antiguo lago de Chilindrín[164] y volvieron a escucharse las historias de Catequil, el Tlaloc andino, relacionadas con la fenomenología de la lluvia y de las aguas subterráneas.

* * *

Contaba mi padre que cuando los portugueses y los chilchos disecaron el lago de Celendín, el nivel de las aguas se redujo primero a la línea de lo que ahora es nuestra calle, José Gálvez. Entonces fueron testigos de un extraño fenómeno en el área donde ahora está la fuente de la Plaza de Armas: Algunas noches de Luna veían algo como fuego al ras de la pampa, en un radio de unos veinte metros o más. Eran llamaradas azulescas y rojizas entre chispas doradas que saltaban y se movían velozmente en círculo.

Los portugueses y los chilchos no osaron constatar el fenómeno en el acto, y cuando lo hicieron temprano en la mañana siguiente, no había allí ningún vestigio de chamuscado.

Los chilchos dijeron:

—¡Dejuro[165] que son los duendes! ¿Qué otra cosa más podría serrr? Como les hemos secau su lago. . .

* * *

Los portugueses se inquietaron mucho:

—¿Y qué podemos hacer ahora? No podemos abandonar los trabajos de drenaje. Dejarlos inconclusos sería un grave error de cálculo.

Los chilchos aconsejaron:

—Hagamos una laguna en el lugar donde aparecen las llamaradas, y jamás permitamos que se seque o le falte agua. Así se apaciguarán, cuando vean que nos hemos percatado de su existencia y de su realidad.

Por eso, en el centro del pampón destinado a ser la Plaza de Armas antiguamente había una laguna cercada de piedras y pencas. La misma era nutrida con agua de la lluvia y la que bajaba por una acequia desde las faldas del cerro San Isidro.

En algunos dibujos antiguos puede verse esa laguna donde retozaban los patos de los vecinos. Y cuentan que cuando inauguraron en el mismo sitio la fuente de aguas saltarinas en 1941, se manifestó de nuevo el Duende Mayor.

* * *

De estas cosas se habían enterado los hermanos Mulloshingos, afamados periodistas de origen shilico que antes habían venido a Celendín para investigar el así llamado "Síndrome de Harry Potter", respecto del cual tanto éxito tuvieron sus reportes en el diario "Ajo". Concretamente, ellos vinieron para investigar el fenómeno fotoeléctrico de los duendes. Habían oído mucho hablar del Duende Mayor —que no hay que confundirlo gratuitamente con el Papá Pitufo— y de las Mellizas de la Tranca, que bien podrían estar vivas aún. Ellos tenían la intención de conmocionar al mundo con sus reportes en la sección dominical.

Llegaron a Celendín cargando sus videocámaras que si bien no podrían captar la imagen de los duendes, por lo menos nos honrarían con la imagen centenaria de las Mellizas de la Tranca. Pero, como veremos, sus videocámaras no les sirvieron más que de estorbo.

Lo que sí les sirvió de mucho fue su información codificada en su laptop acerca de los duendes de Colpacucho[166] en los primeros momentos de la villa, cuando se empezó a trazar su plano en la parte disecada del lago Chilindrín.

* * *

Llegando y dando, los Mulloshingos acudieron a consultar al Sabio Arquímedes, quien les dijo con extrema humildad:

—Todo lo que yo sé, taititos, se lo debo a Doña Doris Cachay. . . Yo, personalmente, nunca he visto un solo duende en toda mi perra vida.

Ellos le dijeron:

—¡Vayamos a entrevistarla!

—Eso no se va a poder, taititos. Ella es muy anciana y sus tataranietos no dejan que nadie se acerque a ella. Además, está sorda. Pero lo que ella sabía era nada en comparación de lo que sabía su melliza, que honestamente, no me acuerdo cómo se llamaba.

—¡Las famosas Mellizas de la Tranca!

—Así squé las llamaban.

* * *

El sabio les informa que antiguamente, cuando se hizo la distribución de las tierras en la villa y en la campiña, hubo varios españoles que no fueron tomados en cuenta. Hubo necesidad de asignarles un área marginal en las faldas del cerro Jelij en la cual nadie en particular pudiese reclamar derechos. En otras palabras, se demarcó un área para potrero. Y para que sus animales no hicieran daño en las parcelas vecinas con dueño, se le puso una cerca y una tranca. De allí deriva su nombre de "La Tranca", como antiguamente se llamaba al caserío de Santa Rosa.

A esos pobres la comuna les asignó el cuidado de "la tranca", y a una persona en particular que ocupaba una cabaña destartalada. Pero nadie permaneció allí tanto tiempo como el abuelito de las Mellizas, quizás a causa del don carismático de ellas para dar con animales robados, o extraviados, o desbarrancados.

—Incluso se hablaba que podían detectar robos en la villa. . .

—Las niñas fueron demasiado lejos al presagiar quién diablos se iba a morir.

—Pero más fama les dio su habilidad de ver a los duendes, y las cosas que de ello pudieron derivar.

* * *

Ellas contaron a sus abuelitos que los habían visto de tal o tal manera. Pero por más que ellos se afanaban por verlos, nunca los pudieron ver.

Cuando los duendes se materializaban, y la mirada de los abuelitos se dirigía hacia ellos a indicación de las niñas, de repente el duende ya no era más que una carca reseca, o un ojo de la madera, o un pedazo de adobe, o una raja de leña, o una rendija en la puerta o un abra en la pared.

—¿Y cómo es que ellas sí los veían?

—Los duendes sacan primero sus ojos a la realidad visible, y después hacen visible la totalidad de su imagen. Se requiere, pues, de una intuición extraordinaria para mirar exactamente el punto donde aparecerán sus ojos. Si ellos se logran materializar en tu presencia, esquivando ser vistos al comienzo, se apoderan de tu voluntad y pueden

manipularte a su antojo. Pero si tú los miras en el punto donde ellos se harán visibles, tienes poder sobre ellos. Las cosas ocurren en fracciones de segundo.

—¿En qué sentido se tendría poder sobre ellos?

—Para hacer durar su visibilidad y obligarlos a hacer ciertas cositas, como mover objetos livianos como fósforos, anillos, aretes, cartas, etc. Eso hacen con poder kinético mental que tienen más desarrollado que los humanos.

—¿Y pueden causar daño?

—Ellos sólo tienen necesidad de hacernos saber que existen. Y si alguien se ha muerto al verles, no ha sido por causa directa, sino por haber dado un traspié.

* * *

Los Mulloshingos le pregutan al Sabio Arquímedes:

—Usted debe haber escuchado también de los duendes de Colpacucho. . .

—¡Dejuro! Los portugueses decían que llevaban chullo y un ponchito corto como de los chilchos que habitaban estas tierras. Sólo después se hicieron visibles como zarcos, rechonchos y chaposos. Pero hubo una fase de transición cuando aparecían como gringuitos, pero con su característico ponchito chilcho color caca. Aunque creo que todo eso no pasa de ser una ilusión óptica. . .

—¿Por qué?

—Porque los duendes se hacen visibles a la manera de un holograma. . .

—¿Y en cuanto al agua? ¿Por qué se los asocia con el antiguo lago de Celendín? ¿Por qué siempre se aparecen junto a un río, o un manantial, o una batea, o cuando llueve? Dicen que en la poza del Dungul y en la quebrada de Iteguagana pululan los duendes, y que la boca del Tragadero es hervidero de duendes y antesala del infierno. . .

—Quizás se deba a que el agua lleva a tierra la descarga eléctrica que generan al hacerse visibles.

—¿Y hablan?

—Sí y no. Ellos se comunican telepáticamente; por eso algunos creen haberlos oído hablar.

—¿Y tienen sexo?

—Aunque los veas calatos y con el pishgo al aire, son totalmente inofensivos. En realidad, no sabemos cómo se reproducen porque eternos no son.

—¿Acaso se mueren?

—Tampoco se puede decir que se mueren. Quizás sea más apropiado decir que se acaban; como cuando se acaba una pila o un foco eléctrico.

* * *

El Sabio Arquímedes le dice al Paco Mulloshingo que si alguna vez se le ocurre traicionar a su mujer con la mujer de su prójimo, podría ocurrir que en el lugar secreto del amor hurtado, los esté mirando un duende maldiciáu. El mismo podría hacer algo para que tu traición se descubra, cuando tú creías que tu coartada era perfecta.

Podría ser que ellos no estuvieran por allí; después de todo, no están en todas partes. Pero cuando por alguna razón se le prenden a alguien, lo siguen a lugares muy distantes y de ciudad en ciudad. Por eso se dice que se te pegan.

También ocurre que se inmiscuyen en la escena de un crimen, sea robo o asesinato. Ellos podrían ser los invisibles testigos oculares de un crimen. Pero pierden su tiempo los que intentan involucrarlos en investigaciones criminalísticas.

—Pero, ¿qué cosa son los duendes en sí?

—Al respecto, quizás les sería más provechoso el testimonio del Doctor Nelo, considerado con justicia el más grande duendólogo que jamás haya existido en Celendín.

* * *

Los Mulloshingos fueron a entrevistarlo al Doctor Nelo, quien les dijo:

—Los duendes pertenecen a la categoría de los "seres etéreos". Aunque son de diversos tipos, el común denominador posee una mente parecida a la mente humana. Sin embargo, son muy inferiores, tanto que son ellos los que nos tienen miedo a nosotros. Somos conscientes de su existencia debido a un fuerte esfuerzo mental que despliegan para hacerse visibles en nuestra semejanza.

—¿Cómo sabe esto?

—En un libro de los Rosacruces se los cataloga como "seres intermedios", porque son inferiores a los humanos, aunque superiores a los animales, que también tienen una mente semejante a la mente humana, por lo que pueden vernos y comunicarse con nosotros mediante sus miradas, e incluso telepáticamente.

Le preguntan:

—¿Y qué sabe usted del Duende Mayor?

—Creo que es nada más que un estereotipo, una imagen o idea adoptada por la gente. Podría tratarse de cualquier duende cuando se hace visible en las inmediaciones de la fuente de aguas saltarinas de la Plaza de Armas.

Pero fue honesto al decirles:

—Personalmente, nunca he visto un solo duende, aunque doy fe de su realidad. Pero no regresen a Lima sin entrevistarse con el Conde De San Isidro; dicen que él sabe bastante sobre estos fenómenos.

* * *

Los Mulloshingos vuelven al Sabio Arquímedes y le dicen:

—¿Se llegan los duendes a enamorar de un niño o de una niña, de quienes se dice que "los ha querido el duende?

El Sabio observa:

—Eso no ocurre, pues carecen de afectos. Pero cierto tipo de duendes llamados *Poltergeists* o espíritus traviesos o quemasangres pueden aparecerse con frecuencia ante un humano en particular ocasionándole zozobra y debilidad física. Los que los ven se deshidratan y se ponen cursientos. No es bueno ver duendes seguido.

—¿Y en cuanto a los remedios que se recetan para detener la cursulera, supuestamente ocasionada por los duendes?

—Son de los más ridículos; cuando todo se puede solucionar proyectando un mensaje mental ordenándoles que dejen de joder.

—¿Y cuáles pué son esos ridículos remedios?

—Los tres olores "jediondos" son el ají quemado, el cuerno de buey rallado y quemado y la caga humana. Hay los que aconsejan cagarse en el sitio donde el duende suele hacerse visible. Pero eso no ayuda en absoluto, porque generalmente cuando uno se caga también se mea, y la orina es básicamente H^20, que más bien ayuda a que el duende se aparezca.

—¿Acaso tienen sentido del olfato si ellos son seres etéreos?

—Te equivocas, mestizo. El olfato, como la vista, es una facultad mental; de modo que, así como se dice que ven, también huelen.

* * *

Por fin, los Mulloshingos se animan a plantearle al Sabio Arquímedes la pregunta del millón de dólares:

—¿Por qué saben los duendes dónde se encuentran los entierros y tesoros?

—Porque vieron dónde se los enterró. Así de simple.

—¿Y es verdad que ellos deciden a quién darlos?

—Sí y no.

—¿Cómo así?

—Ellos no los pueden tocar o mover, pero sí pueden indicar su presencia produciendo ruidos o destellos en el piso o en la pared. Hay casos en que se comunican con los humanos en sueños.

Esta respuesta inquietó a los Mulloshingos. ¿Acaso tienen poder para meterse en nuestros sueños y pesadillas? Este supuesto fenómeno inspiró la serie cinematográfica de terror de Freddy Krueger, el "Manos de Tijera".

El Sabio explica:

—Las cosas no son como parecen. Ellos no pueden entrometerse en nuestros sueños. Lo que pueden es sugerir a nuestro subconsciente que soñemos algo. Es algo como el hipnotismo.

* * *

Los Mulloshingos se quedaron en Celendín unos días más, esperando tener alguna experiencia religiosa con duendes y filmar algunos hechos relacionados con esta fenomenología. Y en una visita final al Sabio Arquímedes éste les dice:

—¿No han intentado pasar una noche de vigilia junto a la fuente en la Plaza de Armas, para ver si logran ver al Duende Mayor?

—NO.

—¿Por qué no, taititos?

Le dicen:

—Porque nosotros no creemos en duendes.

Se dan cuenta de haber metido la pata y recalcan en vano:

—Pero nos interesa mucho reportar sobre estos fenómenos socioculturales. . .

El Sabio les dice:

—¡Qué lástima! Porque si creyeran en los duendes, a lo mejor habrían tenido la suerte de encontrar algún entierro, o acaso el Diario del Capitán, o por lo menos hubieran tenido la suerte de fotografiar sipralla al Duende Mayor.

En eso, la Mirtha Mulloshingo le tomó una foto para el recuerdo, en la cual no apareció él, sino nada más ni nada menos que. . . ¡el Duende Mayor, sipralla, con su ponchito corto color caca, a la usanza de los antiguos chilchos de Colpacucho y de Poyunte, y pishgo al aire!

Esta foto les llenó de chalayes.[168]

Esta historia deriva del testimonio del Profesor Arquímedes Chávez Sánchez, bisnieto del Capitán, poco después del diluvio del 17 de marzo del 2005 que hizo aflorar del subconsciente colectivo historias de duendes que como antaño y con todo derecho reclaman sus fueros en este misterioso lugar.

33
ANHELO CUMPLIDO

El Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, hermano de mi abuelita María Benjamina, y tío de mi padre Juan Chávez y Sánchez, tuvo gran cariño y aprecio por su cuñado, mi abuelo, el Capitán. Juntos llevaron a cabo muchos proyectos en bien de nuestro pueblo en Celendín.

La temprana partida de mi abuelo fue un golpe muy fuerte para mi familia, y en especial para el Dr. Moisés Sánchez, que al perder a su cercano colaborador y su mano derecha vio concluido su desempeño cívico en nuestra ciudad, aunque permaneció algún tiempo en ella por una razón de urgencia: Cumplir con su responsabilidad asumida de velar por los hijos pequeños del Capitán, en especial por mi padre que entonces tenía ocho años de edad, y su hermano Victoriano, que era muy pequeño como para darse cuenta de la tragedia ocurrida a nuestra familia.

* * *

La atención del Dr. Moisés Sánchez no se limitaba a proveer económicamente a la familia de su hermana María Benjamina, sino a hacer las veces de un cariñoso y abnegado padre de sus hijos pequeños, en especial de Juan, con quien se encariñó y a cuya educación dedicó todos los recursos posibles.

El soñaba con mandarlo a París, para estudiar medicina. En esos tiempos era Francia, no Estados Unidos, el país que atraía a los jóvenes latinoamericanos, razón por la cual se esmeraban en aprender el francés con profesores privados, aparte de lo poco que aprendían en la secundaria.

Pero las cosas con Juan no resultaron como soñaba su tío Moisés. El desistió de viajar a Francia, y se quedó en el Perú "por enamorado", y realizó sus estudios en Lima, en la Facultad de Educación de la Cantuta.

Mi padre, pues, sentía gran cariño y admiración por su tío Moisés, y tenía una estrecha conexión con el hijo de él, mi tío Alfonso Sánchez Urteaga, el afamado pintor Camilo Blas.

* * *

Después de haber engendrado doce hijos con amor, mis padres, Juan y Esther, se casaron en Huacapampa ante la ley, es decir, con papel de despacho incluido. Entonces mi padre le dijo a mi madre que su primer hijo "legal" que nacería se llamaría Moisés, en memoria de su tío.

Esa misma noche acordaron juntos, papá y mamá, que el padrino del niñito Moisés sería el Amauta Don Pedro García, el Búho, a quien llamaban "compadrito" desde el día en que contrajeron matrimonio en su casa de Huacapampa.

Mi madre se alegró el doble por esta decisión, porque tenía que ver con un anhelo secreto suyo, que mi padre no conocía. Se trataba de un anhelo muy personal, que cierto día me lo reveló a mí sólo y que me cabe el honor de revelártelo a ti. Pero la cosa requiere de un preámbulo.

* * *

Hacía muchos años que mi madre era una mujer evangélica que amaba profundamente la lectura de la Biblia y estaba estrechamente relacionada con la Misión Evangélica Presbiteriana en Celendín (la actual Iglesia Evangélica Presbiteriana), que fuera fundada por misioneros provenientes de Escocia.

Este hecho ayuda a descubrir lo que había dentro de su cabecita y dentro de su corazón: Si había tenido doce hijos con el hombre a quien tanto amaba, ella no veía problema en seguir dándole hijos sin estar legalmente casados. Después de todo, "el papel de despacho es nada más que papel, mientras que una relación de amor es la realidad; lo que realmente vale en la vida."

No es que ella relativizara el valor de la institución del matrimonio. Después de todo, ser esposa de alguien es lo que anhela toda mujer. Porque a ninguna mujer le agrada presentarse o ser presentada como "mi pareja", o "mi relación", o "mi compromiso actual", o "mi peor es nada".

* * *

La verdad de las cosas es que ella no quería verse en la situación de estar involucrada en una ceremonia nupcial religiosa en la Iglesia Católica, y menos ante un cura. Y en lo que concierne al matrimonio civil, ella también lo evitaba porque consideraba que era indefectiblemente la antesala del matrimonio religioso ante un cura.

Mi padre la comprendía y respetaba sus convicciones. Después de todo, el Cielo le había unido con una mujer que decía capaz de "cambiar el mundo y ponerlo patas arriba". Por eso planeó su matrimonio civil sin ceremonia religiosa en la casa de su amigo y anhelado "compadrito", el Búho, en Huacapampa.

A mí, personalmente, no me importa ante quien te cases, con tal que te cases. Mi parecer sobre el matrimonio lo expreso claramente en mi historia corta, "Pepe y la Virgen", una de las 1.001 historias que he escrito para mil noches de placer. Pero mi madre sentía y pensaba de otro modo, que mi padre y sus allegados supieron apreciar. Eso es de alabar.

Después de la criatura que nació tras las Bodas de Huacapampa, les nacieron dos hijos más: Mi hermana Elvira y mi hermano Walter. Este último, el shulca, ya fue dejado sin bautizar.

* * *

Poco tiempo después que yo fuera engendrado, mi padre sufrió ese terrible accidente.

Una sombría y lluviosa mañana subió al altillo o ático que había sobre la sala antigua de nuestra casa, con el propósito de arreglar las goteras del tejado. Y cuando se disponía a bajar, se resbaló de la escalera de maguey y se precipitó al suelo desde una altura de cinco metros, y se fracturó la cadera.

De emergencia fue llevado a Cajamarca en un auto particular, y de allí a Lima en un avión, mientras mi madre que estaba encinta y tenía la barriguita visible, se quedó en casa al cuidado de los hijos pequeños.

Todo parecía indicar que mi padre no sobreviviría. Pero gracias a Dios, a la atención médica de emergencia y a su tratamiento fisioterapéutico, vivió y volvió a caminar, aunque disimulando de por vida una leve cojera.

Todo el tiempo que duró su recuperación posterior a su internado fue cobijado en el distrito de San Isidro en la casa de su primo Celso, hijo de su tío Francisco, hermano de mi abuelo, el Capitán.

* * *

Cuando mi padre fue traído de nuevo a casa en Celendín, mi madre le esperaba teniendo en sus brazos una hermosa criaturita nacida el 3 de junio de 1945, aunque por razones que es de entender, aparte del apremio y la confusión que todos experimentaban en medio de las circunstancias de su gradual recuperación, mi partida fue asentada como que nací el 19 de junio, nada grave realmente.

De no haber experimentado la gracia de Dios, yo nunca hubiera sabido qué cosa es tener un papá. Y en agradecimiento a su primo que le ayudó en la fase de su recuperación, y con la venia de su "compadrito", el Búho, mi tío Celso Chávez Velásquez fue escogido para ser mi padrino.

Es así que fui bautizado como Celso Moisés, y no como "Pedrito".

* * *

Cierto día mi madre me reveló el secreto que quizás no le reveló ni a mi padre; al menos no sé más detalles. Y ha llegado el momento de que te revele este secreto a ti también.

Mi madre apoyó firmemente la decisión de mi padre, de honrar la memoria de su tío, el Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, poniéndome su nombre. El Dr. Sánchez era muy querido para ella también. Pero ella tenía un anhelo más profundo y significativo, un anhelo expresado en su diaria oración: Que su hijo que nacería se pareciera a su personaje bíblico favorito: Moshé Rabéinu (Moisés). Esta era su constante oración ante el trono de Dios: "Señor, haz que mi hijo Moisés sea como tu siervo Moisés."

Como tal, el primer libro de historias cortas que recibí como obsequio, ni bien aprendí a leer, fue un texto infantil ilustrado a todo color con el título, "El niñito Moisés". Mi hermana Elena lo envió de Lima a Celendín en una encomienda.

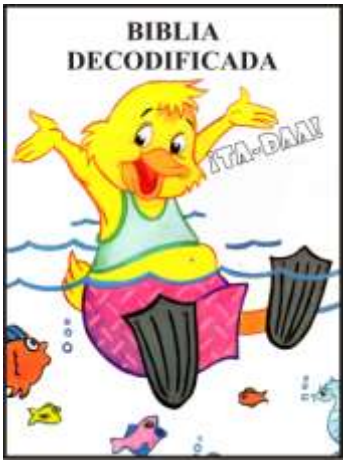
La historia era apasionante: Un niño hebreo librado de la muerte de manera milagrosa, porque su nacimiento fue concorde con el designio divino de ser capacitado en la corte del faraón, rey de Egipto, para ser el libertador de su pueblo, Israel, de la esclavitud en Egipto; para guiarlo a la Tierra Prometida que fluye leche y miel, y para darnos la Toráh, la Palabra de Dios escrita.

* * *

El ñiñito Moisés

Y modestia aparte, la oración de mi madre fue respondida y su anhelo cumplido, pues así como Moisés nos dio la Toráh, ha estado en los planes divinos que yo también estuviera involucrado en una actividad semejante, para lo cual proveyó los medios necesarios para que yo fuera preparado en la universidad más importante del mundo, la Universidad Hebrea de Jerusalem, Israel.

Y ocurrió que edité la *Biblia Decodificada*, mi propia versión de la Biblia. Y en Estados fui escogido para producir la Biblia Científica *Reina-Valera Actualizada* o RVA.



34
EL NIÑO DIOS DE PUMARUME

Mi hermano Lázaro apreciaba más que todos en nuestra familia el legado de nuestro abuelo, el Capitán.

Al lado de su vida disciplinada e incorruptible como policía, él compartía mis inquietudes por la investigación bíblica, y se convirtió en el principal propulsor de mis obras en el campo de la teología científica.

En los últimos días de su vida solía acompañarme a donde yo daría conferencias magistrales sobre este tema. Mis colaboradores más allegados ya estaban acostumbrados a verle presente en estos eventos y le daban todas las atenciones posibles para que se sintiera a gusto.

Por varios años, a insistencia suya yo me alojaba en su casa cada vez que iba a Lima para dirigir las actividades académicas en la California Biblical University of Peru, y a manera de primicia, era el primero en recibir su copia de los materiales bibliográficos que yo traía para mis cursos.

* * *

Una mañana, en el acto de inauguración del módulo académico de julio del 2015 en la Santa Sede informé de su partida. Y al final de este informe se me ocurrió decir algo que para la mayoría de mi audiencia les pareció extraño.

Les dije:

—En la nota *In Memoriam* que difundimos en *MISIONOLOGICAS* me refiero a él con un epíteto que me hubiera gustado gastarle en vida: "El Niño Dios de Pumarume". Aludo al caserío donde él nació, el cual se encuentra a corta distancia de mi ciudad natal, Celendín.

Al medio día fuimos a comer en el Chifa de la CBUP, y en la mesa mi hijo putativo, el George Frankenstein, me da un pellizcón torcido y me pregunta:

—¿Quién es el Niño Dios de Pumarume?

Respondo para todos:

—Es la imagen del niño Jesús con cara de shilico, de unos cinco añitos. Y así de petiso que es, el que menos pugna por tomarse una foto a su lado, porque. . . porque. . . porque él es el santo patrón de Pumarume.

* * *

Mientras nos sirven nuestra sopa wantán especial les digo:

—Esta pequeña imagen tiene una tradición única en su género. . .

Estando presente en nuestra mesa la Dra. Delia Cortegana Calla, que es de Celendín, les digo:

—Mejor que nos lo explique aquí la Dra. Cortegana:

Y ella, muy comedida, nos da cátedra:

—Respecto del Niño Dios de Pumarume, ¡qué no le harán al pobre esos nashacos, esos mentecatos de Celendín! ¡Viéraste, pué! ¡Lo visten y lo desvisten! Lo visten de cachaco, lo visten de torero, lo visten de marinero como al Quico del Chavo del Ocho. Y hasta de estanciero luán hecho salir en procesión, todo prosalla, con su potocho shilico, bien de llanques, con su ponchito plegado sobre su hombro y su alforjita a cuestas. ¡Si es de comérselo vivo! Muy alhajita se ve, ¡igualito a mi Joseph! Así son pué de invencionerazos esos shilicos nashacos, mentecatos, maldiciaus. ¡De que me muera de cólera! ¡Jué!

Y yo añado:

—A los niños que se parecen al mocoso ése les dicen en Celendín, el "Niño Dios de Pumarume". A mí también me decían así pero, modestia aparte, creo que mi hermano Lázaro es el único que con todo derecho puede ser llamado "el Niño Dios de Pumarume", porque nació en Pumarume e hizo el milagrazo de hacer realidad mi obra, *Teología Científica*, que dedico a su bendita memoria para vuestro deleite y satisfacción.

* * *

Entonces el Dr. Homero Calongos inquiere:

—¿Cómo así, doc, su hermano Lázaro hizo ese milagrazo?

Y le respondo:

—Masque después te explico.

Proseguí refiriéndome al "Niño Dios de Pumarume", e interrumpe el Dr. Calongo con insistencia:

—Doc, ¿cómo es que su hermano hizo el milagrazo de hacer realidad su obra, *Teología Científica*?

—Eso mismo intento explicar a continuación.

* * *

Mi hermano me hacía preguntas sobre el Código Secreto de la Biblia y sobre los matemáticos del Teknión de Haifa, Israel, que han diseñado el programa "Código CELL" para practicar Qábalah en la computadora.

Me decía:

—¿Qué sabes al respecto? ¿Has estado alguna vez en el Teknión? ¿Conoces ese programa de computación, el "Código CELL"?

—Sí, ¿por qué?

—Esos científicos del Tecnión, ¿dicen la verdad acerca de la Secuencia de Letras Equidistantes o SLE? ¿De veras hay códigos secretos en la Biblia? ¿Revela la computadora que la mente que los ha introducido en la Biblia no es humana sino divina? ¿Es posible detectar en la Biblia las huellas de Dios?

Le respondo:

—Sí es posible, pero sólo en la Biblia en hebreo, el idioma sagrado. Si tanto te interesa el tema, toma, lee mi historia "El Código CELL". Pero si tiemblas y tienes miedo, no la leas. Mejor, devuélvemela; no te la doy.

Cuando simulo arrancharle mi escrito, se encarama de él y exclama:

—¡Sí, sí lo voy a leer! ¡Lo prometo! Pero poco a poco. . .

En esos días su salud se había deteriorado y tuvo que reducir incluso el tiempo de permanecer sentado sobre una silla como para poder leer.

* * *

De regreso en la Santa Sede, el Dr. Calongo me asedia:

—Doctor, usted prometió contarnos cómo es que su hermano Lázaro hizo el milagrazo de que su obra de *Teología Científica* se haga realidad. . .

Y le digo:

—Permíteme que les lea lo que escribí acerca de él en *MISIONOLOGICAS* con motivo de la presentación de mi obra, *Teología Científica*, en la IV EXPOLITE o Exposición de Literatura Evangélica - 2012:

Teología Científica *llega a vuestras manos gracias a una persona autodidacta que pudo alcanzar una envidiable formación teológica debido a su pasión por el estudio y los libros que adquiría en las librerías evangélicas o se prestaba de la biblioteca de la Iglesia "Maranatha", de la cual es miembro. Me refiero a mi hermano, el Sargento Lázaro Chávez, en cuya casa me alojo cada vez que viajo a Lima para los Módulos Académicos de la CBUP.*

Mi hermano es jubilado de la Policía Nacional del Perú, y en el Templo Maranatha de la Avenida Brasil es maestro de la Clase Adultos de la Escuela Dominical, porque es graduado del Programa Universitario de Teología del CEBCAR. Y aunque debido a su salud delicada ahora no puede asistir a la CBUP, sus profundas inquietudes han convertido su casa en una sucursal del Tercer Cielo —como algunos llaman a la CBUP—, y él se ha convertido en mi implacable interlocutor sobre temas físicos y metafísicos. . .

* * *

Tras una breve pausa, sólo para tragar mi saliva, continué leyendo:

Cuando entraba a su sala de estudio donde estaba rodeado de sus consabidos guardaespaldas —el venerable apóstol Rocco Rothwiler, el Loro Exorcista y Edith, su adorada mujer—, o cuando en las mañanas me sorprendía en mi cama, "caído pero con los ojos abiertos", me hacía muchas preguntas difíciles que coinciden con las de cuantos toman en serio la Biblia:

¿De qué tamaño es el universo? ¿Cuál es la verdadera edad de la Tierra? ¿Cuándo fueron creados Adam y Eva? ¿Cómo es el Sheol y la vida más allá de la muerte? —temas respecto de los cuales proliferan en nuestro medio evangélico mitos, leyendas, fábulas profanas y cuentos de viejas—.

Me pregunta si acaso el fuego, que es un agente físico, consumirá literal y eternamente a las almitas en el lago de fuego, no siendo éstas entes físicos sino espirituales. . .

Me pregunta acerca del retorno de Jesús, respecto del cual ha predicado el pastor de Maranatha que aunque no sabemos el día ni la hora, podemos estar 100 por ciento seguros de que vendrá de noche, porque escrito está en 2 Pedro 3:10, que "vendrá como ladrón en la noche".

Me pregunta de lo que dicen los Testigos de Jehovah, que en la Biblia la palabra "Espíritu" significa nada más que "viento".

Me pregunta sobre el alma del perro y la inmortalidad del cangrejo. . . Porque de que el Rocco tiene alma, no te capo la menor duda, porque te entiende, te ama y es agradecido. Pero el cangrejo. . . como dice el apóstol Capulina, pues a lo mejor, puede ser, ¿quién sabe? Y mi hermano añade: "¡Quiay serrr!"

* * *

¡Ay Amito! ¡Mi hermano Lázaro resultó ser peor que el Calongo y el George Frankenstein juntos!

El me acosaba con sus preguntas difíciles y me obligaba a pensar y a recurrir al *midrash* para poder darme a entender.

Desde que yo llegaba a Lima, a su casa en el distrito pituco de Los Olivos, me rogaba:

—Por favor, escribe un libro con las respuestas que das a mis preguntas, con las explicaciones que me das. Eso solucionaría mil problemas y satisfaría las inquietudes de multitud de almas.

Mi respuesta era:

—Esa es una empresa muy difícil de llevar a cabo a esta altura de mi vida cuando me aproximo a los 70. . .

Su respuesta era:

—¡¡¡Porfa!!! ¡Tú sí puedes!

Mi respuesta era:

—No puedo realizar una obra tan gigantesca así nomá. . .

Su respuesta era:

—¡¡¡Porfa!!! ¡¡¡Porfa!!! Tú eres joven y lleno de vida. . . ¡En comparación de mí, tú eres una criaturita!

Mi respuesta era:

—Tengo tantas cosas que hacer. . . Tengo un compromiso pendiente con la CBUP que no puedo postergar. . .

Y me rogaba:

—¡¡¡Porfa!!! ¡¡¡Porfa!!! ¡¡¡Porfa!!!

Y vuelve a la carga con sus interrogantes y se le ocurre mencionar el Purgatorio. . .

* * *

Entonces, de repente se despierta el Dr. Calongo y pregunta, totalmente fuera de foco:

—A propósito, doc, ¿qué opinión le merece el Purgatorio? ¿Qué opina usted al respecto?

Justamente de esas cosas NO me gusta tratar. Por lo que le respondo con sarcasmo, como para cortar por las buenas:

—Es el lugar donde están, bien ashuturaditas. . .

Retomo mis palabras:

—Es el lugar donde están, bien ashuturaditas, todas las ánimas benditas. . .

Y concluyo de un jalón:

—Todas las ánimas benditas que han tomado purgante.

* * *

Pensando haber dejado a mi interlocutor bien ashuturadito en su Purgatorio, sigo leyendo:

Yo hacía malabares intentando responder las preguntas de mi hermano de manera satisfactoria, echando mano de los gráficos conceptuales del CEBCAR.

También recurría, como hacía Jesús, al midrash y al mashal —historias didácticas y parábolas—. Y qué satisfacción tan grande era llegar al clímax, cuando él me decía con sus ojos humedecidos de emoción:

—¡A ti sí te entiendo! Lo que tú me explicas me convence y me satisface. Pero los libros que he leído me acaban por confundir y aburrir. ¿Por qué no escribes un libro con todas las respuestas que me das?

* * *

Les referí cómo ante tan expectante insistencia de mi hermano, consagré tres años completos a la labor de producir mi obra de *Teología Científica*. Para darme impulso, hice que la temática de los módulos de la CBUP coincidiera con la elaboración de los doce tratados teológicos que conforman mi obra. Mayor impulso me daba el temor de que mi hermano no alcanzara a ver el producto final. Por eso se aceleró su lanzamiento en la IV EXPOLITE —la Exposición de Literatura Evangélica de febrero del 2012—.

Gracias a la Dra. Silvia Olano, directora de la Editorial Juan Ritchie, se alcanzó a publicar mi obra a tiempo. Y en honor de mi hermano, a quien dedico mi obra, *Teología Científica* ha sido escrita en el más pulcro estilo shilico, accesible y ameno a todos los lectores inteligentes.

Así las cosas, como shilico majadero que era, Lázaro se salió con las suyas, y el primer ejemplar, cual chiclayo al horno, fue puesto como primicia en sus manos temblorosas la madrugada del primer lunes de febrero del 2012, ni bien se levantó de la cama.

Lázaro pudo disfrutar plenamente de su contenido hasta que dos años después fue llevado al seno de nuestro padre Abraham.

35
EL ZOOLOGICO DEL FUJMORI

Años después del nacimiento de nuestra hija unigénita, Lili Ester, vino a nuestras vidas nuestro hijo putativo, el George Frankenstein, quien tiene grandes inquietudes por conocer las cosas que sucedieron antes de su existencia terrenal, incluso en los tiempos lejanos de su bisabuelo, el Capitán Don Zaturnino Chávez Baella.

Un día le referí al George con lujo de detalles, tal como paso a referirles a continuación a vosotros también, la historia del Fujmori (no del Fujimori, sino del "¡Fuj! ¡Mori!", a causa del *ishpa*) y de nuestras bodas, de Amanda y de mí, en mi ciudad natal, Celendín.

Escogimos a Celendín para casarnos allí, porque humildemente nos consideramos de la plebe, del común de la gente. De ser shilicos magnates o aristócratas, seguramente hubiésemos escogido casarnos en Huacapampa, un paradisíaco spa o "scapá" que se encuentra a doce kilómetros al sur de la ciudad de Celendín y que ha sido agarrado de bajada por los millonarios shilicos, para sus escapaditas.

La historia de nuestras bodas coincide con la historia del Fujmori, hijo del Búho y de mi sobrina Nelly, bisnieta del Capitán. Y he escogido incluir su historia como representativa de las historias de los tataranietos del Capitán hasta donde alcanza el enfoque de este libro.

* * *

Partimos de Lima en bus y llegamos a Celendín en pelotón dos días antes de nuestras bodas.

En el pelotón estábamos incluidos, aparte de la menudencia, mi novia Amanda y yo, y Stael, la hermana menor de Amanda, que se vino desde la ciudad de La Paz, Bolivia, para

estar presente en este acontecimiento que dio mucho que hablar en Celendín, y por la presente historia virtual también en el mundo entero.

Formaban parte de la menudencia mis sobrinos Eli e Iván, hijos de mi hermana Elvira, mocosos en esos tiempos idos, que se auto-eligieron dizqué para ser nuestros "ángeles de la guarda", para evitar que Amanda y yo precipitásemos el devenir de los acontecimientos hasta las últimas consecuencias.

En cuanto a Stael, ella era entonces soltera, y tuvo que hacer un sacrificio para viajar a nuestra boda, por cuanto es dueña de una farmacia en La Paz, cuyas puertas no se pueden cerrar así nomás, a discreción, a causa de sus turnos pre-establecidos. Es que, como refiere mi esposa en su relato, "Historia de nuestro amor", las cosas relativas a nuestra boda ocurrieron casi en un abrir y cerrar de ojos, ¡como para ser tomados en cuenta por los Records de Guinness!

* * *

Las ceremonias se realizaron en la sala de la casona de mi hermana, la Mama Lila, en el Jirón José Galvez 714 de Celendín.

En un lado de la sala estaba la mesa para el alcalde y demás autoridades civiles de la ciudad (para el matrimonio civil). Y a su costado estaba la mesa para la celebración de la ceremonia religiosa, a cargo del pastor Peter Nagel, de la Iglesia Evangélica Presbiteriana de Celendín. Y en medio de ambas mesas estaba la hermosa torta de bodas, confeccionada por Yoyo y pandilla.

Todo el asunto del matrimonio civil y religioso ocurrió con sólo dar tres pasos al costado, pero en una eternidad.

Luego vino el banquete para los invitados.

* * *

Mientras estas dos ceremonias ocurrían adentro, en la sala, y se alargaban más de la cuenta debido a la exagerada cantidad de firmas que se exigía de los novios y de los testigos —para mayor seguridad—, afuera, delante de la sala, en el amplio patio encementado, tenía lugar otro acontecimiento que terminó opacando nuestra boda.

Se había reunido gran cantidad de mocosos del vecindario y se enfrascaron en un febril partido de fútbol, un mundialito con todas las de la ley.

Sus gritos de júbilo, en momentos hacían que las autoridades civiles y religiosas se desconcentraran en medio del ritual de las bodas, a riesgo de terminar uniendo en los vínculos del santo matrimonio a extraños que estaban bien sentadotes en la sala sin siquiera saber que se trataba de nuestro matrimonio, como en la anécdota del borrachín que entró a una casa y se puso a soplar las velas, y abrazó el ataúd diciendo: "¡Happy birthday to you! ¡Que partan la torta!" Hasta que lo botaron a patadas diciéndole: "¡Imbécil! ¿No ves que es un velorio?"

Las dos ceremonias de nuestras bodas concluyeron; mas no así el espectáculo futbolístico del patio. Yo me encontraba muy emocionado y ocupado atendiendo a la gente, pero de reojo atiné a fijarme que la pelota era de trapo.

* * *

Por atender a la fila de invitados que desfilaba para felicitar a los flamantes esposos y que nos agotaba con tanto beso a Amanda y a mí, no logramos introducirnos en ese maravilloso mundillo infantil. Pero sí lo hizo Stael.

Ella vio que un futbolista de dos añitos de edad destacaba por su energía y empeño, por su quiebre de cintura, por sus goles, y por su humildad y nobleza en lo que se refiere a la celebración de la victoria de su equipo.

Ese futbolista excepcional se llamaba César Mori, apodado con toda justicia "¡Fuj Mori!" —así, tapando tus narices a causa del ishpa—.

El es el hijo primogénito de mi sobrina Nelly y su esposo el Búho Lucho Mori, y nieto de la Mama Lila y del Delesmiro.

* * *

El muchachito exhibía unos zapatos únicos en su género, de colección, de película: Estaban rotos a causa de tanto patear la pelota. Ambos zapatos estaban descosidos y abiertos en la punta, de tal modo que se veían sus deditos, como siendo vomitados por dos sapos que decían, "¡Fuj Mori!" a causa de la pezuña.

Esos zapatos, que al mismo tiempo servían de chimpunes y para dormir, no le causaban gracia a nadie en medio de la fiesta, pero llamaron la atención de Stael, y gracias a ellos, ella se convirtió de repente en una hincha del fútbol.

Atrás quedaron los vagos recuerdos del Bolívar y del Strongest de La Paz, si alguna vez le llamó la atención el fútbol. Y estando los del pelotón de la boda procedente de Lima alojados todos juntos en su casa de la Mama Lila, la Cholita Paceña pudo estar todo el tiempo cerca de su ídolo e intimar con él.

* * *

Ella, que en esos pocos días en Celendín tenía todo el tiempo del mundo para relajarse sin nada más que hacer, se consiguió por allí una guatopa y un pedazo de hilo de coser costalillos, y mientras su ídolo dormía a pierna suelta a causa del cansancio del partido, ella cosió las bocas de los sapos, a fin de que no se escaparan del interior esos cinco deditos del minúsculo campeón.

Al día siguiente, el día de la partida del pelotón de regreso a Lima Limón, ya se los veía juntos a los dos, a la Stael y al Fujmori, como un par de enamorados, porque en agradecimiento el niño le había obsequiado a ella su muñeco de trapo, un bollo de quince centímetros de largo, y de este modo le robó el corazón.

* * *

No atiné a fijarme como sería de emotiva la despedida, pero ella, al llegar a La Paz, le compró un camión de fierro marca *Tonka*, de colección, pintado de color amarillo patito con diseños en negro. Para que te hagas una idea, los juguetes de la marca *Tonka* están incluidos ahora entre las antigüedades que las estrellas de la serie televisada, "El precio de la historia", valoran en miles de dólares si están en perfectas condiciones de conservación.

La Stael envió al Perú, vía DHL, el camión *Tonka* para su ídolo Fujmori, y daba la casualidad de que en esos días se encontraba en Lima el Delesmiro, esposo de la Mama

Lila y abuelo del pequeño *ass* de fútbol. El fue el encargado de llevar el camión a su destino final, y cuentan que en todo el trayecto de Lima a Celendín lo llevó sobre su milca.

—¿Y los sapos?

—¿Cuáles sapos, George?

—Los sapos del zoológico del Fujmori. . .

—Los sapos, es decir, los sapazos, eran sus zapatos del Fujmori, con sus bocazas abiertas de par en par para permitir que el chico pateara la pelota en el más pulcro estilo de Celendín, es decir, al estilo nigua-nigua.

Esto en lo que concierne a los sapos de su zoológico; pero si dejas de interrumpirme, George, pasaré a contarte a continuación todo lo que concierne a las culebras. . .

* * *

Años después, tras mis agotadoras actividades académicas en la Santa Sede de la CBUP en Lima, viajé a Celendín para relajarme y para jugar con globos y agua en los Carnavales, conforme a la palabra que dice: "En Carnavales, ¡hasta Dios moja!" —es que la fiesta cae en plena estación de lluvias—.

En el atardecer de ese mismo día de mi llegada a Celendín, casi a oscuras, escucho gran jolgorio en la Plaza de Armas y la mágica melodía del Chilalo —el Carnaval Celendino—, que mi mamá Tey llamaba "la melodía que resucita muertos".

Salgo de la casa y me dirijo a la plaza para mirar de cerca, y me entremezclo con la vanguardia del Corso de Carnavales del Barrio del Rosario, mi barrio. Se trata de uno de los máximos atractivos de la vida de Celendín, porque en el corso participa la familia entera: Las niñas por su lado, los niños por su lado, los enamorados por su lado, la madre al lado del padre, los abuelitos chochos y sobre la nuca de éstos, su nieto o su nieta llevados "santo piñuño". Y por cierto, todos con los accesorios y disfraces del Carnaval.

Como muchos otros shilicos, desde los últimos rincones del mundo he viajado a Celendín para esta fecha; sólo para ver el Gran Corso del Barrio del Rosario o Colpacucho. Con esta revelación mía podrás imaginar cuán emotiva puede ser esta experiencia anual.

* * *

Cuando el corso pasó de la esquina en la plaza, vuelvo a casa y me pongo a conversar con mi Mama Lila, a quien encuentro en su dormitorio contemplando con nostalgia un fajo de fotografías de la graduación de su nieto, ¡el Fujmori!

Las fotos eran de cuando él era ya un quinceañero con el aspecto cailingo de un hamster flaco y pelucón. Por ese tiempo, tras acabar la secundaria, se había trasladado a Lima para postular a la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI), dejando muchos recuerdos inéditos en Celendín.

Mi Mama Lila me muestra que el muchacho suertudo tuvo como madrina de Promo a la chica más hermosa de la fiesta:

—Esta muchacha de piernas celestiales fue su madrina de promoción. Ella es huacapampina, y con ella sque bailó el vals de honor. ¡Pero mira qué piernazas! ¡Ay Amito!

* * *

Entonces nos ponemos a conversar acerca de él, y ella me cuenta:

—Te contaré, pué, lo que le ha ocurrido a este grajiento cuando era chiquito: Vagando como perro sin dueño por el cerro San Isidro se encontró sobre el suelo, entre las nigua-niguas, un huevo raro como para ser de pajarito, y para nada quería deshacerse de él. El andaba con su huevo en su bolsico, de arriba pabajo y de abajo parriba.

Le advertimos insistentemente:

— Deshácese de tu güevo, no sea que sea de culebra, o de serpiente. ¡Achichín! ¿Y si te muerde?"

—¿Y?

—El no hacía caso y seguía nomá andando con su huevo a cuestas, y yo me moría de nervios pensando que pudiese reventar en su bolsillo y que fuera una culebra o una serpiente. . . ¡Achichín!

—¿Y?

—¡Dicho y hecho! Un día el huevo reventó en su bolsillo. ¡Qué sustazo que se dio el condenáu! ¡Achichín!

—¿Fue una culebra?

—No. Era una lagartijita asisito nomá, de este tamañito. ¡Pero si la vieras, qué alhajita que era!

* * *

Le pregunto:

—¿Y qué pasó después con la lagartija?

—Fíjate que la lagartija creía que el César era su mamá. Por un tiempo él cuidó de su lagartija, alimentándola con mosquitas muertas, gusanitos, arañitas, etc. que se dedicaba a coleccionar para su zoológico. A la hora del almuerzo, la lagartijita salía para almorzar, toda puntual, a su hora. Hasta que creció y. . .

—¿Y?

—Por allí debe andar metida en la huerta por entre las matas de chamcas y de achiras. Ya no lo necesita a él para nada.

Le digo, riéndome:

—Entonces se puede decir que él la ovó a la lagartija. . .

—Amo decir. . . Se merece un premio el muchacho, ¿no crees?

Le digo:

—Valdría la pena solicitar que lo incluyan en el libro de los Records de Guinness. . . ¡como el primer ser humano que ovó una lagartija!

Y me dice:

—¡Fíjate, que eso si que sería un verdadero honor para Celendín!

* * *

Bueno, así cumplo con lo del título de mi historia: Les he hablado de los sapos, de las culebras y de la lagartija del ¡Fujmori! Aunque a la verdad, su zoológico también incluía alacranes y arañas pajchas, a las cuales guardaba dentro de cajitas de fósforos. ¡Todo un zoológico tenía el condenau!

—Alhajitas, pues, son los muchachos cuando nacen y son chiquitos; lástima que después crecen. . .

—Sí, pues. Ahora el César es todo un profesional que a lo mejor ni se acuerda de estos avatares de la vida, cuando aun no había nacido su hermano Pablo.

—¡Pensar que el Fujmori ahora es papá, y Santiaguito, su hijito, acaba de cumplir un añito en una fiestaza celebrada en Celendín con animadoras piernudas y partido de fútbol incluidos!

—¡Jué!

36
EN EL LUGAR DE LOS HECHOS

La noche que llegué a Celendín estábamos todos reunidos de sobremesa en la sala de la casa de la Mama Lila, que antaño perteneció al Capitán. Esta vez no era la fiesta taurina la razón de mi largo viaje desde La Paz, sino recibir de manos del Ing. Lucho Mori el Sello del Capitán que él había descubierto en el altillo, y al cual habían bautizado como "El Sello Fálico", a causa de su parecido a un pishgo en toda su gloria.

Los presentes insistieron en que les leyera las historias de este libro que tienen como escenario estas casas que antaño pertenecieron al Capitán, desde la que colinda con la de Don José María Briones, en la esquina de la plaza, hasta su esquina de Doña Aurora Mori.

De todas ellas, la de la Toya y la de la Chela dicen que es la más pesadaza, y en las noches de Luna, en la boca de su altillo se aparece un diminuto llanguatino coqueando, con calero en mano y machete al cinto. Dicen que es guardián del alambique que dejó en ese altillo el Capitán.

En estas circunstancias el Ing. Lucho Mori me entregó el Sello del Capitán. Y cuando me fui a dormir en mi cama arreglada donde antaño se había velado el Capitán, coloqué el sello sobre la silla que estaba junto a mi catre, en el mismo lugar de los hechos.

* * *

Habíamos llegado a Celendín de diversos países. Desde la lejana Torino en Italia mi sobrino Fabrizio había venido con su papá Pablo Valladares.

Ni bien llegaron a Celendín, su padre le dijo: "Aquí nos separamos tú y yo. Tú te vas por tu lado, y yo me voy por mi lado. Tú te vas a ver los castillos, y yo me voy a ver las costillas. Y si me necesitas para algo, me dices 'tío'. ¡No me vayas a decir 'papá' delante de las costillas, echándome a perder mi plan."

El muchacho andaba solo y de su cuenta cuando se le ocurrió entrar a la sala y escuchó las historias del Capitán que estábamos leyendo. De esta manera disfrutó más que su tío, que digo, su padre, pues se juntó con su primita María Isabel para acompañarse y juntos esquivar a los fantasmas de los Compadres en el resto de la noche. Y no me dejaron en paz hasta que cumpliese mi promesa de llevarles a la Plaza de Armas para mostrarles "el pino que habla", en el mismo lugar de los hechos.

* * *

Primero les leí la historia de "Las campanas de la Iglesia Matriz". Y en el preciso momento en que les muestro el lugar exacto donde doblaron las campanas invisibles en la noche del velorio del Capitán, suena estrepitosamente el timbre del teléfono, instalado en ese preciso lugar, y nos hace saltar a todos de susto.

Nerviosamente levanto el fono, y una voz seductoramente femenina pregunta, justamente por mí, atizando mi horror.

¿Quién podría ser el ser que me persigue hasta tan lejos y consigue sacarme de su carpeta de Judas? ¿Acaso algún demonio disfrazado de mujer?

Cortésmente pregunté quien hablaba, y responde con voz sexy y engrosada, como de ultratumba:

—Yo soy la voz de tu conciencia.

* * *

Yo quedé enmudecido cuando a estas palabras siguió una horripilante carcajada.

Hice el intento de hablar, cuando me dijo atragantándose de risa:

—¡No te has reportado, eh! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

¡Qué alivio! No era una llamada directa del panteón. Reconocí la voz de mi mujer que me llamaba desde Bolivia. Me había llamado a Lima, y le dieron el número del teléfono de la casa de la Mama Lila en Celendín. Y se le ocurrió llamar, justo en el momento cuando acabo de leerles la historia del velorio del Capitán, enfatizando en las palabras: "Y cuentan que pasada la media noche, una campana invisible dobló tristemente y su repique se escuchó tan lejos como en Llanguat."

El teléfono había sido instalado en el mismo lugar de los hechos.

* * *

En esa ocasión la Mama Lila había preparado mi cama en la parte de la antigua sala cuyas paredes contenían los retratos del Capitán y de su esposa María Benjamina, su Despacho de Capitán con la firma del Excelentísimo Presidente de la República, el retrato de mi tío abuelo el Dr. Don Moisés Sánchez y Pereyra, y otros souvenirs de la familia.

Desde que fue velado allí el Capitán, esa parte de la sala se convirtió en el velatorio de la familia. En el mismo lugar se veló don Ezequiel, padre del Ing. Máximo Rojas, que fue marido en segundas nupcias de mi tía Eufemia, y padre de mis primas Elena e Ilda Rojas Pinedo.

Allí se veló también la Ñiñita del Tol.

Y allí me encontraba yo esa noche, desvelándome en el mismo lugar de los hechos.

* * *

Tarde, una noche, en su escritorio mi papá se dio la vuelta en su sillón giratorio justo en el momento cuando en el otro extremo de la sala que servía de velatorio a la familia, en medio de la penumbra empezó a girar velozmente un juguete de su pequeña hijita Julia Aurora. Este extraño hecho le llamó mucho la atención, pero él optó por apagar la vela y dirigirse a su cama.

Al día siguiente se acercó al juguete para examinarlo detenidamente, y sintió que alguien invisible se sentaba en su silla mecedora de mimbre que estaba junto al juguete.

Cuando desvió su mirada para observarla, sintió un gran dolor que parecía que su corazón se desgarraba, y presionó su mano contra su pecho para contenerlo —el final de su vida fue con un doloroso infarto—.

En la tarde murió su engreída, Julia Aurora, que estaba enferma de sarampión y cuya vida se resume en una sola anécdota:

Una vez la pequeña le pidió a papá una peshe (una peseta o dos reales, o veinte céntimos de sol).

El metió sus dedos en el bolsico de su chaleco, y tuvo la mala suerte de sacar una moneda de 50 centavos o medio sol, y no tuvo otra que dársela.

Entonces la niña le miró enternecida, y simulando devolverle la moneda, le dijo con expresión de ruego: "¿Mejor me diérate un tol?" (mejor me diéraste un sol) —de allí su apodo de "Ñiñita del Tol"—.

Allí me encontraba yo, hundido en los recuerdos, en el mismo lugar de los hechos.

* * *

Los recuerdos referidos de las cosas que ocurrieron aquí antes de que yo naciera siguieron agolpándose en la noche que pasé desvelado en lo que fuera el velatorio familiar.

Se cuenta que mi tía, la Mamita Julia, con cariño maternal le enseñaba a cantar a mi hermanita, la pequeña Julia Jidith, a quien yo no conocí porque vivió mucho antes de que yo nadiera.

La canción que le enseñaba era ésta, que cantaban los niños en la Escuela Dominical de la Iglesia Evangélica Presbiteriana:

Palomita blanca, palomita azul,
llévame en tus alas a ver a Jesús.

No niñita mala, no te llevaré,
porque en la clase te has portado mal.

Sí niñita buena, si te llevaré,
porque en la clase te has portado bien.

Y ocurrió que cuando la pequeña Julia Judith cumplió los tres añitos de edad, la palomita blanca y la palomita azul se la llevaron a ver a Jesús.

* * *

La misma canción, con ternura, y con el derecho que implicaba su nombre, Julia, la Mamita Julia, le enseñaba a cantar a la pequeña Julia Aurora, la "Ñiñita del Tol", otra de mis hermanitas fallecidas en la infancia. Y la palomita blanca y la palomita azul se la llevaron a ver a Jesús.

Y la misma canción la Mamita Julia empezó a enseñarle a mi hermana Sara, y mi papá le dijo a mi mamá:

—Dile a tu hermana Julia que por favor no le cante esa canción a mi hija.

Allí estaba yo rememorando esas anécdotas en el mismo lugar de los hechos.

* * *

Desde muy pequeño me acostumbré a contemplar en esta pared de nuestra sala el retrato de mi abuelo en atuendo militar, de cuerpo enterno y a todo color. A su lado estaba enmarcado el documento original del Despacho Oficial firmado por el Presidente Andrés A. Cáceres, ascendiéndolo a Capitán de la Guardia Nacional en mérito a su servicio desplegado en los días decisivos de la Guerra del Pacífico.

Las inscripciones que mi padre había puesto en la parte inferior de estos cuadros fueron mi ejercicio de lectura cuando yo me encontraba en transición en la Escuela Nº 81. Deletreándolas aprendí a leer. Una de ellas decía: "Al ínclito patriota celendino, Capitán Zaturnino Chávez Baella", en que la palabra "ínclito", me explicó una vez mi padre, significa "ilustre".

La caligrafía a mano falló levemente en un trazo, y en la palabra "ínclito" se juntaron demasiado la "c" y la "l", de modo que nosotros los pequeños solíamos leer "indito".

A mi Mama Lila eso le hervía la sangre y renegaba diciendo: "¡Qué atrevimiento! ¡Cómo se les ha ocurrido llamarle 'al indito patriota celendino'! ¿Acaso no ven qué buenmozaso que era?"

Ese retrato estaba allí, donde yo me debatía intentando conciliar el sueño, en el mismo lugar de los hechos.

* * *

Hacia el amanecer tomé de la silla el Sello Fálico del Capitán, lo besé y lo envolví con un pañuelo para guardarlo en mi maleta y llevarlo conmigo a Lima.

Viajaría de inmediato, pero las interrogantes que suscitó aquella mi visita a Celendín me obligarían a volver al cabo de un año. Y volver a nuestra vieja casona equivale a recordar aquellos momentos del pasado que dejaron huellas en nuestras almas.

Una de las actividades que nos deleita en nuestras reuniones familiares, sobre todo en Celendín, es la de recordar a nuestros antepasados y ubicarlos en un árbol genealógico, pues esto, aunque usted no lo crea, tiene efectos que alumbran nuestro futuro y realización.

Quien está particularmente interesada en estas cosas de la vida es mi hija, Lili Ester, que viene a ser bisnieta del Capitán. Por eso la llevé en el verano del 2010, juntamente con su amiga Mariana Bedoya y mi sobrino Panchesco, para leerles las historias de este libro, en el mismo lugar de los hechos.

* * *

No encontré manera de viajar a Lima al día siguiente, y en la noche prosiguió la tertulia en nuestra antigua casona, acompañada de abundante chocolate caliente que nos sirvió mi sobrina Nelly.

Esa noche proseguimos a conversar libremente y a rememorar diversos hechos ocurridos en el lugar. Rememoramos, por ejemplo, el pánico que sentíamos de niños cuando por la rendija de una sala semioscura del Hospital Augusto Gil, contemplábamos las estatuas de Don Pedro, Paula y Augusto Gil, nuestros benefactores, de tamaño natural y hechas de algo que parecía una mezcla de miel con harina de cebada.

Nos espantaba la estatua de Don Augusto Gil saludando con el brazo extendido, con el que se adelantaba para agarrarnos de las mechas. Lentamente se abría paso entre las

demás estatuas, y corríamos despavoridos cuando la pishpireta de mi hermana Sara, gritaba detrás nuestro con voz monstruosa:

—¡Gil, Gil, perejil!

Como observarás, esta rima es una sonsera, pero de sorpresa producía el pánico y la desbandada.

Con Lili Ester volvimos a ver esas estatuas, que ahora están en la sede de la Beneficencia de Celendín, y yo volví a sentirme en el mismo lugar de los hechos.

* * *

¡Qué chocolate más delicioso nos sirvió la tía Nelly esa noche de recuerdos!

El Panchesco se tomó una jarra llena para disfrutar de la tertulia en su integridad, pero fue para su mal.

Tarde en la noche nos apartamos para dormir en los cuartos que la tía Nelly nos había asignado en el piso sobre la sala nueva. Lili Ester y Marianita Bedoya compartían un cuarto, y el Panchesco y yo el cuarto de al lado.

Y ocurrió que, en las altas horas de la noche al Panchesco le venció orinar por haber tomado tanto chocolate. Ahora bien, el cuarto de baño está abajo, en el primer piso, al fondo de nuestra casona y a casi una cuadra de distancia.

En medio de la oscuridad, los pasos en el entablado y en las gradas gimen al menor vaivén de los vivos y de los muertos. Por eso, es mejor aguantarse nomá hasta que el día aclare, o en su defecto. . .

¡Mearse en el mismo lugar de los hechos!

* * *

Pasada la media noche, mi cuñado Delesmiro apaga la luz desde la llave general, y quedo aprisionado en las tinieblas eternas, sólo para experimentar en carne propia lo que se siente en un lugar que es “pesado”, a causa de la concentración de los fantasmas de los muertos.

Toda la noche no pude conciliar el sueño. Y si lograba dormir por un breve instante, era sólo para despertar con la pesadilla de algo que me asfixiaba.

Entonces mis pensamientos dan vueltas alrededor del recuerdo de la Ñiñita del Tol, del pino que habla, de la campana que repicó en nuestro patio y fue escuchada en el lejano valle de Llanguat.

La única salida era escaparme y volver a Lima. Y eso hice al día siguiente, a pesar de que mi Mama Lila quiso cambiarme de cuarto para que me quedara unos días más.

Pero planeo volver pronto junto con Lili Esther, mi hija adolescente, quien se cree la campeona, a quien ninguna historia de fantasmas y de duendes le puede estremecer de miedo. Pero una cosa es que los veas en la tele, en casa, con la luz prendida y bien abrigada con edredones. . .

Y otra cosa es que estés en el mismo lugar de los hechos.

37
RECUERDOS
DEL DOCTOR NELO

Cuando el Doctor Nelo partió, *El Diario del Capitán* se acabó de escribir.

Daniel Quiroz y Amayo, o como lo llamo en *El Diario del Capitán*, el Doctor Nelo, porque en todo dicta cátedra, fue mi amigo de la infancia. Fue mi maestro de travesuras y maldades. Fue mi rival en el estudio y en la investigación científica. Fue mi hermano en la fe y en nuestras convicciones. Y posiblemente, la última persona que visitó su prodigiosa mente antes de que él entregase su espíritu fui yo; por lo cual no dejo de llorar su partida.

A lo largo de décadas él me ayudó a escribir mi obra, *El Diario del Capitán*. El me ha provisto de la información que ninguna otra persona me podía proveer, justamente porque estaba pendiente de mis labores de investigación y participaba de ellas. Y cuando partió, *El Diario del Capitán* se acabó de escribir.

* * *

En el Número 17 de *MISIONOLOGICAS* hemos tratado ampliamente de él y de su carta que le escribiera al periodista César Hildebrandt, director del periódico "Hindebrandt en sus trece", para protestar respecto de un artículo escrito por un periodista judío que ponía en duda la existencia de los reyes David y Salomón. Pero ése no fue el espacio para compartir los más bellos y perfumados momentos de nuestra infancia, que es lo que quiero hacer resaltar en esta ocasión, como expresión de mi agradecimiento por su paso por la vida.

En la presente obra, en la historia inicial, "El Síndrome de Harry Potter", presento un perfil parcial del Doctor Nelo, y quiero terminar mi libro con otros rasgos que me identifican con él.

* * *

Yo salí de Celendín para estudiar la secundaria en Lima, a la edad de diez años. Por eso no me acuerdo de los nombres y apellidos de muchos amigos de mi infancia, salvo de los vecinos de mi cuadra, como el Nelo, como el Charro.

La casa de los padres del Nelo estaba frente a mi casa, en la calle José Gálvez, pero también tenía frente a la Plaza de Armas donde estaba la botica de su padre, Don Daniel Quiroz, y tres tiendas tipo bazar.

Yo recuerdo los nombres de su papá, de su mamá, de sus hermanos, de sus hermanas, y de la Muda Zenaida, que fue adoptada por ellos, de la misma manera que mis padres adoptaron a su hermano, el Mudo Miguelino. Es más, el Nelo crió a sus hijos con el convencimiento de que este servidor era su tío Moisés.

¿Quedas satisfecho de mi excelente memoria?

* * *

La primera vez que el Nelo aflora en mi recuerdo fue cuando me hizo una broma pesada, tan pesada que hasta ahora la recuerdo.

Seguramente él no quiso hacerme la broma a mí, en particular, pero como siempre, de manera omnipresente, yo me encontraba en el lugar de los hechos.

Yo tendría nada más que cinco años de edad, dos años menos que él. Yo lo veía a él grandazo, admirable. Y realmente, era alto, como todos los miembros de su familia, una de las pocas familias judías de Celendín.

Una mañana, en la Plaza de Armas, junto a la fuente de aguas saltarinas, se le ocurrió al Nelo organizar un concurso entre los cholitos más pequeños que él. El concurso consistía en abrir la boca lo más que puedas. Incluso le puso nombre al concurso que inventó: "El Concurso Nacional de Abrebocas".

Por supuesto, yo tendría que ser el ganador. . . ¡Y de veras, gané!

* * *

Abrí mi boca hasta que se pudieron ver claramente iluminadas por la luz del Sol mi campanilla, mis amígdalas y hasta mi tubo digestivo.

En eso, el Nelo, que tenía escondido en su mano un puñado de tierra, me lo arrojó certeramente adentro, y se esfumó del escenario.

Unos abrebocas adultos me cargaron santo piñuño, y me llevaron de emergencia a la botica de su señor padre, Don Daniel Quiroz. Allí, en la trastienda, se congregaron su madre y sus hermanas Jesús y Bertha, y varios vecinos que se agolparon para ver el final.

Me hicieron un lavado de la garganta con un balde de agua y una bombilla de jebe, y gárgaras tras gárgaras, hasta que quedé bien.

El pánico se podía ver en la cara de sus hermanas y también de su madre, Doña María Amayo, para quienes yo era una especie de mascota, dado mi cuerpo pequeñísimo y mi cabeza grande a causa de mi cabellera crespa y sin peinar.

Yo no sé dónde se metería el Nelo. Yo no sé si sus padres lo lograron agarrar para darle una bien merecida maja desnuda. Pero una cosa sé: Que no obstante que me atoré gravemente, en ningún momento dejé de sentir admiración por él. ¡Fíjate que le admiraba por haber hecho semejante maldad!

¡Qué hermoso es ser niño! Con razón, Jesús dijo que hay que hacerse como niños para poder entrar en el Reino de los Cielos.

* * *

Después ocurrió otra del Nelo, pero esta vez yo no fui la víctima.

Es la famosa historia de larga trayectoria que refiere el antropólogo Jorge A. Chávez y Silva, el Charro, en una de sus obras. Como todas las travesuras de los niños shilicos, ésta que voy a contar también tenía nombre: "El palito de oro".

A mí me la hicieron otros; no el Nelo. Y después yo también se las hice a otros. De modo que cuando el Nelo se la hizo a un niño, yo estaba presente allí, sirviéndole de cómplice gratuito.

Consiste en conseguirte un palito, de esos con que se toca el tambor, liso y bonito. Luego te vas al corral y lo embadurnas con caga fresca, salvo en la parte de la que lo sostienes. Para mayor efectividad puedes simular ser director de orquesta, con tu batuta a cuestas.

Luego provocas una simulada pelea callejera:

—¡A ver, tócale las barbas! —es decir, dale una cariñadita, para provocarle a reaccionar—.

Luego, cuando se te cuadran para pelear, le pides a cualquier espectador advenedizo, y mejor aún a algún estanciero abreboca, que te haga el favor de agarrarte tu palido un momento, mientras tú le sacas la mierda al provocador, que también es tu cómplice. Y luego, cuando la pobre víctima te hizo el favor, sorpresivamente todos los mocosos se mandan a correr, y los contrincantes hacen lo mismo, abrazados como grandes amigos.

La actuación histriónica de los mocosos es sorprendente, tanto, que no falta el honesto que te llama diciendo: "¡Oye! ¡Te olvidaste de tu palito!"

* * *

La tercera que recuerdo del Nelo, fue cuando tumbaron una unsha en Carnaval, en su esquina de Don Mariano Pereyra, que era sastre.

La unsha era un palo de eucalipto, bien plantado en medio del empedrado de la calle. De su punta pendían cintas de colores cuyo extremo tomaban en su mano los que danzaban alrededor, hombres y mujeres, al son del Chilalo. Y bien arriba de las cintas pendían pañuelos de vistosos colores, souvenirs y golosinas que cualquier muchacho mentecato quisiera agarrar a las ganadas como trofeo, para merecer la alabanza de los demás, especialmente de las chicas bonitas que danzaban alrededor.

Cuando llegué a la unsha, allí estaba el Nelo dando vueltas con las manos atrás, sonriendo alegre, como un gato al cual le han encargado que cuide la carne.

Yo miraba de reojo todos sus movimientos, porque él era mi maestro de maldades. Y aquella tarde aprendí de él una hermosa lección que puse en práctica en más de una ocasión.

* * *

Para ser sincero, yo estaba allí para atrapar algo. Pero como le vi al Nelo, esperé precavidamente para ver cuál sería su movida.

La música del acordeón terminó, y el palo de la unsha se cayó al ser cortado con un machete. Y los niños pequeños se lanzaron, unos encima de otros sobre los pañuelos, las gruesas de globos y las golosinas, dejando sus traseros expuestos a las patadas que repartían el Nelo y otros chicos de su edad. Por supuesto, nadie lograba enterarse quién lo pateó, aunque se podía sospechar de mí.

Ese día yo no pateé a nadie, porque me quedé estupefacto del hermoso show. Pero pronto aprendí qué hermoso es repartir patadas en lugar de pelearse por su peñuelo o un paquete de chupetes.

Y así pasaron los años, y yo fui a estudiar la secundaria en Lima, en el Colegio San Andrés.

* * *

Cierto día de verano, en tiempo de vacaciones de fin de año, me encuentro con el Nelo en la puerta de la Biblioteca Nacional en la Avenida Abancay. Entonces yo tendría 15 años, y el Nelo tendría 17. Y realmente sorprendido al verme salir de la Biblioteca, me dice:

—Y tú, ¿qué estas haciendo en la Biblioteca Nacional?

Le respondí:

—Estoy leyendo algunas obras del gran filósofo vasco-español Don Miguel de Unamuno. Ya me he leído, *La agonía del cristianismo*, y ahora estoy leyendo su novela *Abel Sánchez*. ¡Sin duda es un gran escritor!

El Nelo se quedó pálido y de una pieza ante semejante respuesta mía, repleta de academismo. Y te aseguro, que después de separarnos, él también fue a pedir las obras de Don Miguel de Unamuno para devorárselas. Desde hacía tiempo había una guerra no declarada entre nosotros dos: Nada de lo que él hacía yo no hacía, y nada de lo que yo leía él no leería de inmediato.

Ahora bien, eso de Don Miguel de Unamuno, que tanto le impresionó y le asustó al Nelo tiene una explicación sencilla: El fundador del Colegio San Andrés donde yo estudiaba, fue discípulo y amigo personal de Don Miguel de Unamuno en la Universidad de Salamanca. Me refiero al Dr. Juan A. Mackay a quien yo conocí personalmente y admiré toda mi vida. El me contó sus experiencias con su amigo y maestro, el gran sabio español.

* * *

Después de estas cosas, nuestros campos de interés y de investigación se desarrollaron paralelos y ambos compartíamos inquietudes y descubrimientos.

Ambos somos arqueólogos, antropólogos, lingüistas, teólogos científicos, etc.

Ambos conocíamos secretos y misterios vedados a otros seres humanos. Como dije en una ocasión, él es el más grande duendólogo que jamás se haya levantado en Celendín.

En lo único que nunca le pude igualar fue en su habilidad de imitar el lenguaje de los pájaros produciendo sonidos con sus labios y sus dientes. Cuando lo imitaba al tuco, estabas ante un tuco. Cuando lo imitaba al indio pishgo, estabas ante un indiopishgo. Cuando lo imitaba a un zorzal, estabas de veras ante un zorzal. Cuando lo imitaba a un quende, estabas ante un quende. Cuando lo imitaba a una chinalinda, estabas ante una chinalinda. Su habilidad era realmente prodigiosa, y después llegué a saber que en esto imitaba a su suegro, el genial Alfredo Rocha.

* * *

Con el transcurso del tiempo, él fue quien más información me pudo aportar, aparte de mi señor padre y de mi sobrino Quime (el Sabio Arquímedes), sobre la trayectoria de mi abuelo, el Capitán, sobre todo en lo que respecta a su gestión pública en nuestra ciudad. Yo no sé cómo es que conocían tanta información reservada. ¿Acaso tendrían acceso a los archivos secretos de la Municipalidad de Celendín?

Hablo de este modo, porque ambos hemos nacido casi medio siglo después de la partida de mi abuelo.

Cuando empecé a escribir este libro que lees, varias veces viajé de Celendín del otro extremo del mundo para ver si el Doctor Nelo podría dar respuesta a mis interrogantes, a medida que iban surgiendo.

Cuando ellos partieron para la eternidad, me dejaron huérfano en Celendín.

Cuando el Doctor Nelo partió, *El Diario del Capitán* se acabó de escribir.

38
EL SOLDADO DEL REDUCTO Nº 5

La historia a continuación se basa en el relato escueto de mi sobrina Ligia Tavera de Casanova, que escuchaba con atención las historias de su bisabuelo, el Capitán. Tiene que ver con una brevísima visita que ella hizo al parque cerrado al público en La Calera, en el emplazamiento del Reducto Nº 5 para la defensa de la Capital en la confrontación con Chile.

Mi sobrina Ligia Tavera Chávez, coronada reina

Y dice así:

* * *

Una mañana me puse mi buzo y mis tenis, junté mi cabellera hacia atrás, al estilo cola de caballo, y salí a practicar *jogging* en la vecindad. Y al pasar por el parque del Reducto Nº 5, en la Avenida Angamos Este, vi entreabierta la reja que da a la calle trasera del parque. E inquieta por las historias que se cuentan de este lugar, me atreví a entrar para curiosear un poco.

Era en plena luz del día. No había perros, de modo que no habría ningún peligro que temer. Lo peor que me podría pasar a esa hora sería ser invitada por el guardián a salir de inmediato.

Al fondo del parque aparecieron algunos empleados de la Municipalidad de Surquillo uniformados de verde ecológico, pero no me dijeron nada.

Otras cabezas se levantaron de entre las matas de flores para mirar hacia donde yo estaba, pero se desentendieron y volvieron a su labor de clasificar las plantitas para transportarlas en diversos parques y jardines de la ciudad.

Entonces apareció, como subiendo del suelo y trepando por el terraplén del reducto, un soldado que me dio la bienvenida.

* * *

Le dije, nerviosamente, que vivía en las inmediaciones, y aprovechando que la reja estaba entreabierta, ingresé para ver si me permitían visitar un rato este lugar histórico, pues yo era bisnieta del Capitán Don Zaturnino Chávez Baella que combatió en el Reducto Nº 1 por la defensa de la Capital, el 15 de enero de 1881, al lado del Coronel Don Andrés Avelino Cáceres.

¡Guau! No sé de dónde saqué tanto aliento para expresarme así tan de corrido. El nombre de mi bisabuelo y la fecha de la Batalla de Miraflores salieron de mis labios con tal seguridad que impactaron al soldado. Y él me abrió el paso con un atento movimiento de su mano.

Me dijo, respecto de mi bisabuelo, Zaturnino:

—Su nombre me suena. . .

* * *

Unos años antes mi madre había cerrado la Farmacia Chávez y se había trasladado de Celendín a Lima para ocupar nuestra flamante residencia del barrio “La Calera” en el distrito de Surquillo.

Para salir de casa a la Avenida Angamos solíamos atravesar un área polvorienta y alambrada donde se aparecía un soldado que nos decía que estaba terminantemente prohibido ingresar allí. Pero a pesar de la vigilancia, los vecinos insistían en convertir el área en un basural.

Mi tío Moisés, hermano de mi madre, nos relata los hechos de la Batalla de Miraflores y refiere que esta área fue el emplazamiento del Reducto Nº 5 de la línea de defensa de Miraflores y Lima bajo el mando del Coronel Belisario Suárez, y que hasta este punto se replegaron algunos combatientes del Batallón Celendín Nº 1, al mando de mi bisabuelo Zaturnino Chávez Baella después que el Reducto Nº 1 fue desarticulado por los chilenos, y después que cayó también el Reducto Nº 2 que estaba al mando de Don Ramón Ribeyro.

* * *

Previamente, los chilenos habían desembarcado en Cañete y llegaron a las inmediaciones de Miraflores tras una fulminante victoria en las batallas de Chorrillos y San Juan.

El Reducto Nº 2, el Reducto Nº 5 y un área despejada que formaba parte del Reducto Nº 6 en las inmediaciones del puente Primavera son los únicos ámbitos de la batalla de Miraflores que no han desaparecido de la vista bajo los tentáculos del pulpo de concreto que representa la vertiginosa urbanización de Lima.

El Reducto Nº 2 ha sido convertido en un hermoso parque abierto en la esquina de la Avenida Benavides y la Vía Expresa o Paseo de la República.

El Reducto Nº 5, en el fundo "La Calera", en Surquillo, sigue siendo zona militar reservada, y su área trasera es un vivero de flores a ser trasplantadas en otros parques de la ciudad. Ahora ya no es un área polvorienta y de matorrales, sino un hermoso parque cercado. Si quieres visitarlo, da a la Avenida Angamos Este, frente a las Torres de Limatambo. Sólo está abierto al público cada 15 de enero para la celebración de rituales militares.

Pero permíteme volver a mi relato inicial. El soldado del Reducto Nº 5 caminó a mi lado hacia la parte central del parque donde se encuentran tres placas de bronce que conmemoran la Batalla de Miraflores. Y al recorrer con la mirada los nombres de los caídos en batalla, de nuevo me dice respecto de mi bisabuelo:

—Su nombre me suena. . .

* * *

Me dice que tenía a mucha honra haber sido comisionado para guardar este lugar al cual se refería como "santuario".

Dijo que en el tiempo que ha permanecido allí ha tenido muchas experiencias interesantes, como la visita mía, y también de uno que otro ciudadano de Chile.

Me dice:

—Es conmovedor el caso de ellos porque te hace sentir de cerca la tragedia de la guerra. Para empezar, ninguno de los soldados chilenos vino acá de *motu proprio*. Y en una guerra caen hombres de los dos lados, todos ellos seres humanos que han dejado, madre, esposa, hijos.

Pregunto:

—¿Y qué más le hacen pensar los chilenos que visitan este lugar?

—Que son exactamente como nosotros. Que tienen los mismos sentimientos. Que debemos olvidar las guerras, mas no a quienes combatieron y dieron su vida por la Patria.

* * *

En otro momento le pregunto:

—¿Quiénes más visitan este lugar?

Responde:

—Este santuario es visitado por historiadores. Hace unos días vino un historiador americano que estaba estudiando el emplazamiento de todos los reductos de la Batalla de Miraflores. El tenía en su mano el plano que aparece en la obra que escribió en primera persona el Mariscal Cáceres, intitulada, *Memorias de la Guerra del 79*.

Le pregunto:

—¿Y por qué está siempre cerrado al público este parque?

—Este santuario sólo está abierto en fechas conmemorativas. El resto del tiempo está cerrado al público, mas no a los que solicitan ingresar, como es el caso suyo, que entiende su significado.

El Soldado del Reducto Nº 5 estaba uniformado e informado de historia.

Me sorprendió cuando volvió a pronunciar el nombre de mi bisabuelo Zaturnino y cuando repitió diciendo:

—Su nombre me suena.

* * *

Tras una breve pausa, el soldado continúa:

—Observe esta placa. . . Dice que este Reducto tenía como Comandante en Jefe al Coronel Belisario Suárez Vargas. Verá que aquí cayeron muchos coroneles, tenientes coroneles, capitanes, tenientes, sargentos, pero sólo dos soldados, aparte de numerosos civiles. Incluso había un Capitán de Fragata, lo que indica que no había suficientes soldados en aquel ejército de emergencia para defender Lima y el Perú, y los puestos de combate fueron llenados por gente de nuestra desmantelada Marina.

Mientras lee la segunda placa, respira profundo.

* * *

Me dice que hacía mucho tiempo que había sido destacado aquí, y que conocía a los vecinos de la calle Manuel Bonilla y a los de la calle La Calera, los cuales cuentan historias conmovedoras respecto de este santuario.

Le pregunto:

—¿Qué historias?

Responde:

—De los gemidos. . .

—¿Qué gemidos?

Responde:

—Cuando empezó a ser urbanizado este lugar, desde sus mismas casas escuchaban en las noches gemidos que subían del polvo de la tierra.

—¿Usted también los ha escuchado?

—Sí. Son gemidos de dolor, gemidos de hombres que se desangran, agonizan y mueren. Sus suspiros son ahogados por el polvo. Me imagino que así será en el Alto de la Alianza, en la Pampa de la Quinua, y en todo otro lugar donde hubo una batalla, porque las almas de los que murieron se quedaron atrapadas allí para siempre, lejos de sus casas, lejos de sus amadas mujeres y de sus hijos.

* * *

Luego me guía hacia la placa que contiene los nombres de los combatientes que cayeron defendiendo el Reducto Nº 5 y se pone a leerlos, buscando el nombre de mi bisabuelo.

Vuelve a decir:

—Su nombre me suena. . . ¿Qué grado tenía él? ¿Era teniente coronel? ¿Era sargento? ¿O era civil? En esta placa están catalogados por grados, y como ve, también cayeron muchos civiles.

Le digo:

—El nombre de mi bisabuelo no aparece porque él no murió en la batalla. El estaba en el Reducto Nº 1, cerca de la costa del mar, en el flanco izquierdo del Coronel Cáceres, al mando del Batallón Celendín Nº 1.

* * *

Quedé maravillada de su conocimiento de la historia.

Le pregunté por su nombre y apellido; por si acaso habría que volver a visitar el santuario con mi mamá Chabu y otros familiares.

El pareció distraerse, y no respondió.

Juzgué que quizás no era apropiado preguntarle su nombre a un militar uniformado; con mayor razón siendo yo mujer.

Cambié de rumbo en la conversación, diciéndole que me gustaría mover a la colonia celendina residente en Lima para participar activamente en la conmemoración de la Batalla de Miraflores en este santuario.

Eso pensaba hacer en la Asociación Celendina, y hablé con sus directivos, pero mis recargadas actividades en la Clínica Naturista de Cerro Camacho no me permitieron llegar a algo más concreto.

* * *

Después de recorrer el sendero de concreto encima del terraplén de guijarros pintados de negro que conforma el memorial del Reducto Nº 5, atravesé detrás de él el polvoriento tablón preparado para un almácigo de flores. La inconsistencia del suelo no me permitió avanzar, y para impedir que yo perdiera el equilibrio, él me asió con firmeza del antebrazo diciéndome:

—Perdone usted. . . mi osadía. . .

Luego me acompaña a salir del santuario.

Le digo:

—Ha sido algo conmovedor. . . —y le extendí la mano—.

El hizo lo mismo, y dijo:

—Saturnino del Castillo, para servirle.

* * *

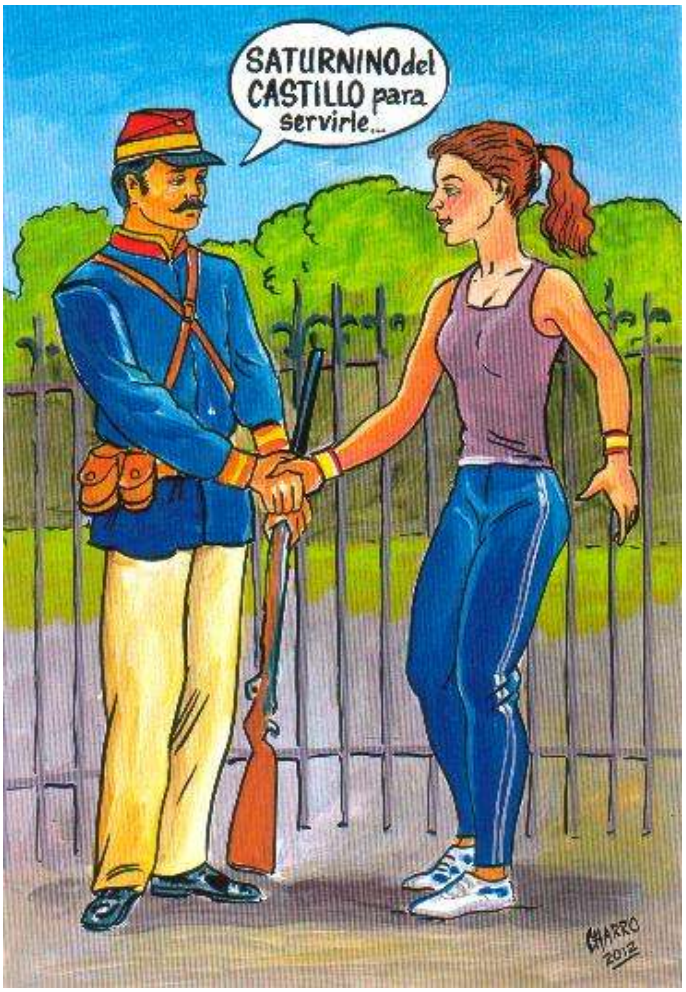
Han pasado varios años. Recuerdo cada una de sus palabras. Pero más recuerdo la temperatura de su mano.

Era el medio día de un caluroso verano. Y aún si hubiera sido en invierno, eso no explicaría por qué su mano estaba tan fría.

He vuelto a pasar por el lugar, esperando volver a verle, pero no hallé la reja entreabierta.

En algunos días feriados, para merodear coquetamente por allí tomé como pretexto que practicaba *jogging* vestida de mi buzo, y con mi cabello recogido al estilo cola de caballo. Pero no volví a ver su cara ni sus ojos ensombrecidos por su kepí.

Sobre todo me obsesionaba constatar la temperatura de su mano.



* * *

Hace unos años recibí un oficio de la Municipalidad de Surquillo, invitándome a mí y a la colonia celendina residente en Lima a la ceremonia conmemorativa de la Batalla de Miraflores, el 15 de enero en el Parque del Reducto Nº 5.

Me esmeré por llegar en la mañana más temprano de lo requerido, y encontré la reja que da a la Avenida Angamos abierta de par en par.

Ingresé con confianza, como sintiéndome en casa y me dirigí al monumento central.

Tuve tiempo de sobra para leer y releer el texto de las tres placas conmemorativas de bronce. Pero a una de ellas le presté más atención, a la que decía: GLORIA A LOS HEROES DE LA BATALLA DE MIRAFLORES.

En la placa estaban distribuidos en tres columnas los nombres de los caídos en combate.

Toda la tercera columna más la mitad de la segunda incluía los nombres de los caídos en el fragor de la batalla, y entre ellos leí el nombre. . . SATURNINO DEL CASTILLO.

39
EL JUANITO DEL REDUCTO Nº 2

De derecha a izquierda:
Los hermanos Moisés, Sara, Elvira y el Juanito
en el Parque Reducto Nº 2 en Miraflores,
emplazamiento del Batallón "Celendín Nº 1"
en la Batalla de Miraflores

El Dr. Gustavo Montero del Aguila es un gran amigo, porque el amigo sabe tener empatía con sus amigos. Es así que en varias ocasiones, terminadas nuestras actividades académicas en Lima y antes de que yo emprendiese viaje de regreso a casa en Bolivia me acompaña a una nostálgica visita de rigor al parque del Reducto Nº 2 de la Batalla de Miraflores, y él siente lo que yo siento, como peruano y como amigo.

La primera vez que visitamos juntos el lugar, al cual yo ingreso desde siempre como si fuera mi casa, a partir de la Vía Expresa le señalo los edificios de la Avenida Benavides en dirección de Larco Mar y le digo:

—Ese fue el emplazamiento del Reducto Nº 1, donde combatió mi abuelo, el Capitán Don Zaturnino Chávez Baella, en el flanco izquierdo del Coronel Andrés A. Cáceres.

Luego le digo:

—Y en este parque estuvo el Reducto Nº 2, al mando de Ramón Ribeyro.

Narra el Diario del Capitán que rota la defensa del Reducto Nº 1, la gente al mando de Don Zaturnino Chávez Baella se plegó a los combatientes del Reducto Nº 2. De modo

que el "Juanito" que se aparecía en este parque bien pudo haber sido algún soldado del Batallón Celendín Nº 1 que lideraba mi abuelo.

* * *

El viernes 20 de julio del 2012 hicimos una visita al Reducto Nº 2 los profesores y estudiantes de la California Biblical University of Peru (CBUP). Siempre terminamos cada seminario semestral con un *outing*, tanto para relajarnos después de un programa académico intensivo como para aprender más sobre Lima y el Perú.

El emplazamiento del Reducto Nº 2, al este de la Vía Expresa, ha sido implementado como parque, y en su extremo sur se ha construido el Museo de Sitio "Mariscal Andrés Avelino Cáceres" reproduciendo —locomotora y vagones incluidos— la antigua estación de Miraflores del tren Lima-Chorrillos que estaba en este lugar, al lado oeste del Reducto Nº 2.

* * *

En el ambiente del Museo destinado a conferencias nos muestran el video de Gonzalo Torres (el de "A la vuelta de la esquina"), con la participación de la historiadora Lourdes Medina.

El relato de Gonzalo Torres empieza señalando el emplazamiento de los diez reductos o terraplenes para la defensa de la Capital ante el avance de las tropas chilenas desde el sur:

El Reducto Nº 1 estaba en dirección de Larco Mar.

El Reducto Nº 2 estaba junto a la estación del tren Lima-Chorrillos.

El Reducto Nº 3 estaba entre la Plaza Ramón Castilla y Acora.

El Reducto Nº 4 estaba en Valderrama.

El Reducto Nº 5 estaba en la Avenida Angamos Este.

El Reducto Nº 6 estaba en Las Begonias, en San Borja.

Y así sucesivamente hasta el Reducto Nº 10, que estaba por Evitamiento.

El gran cuadro de la disposición de los reductos que se exhibe en el Museo ha sido pintado en 1995 por Etna Velarde Perales.

* * *

El lunes 23 del mismo mes volvimos el Dr. Gustavo Montero y yo con una copia provisional de *El Diario del Capitán*,[169] la presente historia novelada de mi abuelo, para la Biblioteca del Museo. Entonces le digo a la Sra. Elsa Saravia, Administradora del Museo y del Parque Reducto Nº 2:

—Este "Diario" no trata exclusivamente de lo ocurrido en el frente de batalla. La mayor parte de sus historias son leyendas entretejidas alrededor de la memoria de mi abuelo, que yo he logrado rescatar después de veinte viajes a Celendín, a veces desde otros continentes. Yo llegué a pensar y a sentir que si no rescato del olvido la historia de mi abuelo, él desaparecería para siempre. Y si mi abuelo desaparecía, sentía que desaparecía yo también.

Ella se queda intrigada al pasar la mirada al contenido de mi libro y me dice:

—Estas historias, ¿no serán como la historia del "Juanito"?

Le pregunto:

—¿Cuál Juanito?

Nos dice al Dr. Montero y a mí:

—Por favor, síganme.

Y mientras le seguimos, sin saber a dónde nos conducía, ella dice en voz baja:

—Ojalá que no se haya ido ya la señora Fiorella; porque a esta hora se va. . .

* * *

La Sra. Fiorella de Graham, esposa del historiador Percy Graham, especializado en el capítulo de la historia nacional de la Guerra del Pacífico, estaba en el vagón del tren memorial, levantando sus papeles y su cartera, despidiéndose de otras damas que allí practican las artes plásticas porque ya eran las 12.00 del día.

La Sra. Saravia le pidió por favor que se quedara un momento para que nos cuente la historia de Juanito. Y ella se acomodó en la parte de la grada del vagón del tren y nos dice:

—Lo he visto varias veces, y también lo han visto los que trabajan de noche haciendo guardia en el parque y en el Museo de Sitio.

La Sra. Savaria le ruega:

—Cuénteles, por favor, cómo lo han visto. . .

Ella especifica:

—Es un soldado peruano, vestido con el improvizado uniforme crema que se les dio a los reservistas que defendieron Lima en las batallas de San Juan y Miraflores. Su uniforme luce empolvado y hecho jirones. El avanza a tientas, para no caer de bruces, atraviesa este vagón, y se esfuma al atravesar la puerta cerrada de ese cuarto de baño del edificio del Museo de Sitio al frente.

* * *

En ese momento, algo le ocurre al Dr. Gustavo Montero, afamado exorcista evangélico, que pide disculpas y se dirige a ese mismo cuarto de baño que señala la Sra. Fiorella.

Cuando entró allí, pensamos que se le ocurría investigar el misterio de ultratumba. Después me confesó: "Al escuchar el relato de la Sra. Fiorella, me empecé a orinar de miedo. ¡Y para colmo, tuve que entrar a ese mismo cuarto de baño que la Sra. Fiorella señaló diciendo que allí entra el Juanito. Y adentro, inevitablemente, temí de veras encontrarme con él de día y con Sol."

Cuando el Dr. Montero volvió aparentemente desahogado, la Sra. Fiorella continúa:

—Lo hemos visto muchos. Esto no es un recuento subjetivo.

Le digo:

—Del Reducto Nº 5 se cuenta que del polvo subían los suspiros de los soldados adoloridos a causa de sus heridas mortales. . .

Ella nos dice:

—Era muy triste ser herido en batalla. Las heridas más leves conducían a la muerte porque no estaban al alcance de la mano la penicilina y otros recursos de hoy para detener las infecciones.

* * *

La Sra. Fiorella prosigue:

—Le referimos este hecho al sacerdote de la iglesia que está al lado del parque, el mismo que sirve de Capellán, y él tomó en serio nuestras inquietudes. Nos dijo: "Escojan un nombre para él, un nombre que exprese vuestro cariño. Por supuesto, ese puede no haber sido su nombre en vida; pero se requiere que él sepa que ustedes lo conocen así, y que lo aman. Cuando él se identifique con su nuevo nombre, le haremos una misa en el mismo lugar donde suele aparecerse, pidiendo a Dios por el eterno descanso de su alma."

Ella prosigue:

—De común acuerdo le llamamos "Juanito", y cada vez que se aparecía le llamábamos "Juanito, Juanito", y le demostrábamos amor.

Y concluye:

—Después el padre le hizo su misa en este mismo lugar, y el Juanito ya no ha vuelto a aparecer.

* * *

La Sra. Elsa Saravia nos conduce luego a la oficina y nos obsequia al Dr. Montero y a mí sendas copias de la obra del señor Carlos Dargent Chamot, intitulada, *Una Estación en el Parque del Reducto*. En ella relata cómo en el lugar contiguo al Reducto Nº 2, y en el mismo emplazamiento del puente de la Avenida Benavides sobre el Paseo de la República, en ese tiempo estaba la estación del tren que unía Lima con Chorrillos. El edificio de la estación de Miraflores, construida a la usanza de las estaciones de tren en Inglaterra, era muy atractivo pero su parte principal fue demolida cuando se construyeron los rieles del tranvía que corría por el Paseo de la República antes que se llevase a cabo la construcción del zanjón de la Vía Expresa.

Cuando se construyó el Museo de Sitio, que el alcalde Dr. Alberto Andrade Carmona tuvo a bien llamar con el nombre del Mariscal Don Andrés Avelino Cáceres, los ingenieros de la Municipalidad de Miraflores decidieron que tuviera en su exterior el mismo aspecto de la antigua estación de tren, para que no se perdiera el recuerdo de ese tren que transportó a muchos heridos peruanos para ser atendidos en Lima, y que en la misma estación se brindaron primeros auxilios a muchos soldados heridos en el campo de batalla.

El Dr. Montero lee una parte del libro del señor Carlos Dargent Chamot, y comenta:

—Con razón el Juanito avanza evitando caer de bruces, buscando socorro a causa de su herida mortal, y se interna en el edificio que le recuerda la antigua estación de tren que ya no existe.

* * *

En la noche, llego a la casa de mi hermana Sara, donde me encontraba alojado, y le cuento lo ocurrido en mi jornada.

Le digo:

—¡Cuántas veces he querido llevarles a ustedes mis hermanos, y a los demás familiares, para visitar el Parque del Reducto Nº 2, y tú a la cabeza siempre exponías excusas para postergar la visita. Yo sólo he logrado llevarla a la Chabuca, a pesar de que entonces ya andaba con muletas y silla de ruedas.

Ella me dice:

—La próxima vez que vengas a Lima no dejaremos de visitar ese santuario, ¡palabra de mujer! Pero ahora quisiera que vayamos a visitarlo al Juanito.

Quedo sorprendido con semejante petición de visitar al Juanito del Reducto Nº 2. Pero ella añade:

—Por favor, cuéntale esta historia al Juan.

Se refería a nuestro hermano Juan, que vive cerca, a pocas cuadras. Si alguien de veras sabe de fantasmas es él, porque hubo un tiempo que convivió con ellos en cierta casa de Lurín, al sur de Lima.

* * *

Al escuchar la historia del Juanito del Reducto Nº 2, mi hermano Juanito es presa del miedo, y para disimularlo empieza a hablar en lenguas, tragándose la sílaba final de las palabras al estilo del francés, como hablaba el Alfonsí Lagarpé come trí de coné, cuando se encontraba tras lesquí con algún sorochuquí o en la plaz con Don Da Pugavé.

Mi hermano Juaní se expresa en el más pulcro estilo de mi tío Alfonsí Lagarpé:

—¡Cará! ¡Ya la cagá! ¿Y por qué tenía que meterse el cura ése? ¿Por qué tenían que hacerle una misa al Juanito?

Sara le dice, apaciguándolo:

—Para que lograse, por fin, el eterno descanso de su alma.

El Juanito inquiere:

—¿Y desde entonces el Juanito no se vuelve a aparecer?

Le digo:

—Eso es lo que dicen.

Y mi hermano Juanito vuelve a exclamar, en el más pulcro estilo del verso shilico afrancesado del Alfonsí Lagarpé:

¡Cará!
¡Ya la cagá!
¿Por qué le tenían que hacé
su mis al Juaní?
¡Si lo quesos bús
es publicidá!

Le pregunto:

—¿Por qué necesitaría el cura de publicidad?

Y responde:

—El cura no, sino el Juaní. ¡A esos les gusta que se les vea!

* * *

Al día siguiente, después de un delicioso “platazo de verde y a la mierda”, en la casa de Esther, mi hermana mayor, le cuento la historia del Juanito.

Ella y su hijo shulca, el Gerardo, me escuchan presas del pánico, y al percatarme de su miedo que no logran disimular, le digo a ella, mirándola con toda seriedad:

—Masque cuando yo me vaya, te voy a jalar de tu pata en tu cama, ¿ya?

Ella salta de su silla, y grita:

—¡¡¡Ni se te ocurra!!! ¡¡¡Cuidáu!!!

No pensé ocasionar tal sobresalto y trato de llevar la conversación por otro rumbo, cuando observo que su hijo shulca ha desaparecido de la escena, evidentemente para no mearse en su pantalón. Lo que hace que ella me aconseje diciendo con lenguaje apagado:

—Estas cosas ni se mencionan. . .

40
LA ULTIMA BATALLA

Ese día que visitamos el Dr. Gustavo Montero y yo en el Parque Reducto Nº 2 de Miraflores y el Museo de Sitio a nombre del Mariscal Don Andrés Avelino Cáceres, la Sra. Elsa Saravia, administradora de este complejo de parque-museo nos condujo a su oficina y nos obsequió sendas copias de la obra del señor Carlos Dargent Chamot, intitulada, *Una Estación en el Parque del Reducto*.

En esta obra él relata cómo en el lugar contiguo al Reducto Nº 2, y en el mismo emplazamiento del puente de la Avenida Benavides sobre el Paseo de la República, en ese tiempo estaba la estación de Miraflores del tren que unía Lima con Chorrillos.

El edificio de la estación de Miraflores, construida a la usanza de las estaciones de tren en Inglaterra, era muy atractivo, pero su parte principal fue demolida cuando se construyeron los rieles del tranvía que corría por el Paseo de la República antes que se llevase a cabo la construcción del zanjón de la Vía Expresa.

Cuando se construyó el Museo de Sitio en el lugar de la antigua estación de Miraflores, que el alcalde Dr. Alberto Andrade Carmona tuvo a bien llamar con el nombre del Mariscal Don Andrés Avelino Cáceres, los ingenieros de la Municipalidad de Miraflores decidieron que tuviera en su exterior el aspecto de la antigua estación de tren, para que no se perdiera el recuerdo de ese tren que transportó a muchos heridos peruanos para ser atendidos en Lima, y que en la misma estación se brindaron primeros auxilios a muchos soldados heridos en el campo de batalla.

* * *

Esa misma tarde, después del banquete de despedida que me dieron los estudiantes y profesores en el Chifa de la CBUP, me leí de a cabo a rabo el libro del señor Dargent.

Recuerdo algo de la implementación del proyecto del Museo de Sitio con la resemblanza de la antigua estación del tren, y cómo se trajo, para darle nueva vida, la vieja locomotora 102 que había estado operativa hasta los años cincuenta en el tren de Cusco a Quillabamba.

Carlos Dargent conoce mejor que nadie los entretelones de la historia, porque a él le encargó la dirección del proyecto el alcalde Dr. Alberto Andrade Carmona. Y una parte del libro me llama la atención, un sincero e interesante relato que muestra cómo el patriotismo a veces pesa en la balanza tanto o más que la fe.

* * *

El señor Dargent relata:

Sobre esos terrenos de gran significado histórico no estaba todo dicho; faltaba por librarse otra batalla.

Los padres Carmelitas habían construido en el terreno que se les había asignado una capilla, la casa parroquial, y tenían en marcha el proyecto de construir un colegio

como parte de su labor educativa cristiana, proyecto que contaba con la aprobación de todos los vecinos que empezaban a poblar la zona.

Al crecer la feligresía, la capilla comenzó a quedar pequeña y, como es lógico, los padres comenzaron a mirar el terreno de enfrente —que ocuparía el Museo de Sitio— *con la intención de levantar allí un gran templo en honor de la Virgen del Carmen, y dejar la capilla como un anexo del colegio.*

* * *

Una vecina de la zona se oponía rotundamente a la intención de los religiosos y consiguió seguidores, iniciándose una discusión que no tenía cuándo acabar.

La vecina alegaba que ese terreno estaba destinado a ser un parque que guardaría la memoria de aquellos patriotas que lucharon en tan desigual combate contra las tropas chilenas que invadían nuestro territorio, en la última batalla en la defensa de Lima, librada en esos restos de trinchera un 15 de enero de 1881, y que los padres ya tenían un terreno asignado.

* * *

La confrontación fue en aumento. Dicen que hasta se tildó de atea a la señora que era la más férrea opositora, porque en una oportunidad en que los padres habían armado kioscos y juegos mecánicos para su kermés, por orden judicial tuvieron que desarmar todo lo hecho en los terrenos del parque y meterlo al patio del colegio.

Este embrollo desembocó finalmente en el Congreso de la República en donde se puso punto final a la discusión cuando la persona a quien le tocó defender la posición anti-templo en ese lugar, salió con un argumento imbatible.

Simplemente planteó: "La Patrona del Ejército Chileno, la Virgen del Carmen, no va a tener un templo justamente en el campo de batalla donde los chilenos vencieron a nuestras tropas, y punto."

* * *

El señor Carlos Dargent Chamot concluye esta parte de su relato diciendo:

Mientras duró este proyecto, intenté en vano conocer el nombre de esta vecina, quien merece un justo reconocimiento.

Cuando escribía estas líneas, una amiga que revisaba con paciencia lo escrito, me dijo: "Esta señora que aludes es la Sra. Iraida Bossio de Brescia."

El prosigue diciendo:

Ella había sido su tía, y no sólo eso, sino también la madre de un dilecto amigo, Angel Brescia, a quien conocía de mucho antes.

Es así como Miraflores, Lima, y el Perú todo, puede disfrutar de un hermoso parque memorial y del Museo de Sitio cuyo ambiente inunda de peruanidad.

41
SIENDO OBJETIVOS

El Coche Cachay me sorprendió con su comentario respecto del esfuerzo historiográfico desplegado en mi obra, *El Diario del Capitán*, que estás leyendo. Le había impresionado positivamente el capítulo que trata del Mariscal Don Andrés A. Cáceres, el Brujo de los Andes, al que se refirió diciendo:

—¡Tu libro es una excelente propaganda etnocacerista!

Le pregunto por qué, y responde:

—Porque. . . ¡Cáceres, Cáceres y más Cáceres!

Le digo:

—Entonces es cacerista nomá. El "etno" está de más.

Y me agrede:

—¿Tú también me vienes con que a Cáceres, lo han tomado de rehén?

Le digo:

—Exactamente como han hecho con el excelentísimo Libertador Don Simón Bolívar en Venezuela. Te aseguro que él jamás soñó con verse involucrado con el "socialismo del Siglo 21".

* * *

Me gusta conversar con el Coche Cachay, porque a ambos nos gusta "quemarnos la sangre" mutuamente. Por ejemplo, él insiste con la burra al trigo y dice:

—Nosotros somos nuestros propios libertadores, viejo. . .

Le digo:

—Depende de lo que entiendes por "libertad".

Me dice:

—Tú mismo dices en tu libro que Cáceres condujo a la "Segunda Independencia del Perú". Y yo añado que Velasco Alvarado condujo a la "tercera independencia del Perú", y Ollanta Humala nos conducirá a la cuarta independencia del Perú. ¡Y chau Imperio e imperialismo, sea de Chile o de Estados Unidos de Norteamérica! ¡Ese es el objetivo!

Le digo:

—No, Coche. El objetivo. . . ¡es que seamos objetivos!

* * *

El Coche Cachay es mi amigo de la infancia. Estuvimos juntos en la primaria en la Escuela Prevocacional Urbana Nº 81 de Celendín, pero no lo volví a ver hasta que tras un corto coqueteo con el magisterio se graduó de abogado.

Después de muchos años nos volvemos a encontrar en la Mega Plaza del distrito pituco de Los Olivos y nos sentamos a conversar tomando sendas cocacolas frente a la tienda Totus.

Nuestra conversación empieza con lo que respecta al borrador de este libro, *El Diario del Capitán*, que le obsequié hacía dos años, pero pronto degenera en el tema de la política actual, que no me interesa, después de todo yo no vivo en el Perú.

El no disimula su apego, honesto, creo, con el movimiento "etnocacerista" y el Partido Nacionalista de Ollanta Humala, y vocifera contra el oficial de la FAP que fue descubierto espiando para Chile por siete años consecutivos a cambio de un sueldazo, dizqué de 9.000 dólares mensuales.

De repente, suenan las 12.00 del día, y de alguna radio portátil se escucha la melodía del Himno Nacional.

* * *

Tras un breve silencio reverente, el Coche Cachay reinicia el diálogo aludiendo a la letra de nuestro Himno:

—No somos "libres", viejo.

Le sigo la corriente y lo completo:

—No somos libres, porque no hemos renovado "el gran juramento que rendimos al Dios de Jacob" —es decir, el Dios de Israel—. Así nos hicimos esclavos de nosotros mismos, y nuestros gobernantes corruptos nos metieron gratuitamente en una trágica guerra con Chile. Porque es un hecho que el Perú, prepotentemente se metió en guerra ajena, como es también un hecho que Cáceres rescató nuestra dignidad nacional.

Le encantan mis palabras y dice:

—Sí, pué. Nos libró de los lacayos que florecieron a la sombra de los invasores, como tu paisano ése, Miguel Iglesias.

Le digo:

—Nuestro paisano, Coche, porque era shilico, te guste o no.

Me dice:

—Yo no sé cómo nuestras autoridades permitieron mansamente que a uno de los distritos de Celendín se le llamara Miguel Iglesias. ¿Por qué no se le llamó, más bien, "Cáceres", que nos honró al crear el Batallón Celendín Nº 1 de la Guardia Nacional bajo el mando de tu abuelo? Pero el Libertador Ollanta Humala le cambiará de nuevo su nombre. ¡Masque, déjate!

* * *

Me sorprende su rencor contra el Gral. Miguel Iglesias, un hombre que, en mi humilde opinión, cumplió su rol histórico a cabalidad.

El mismo Cáceres, cuando llegó a ocupar la Casa de Pizarro tras derrotar a Miguel Iglesias, reconoció dignamente el Tratado de Ancón que el Perú firmó con Chile el 20 de octubre de 1883, representado por el Gral. Miguel Iglesias. Así se dio fin a la agónica vida de un Perú bajo ocupación extranjera, y así empezó nuestra restauración nacional.

Entonces el Coche me habla de que el momento de "crucificar" a Chile empezó con el Gral. Juan Velasco Alvarado y será consumado con el "Libertador Ollanta Humala" que ha jurado recuperar Arica para el Perú, y también el guano. Y estaba en lo cierto, porque yo también le escuché jurar así a Humala.

Me pregunta:

—¿Por qué te ríes, viejo?

—No me queda otra, Coche. Y hablando del guano, ¡de veras que no guanamos![170]

—¿A qué te refieres?

—A que, si no te has enterado, se acabó para siempre la tragicomedia de la Confederación Peruano Boliviana y el Pacto de Alianza de 1873, diseñados para ahogar a Chile. ¿Para qué más? ¿No crees que nos hubiera sido mejor a Bolivia y al Perú desarrollarnos y fortalecernos por separado? Mira, yo también soy boliviano, y te aseguro que este es también el parecer de los bolivianos.

* * *

Me apena su incubado odio a Chile, un odio nada operativo, porque de hecho Chile ha garantizado su seguridad territorial de modo que ningún país limítrofe en su sano juicio se atreva intentar a atacarle jamás, sea Argentina, o Bolivia o el Perú, o los tres juntos.

Cáceres lo sabía, y cualquiera que tenga dos dedos de frente lo sabe bien.

También Humala lo sabe; su prédica antichilena es nada más que su caballito de Troya para llegar al poder. Por eso le digo al Coche estas palabras que lamentablemente sonaron muy mal, y de ellas me arrepiento en polvo y ceniza:

—Una nueva agresión peruana, ¡y se anexan Arequipa!

Me dice:

—Se ve que no eres nacionalista. . .

Le digo:

—¿Tú qué crees?

Y él cambia de tema:

—¿Qué opinión te merecen los logros del eje Cuba-Venezuela-Bolivia para hacer nuestro norte del sur?

* * *

Juzgo más conveniente seguir la temática que él plantea, y con respecto a su "eje", le digo:

—A la verdad, me parece una nueva "confederación", no tanto contra Estados Unidos de América del Norte, sino contra los países hermanos de América del Sur.

Me dice:

—Hablemos de Cuba. . . Medio siglo. . . ¿Te parece poco para demostrar que se puede vivir sin y a pesar del Imperio?

Le digo:

—Estás en lo cierto. Pero me apena que el grito de "Cuba libre" sólo sea un grito y un trago, porque en realidad Cuba no tiene un *Independence Day*. Porque ni bien fueron derrotados los realistas españoles, tardíamente en 1898, se les zampó el Imperio. Y ni bien huyeron los últimos lacayos del Imperio en 1958, se le cayeron encima "the Castro Brothers", y después se les ha zampado el imperio venezolano. Porque el imperio jamás permitirá que Cuba tenga relaciones normales con el Imperio. Tal cosa sería el fin del imperio, ¿o sí?

Y para que me entienda escribo con un lápiz las palabras "Imperio" e "imperio", enfatizándola mayúscula y la minúscula.

* * *

Honestamente, yo esperaba que nuestra conversación fuera, más bien, sobre *El Diario del Capitán*.

Hace dos años le había obsequiado al Coche una copia del original de mi libro, y evidentemente, sí lo había leído. Por eso reitero que la memoria del Capitán debería unirnos a los celendinos para hacer gestión en la vida, para hacer Patria, para progresar y dejar que otros prosperen, como dice el texto del tríptico del Museo de Sitio "Mariscal Andrés Avelino Cáceres":

Esperamos que reafirme sus conocimientos sobre la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia, no para aliviar odios o atizar rencores, sino para en base a la verdad, fortalecernos espiritualmente, sabiendo que en nuestro pasado existieron hombres y mujeres, civiles y militares, que unidos por el ideal de peruanidad se inmolaron en defensa de la Patria.

Hacemos votos para que sus recuerdos ejemplares perduren en nosotros y que el mejor homenaje a sus memorias sea nuestra unión y nuestro trabajo por la paz, que es la verdadera madre del progreso.

* * *

Este libro mío tiene el objetivo de enseñar que haciendo empresa se hace Patria. El Capitán Don Zaturnino Chávez Baella nunca hizo de un discurso antichileno su obsesión, su delirio, su caballito de Troya. Su contribución al desarrollo de su pueblo fue su norte y su sur, tanto desde la empresa privada como desde su labor edil y la administración de la justicia.

Nacido el 28 de noviembre de 1853, organizó a los 25 años la resistencia de la juventud celendina ante la invasión de nuestro territorio por Chile. El y sus seguidores se pusieron a las órdenes de Cáceres y adquirieron entrenamiento militar en la Escuela de Clases y Soldados en Ancón. Y por su actuación heroica en las batallas de San Juan y Miraflores frente al Batallón Celendín Nº 1, el Presidente Cáceres lo ascendió a Capitán de la Guardia Nacional.

Mi pasión por hacer justicia a su memoria alcanza su clímax cuando el empresario celendino Don Ivo Sánchez me pide en nombre de la plana editorial de la revista *Jelij-Parta 56* que rescate su perfil histórico. El presente libro empieza a ser escrito en ese preciso momento.

* * *

Cuando salíamos del Mega Plaza, mi amigo el Coche y yo pasamos ante la tienda Totus, y me dice:

—¡Humala está a las puertas!

Me alegré. Siempre es interesante mirar de cerca a algún personaje publicitado como la Nadine Heredia, su mujer, que siempre lo acompaña. Yo he tenido el raro privilegio de ver de cerca y tratar a varias personalidades artífices del mundo moderno. Entre ellos, a Moshé Dayán, a Golda Meir y a Menahem Begin, Premio Nobel de la Paz.

Honestamente, de todos, el que más me ha impresionado es el Melcochita, apóstol del buen humor.

Cuando el Coche me dijo "Humala está a las puertas", pensé que estaba a las puertas del Totus, una tienda que como sabrás ha sido implementada por empresarios chilenos. Pero el Coche se refería a otra cosa.

* * *

Al ver que su postura no tuvo eco en lo que a mí respecta, el Coche da un giro completo a su conversación y no tiene en dónde más caer que en el tema de mi abuelo. Un tanto zahiriente me dice:

—Total, tu abuelo, ¿era o no era huaquero? ¿Era o no era brujo?

Al constatar que yo no aguanto pulgas, aplaca su impulso diciendo:

—¿Qué de sus mentados experimentos de alquimia?

Le digo:

—Esos experimentos pertenecen al terreno de la leyenda.

Me dice:

—Pero algo tendrá que ver tu abuelo con el SHP. . .

—¿Con qué?

—Con el Síndrome de Harry Potter.

* * *

Mis artículos en la revista *Jelij-Parta 56* produjeron una obsesión por excavar el pasado y aprender de sus lecciones. Varios celendinos empezaron a investigar el legado de sus propias familias y antepasados. Lamentablemente, a raíz del estreno de la película de "Harry Potter y la Piedra Filosofal" en Celendín las cosas se desvirtuaron hasta el extremo de producir una especie de síndrome con relación al sub-mundo de duendes y brujas, y con sus prácticas de espiritismo para averiguar en su casa de quién hay entierros y tesoros.

Lamento que las cosas más importantes, como la odisea del Capitán en el río Amazonas o su proyecto de fundación del Museo de Celendín no merecieran el mínimo comentario.

Y a propósito de la actitud de mi amigo, el Coche, contra Chile, a continuación quisiera compartir mi historia sobre los "chilenos peruanos", porque me temo que los nacionalistas ni se imaginan que ellos existen.

42
LOS CHILENOS PERUANOS

¡Por fin llegó el día del viaje de la Promo!

Veintidós alumnos del Colegio Boliviano Israelita, en su mayoría chicas, participarían del anhelado viaje a Arica. Nos acompañaba un agente de la empresa de turismo Bolivia Auténtica y Abraham Cukierman (o Ábale), el *moréh* o profesor del curso. Yo viajé con el grupo como representante de los padres de familia, pues la Promo incluía a mi hija Lili Ester.

Yo tenía un interés particular en la ciudad de Arica, la cual me revelaría datos secretos que necesitaba para completar el presente libro.

La alegría era enorme cuando abordamos el Chile-Bus. Los muchachos y las chicas expresaban su regocijo de que por fin se llevara a cabo el anhelado viaje con una frase afectada imitando a la Romina, la adolescente pituca personalizada por Gueri Sandoval en Tra-la-lá Show. La frase era "sas qué" (¿sabes qué). Y la cuota de humor se incrementaba cuando era dicha en el momento oportuno, es decir, en el menos oportuno.

Cada vez que un muchacho o una chica la pronunciaba con su acento amanerado y en el momento oportuno, estallaban las risas de todos:

—¿Sas qué? Hoy día es el viaje de la Promo.

¡Vaya novedad, si estábamos en pleno viaje.

* * *

Nos detuvimos en las afueras de El Alto, lugar donde nos alcanzó el taxi que nos traía a Dalma, una chica que se retrasó en llegar al terminal de buses para partir juntos con los demás.

A esa altura nos enteramos que uno de los muchachos de la Promo viajaba sin su documento de identidad, pensando que de alguna manera entraría a Chile, por tratarse de él y por su linda cara. Falsa esperanza, porque de Tambo Quemado lo hicieron regresar a La Paz, para re-emprender viaje al día siguiente, solo.

Después de pasar por la oficina de inmigración boliviana en Tambo Quemado, subimos al bus para pasar a la oficina de inmigración de Chile, la cual no se encuentra en la misma frontera, al lado de la oficina de Bolivia, sino bien dentro del territorio chileno, junto al lago Chungará.

Los picos nevados gemelos de Parinacota nos dan una cordial bienvenida, inclinándose levemente ante nuestro paso. Una manera figurada de decir, porque mirándolos desde el lado boliviano parecen dos conos pequeños como el sostén de una chica adolescente. Pero viniendo desde Arica se los ve altos y desplegados en toda su gloria.

* * *

La aduana de Chile es muy estricta en cuanto a los animales y productos agrícolas no envasados que podrían ser introducidos a su territorio, por cuanto Chile se autodefine como "una potencia agrícola y ganadera, libre de plagas". Del control se encarga el SAG (Servicio Agrícola y Ganadero).

El descenso a Arica lo llevaríamos a cabo por el angosto valle de Lluta que provee a Arica de cebolla, ajos, maíz, etc.

El agua le llega del valle de Azapa. La disciplina en el ahorro de agua convierte a Arica en un oasis verde y florido en medio del inmenso desierto de Atacama que se extiende desde Arequipa al norte, hasta más al sur de Antofagasta, y es considerado el más seco del planeta. Por esta razón fue escogido este desierto para la filmación de la película brasileira de Vivian de Oliveira, *Moisés y los Diez Mandamientos*, con Guilherme Winter.

* * *

El mocoso que pensó que podía entrar a Chile por su cara bonita, llegó a Arica al día siguiente, y de esta manera se completó el grupo infernal; todos los inscritos en el libro de la vida para disfrutar los encantos de las playas costeras del Océano Pacífico, y que en las noches bailarían hasta el cansancio en las discotecas de Arica.

—Pero, ¿sas qué? No les dejaron entrar a ninguna discoteca, por ser menores de edad.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

* * *

El primer día de Arica recorrimos la feria dominical, y en la tarde pasamos un buen tiempo en la playa El Laucho, tras un largo recorrido a pie por el malecón que empieza en el Parque Vicuña Mackenna y se dirige hacia el sur pasando por el pie del Morro de Arica.

Observo que al pie del Morro hay una extensión de suelo de unos 70 metros de ancho hasta la ensenada del mar. Por dicha extensión de suelo pasa la autopista y el malecón, flanqueados de bien cuidados jardines.

Unos carteles en el grass informan del peligro de derrumbes. Y efectivamente, se ven aquí y allá fragmentos de roca arenisca rojiza que se han desprendido del despeñadero del Morro y se han precipitado abajo. Pero a los enamorados les importa un pepino ser aplastados por ellos. Y allí se los ve, ensimismadamente recostados al costado de los letreros de ¡PELIGRO!

—Pero, ¿sas qué? Se dice que con el transcurso del tiempo el Morro desaparecerá a causa de estos continuos derrumbes.

* * *

Al día siguiente tendría lugar nuestro anhelado Tour Náutico, empezando con nuestra visita al Morro.

Juan Andrés, nuestro guía, es un muchacho menudo, moreno, atlético, inteligente y tan servicial y amable, que de repente se convirtió en el ídolo de las chicas del Colegio Boliviano Israelita.

El empezó presentándose, diciendo que a los habitantes de la Primera Región, Tarapacá, les conocen en Chile como "los chilenos peruanos", porque son descendientes de los peruanos que habitaban esta región antes de la Guerra del Pacífico, y porque son más morenos que la población de más al sur. Es un apelativo de cariño, porque observo que para los chilenos lo peruano es lo máximo.

—¿Y sas qué? Eso es cierto, porque en la Guerra del Pacífico jamás hubo desplazamiento de la población civil peruana, la cual simplemente pasó a experimentar el trato preferencial de la ley y del gobierno chilenos.

* * *

Aparte de las circunstancias históricas y geográficas a las cuales Juan Andrés se refería con suma sensibilidad a causa de las reminiscencias del pasado, informaba de aspectos culturales que eran los que más interesaban a su audiencia juvenil.

Por ejemplo, el caso de la bendita guayaba, la fruta de la región, que crece profusamente en el valle de Azapa. Se le asocia, exactamente como ocurre en Celendín, efectos afrodisíacos, por lo que es vista con esperanza escatológica por los ciudadanos de la tercera edad.

Y sí diciendo, esa noche hubo la clausura de un evento llevado a cabo en la mayoría de los hoteles de Arica, a donde han confluido los ciudadanos retirados de varios lugares del país, con el auspicio del Estado. Dicha clausura empezó con la música criolla peruana del Zambo Cavero, y terminó con un brindis con coctel de guayaba.

—¿Y sas qué? Aunque a los viejitos de nuestro grupo nos hicieron probar, no hubo coctel para los chicos de la Promo.

* * *

El Morro tiene especiales recuerdos para quien, como yo, proviene del Perú.

En el lado norte se encontraba la fortaleza para la defensa de las instalaciones de artillería peruana que estaban sobre el Morro, comandadas por el Coronel Alfonso Ugarte, mientras que toda la plaza militar de Arica se encontraba bajo el comando del Coronel Don Francisco Bolognesi.

Una vez denegada la rendición de Arica en respuesta a las demandas del ejército chileno victorioso, con aquellas famosas palabra de Bolognesi, "Arica no se rinde; tengo deberes sagrados que cumplir y los cumpliré hasta quemar el último cartucho", se produjo la toma de la fortaleza.

En la parte alta del Morro pudimos ver dos detalles importantes que no se alcanzan a ver desde abajo: El monumento del Cristo de la Concordia que conmemora la paz definitiva entre Chile y el Perú, y la tumba del Soldado Desconocido.

* * *

El Cristo de la Concordia se levanta sobre un imponente monumento que mira al mar, y que recién fue construido en 1999. En su parte frontal tiene los escudos de Chile y el Perú entrecruzados: El del Perú está al sur, y el de Chile al norte, expresando el anhelo de integración de ambos pueblos que por cinco años sufrieron los estragos de una guerra cruenta que nunca fue declarada formalmente y nunca debió estallar.

Juan Andrés nos lee la inscripción que dice: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" —palabras del Cristo de la Concordia—.

Otro detalle conmovedor en la cima del Morro es la tumba del Soldado Desconocido, que abriga los restos de un soldado chileno caído en la contienda y del cual se desconoce su identidad.

Juan Andrés nos dice: "Este soldado, cuya identidad se desconoce, representa a todos los soldados de Chile, del Perú y de cualquier país del mundo, que dan su vida por los valores de su patria."

* * *

El Morro se viste de leyenda por su asociación con su defensor, el Coronel Alfonso Ugarte.

Una vez que las tropas chilenas tomaron la plaza militar al pie del morro, se dice que él tomó la bandera peruana que flameaba en el centro de la parte semi-circular amurallada, montó en su caballo y corrió delante de los chilenos que según los cánones de la guerra habían de tomar prisionera la bandera peruana para izar en el mismo lugar la bandera chilena.

Se cuenta que él se arrojó con caballo y todo portando la bandera en su mano derecha, bien en alto, y fue a dar al mar, porque entonces el Morro penetraba bien adentro del agua. Esta es la versión peruana de los hechos, sin duda revestida de detalles históricos y legendarios entremezclados.

* * *

La versión chilena dice que una vez tomada la fortaleza al pie del Morro, Alfonso Ugarte se adelantó para detener el fuego de la artillería peruana en el Morro, pero en el fragor de la batalla, un tiro de artillería le segó la vida.

¿Cuál de las dos versiones podría estar más cerca de lo que realmente ocurrió?

De haber habido alguna vez un caballo sobre el Morro, no podría haber saltado la barrera fortificada para aproximarse a galope al borde del despeñadero, y de hacerlo no hubiera caído al mar sino sobre el suelo de la ensenada. Lo que sí puede haber ocurrido es que Alfonso Ugarte haya arriado la bandera peruana antes que la tomaran cautiva los chilenos.

El hecho es que ni los chilenos ni los peruanos conocen el paradero de esa bandera, y desde entonces flamea sobre el Morro la bandera de Chile.

* * *

Al descender del Morro recorreríamos un trecho de la costa rocosa de Arica, en dirección sur para visitar las cavernas de Anzota, conocidas también como "Cuevas Corazón", tanto por la forma de su boca como porque a sus inmediaciones son atraídas las parejas de enamorados, a causa de su lejanía, soledad, oscuridad y. . . el olor desagradable del guano de las islas. Respecto de esto último, estas son cosas del Orinoco, que usted no las entiende ni yo tampoco.

Y efectivamente, encontramos al pie de la boca de la caverna más grande, esa que tiene la forma del corazón, un automóvil con su respectiva pareja de tortolitos.

De regreso ingresaríamos al muelle del puerto, desde donde nos embarcaríamos en lanchas propulsadas por motor para un recorrido de media hora, saliendo del puerto hacia el anchuroso mar. Y seguimos el desplazamiento de las enormes boyas sobre las cuales saltan los lobos marinos y los pelícanos para observarnos pasar.

* * *

Por las noches, el Moréh Ábale y vuestro servidor nos relajábamos tomando café en el exterior de un establecimiento que se encuentra en la esquina de la calle Velásquez y el paseo peatonal 21 de Mayo. En la misma esquina empieza el paseo peatonal Coronel Francisco Bolognesi.

El nombre de la calle Velásquez tiene que ver con el coronel chileno que se destacó en las batallas de Tarapacá y Tacna.

Me puse a pensar en el letrero del paseo peatonal Francisco Bolognesi, que dice: "Coronel peruano defensor de la Plaza de Arica."

Me llamaba la atención la manera cómo los chilenos recuerdan a Bolognesi, a Alfonso Ugarte, a Miguel Grau con una admiración que no me ha costado comprobar que es sincera. Entre ellos existe este juicio respecto de Miguel Grau: "Era un hombre generoso, que no bombardeó las poblaciones chilenas de la costa, cuando bien pudo haberlo hecho" —los peruanos quisiéramos decir lo mismo del Gral. Lynch—.

* * *

Sólo me faltaba rememorar qué pudo haber ocurrido el 21 de Mayo. El curso de Historia del Perú de la secundaria no me ha metido esta fecha en la cabeza.

¿Qué ocurrió en esta fecha? Quizás alguna gran victoria de Chile. . .

Llamé a la muchacha que nos atendía, una hermosa morena de ojos grandes y alegres. Y ella me instruye:

—El 21 de Mayo fue el combate de Iquique, pu. No conmemora una victoria de Chile, porque perdimo, pu. Es que el Perú tenía barco de fierro, mientras que los barcos chilenos eran de madera, pu. Perdimo en Iquique, pero convertimo la derrota en victoria porque lo chileno nunca somo doblegado por la derrota, pu.

Esto es lo que se llama "filosofía de la vida". Los chilenos conocen bien su historia, y sin duda aprenden de sus enseñanzas. Los peruanos también; la ignorancia es sólo mía, pero cubro mi vergüenza incluyendo el próximo capítulo con título "Sin Comentarios", que nos habla con más claridad lo ocurrido el 21 de Mayo a través de la carta que Don Miguel Grau Seminario le escribe el 2 de junio de 1879 a la Sra. Carmela Carvajal de Prat, y la carta que ella le responde en agosto del mismo año.

* * *

Al día siguiente por la tarde fuimos a la hermosa playa de Chinchorro, hacia el norte de la ciudad.

En este lugar me llamó la atención la presencia de unos perritos acerca de los cuales conversé con unos muchachos de Arica que tomaban el sol. Al ver que después de jugar con la gente en una parte de la playa, se adherían con entusiasmo a los maratonistas que recorrían la playa de sur a norte y de norte a sur, y luego terminaron pegándose a nuestros vecinos que se protegían del sol bajo un toldo, les pregunto:

—¿Son de ustedes los perritos?

Respondieron:

—No. Ellos son de la playa. Ellos se les pegan a los niños, juegan con ellos, se zambullen con ellos en el agua, nadan y les contagian su felicidad. Se podría decir que esa es su vocación; esa es su especialidad. Y a cambio, esperan quizás un pedazo de pan para calmar su hambre, y acaso un poco de agua fresca que pueda saciar su sed.

* * *

Me dio pena no tener a la mano algo para darles, a riesgo de que su atención virase hacia mí y a los de nuestro grupo de la Promo, esperando recibir algo más.

Quizás recibían un mendrugo de lo olvidado. Pero veía que a pesar de su emoción que sobrepasaba sus fuerzas y su agotamiento, nadie les daba nada. Más bien, vi a un muchacho adolescente que jugaba con ellos y les hacía la gracia de echarles arena a sus ojos.

Me dio mucha pena y le pedí al muchacho que por favor no hiciera eso, porque les hería de la misma manera que la arena le heriría a él.

El muchacho me miró con agradecimiento, y dejó de hacer eso.

¡Cuánta falta hace enseñar a los niños a ser buenos con los animales. Si se les enseña a tiempo, sin duda aprenderán. Si no se les dice nada, se les convierte en candidatos para ser imbéciles de por vida.

* * *

Pero, ¿sas qué?

Por las noches no hubo discoteca para la Promo, pu.

Eso se tenía previsto en la agenda, pero se tuvo que obviar, pu, porque nuestro chico era menore de edad, y en Chile se respeta la ley de que menore de edad no entra a la discoteca, para evitar que ingieran alcohol, pu.

En una discoteca se hizo todo lo posible para que hubiera una velada sólo para ellos y sólo por una noche, pero el plan se echó a perder porque llegó un grupo enorme de turista adulto y en la discoteca los prefirieron a ellos, pu.

¿Y sas qué?

¡Eso sí que es mala racha, pu!

No quedaba otra cosa que vagar por lo paseo peatonale del centro e la ciudad en grupo separado: Por un lado lo muchacho cabizbajo, y por otro lado la chica entristecida, porque todavía son uno mocoso, pu.

A esta altura todos habíamos adquirido el pegajoso acento chileno que tanto nos llamó la atención empezando en la oficina de inmigración de Chungará, pu.

* * *

El retorno a Bolivia nos trajo algunos contratiempos a causa de la huelga general de los empleados públicos. Evidentemente la huelga ha sido organizada a propósito poco antes de las elecciones del 2009, donde a todas luces el ganador será Sebastián Piñera, uno de los "Chicago Boys" que lograron hacer reflotar la economía de Chile después del colapso del régimen de Allende.

¿Cuál fue su estrategia?

Su estrategia fue no recargar al Estado con un programa de *welfare* que no podría cumplir con honestidad, y dar a los ciudadanos la oportunidad de manejar sus propios ingresos y recursos.

Así, pu, se había decretado paro nacional el 3 y 4 de noviembre. Pero, interesantemente, en las oficinas de inmigración y en otras instancias del Estado no se para por completo, sino que se atiende al público con un 10 por ciento del personal.

* * *

En la oficina de inmigración junto al lago de Chungará estuvimos detenidos como dos horas, sufriendo de falta de aire los que estaban dentro del bus, y del polvo que arrastra el viento del Altiplano, los que estábamos apostados al lado del bus, a la espera.

Pero de modo improvisado, una mujer, empleada de inmigración, salió de la oficina de inmigración y dio un recorrido por los buses estacionados. Y al ver mujeres enfermas, niños que sentían que se les agota el aire, y gran nerviosismo y desesperación, envió a una funcionaria para que nos sellase nuestros documentos dentro de los mismos buses, a fin de dejarnos pasar la frontera rumbo a casa.

Me puse a pensar que quizás otra persona en su lugar, no le hubiera importado que permaneciésemos en ese lugar durante la noche y nos muriésemos de frío a temperaturas bajo cero. Pero ella tuvo inteligencia emocional y autoridad para revertir ese estado de cosas.

La subalterna que ella envió a los buses nos trató con más que cortesía, con amor. Es con gente como ellas que se sostiene el mundo y las naciones progresan sin que nada les pueda detener.

* * *

Ah, olvidaba decir que yo había adelantado mi viaje y regresé solo, un día antes, sin haber alcanzado el propósito principal de mi visita a Arica, que era adquirir la obra de Don Gonzálo Bulnes Pinto, historiógrafo chileno contemporáneo de mi abuelo, el Capitán.

Pero de regreso a casa en La Paz mi hija Lili Ester me dio esta agradable sorpresa. Después de haber recorrido varias librerías, había encontrado el libro que yo anduve

buscando y que no alcancé a adquirir a causa de los feriados chilenos que se entrecruzaron con la agenda del viaje de la Promo.

Se trata de su famosa obra, *La Guerra del Pacífico*, que no podía conseguir en Bolivia. Los tres extensos volúmenes de esta obra clásica de historiografía han sido publicados en un solo volumen en una edición resumida llevada a cabo por Oscar Pinochet de la Barra.

La obra ha sido publicada en Santiago por la Editorial Andrés Bello, en varias ediciones. La tercera edición que atesoro en mis manos ha sido publicada en el 2008, anticipándose al Bicentenario de Chile en el 2010.

Mi hija, no obstante su corta edad, sabe apreciar el especial interés que tengo por el tema, interés que me ha llevado a examinar los hechos a partir del punto de vista de autores peruanos, bolivianos y chilenos.

¿Por qué? Si de estos hechos han transcurrido 130 años. . .

Porque yo escribí este libro, *El Diario del Capitán*, que recoge el relato de mi abuelo sobre la Guerra del Pacífico, y para asuntos relacionados con el contexto me convenía tener una aproximación de los hechos como la de este importante historiador chileno.

* * *

En el *Diario del Capitán* intento reproducir el objetivo de mi abuelo: Que exista paz entre nuestros pueblos del Perú y Chile. Que ninguno de los dos se prepare más para la guerra, sino para el progreso. Y creo que, a pesar de las apariencias y el discurso belicista que reaparece en cada campaña electoral, este es el sentir de ambos pueblos.

La historia nunca debe ser olvidada, pero el recuerdo debe producir en nuestros corazones la intención de un nuevo comienzo de concordia. Por eso discrepo con usted, señor Ollanta Humala; porque para su información, la población de Arica es chilena, como lo es la población de Iquique y de todo lo que fue el departamento peruano de Tarapacá. Pero en todo Chile se los llama "chilenos peruanos", no por desprecio sino por admiración al Perú.

Visite Arica, señor Humala; tenga contacto con los chilenos peruanos y se convencerá de la honestidad de mis palabras y también de que ellos son del mismo color que usted. Ojalá así deje usted de envenenar al pueblo peruano con un belicismo que no caracterizó a Cáceres ni al Capitán Zaturnino Chávez, y que sólo ha logrado que el Perú perdiese Tarapacá por entrometerse en guerra ajena.

Nunca ocurra que usted y sus nacionalistas se encuentren atracando a nuestros hermanos de Chile.

43
SIN COMENTARIOS

CARTA DE DON MIGUEL GRAU SEMINARIO

Monitor "Huascar"
Pisagua, junio 2 de 1879
Señora Carmela Carvajal de Prat
Dignísima señora:

Un sagrado deber me autoriza a dirigirme a Ud. y siento profundamente que esta carta, por las luchas que se va a rememorar, contribuya a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla.

En el combate naval del 21 próximo pasado, que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas y chilenas, su digno y valeroso esposo, el Capitán de Fragata Don Arturo Prat, comandante de "La Esmeralda", fue como Ud. no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su Patria.

Deploranto sinceramente tan infausto acontecimiento y acompañándola en su duelo, cumplo con el penoso deber de enviarle las para Ud. inestimables prendas que se encontraron en su poder y que son las que figuran en la lista adjunta. Ellas le servirán indudablemente de algún pequeño consuelo en medio de su desgracia y por eso me he anticipado a remitírselas.

Reiterándole mis sentimientos de condolencia, logro, señora, la oportunidad para ofrecerle mis servicios, consideraciones y respeto con que me suscribo de Ud., señora, muy afectísimo seguro servidor.

Miguel Grau

CARTA DE CARMELA CARVAJAL DE PRAT
VIUDA DE ARTURO PRAT CHACHON

Valparaíso, Agosto de 1879
Señor Don Miguel Grau
Distinguido señor:

Recibí su fina y estimada carta fechada a bordo del "Huáscar", al 2 de junio del corriente año. En ella, con la hidalguía del caballero antiguo, se digna Ud. acompañarme en mi dolor, deplorando sinceramente la muerte de mi esposo, y tiene la generosidad de enviarme las queridas prendas que se encontraron sobre la persona de mi Arturo, prendas para mí de un valor inestimable por ser, o consagradas por su afecto, como los retratos de familia, o consagradas por su martirio, como la espada que lleva su adorado nombre.

Al preferir la palabra de "martirio", no crea Ud. señor, que sea mi intento inculpar al jefe del "Huáscar" la muerte de mi esposo. Por el contrario, tengo la conciencia de que el distinguido jefe, que arrostrando el furor de innobles pasiones sobreexitadas por la guerra, tiene hoy el valor, cuando aún palpitan los recuerdos de Iquique, de asociarse a mi duelo y de poner muy en alto el nombre y la conducta de mi esposo en esa jornada, y que tiene aun el más raro valor de desprenderse de un valioso trofeo, poniendo en mis manos una espada

que ha cobrado un precio extraordinario por el hecho mismo de no haber sido jamás rendida. Un jefe semejante, se habría, estoy segura, interpuesto, a haberlo podido, entre el matador y su víctima, y habría ahorrado un sacrificio tan estéril para su Patria como desastroso para mi corazón.

A este propósito no puedo menos de expresar a Ud. que es altamente consolador en medio de las calamidades que origina la guerra, presenciar el grandioso despliegue de sentimientos magnánimos y luchas inmortales que hacen revivir en esta América las escenas y los hombres de la epopeya antigua.

Profundamente reconocida por la caballerosidad de su procedimiento hacia mi persona y por las nobles palabras con se digna honrar la memoria de mi esposo, me ofrezco muy respetuosamente de Ud. atta. Y affma. S. S.

Carmela Carvajal de Prat

44
¡EL DIARIO EXISTE!

Desde Jerusalem volé a refugiarme en Celendín, en sus laderas cubiertas de pinos y eucaliptos, y en su campiña, en los lugares donde crecí. Y desfilan ante mis ojos legendarios tesoros.

Los tesoros con que el Inca Atahualpa llenó el cuarto de rescate en Cajamarca habrían sido moco de pavo comparados con los tesoros que enterraron los choctamallques en sus fueros cuando se replegaron allende el Marañón, esperando regresar.

Pero, ¿descubrir algo en Celendín mismo, en la ciudad? Esto fue un lago, un pantano; aquí no puede haber ningún tesoro.

De repente se presenta ante mis ojos un añejo fajo de folios escritos con tinta de nogal y exclamo: El Diario del Capitán. ¡Qué tesoro sería llegarlo a descubrir!

Pero un recuerdo ensombrece mi ánimo: Lo que dijo mi padre en 1965, dando a entender que no quería volver a referirse al paradero del Diario del Capitán: "E-SE DIA-RIO YA NO E-XIS-TE."

Algo ensombreció su existencia hasta la tumba.

* * *

Hacia el final de sus días, como presintiendo su temprana partida, el Capitán se dedicó a escribir sus memorias, su Diario, a partir de un archivo que incluía retratos con dedicatoria, cartas de amor, oficios de la Municipalidad de Celendín, del Juzgado, de la Subprefectura, contratos, recortes de periódicos y los artículos e historias que escribió para el periódico mural "El Eter".

Pero ahora ese Diario está perdido. . .

El Peje se lo pediría prestado, "sólo por un ratito". Luego vino el "masque mañana mismo te lo devuelvo". Luego: "Se lo presté al Indio Pishgo, y no me lo ha devuelto el condenáu. ¡Pero déjate que lo voy a demandar!"

¿Será posible dar con el Diario al cumplirse un siglo de la muerte del Capitán?

Una voz me dice: "Sigue las pistas que expongo a continuación, y lo encontrarás."

Primera pista

La primera pista es un documento cuya desaparición lamentamos mucho en nuestra familia.

Andrés A. Cáceres no se olvidó de su amigo celendino al asumir la presidencia del Perú, y el 20 de marzo de 1888 le otorgó su Despacho de Capitán de Infantería de la Guardia Nacional, por haber comandado el Batallón Celendín Nº 1 en las batallas de San Juan y Miraflores.

El Capitán enmarcó este valioso documento y lo colgó en la pared de nuestra sala, y allí estuvo hasta el día en que parte de mi familia nos trasladamos a Lima.

Este valioso documento podía haberse traspapelado en Celendín. O se encontraría refundido en algún viejo cartapacio o en algún cajón en Lima.

A la muerte de mi padre me puse de acuerdo con mi hermano Walter, y con el conocimiento de toda la familia nos pusimos a buscarlo. ¡Y lo encontramos!

* * *

Le faltaba un pequeño fragmento del lado inferior, que pudimos reconstruir a base de una fotostática que encontramos ese mismo día en otro lugar. Después mandamos hacer en Estados Unidos fotostáticas de alta resolución para que no se perdiera ni un solo trazo de la firma del Presidente Cáceres, estampada con tinta de nogal. Y las repartimos a todos los familiares e interesados.

Posteriormente entregamos el original del documento al Museo de Sitio "Mariscal Andrés Avelino Cáceres", junto al Parque Reducto Nº 2 de Miraflores, junto con otros objetos personales del Capitán.

Segunda pista

La segunda pista era un documento con el título, "Homenaje al Capitán", escrito por mi padre a comienzos de 1947, en asociación con Don Pedro García el Búho, y con miras a publicar un libro antes de 1950, conmemorando el Cincuentenario de la muerte del Capitán.

Ese mismo día lo encontramos y leímos su encabezamiento con emoción: "A los cuatro años de elevada a Ciudad la Villa Amalia de Celendín, en la casa del Jirón Ayacucho Nº 237 —actualmente Ayacucho 917-921—, nació Don Zaturnino Chávez Baella el 28 de noviembre de 1853."

Al comienzo de este documento aparece el relato de las batallas de San Juan y Miraflores que hemos transcrito al comienzo de este libro.

A continuación se expone en orden cronológico la gestión del Capitán como autoridad en nuestra ciudad. La información proviene en su totalidad del original del Diario del Capitán, si no se trata de un capítulo del mismo escrito a manera de *curriculum vitae*. El documento es citado por mi padre de manera literal, aunque con la reformulación de su título y el cambio de la persona gramatical, de primera a tercera persona.

Tercera Pista

La tercera pista eran dos poemas que escribiera en 1947 Don Pedro García el Búho, y que llevan los títulos de "Heroísmo Celendino" y "Oda épica al heroísmo del Capitán Don Zaturnino Chávez".

Los encontramos el mismo día en los archivos que dejó mi señor padre.

Evidentemente, el año 1947 acusa un apasionamiento en Celendín por la historiografía relativa a la memoria del Capitán. Faltaban dos años para cumplirse el Cincuentenario de su muerte, y estos documentos pudieron ser parte de los preparativos para esta fecha.

El Búno conocía al Capitán por el original de su Diario que mi padre compartió con él, porque cuando murió el Capitán él era un muchacho de sólo 14 años, pues era siete años mayor que mi padre. Luego, la información que incluye en sus poemas y que no incluye mi padre en sus escritos, sin duda la derivó del autógrafo del Diario del Capitán.

¿Podría haber hecho para sí copias a mano o a máquina de algunas secciones del Diario?

Tales copias podrían servir a la historiografía tan bien como el documento original.

Sólo conociendo más del contenido de su Diario pudo haber puesto en boca del Capitán, 47 años después de su muerte palabras como éstas:

Sotomayor se refuerza al punto,
y mi gente diezma y lucha con denuedo.
Yo, en el fragor de la batalla me hundo,
sin advertir la posición que llevo.

Mi Celendino Batallón diezmado,
con arma arriba se fió a su suerte.
En tal estado, un dolor del alma
me advierte que fueron fusilados.

Yo hablé a los míos, ya desesperados,
con esta arenga que nos dio la palma:
¡CELENDINO, NO MENGUE TU VALOR;
QUE MORIR INTIMIDADO
ES MORIR SIN HONOR!

Mi pelotón furioso se abalanza
y bajando el arma, reafirmó la mira
en la ofensiva de león rabioso.
Y forzando el paso al colosal derriba.

Entre humo denso y polvareda pasa,
y de entre los muertos enemigos cobra
el honor santo del honor de Patria:
¡Unirse a Suárez con placeres logra!

¡He allí la gloria que me dio los lauros!
¡He allí la hazaña de mi Batallón!
Fies a su patria estos celendinos,
confirieron honra a su salvación.

El Búho menciona a Buendía, a Montero, a Leiva, a Iglesias, a Dávila y a Belisario Suárez, los valientes jefes peruanos que confrontaron al invasor desde los diversos reductos para la defensa de la Capital. Cuando dice "unirse a Suárez con placeres logra", parece referirse al reforzamiento del Reducto Nº 2 con la gente del Batallón Celendín Nº 1 que se replegaron del Reducto Nº 1, por lo que debiera decir, "unirse a Ribeyro (a Ramón Ribeyro) con placeres logra". Pero también es posible que hubo remanentes del Batallón Celendín Nº 1 que acudieron a reforzar el Reducto Nº 5.

Lo mismo diremos de la mención que hace de Lagos y Sotomayor, los comandantes chilenos con quienes el Capitán se enfrascó en duro combate cuerpo a cuerpo:

Lagos pregunta con rabia a los suyos:
"¿Quién es aquel que me corta el camino?"
"¡El Capitán Zaturnino que medra a los tuyos!"
Dijo una voz con furor leonino.

El Búho vislumbra poéticamente el monumento invisible al Capitán con su pedestal formado por todo el pueblo de Celendín, y escribe:

Patria, recuerda, Celendín te ha dado
un Capitán que defendió tu honor.
Por él, su pueblo, un pedestal loado,
te ha demostrado su ferviente amor.

Muchos de los datos que incluye el poema no afloran de los escritos de mi padre, y puesto que incluye nombres, es difícil pensar que brotan de la imaginación del poeta.

El Ing. Lucho Mori y García, nieto del Búho podría conducirnos al descubrimiento de posibles transcripciones del Diario del Capitán provenientes del legado de su abuelo que podrían estar refundidos en algún baúl, en algún armario, en algún altillo o en la cuadra de alguna vieja casona de Celendín o de Huacapampa a donde el Ing. Mori pudiera tener acceso gracias a su olfato de Pantera Rosa y a su intuición de Agente 007.

Cuarta Pista

La cuarta pista es otro documento escrito por mi padre en 1959 con el título de "La Hora Escolar". Se trata de un resumen de su "Homenaje al Capitán", pero contiene algunas variantes e innovaciones importantes que revelan su acceso al Diario del Capitán.

El año 1959 sería el *terminus ad quem* en la cronología del Diario del Capitán, es decir, la fecha más tardía de acceso al mismo. El autógrafo del Diario se habría perdido entre 1959 y 1965, cuando mi padre me dijo: "Ese Diario ya no existe."

El año 1959 es la fecha de la mudanza de mi familia a la Capital.

El texto de "La Hora Escolar" contiene un resumen de la actuación del Batallón Celendín Nº 1 en el campo de batalla. Debido a unas pocas variantes con relación al relato más amplio del "Homenaje al Capitán", transcribimos a continuación parte del mismo:

Cáceres se defendió durante cuatro horas para mantener su línea de defensa donde se encontraba el Batallón Celendín Nº 1, en cumplimiento de su consigna.

En esta acción de armas el Batallón Celendín Nº 1 fue rodeado por el enemigo en calidad de prisioneros, estacionados con las armas arriba, para ser fusilados. Pero mientras se diera cuenta a los jefes enemigos, Don Zaturnino dijo a sus soldados: "¡No debemos esperar la muerte con los brazos cruzados. ¡Ataquemos con ímpetu para obtener el mismo fin!"

Nuestros soldados reaccionaron en tan desesperante situación y se arrojaron enfurecidos contra el enemigo hasta quedar aislados ambos ejércitos en los campos contrarios envueltos en una densa polvareda y humo asfixiador.

Quinta pista

La quinta pista es el Sello Fálico del Capitán, descubierto por el Ing. Lucho Mori García, nieto del Búho en el altillo de la sala nueva de lo que fuera la casa del Capitán.

A este valioso documento, el primero que nos llega directamente de las mismas manos del Capitán, nos hemos referido ampliamente en un capítulo del presente libro, y nuestra familia ha decidido de común acuerdo entregarlo, junto con su Despacho de Capitán, al Museo de Sitio "Andrés Avelino Cáceres" adjunto al Parque Reducto Nº 2 de Miraflores.

NUAY SEXTA PISTA.
¡SIRVASE PASAR A LA SEPTIMA PISTA!

Séptima pista

La séptima pista podría estar más al alcance de la mano en los Archivos Documentales de la Municipalidad de Celendín de los años cuando él sirvió a la comuna como concejal y como alcalde.

Don Alfonso Peláez Bazán nos revela que fue de tales archivos de donde derivó parte de la información para escribir su historia "Cuando recién se hace santo" que revela la cercanía del Capitán con su mentor, el alcalde Don Eleuterio H. Merino.

También el Profesor Daniel Quiroz Amayo revela haber investigado esos archivos, que bien podrían ser, bajo asesoramiento académico, campo de investigación para futuras tesis de grado en Celendín mismo.

* * *

Una pista adicional podrían ser muchos celendinos que tienen lo anticuario como *hobby* y que nunca se deshacen de fotos y fragmentos de documentos propios y ajenos.

Expresamos nuestra expectativa de que la publicación de mi presente obra, *El Diario del Capitán*, les motive a examinar los documentos en su poder si acaso pudieran tener conexión con la historia del Capitán. Hemos abierto las puertas para muchas sorpresas en un futuro cercano.

—Podría darse el caso de que se ubiquen sus artículos firmados provenientes de la columna "Rasgos de Pluma" del periódico mural "El Eter".

—Podría darse el caso de que alguien tenga en su poder el Diario del Capitán en su integridad en algún viejo capacho o cartapacio que alguien dejó cuando partió para ultratumba.

—¡Podrías tener en tu poder un gran tesoro, sin saberlo!

* * *

A todos estos documentos referidos debería sumarse una breve lista de expresiones shilicas hecha por mi padre, seguramente sobre la base de los escritos que le legara su padre, el Capitán. Estas expresiones han sido incluidas en un documento aparte con el título de *Lexicografía y Fraseología de Celendín*, cuyo objetivo es ayudar al lector no celendino a entender plenamente el texto de la Biblioteca Chávez.

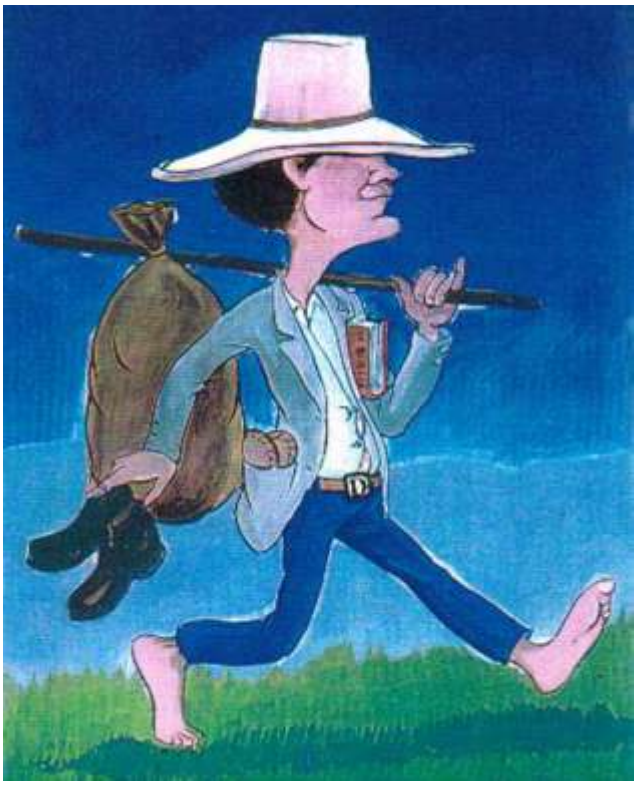
En fin, escudriñando los documentos referidos, vemos que nada esotérico hay en el Capitán. Nada hay de alquimia o de masonería.

El no era más que un joven comedido a quien le apasionaba el diseño, la investigación, la experimentación, la reforestación, la fundición de metales, la construcción, y sobre todo la literatura. Los fragmentos de su Diario que han sobrevivido nos revelan su pasta de escritor, desarrollada en su labor en el periódico "El Eter".

Su mayor objetivo era la educación de su pueblo y la digna remuneración de sus maestros.

Su paso por la vida es visible y sensible en los pinos centenarios de la Plaza de Armas, en las laderas sembradas de eucaliptos, en las palmeras que siguen en pie en algunas casas de Celendín, y en el repique matutino de las campanas de la Iglesia Matriz.

Nos ha legado su paradigma de servicio expresado en sus palabras textuales: "Sólo las buenas acciones desinteresadas construyen el pedestal del recuerdo y la simpatía a través de los tiempos. Hagamos lo que nos corresponde en bien de los demás mientras dura nuestro paso fugaz por la existencia."



El autor, descalzo y con cúngash,
prosalla y safasique sale. . .

El Charro,
el artista que ilustró este libro

Pero me asedia el recuerdo de mi padre diciendo: "E-SE DIA-RIO YA NO E-XIS-TE" —así, con sus sílabas enfatizadas—.

Queriendo llorar le confieso al Charro, el Profesor Jorge A. Chávez Silva, bisnieto del Capitán, que ha hecho las ilustraciones de este libro:

—Hay momentos en que pienso que quizás deba nomás desistir de buscar el Diario del Abuelo y escuchar más bien sus palabras que le dijo al Búho desde lo profundo de su tumba:

Deja, vate, que el olvido
de mis hechos haga alfombra.
Mi destino lo ha querido;
dejadme en perpetua sombra.

Y el Charro me dice:

—Pero, ¿qué más quieres, viejo? Una cosa es el documento; otra cosa es su contenido. ¡Y al terminar de escribir este libro acabas de rescatar el contenido del Diario en su integridad. ¡Acabas de descubrir *El Diario del Capitán*!

Al escuchar sus palabras, me sobrepongo de mi güingo.[171] Y contrastando las palabras que mi padre expresó en su desesperación, proclamo a los cuatro vientos:

¡EL DIARIO EXISTE!

CONDECORACION DEL DR. MOISES CHAVEZ
por su labor docente en la
Escuela Militar de Inteligencia
del Ejército de Bolivia

DEPARTAMENTO VI EDUCACIÓN Y DOCTRINA
ESCUELA MILITAR DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO
"GRAL. EJTO. JOAQUÍN ZENTENO ANAYA"
BOLIVIA

RESOLUCION No. 045/12
DEL CONSEJO SUPERIOR DE LA
ESCUELA MILITAR DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO
"GRAL. EJTO. JOAQUÍN ZENTENO ANAYA"

La Paz, 06 de Diciembre de 2012

VISTOS Y CONSIDERANDO:

Que el Capítulo IV del Reglamento Interno, aprobado por Resolución del Comando General del Ejército No. 24/96, faculta al Consejo Superior otorgar la distinción **"PLAQUETA DE RECONOCIMIENTO DE LA ESCUELA MILITAR DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO"**, a los ciudadanos militares, policiales y civiles, por sus meritorios y relevantes servicios prestados al Instituto.

POR TANTO:

El Consejo Superior de la Escuela Militar de Inteligencia del Ejército, en uso de sus legítimas atribuciones.

RESUELVE:

Conferir la distinción **"PLAQUETA DE RECONOCIMIENTO DE LA ESCUELA MILITAR DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO"** al Sr.:

DR. MOISES CHAVEZ

Regístrese, comuníquese y archívese.

Cap. Inf. Eddy Crespo Velasquez
SECRETARIO

Tcnl. DEM. Juan José Jaldín Adriazola
VOCAL

Tcnl. DEM. Luis Bernardo Revollo
VOCAL

Tcnl. DEM. Oscar A. Sánchez Gonzáles
VOCAL

Tcnl. DEM. Marco A. Dockar Chuquimia
VOCAL

Cnl. DEM. René Bustamante Ramirez
VOCAL

Cnl. DAEN. José M. Márquez Alba
VOCAL

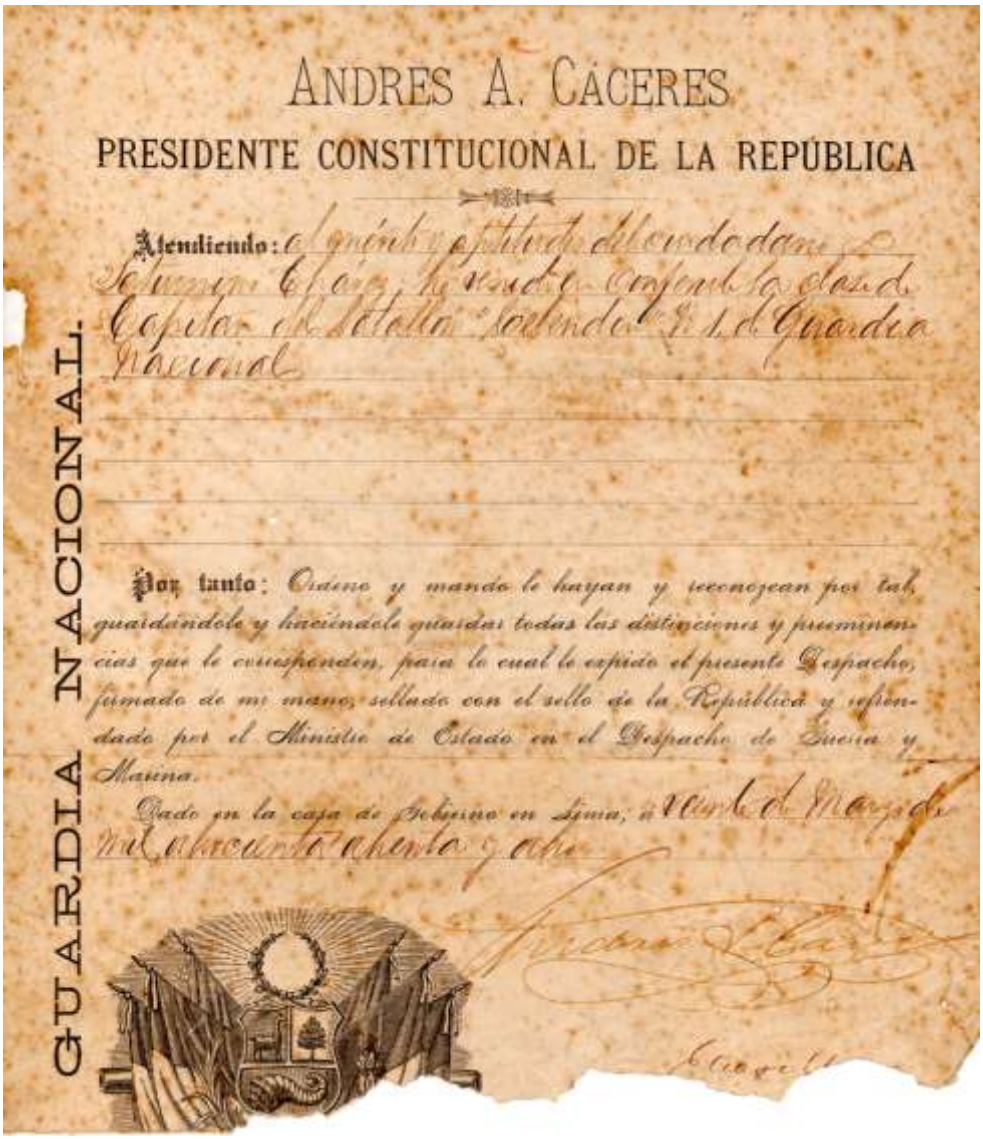
Cnl. DAEN. Raúl Hurtado Lazo
VICE PRESIDENTE

Vo. Bo.

Cnl. DAEN. Felix Rojas Torrico
PRESIDENTE

APENDICES

1
DOCUMENTOS



ANDRES A. CÁCERES

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA

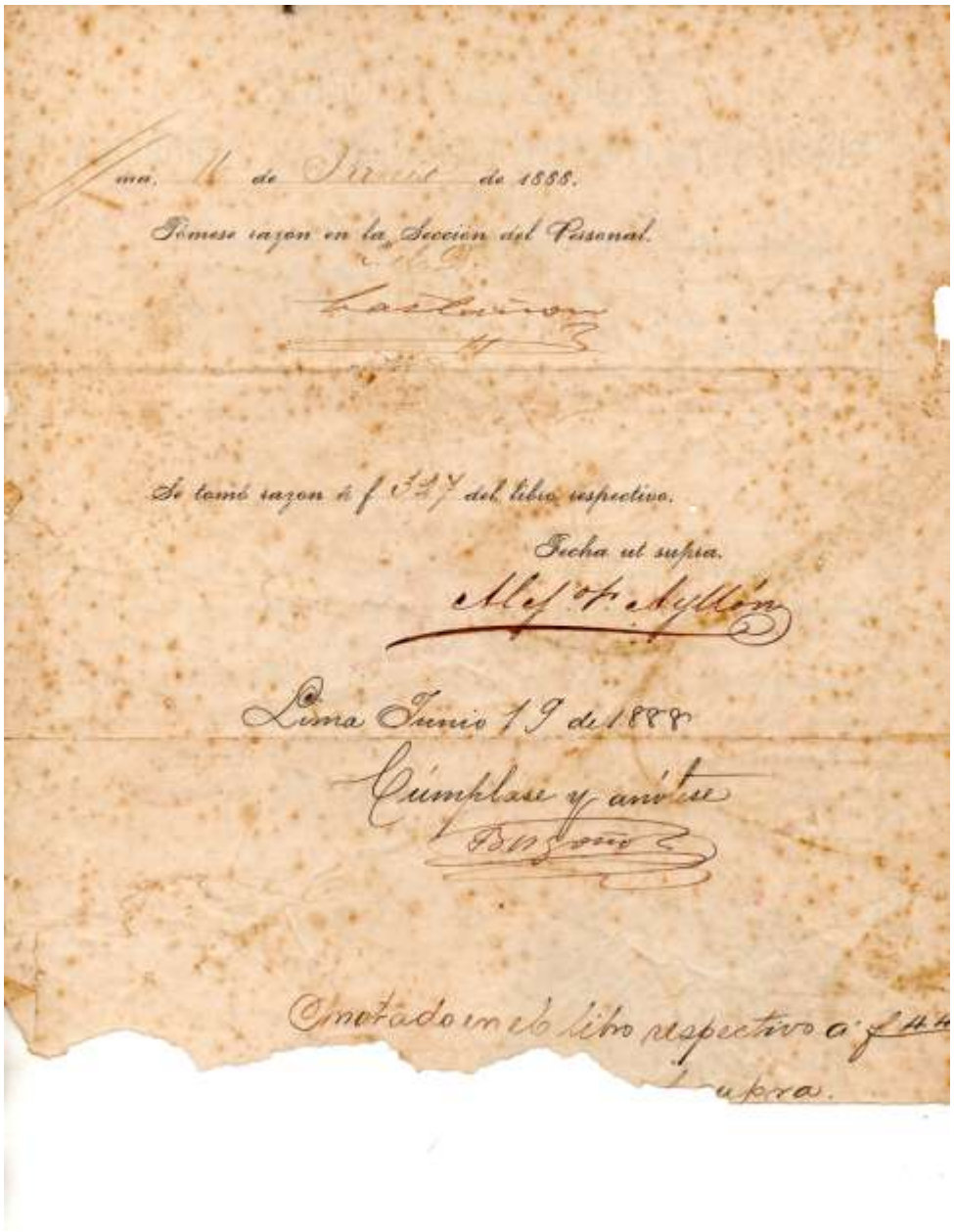
Atendiendo: al mérito y aptitud del ciudadano Teniente Coronel graduado Capitán de Estado Mayor del Ejército Sargento 1º de la Guardia Nacional

Por tanto: Ordeno y mando le hayan y reconozcan por tal, guardándole y haciéndole guardar todas las distinciones y preminencias que le corresponden, para lo cual le expido el presente Despacho, firmado de mi mano, sellado con el sello de la República y refrendado por el Ministro de Estado en el Despacho de Guerra y Marina.

Dado en la casa de Gobierno en Lima, a 10 de Marzo de mil ochocientos ochenta y ocho

GUARDIA NACIONAL.

Lo que se conserva del documento original o Despacho del Presidente Andrés A. Cáceres entregado al Capitán Zaturnino Chávez Baella



Reverso del Despacho del Presidente Andrés A. Cáceres a favor del Capitán Zaturnino Chávez Baella

2
APENDICE POETICO

EL POEMA "SEMBRANDO"
DE BLANCO BELMONTE

Como broche de oro del *Diario del Capitán* incluimos un Apéndice Poético, que hace resaltar la empresa de reforestación de Celendín emprendida por el Capitán Zaturnino Chávez Baella. Esto hacemos con el hermoso y significativo poema de Blanco Belmonte intitulado "Sembrando", que hemos citado parcialmente en la historia "El Capitán Sembrando".[172]

Al incluir poema cumplo también con la voluntad de otro hombre como mi abuelo, apasionado por la reforestación de Celendín, el Ing. Julio Sánchez, sea su memoria bendición, quien me solicitara que le consiguiera el texto íntegro de este poema. El quería convertirlo en el Himno a la Reforestación de Celendín.

Asimismo, expreso mi anhelo de que se detenga la tala indiscriminada de árboles y matorrales que constituyen un vestigio de la flora precolombina de los Andes peruanos, como los árboles de lanche, sobre todo en la zona de La Tranca-Santa Rosa.

También invoco a los celendinos que tienen terrenos en la campiña y en las colinas, que siembren flores, muchísimas flores. Adornen sus patios y casas con flores de alegre colorido. Así, Celendín tendrá una Reina, y habrá obreras, y junto con ellas impulsaremos la industria de la miel de abeja, el propóleo y la cera artesanal.

Entonces se cumplirá plenamente la visión del Capitán y de todos cuantos amamos a la tierra que formó nuestras células y nos lanzó al mundo llenos de visión.

Y dice así:

SEMBRANDO
Por Blanco Belmonte

De aquel rincón bañado por los fulgores
del Sol que nuestro cielo triunfante llena;
de la florida tierra donde entre flores
se deslizó mi infancia dulce y serena;
envuelto en los recuerdos de mi pasado,
borroso cual lo lejos del horizonte,
guardo el extraño ejemplo, nunca olvidado,
del sembrador más raro que hubo en el monte.

Aún no sé si era sabio, loco o prudente
aquel hombre que humilde traje vestía.
Sólo sé que al mirarle, toda la gente
con profundo respeto se descubría.

Y es que acaso su gesto severo y noble
a todos asombraba por lo arrogante. . .
¡Hasta los leñadores, mirando al roble,
sienten las majestades de lo gigante!

Una tarde de otoño subí a la sierra
y al sembrador, sembrando, miré risueño:
¡Desde que existen hombres sobre la tierra,
nunca se ha trabajado con tanto empeño!

Quise saber, curioso, lo que el demente
sembraba en la montaña sola y bravía.
El infeliz oyóme benignamente
y díjome con honda melancolía:

Siembro robles, y pinos, y sicomoros.
Quiero llenar de frondas esta ladera.
Quiero que otros disfruten de los tesoros
que darán estas plantas cuando yo muera.

¿Por qué tantos afanes en la jornada,
sin buscar recompensa? —dije—.
Y el loco murmuró, con las manos sobre la azada:

Acaso tú imagines que me equivoco;
acaso, por ser niño, te asombre mucho
el soberano impulso que mi alma enciende:
Por los que no trabajan, trabajo y lucho.
Si el mundo no lo sabe, Dios me comprende.

Hoy es el egoísmo torpe maestro
a quien rendimos culto de varios modos:
Si rezamos, pedimos sólo "el pan nuestro".
Nunca al Cielo pedimos pan para todos.

En la propia miseria los ojos fijos,
buscamos las riquezas que nos convienen,
y todo lo arrostramos "por nuestros hijos".
¿Es que acaso los demás padres hijos no tienen?

Vivimos siendo hermanos, sólo en el nombre;
y en las guerras brutales, con sed de robo,
hay siempre un fratricida dentro del hombre,
y el hombre para el hombre, siempre es un lobo.

Por eso, cuando el mundo triste contemplo,
yo me afano y me impongo ruda tarea.
Yo sé que vale mucho mi pobre ejemplo,
aunque pobre y humilde parezca y sea.

¡Hay que luchar por todos los que no luchan!
¡Hay que pedir por todos los que no imploran!
¡Hay que hacer que nos oigan los que no escuchan!
¡Hay que llorar por todos los que no lloran!

Hay que ser cual abejas que en la colmena
fabrican para todos dulces panales.
Hay que ser como el agua que va serena
brindando al mundo entero frescos raudales.

Hay que imitar al viento que siembra flores,
lo mismo en la montaña que en la llanura.
Y hay que vivir la vida sembrando amores
con la vista y el alma siempre en la altura.

Dijo el loco, y con noble melancolía,
por las breñas del monte siguió trepando.
Y al perderse en las sombras, aún repetía:
"¡Hay que vivir sembrando! ¡Siempre sembrando!

LOS POEMAS AL CAPITAN
DE PEDRO GARCIA EL BUHO

Al final incluimos el texto íntegro de los dos extensos poemas que escribiera el Amauta Don Pedro García el Búho que hemos citado frecuentemente en *El Diario del Capitán*. Ellos son "Heroísmo Celendino" y "Oda épica al heroísmo del Capitán Don Zaturnino Chávez.

En el primer poema observe la genialidad poética expresada en el recurso de versos de siete sílabas cuando el poeta le habla al Capitán, y en versos endecasílabos (de once sílabas) cuando habla el Capitán.

Esta es una pauta exegética que nos hace ver que el par de estrofas que empieza con las palabras "Valientes jefes tuvimos" y termina con "¡Combatir hasta morir!" son palabras del poeta, una especie de intersticio, porque son de siete sílabas. A ellas sigue una nueva fase del discurso del Capitán que empieza con la palabra "¡Alerta!"

* * *

En la historia de Celendín figura el Capitán Don Zaturnino Chávez Baella al lado de sus benefactores en grado heroico y eminente, tales como el Teniente Coronel Raymundo Pereyra —Capitán de Dragoes (Dragones) de Celendín—,[173] Juan Justo Zegarra, el Coronel Juan Basilio Cortegana, el Capitán Sebastián Chávez Pereira, el Teniente Fidel Velásquez, el Capitán Francisco Rodríguez, el Sargento Jerónimo Aliaga, el Sub-Teniente Jacinto Reyna, el Capitán Miguel Isaías Becerra, el Capitán N. Chávez Valdivia, el Mayor Sebastián Chávez, el Capitán N. Távara, el Gral. José del Carmen Marín y otros que inviertieron sus vidas dando lustre a la Patria.

1
HEROISMO CELENDINO
Canto Epico a Don Zaturnino Chávez Baella
Capitán de Infantería del Batallón Celendín Nº 1
de la Guardia Nacional
y combatiente en San Juan y Miraflores
en la Guerra con Chile, el 13 y 15 de Enero de 1881
Por Pedro A. García, El Búho

* * *

En las breñas peruandinas
héroes hay, tan olvidados,
como los que al circo fueron:
De la ingratitud tragados.

Yo quiero levantar un héroe
alzando su loza fría,
para darle el verde olivo
que su pueblo ahora le envía.

Llevar he, como alto fin,
homenaje al patriotismo
que con armas y civismo,
realiza Celendín.

¡Oh, Musa de las Batallas,
que allá en los campos de Troya
elevaste con la lira
muchos héroes a la gloria!

Ven a mí, si te complace,
volando sobre los mares
del Olimpo hasta los Andes,
trayéndome tus cantares.

Temo ir solo a la tumba
de un ilustre Capitán
que en San Juan y Miraflores
demostró ser un titán.

Pon la lira entre mis manos.
Ténte aquí, valiente musa.
Hoy haré que el héroe mismo
desmadeje mi confusa. . .

II

Ya me encuentro en la voluta
del misterio que me afronta;
y al través de la espesura,
vuela mi alma y se remonta.

Y al pulsar con emoción
el cordaje de mi lira,
vi la muerte que delira
y al héroe con expresión.

Y me dice con ternura:

Deja, vate, que el olvido
de mis hechos haga alfombra.
Mi destino lo ha querido;
dejadme en perpetua sombra.

Y un *splash* ténebre siento.
Le respondí en tono cuerdo:
Es la emoción del recuerdo
que un hijo tuyo hace aquí.

Despierta, sé asequible.
Escúchame, oh Capitán.
Mis conjuros tienen radios
que en pos de justicia van.

Y hoy, tú mismo alentarás
mis conjuros justicinos:
Yo no quiero que olvidados
yazcan héroes celendinos.

III

Y en tono tierno expresó:

Te hablo, bardo valiente:
¿Qué musa magna del espacio mundo
te hizo venir hacia el misterio oscuro
para encontrarme con tu amor profundo?

Quizás el Averno tentador y astuto
valerse pudo de su sombra y genio
para arrancarme los callados hechos
y exponerlos en magnal proscenio.

Firme es tu idea; tu razón intacta.
Tu conjuro es lento, tu inspirada nota. . .
Daré, pues, a tu canto la verdad exacta
de mis combates que el honor no agota.

Fue apenas escuché el tropel de la envidia
y vi que Arauco desató sus cuervos
que en el campo boliviano hicieron
correr sangre entre dolor y acerbos,

Dejé mi pueblo por tomar el arma.
Crucé la cumbre del Cumullca andino,
y unido a otros de mi pueblo
formé el decidido Cuerpo celendino.

La Patria alienta nuestra marcha aleve.
Y ante nuestro singular comporte,
la Guardia Nacional Republicana
nos incorpora al Escuadrón del Norte.

Como más plazas de mi pueblo había,
surgió un Batallón, que el nombre
de mi terruño conservó hasta el día:

¡El Batallón Celendín Número Uno!

IV

La envidia crece con su torpe furia,
con su bravura de vergüenza carga
a la chilena pretención que huye.
En mar y tierra su temor se alarga.

Fue un latido de la gloria nuestra
que como diosa que al troyano engaña,
nos precipita en pos de una victoria
que apenas brilla, en el mar se pierde.

Alud de buques de blindaje surgen
con escuadrones que devastan pueblos.
En San Francisco y La Alianza funden
todo el poder de nuestro esfuerzo sur.

Cual flacas fieras que de hambre aúllan,
a Lima corren a saciar sus fauces.
Allá va a jugarse el honor patrio
entre invasor y defensor de audaces.

Valientes jefes tuvimos:
Buendía, Montero y Leiva,
con Piérola el Dictador
distribuyen la defensa
contra el terrible invasor.

Iglesias el valeroso,
con Cáceres el temible
y Dávila el sigiloso,
en todo frente reaniman:
"¡Combatir hasta morir!"

"¡Alerta!" —se oye—. El silencio es grave.
Los batallones, con marcial donaire
alzan la insignia bicolor peruana.
¡Alerta! ¡Alerta! El momento es grave.

Tropas de Guerra con tambor y diana
hacen que vibre con fervor el aire.
Entre ellos va mi Batallón provisto;
yo hago alarde de tener su mando.

Cáceres le designa a cada cuerpo el sitio.
Díceles: "¡Bravos, combatir os mando!"
Entre ellos está mi Batallón amado
presente en la lucha en su sitio.

Como tormenta de huracanes miles
por entre carros y arenales braman
los implacables enemigos viles
que en todo frente a mi Patria atacan.

Con un diluvio y silbar de balas
la línea nuestra respondió el ataque.
Y como el cóndor de hirientes alas
logra tener a su enemigo en jaque.

Entré al combate desigual y rudo.
Frente a mi grupo defendí mi línea.
¡Vencer, valiente Celendín! —murmuro—.
Y vi al chileno que a ceder se inclina.

Sotomayor se refuerza al punto,
y mi gente diezma y lucha con denuedo.
Yo, en el fragor de la batalla me hundo
sin advertir la posición que llevo.

Mi celendino Batallón diezmado,
con arma arriba se fió a la suerte.
En tal estado, un dolor del alma
Me advierte que fueron fusilados.

Yo hablé a los míos, ya desesperados,
con esta arenga que nos dio la palma:
"¡CELENDINO, NO MENGUE TU VALOR;
QUE MORIR INTIMIDADO ES MORIR SIN HONOR!"

Mi pelotón furioso se abalanza
y bajando el arma reafirmó la mira
en la ofensiva de león rabioso.
Y forzando el paso al colosal derriba.

Entre humo denso y polvareda pasa
y de entre los muertos enemigos cobra
el honor santo del honor de Patria:
¡Unirse a Suárez[174] con placeres logra!

He allí la gloria que me dio los lauros.
He allí la hazaña de mi Batallón:
Fieles a su Patria, estos celendinos
¡confirieron honra a su salvación!

Burlando así el canival intento
de fiera loca, enfurecida y cruel,
tomar pudimos el tranquilo aliento
entre la huesta cacerista fiel.

Y en Miraflores encontrar pudimos
a la Reserva de la Patria amada.
Con nuevo brío a combatir nos fuimos
con la esperanza de mejor cruzada.

2
ODA EPICA AL HEROISMO DEL CAPITAN
DON ZATURNINO CHAVEZ
Comandante del Batallón Celendín Nº 1
Combatiente en la Batalla de Miraflores.
Escrita en Celendín el 7 de Septiembre de 1947
Por Pedro A. García, el Búho
* * *

Una esperanza en pedestal de humo
escapa luces entre negras nubes.
Falsos consuelos reanimando brumos
vienen volando a refingir querubes.

La Patria enfronta su reserva altiva;
nadie en su edad ni condición repara.
Con sangre y fuego resolvió se escriba
su apoteosis que el Perú prepara.

II

Como ese hijo ante su madre herida
con rabia llora y la venganza busca.
Y al inferente con rigor castiga,
aunque comprende que su muerte busca.

El Capitán Don Zaturnino Chávez
como el Ulises del Perú se clava.
Erguido en alto reanimó falanges
y en la batalla sin temor se entraba.

Y entre la lid que la defensa toma
de santa causa que el Perú defiende,
este valiente a su escuadrón corona
con bella arenga que hasta el alma hiende.

Lleva esperanza de que todo el frente
con igual furia al enemigo ataque.
Lo que fue cierto: Con valor potente
en todo el frente les valió el combate.

III

Y el feroz Araucano,
triplicando armas y gente
por mar y tierra derrotar pretende
el valor peruano.

Como nube tempestuosa avanza;
en valles y cerros escuadrones tiende
y en su ambición comanda.

Nada intimida la peruana fuerza;
todo en defensa de la Patria juega
con valor sobrehumano.

Los adalides que en San Juan combatieron,
su nueva palma a la Patria entregaron.
Con sus valientes rompieron el fuego
que al enemigo más bajas causaron.

El Capitán celendino deshace
frente a su grupo la fuerza enemiga.
La fugaz gloria a su audacia complace;
le abren la brecha y triunfante camina.

Lagos pregunta con rabia a los suyos:
"¿Quién es aquel que me corta el camino?"
"¡El Capitán Zaturnino que medra a los tuyos!"
Dijo una voz con furor leonino.

Como la nube se disuelve al viento,
jefes peruanos abriendo sus brechas
doman el fuego de Arauco al momento,
dando al contrario fatales sospechas.

Nuestra reserva respira victoria;
Luego se eclipsa su brillo de honor.
Diosa fatal, traición de alta historia,
detiene al punto al patriota valor.

La confusión en sus tropas propagan:
Cambia el pertrecho, desbandan su activo.
Los que la lid al triunfo llevaban,
orden reciben de pronto retiro.

IV

Pérfida diosa, con loca injusticia,
trocando en triunfo la cierta derrota,
riendo se esfuma llevando milicia;
caída la Patria en honor se alborota.

Decidme, oh fiel musa:
¿A dónde el triunfo y honor conseguido
llevó su bandera sin mancha escondida?
¿Dónde la Patria guardó resentida
tantos valores doquier no vencidos?

¡Diosa funesta, engreída y cruel!
¿Por qué entregaste el valor de la sangre
al que no tuvo derechos de él?

¿Por qué engañaste al valor peruano
para que lleve su triunfo honroso?
¿Con quiénes te ocultas en tu negro arcano?

V

Así la Patria del Perú ha perdido
tesoro, dicha, territorio y sangre.
Fue compasivo y le infundió el ultraje,
el que jamás lo toleró pasivo.

Patria, recuerda, Celendín te ha dado
un Capitán que defendió tu honor.
Por él, su pueblo, un pedestal loado,
te ha demostrado su ferviente amor.

3
CELENDIN EN LA NOTICIA
Artículo del Diario "Expreso"

A continuación incluimos el texto del artículo aparecido en 1964 en el periódico "Expreso" de Lima. No se indica quién es el autor, y tiene como título:

Un pequeño estado judío en plena sierra peruana:
HEBREOS PERSEGUIDOS POR LA SANTA INQUISICION
FUNDARON CELENDIN

En el corazón de los Andes norteños del Perú existe una versión del Estado de Israel en pequeño. Se trata de la capital de la provincia de Celendín, ciudad del mismo nombre, y dos poblaciones cercanas, Sucre y José Gálvez, cuyos habitantes, casi en su totalidad, son de ascendencia judía.

A los celendinos se les ha conocido secularmente entre los pueblos de la sierra norte como 'los judíos peruanos'. Pero éste no era más que un dicho originado por ciertas características psicológicas peculiares de los pobladores de la provincia que los identifican con lo que se considera generalmente "costumbres propias del pueblo judío".

Pero el descubrimiento del origen judío de la población de Celendín es bastante reciente. Data de dos o tres años atrás. El profesor limeño de historia, Apolonio Carrasco Limas, es quien más se ha interesado por el estudio de las peripecias de un grupo de judíos portugueses que, perseguidos por la Inquisición en la Península, llegaron al Perú alrededor de 1780, después de atravesar el Brasil.

Convertidos a la fe católica, se establecieron en la hacienda Chilindrín, ubicada en la entonces Intendencia de Trujillo, que compraron a un convento de monjes mercedarios. En aquel lugar levantaron tres poblaciones —Celendín, Sucre y José Gálvez— y transformaron sus nombres y apellidos para evitar las persecuciones vigentes contra los judíos en la sociedad virreinal.

Coincidiendo con la versión del profesor Carrasco Limas existen otras de incontrastable valor, como la del catedrático de historia de la Universidad de Huamanga, Jesús Silva Santistevan.

La opinión del Embajador de Israel

Precisamente, el Dr. Michael Shimon, Embajador del Estado de Israel en el Perú, viajó recientemente hasta la provincia de Celendín en pos de confirmar la noticia. Desde entonces tiene la certeza de que los celendinos son verdaderos judíos.

Aduce no solamente las razones de origen histórico conocidas, sino también se basa en el estudio de las raíces etimológicas de los apellidos comunes en Celendín. Según el Embajador, casi todos estos apellidos, pese a que han sufrido algunos cambios se derivan claramente de palabras hebreas. Así, por ejemplo, Silva deriva de la palabra hebrea slav, que significa "alondra". Malca deriva de malak, que significa "reinar". Renya es una

transformación de Malca. Pereyra se deriva de perar. De igual forma, Díaz, Medina, Aliaga, y otros tienen, según el Dr. Shimon, raíz hebrea. El ochenta por ciento de los celendinos llevan estos apellidos.

Una minoría nacional

Pero contra lo que podría suponerse, los celendinos no son un grupo de familias; son, más bien, una pequeña minoría nacional. Secularmente, ellos han conservado este espíritu hasta el punto que se han granjeado cierta enemistad, entre sus codepartamentanos especialmente.

Es fama que el caudillo montonero cajamarquino, José Mercedes Puga habría dicho alguna vez: "¡De manera que los shilicos creen formar una nación aparte! Muy bien: ¡Hay que declararles la guerra!"

Los celendinos fuera de su tierra han formado prósperas y exclusivistas colonias y mantienen estrechos vínculos con su tierra natal. La colonia de Lima, solamente, es bastante unida y llega a más de diez mil habitantes.

Industriosos, comerciantes, trotamundos

Aun no considerando las pruebas de orden histórico, y al lado de su curioso "espíritu nacionalista", existen otras características de la psicología del pueblo de Celendín que podrían parecer a muchos pruebas irrefutables de su origen hebreo. No en vano, desde antes se les ha conocido como "los judíos del Perú".

Ciro Alegría llega a distinguir en sus tres principales novelas al típico comerciante celendino vendiendo sombreros de feria en feria serrana. Y se tejen muchas bromas alrededor de los celendinos por este su modus vivendi. Y es que el poblador de Celendín es, en primer lugar, fabricante de sombreros.

Recientes cálculos indican que el 40 por ciento de la población de la capital de la Provincia se dedica a la fabricación a mano de los sombreros, y especialmente las mujeres. Y en segundo término, es vendedor de esos sombreros.

No hay celendino que al cumplir los veinte años se quede en su tierra. Por lo general, sale a conocer el mundo, vendiendo al mismo tiempo el producto de su industria regional. Se cuenta, en especial, la historia del millonario Augusto G. Gil, quien cosechó una gran fortuna vendiendo sombreros. Llegó a París y a Londres, y en esas grandes urbes impuso entre los elegantes el sombrero "Celendín Hat". Al morir donó su fortuna, calculada en 20 millones de soles, a la Beneficencia de su pueblo.

El celendino tiene una gran inclinación por el arte. Ha tenido y tiene muchos poetas, novelistas, cuentistas, y en especial pintores y músicos. Recientemente, el joven Miguel Angel Díaz recorrió todo el Perú vendiendo sus cuadros, dando conciertos de acordeón y vendiendo sombreros.

En síntesis, el celendino es trotamundos, comerciante y artista.

4

PERUANOS DEL BICENTENARIO

Recordando al Héroe Celendino Capitán Zaturnino Chávez Baella

Por Moisés Chávez

Homenaje al Ciudadano Celendino Don Zaturnino Chávez Baella Capitán del Batallón "Celendín N° 1" de la Guardia Nacional, por sus actividades patrióticas en las célebres jornadas de San Juan y Miraflores

Con motivo del Bicentenario de la Independencia del Perú, cuando se recuerda a los que nos dieron libertad y a los que lucharon para conservarla, quiero destacar la memoria de un celendino que quizás muchos hemos olvidado. Me refiero al Capitán Zaturnino Chávez Baella. Pero no lo olvidó su amigo, el Presidente Andrés A. Cáceres, porque combatió a su lado en la Batalla de Miraflores en defensa de nuestra Capital y del Perú al frente del valeroso Batallón "Celendín N° 1" creado por el mismo Cáceres.

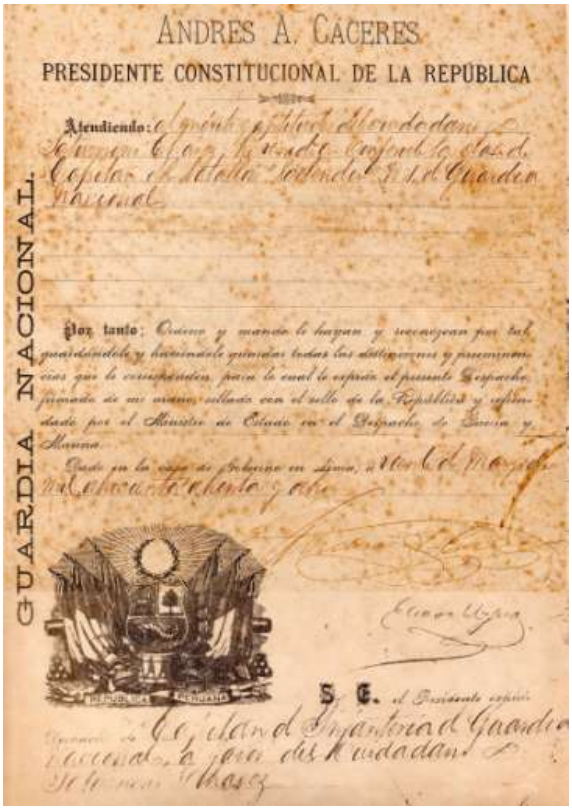
Compartiré con el lector unas pocas fotos y cuadros entresacados de mi obra, *El Diario del Capitán*, que encontrará en la página web **www.bibliotecainteligente.com**, Volumen N° 6 de la Serie SHILICOLOGIA.

1. Empecemos con el retrato del Capitán, que se encuentra en el Salón de Actos de la Municipalidad de Celendín.

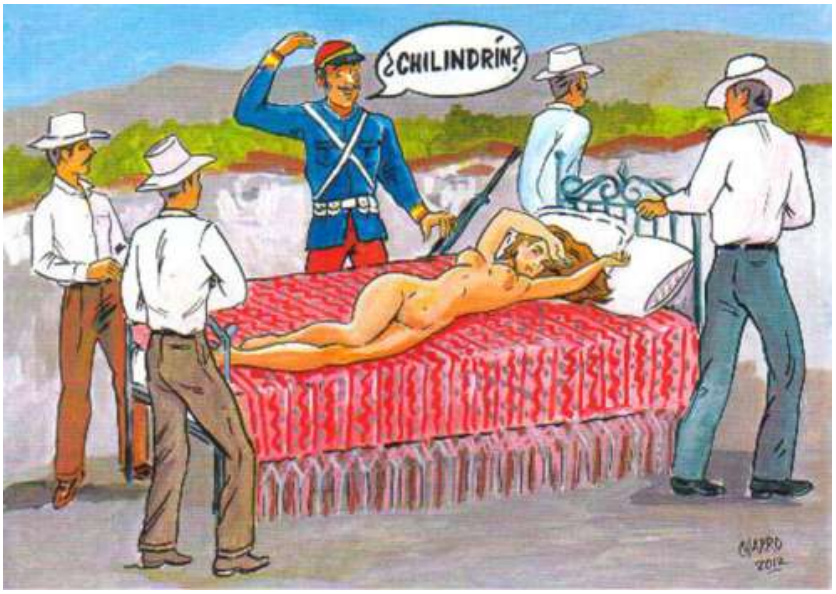
2. Le sigue la foto de su amigo, el Mariscal Andrés A. Cáceres, “el Brujo de la Breña”, Padre de la Segunda Independencia del Perú.

Mariscal Andrés Avelino Cáceres
El “Brujo de la Breña”

3. Le sigue el original del Despacho del Presidente Andrés A. Cáceres, que confiere el grado de Capitán de la Guardia Nacional al celendino Zaturnino Chávez Baella.


ANDRES A. CACERES
PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA
GUARDIA NACIONAL

4. El cuadro a continuación ilustra la historia del *Diario del Capitán* que refiere cómo el padre de la joven María Benjamina, el señor Juan Sánchez Pereyra, logró burlar el control de los chilenos acampados en Cajamarca, para llevar joyas y valores para el matrimonio de su hija con el Capitán.



El metió las joyas en el colchón de un catre deliciosamente ataviado que supuestamente era llevado para el jefe chileno. Pero pasado el susto, los shilicos abandonaron el catre en cualquier lugar y se mandaron mudar con las joyas y los valores, dizqué a "Chilindrín".

5. El cuadro que sigue ilustra nuestro comentario de la historia del escritor Alfonso Peláez Bazán intitulada, "Cuando recién se hace santo", uno de cuyos personajes es el Capitán.

La historia de Don Alfonso Peláez Bazán refiere cómo lo metieron preso en la cárcel pública de Celendín a Don Sheva, el santo patrón de Llanguat, y nuestro comentario en *El Diario del Capitán* lleva por título, "El Maestro y su Discípulo".

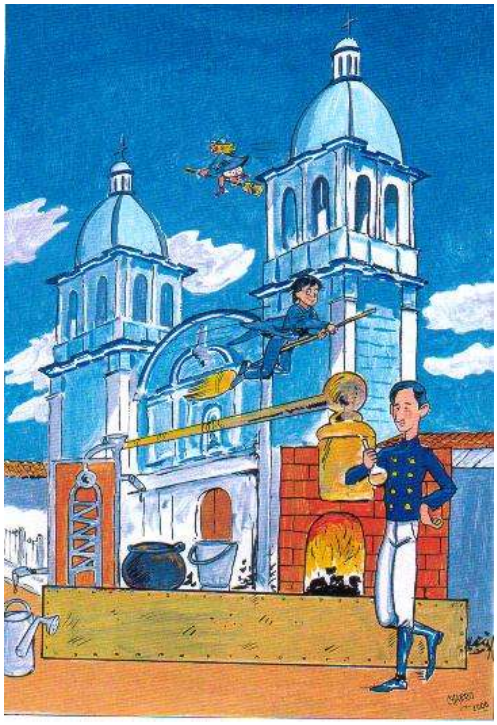
El Maestro Eleuterio H. Merino
y su Discípulo, el Capitán

6. Le sigue la foto de la Plaza de Armas de Celendín con dos de los pinos que plantó el Capitán. El más cercano es "el legendario pino que habla".

7. En la foto que sigue aparece la madre del Capitán a sus 108 años de edad aún guardando luto por su hijo muerto prematuramente a sus 47 años.

8. En el cuadro que sigue mi padre, Juan Chávez, me muestra dónde estaba sepultado su padre, el Capitán, en el emplazamiento del Cementerio Anterior en lo que ahora es el Barrio "Pueblo Nuevo", al sur de la ciudad de Celendín.

9. El cuadro que sigue ilustra una leyenda espeluznante del *Diario del Capitán*, acerca de sus supuestos experimentos de alquimia. La leyenda se originó en el hecho de que él se ingenió para fabricar un alambique para la destilación del aguardiente o cañazo en Llanguat.



A continuación incluyo las fotos de algunos de los descendientes del Capitán.

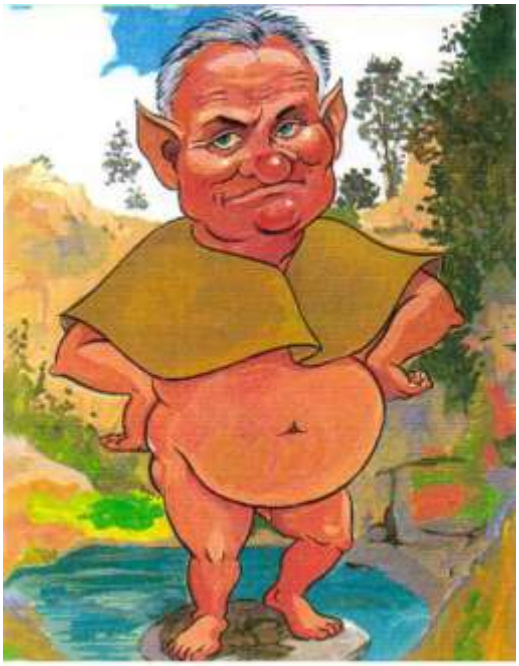
1. En la primera foto aparecen mi papá Juan a la izquierda y su hermano Victoriano a la derecha, ambos hijos del Capitán. En medio está su abuelita, la Chocha Bailla, madre del Capitán.

2. En la foto que sigue aparecen vuestro servidor y mis hermanos Sara, Elvira y Juan, en el emplazamiento donde combatió el Batallón "Celendín N° 1", en lo que ahora es el Parque Reducto N° 2 en Miraflores.

3. En la foto que sigue aparece mi hija Lili Ester, bisnieta del Capitán, que ha diseñado y filmado el presente video.

4. En el cuadro que sigue aparece Paco Tavera Chávez, bisnieto del Capitán, rodeado de sus hermosas odaliscas de El Cumbe.

5. Finalmente posa sipralla Arquímedes Chávez, "El Quime", bisnieto del Capitán, fungiendo como "el Duende Mayor" en mi historia sobre los duendes del lago drenado donde se levanta ahora la ciudad de Celendín. Lea esta historia en el Volumen 6 de la Serie SHILICOLOGIA, *El Diario del Capitán*, en la página web Biblioteca Inteligente.



Te invito a disfrutar la lectura de mi obra, *El Diario del Capitán*, y de la *Introducción a la Shilicología* en la Serie SHILICOLOGIA de la página web **www.bibliotecainteligente.com**. Las encontrarás bajo el enlace SEPARATAS ACADEMICAS E HISTORIAS CORTAS.

EL GRAN PBI

LA BIBLIOTECA INTELIGENTE EN EL GRAN PBI

—Instale su programa EL GRAN PBI en su computadora o en su teléfono móvil.
—Vea el Album de Fotos Siprallas en el volumen BIBLIOTECA INTELIGENTE.
—Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* y a sus Volúmenes Auxiliares.
—Acceda a los volúmenes sobre Ciencias Bíblicas en las Series de Antologías.
—Disfrute de 1.500 Historias Cortas llenas de humor en las Series de Antologías.
—Disfrute en especial el Volumen 15 de la Serie SHILICOLOGIA.
—Disfrute de los volúmenes traducidos en la Serie TRADUCCIONES.
—Acceda a las publicaciones del Centro de Estudios Bíblicos "Casiodoro de Reina" (CEBCAR) y de la California Biblical University of Peru (CBUP) en el volumen, ESTUDIOS UNIVERSITARIOS.
—Disfrute de EL GRAN PBI en su formato siempre ACTUALIZADO.

El programa informático ex–internet EL GRAN PBI (*Programa Biblioteca Inteligente*)
NO REQUIERE DEL INTERNET como la página web. Consulte a **cebcarcbup@gmail.com**

Agradezco a mi sobrina, la profesora Nelly de Mori, que ha tenido la iniciativa de obsequiarnos este historial a todos los peruanos en el Bicentenario de nuestra Independencia.

Agradezco al artista celendino Jorge A. Chávez Silva, "El Charro", por sus hermosos cuadros que ilustran mi obra, *El Diario del Capitán*.

Agradezco a mi esposa Amandita, a mi hija Lili Ester y su esposo Rodrigo por su participación en la producción del presente video.

NOTAS Y REFERENCIAS

1. O piedra de los filósofos. En hebreo se la llama *éven ha-jajamím*, "piedra de los sabios".

2. Dicen que está. . .

3. Ingenuas.

4. Dicen que. . .

5. Gallinazos.

6. Gentilicio de Celendín, equivalente a "celendinos".

7. De poco valor y seriedad

8. Con corrida de toros.

9. Gentilicio de Celendín.

10. Supuesta eliminación de energía negativa del organismo mediante su frotación con un cuy negro vivo al cual se sacrifica luego para observar sus vísceras y tipificar la naturaleza del mal.

11. Palabra que introduce una iniciativa o la presentación de algo.

12. Saturadas.

13. Cuarto pequeño en un extremo de la sala en las casas antiguas y que es usado como dormitorio o depósito.

14. Colegios de secundaria de Celendín.

15. Nombre o apodo de una hermosa muchacha adolescente que tuvo una muerte que conmocionó a la población y que nunca se pudo explicar.

16. Lombrices.

17. Panes de manteca tostados en sartén.

18. Lanzó.

19. Corrida de toros entre julio y agosto.

20. Marcas de color rojizo en las mejillas.

21. Aguardiente.

22. Especie de ático, debajo del techo de tejas.

23. Con el culo al aire.

24. Búho.

25. Burlonas.

26. Borrachera.

27. Trapo de la cocina ensuciado con hollín y con restos de comida.

28. Con los ojos poco entreabiertos después de un sueño liviano.

29. Lo suelta.

30. Personaje ficticio que asusta a los niños.

31. Que se cubre la cara con un manto.

32. Zarigüeya.

33. Arrancarla.

34. Del valle de Llanguat, a 20 kilómetros al norte de la ciudad de Celendín.

35. Encender.

36. Frutos leguminosos parecidos a frijoles gigantes pero que crecen en árbol.

37. Ponerse de cuclillas.

38. Parafernalia para experimentos de alquimia, revoltijo de tubos y cañerías.

39. La palabra “química” es en realidad árabe y deriva de *al-quimiya* o “alquimia”.

40. Ingenuos, zonzos.

41. Cuarto pequeño con su puerta a la sala.

42. Individuo, tipo astuto.

43. Que se realizan al nivel del núcleo del átomo.

44. Piedra o terrón.

45. Chancaca.

46. ¿Y de allí?

47. Breñas, maleza que crece entre las rocas.

48. Me atrapan.

49. Fresco, como si nada hubiera ocurrido.

50. Expresión que deriva de “sí, señor”.

51. Embalaje de las tapas de chancaca con las hojas secas del plátano.

52. Se trató de un leve desvanecimiento a causa del *jamsín* o viento caliente del Medio Oriente.

53. La cláusula sería de mi padre. La referencia es al Morro de Arica y a las palabras de Don Francisco Bolognesi al emisario de Chile: “Arica no se rinde. Tengo deberes sagrados que cumplir, y los cumpliré hasta quemar el último cartucho.”

54. Que combatió en Chorrillos.

55. El cañón que estaba apostado junto al mar ha sido descubierto en unas excavaciones fortuitas en la cabecera de la calle Schell, y se exhibe en el Parque Reducto 2 en Miraflores.

56. El original es un cuadro al óleo que tiene las dimensiones de un mural. Actualmente se encuentra en el Museo de los Combatientes del Morro de Arica que fuera la casa del Coronel Francisco Bolognesi en la calle Afligidos, hoy Jirón Cailloma 125, Lima. Llena toda una pared de la sala donde se exhibe en la pared del frente el óleo “La Respuesta”, también de Lepiani, y de las mismas dimensiones. Este óleo describe la respuesta del Coronel Bolognesi al emisario del Coronel Baquedano que pide la rendición de la plaza de Arica.

57. Población selecta transportada por los incas a otra región de su imperio a fin de administrar sus intereses económicos y militares.

58. Consuelo Lescano Merino de Rodríguez, El adviento de Celendín, editado por Lumina Copper, Fondo Editorial, Cajamarca 2011.

59. Tomados de la mano.

60. Ver el capítulo, “Vallecito de Llanguat”.

61. Rápidamente.

62. Palabra quechua compuesta de *chaqui*, “pie”, y *ñan*, “camino”, y se refiere a los cortes de camino mediante senderos que sólo se pueden recorrer a pie.

63. Se puso intransigente.

64. Diminutivo de Santiago.

65. Delgado y pálido.

66. Frutos bayas secos y sonoros, cosidos a los botapiés del pantalón.

67. Gato, en quechua.

68. Yo no le conocí. Sólo repito sus palabras que escuché de boca de mi padre, supuestamente referidas en el manuscrito del Diario del Capitán.

69. Desnudos.

70. Es decir, por la puerta falsa.

71. Fue el Director del Museo de Historia, el Dr. Franklim Pease, sea su memoria bendición, que depositó generosamente en mis manos este documento cuando ambos éramos catedráticos en la Pontificia Universidad Católica del Perú, diciéndome: "Yo sé que este documento es de especial interés para ti."

72. Inimitables.

73. Literalmente, "obligado", o por la fuerza. En español, "marrano" o "cerdo", palabra peyorativa con que los españoles llamaban a los judíos convertidos al catolicismo, pero que en el fondo seguían siendo fieles al judaísmo.

74. Don Carnavalón.

75. Nombre de la melodía del Carnaval celendino.

76. El ruco es el macho del cuy, y la palabra se usa para referirse a los bíceps, los músculos del antebrazo.

77. Huminta doble, pastel de choclo envuelto con las pancas a la manera de una carta, en esos tiempos cuando ni siquiera podría haber un sobre a la mano.

78. Mayormente eran de cuero, pero también las había de metal, a manera de una cajita.

79. Biscochuelos traídos de una fiesta familiar.

80. Cara.

81. Delantal.

82. Referencia al río Marañón y allende el río, en territorio del departamento de Amazonas.

83. Cajamarquino.

84. Rellenó.

85. Se puso de cuclillas. El verbo, "ashuturarse" es típico del dialecto de Celendín.

86. Vea más adelante la historia "Vallecito de Llanguat".

87. Oiga usted.

88. La literatura inglesa tiene una gran ventaja. Hay literatos que "tradujeron" las obras de teatro al formato de "short stories", cosa que nunca han hecho, que yo sepa, los literatos y editores de España.

89. ¿A dónde va usted, señor?

90. ¡Pero este libro me pertenece!

91. Este es un asunto personal.

92. Es decir, la madre de don César Pereyra.

93. La parcela que la familia de doña Consuelo Lescano Merino de Rodríguez tenía arriba en el cerro de San Isidro.

94. Varillas de madera dura.

95. Un plato amplio de calabaza con panes hechos en tiesto.

96. En su historia corta, "El Rubí".

97. Palabra quechua que significa "senderos", para acortar el camino.

98. Fruto de un árbol que contiene una especie de algodón en su interior.

99. Atacar a machetazos.

100. Sinvergüenza

101. Patrullas.

102. Simpáticos.

103. "Zarca" es una palabra árabe que significa "de ojos azules o verdes".

104. Minas de tierra blanca que en Celendín se usa como pintura de las paredes.

105. Expresión que daría origen a la canción del Indio Mayta, “Carolina, Carolina, eres linda Carolina”.

106. El dios de la lluvia de los Choctamallques que en las leyendas de Celendín ha sido rebajado al sitial de un “indio daña-fiesta” porque hace llover a destiempo. Es el Tlaloc andino relacionado con el agua y la lluvia.

107. Le revolvían la cabellera en señal de cariño.

108. Dicen que ha de ser.

109. Vea el Apéndice Poético.

110. Referencia a San Sebastián, martirizado por los romanos y cuya imagen aparece herida por las flechas.

111. ¡Qué lindo!

112. Más apropiadamente, el Cuarto Creciente, o simplemente, el Creciente, pero en español se ha difundido el nombre del símbolo del mundo musulmán como “la media luna”.

113. Más conocido en Celendín como don Eleuterio Hache Merino.

114. Cárcel.

115. Diminutivo de San Sebastián, patrono del valle de Llanguat.

116. Fibra vegetal para el amarre de los carrizos.

117. Es decir, brindaron con cañazo o aguardiente.

118. Arnés en forma de toro que es llevado por un hombre en las danzas de Corpus Christi.

120. Calabazas.

121. Frutos secos de color negro y esféricos como las canicas.

122. Frutos secos que al chocar entre sí producen el sonido que indica este término onomatopéyico.

123. Cigarros corrientes.

124. Eso es evidente si juzgamos que cuando murió su papá, mo mapá contaba sólo con siete años de edad.

125. Así llamaban los celendinos a los eucaliptos en los primeros tiempos de su cultivo en la región.

126. La fibra de las hojas de esta palmera sirve para fabricar la paja toquilla para la confección de los afamados sombreros shilicos.

127. Descalzos.

128. Tomados de la mano, para no extraviarse.

129. De manera dispareja, con desgano.

130. Miel de abejas, producto indirecto de la proliferación de las flores.

131. El poema en su integridad aparece en la sección Apéndice Poético.

132. Doble, porque a diferencia de todos los pinos, a cierta altura se divide en dos palos que se yerguen juntos y de manera vertical.

133. No en serio.

134. Expresión de la cara anticipando el llanto.

135. Culo, en dialecto shilico.

136. Bolsa de cuero sin curtir.

137. Así dicen que es.

138. El último hijo.

139. Atados de mazorcas de maíz.

140. El último hijo.

141. En la ciudad lo conocían como “el Mudo Miguelino”.

142. Lo aguijoneaba.

143. ¿Lo oyes?

144. Rapada, para evitar las pulgas.

145. Las zarigüeyas lo habían roído.

146. Mi padre.

147. Es decir, le gustaba molestar e importunar.

148. Es decir, de aguardiente.

149. Ver el que ha realizado mi hermana Sara Chávez.

150. Es decir, traviesa y pícara.

151. Es decir, los profanadores de tumbas antiguas en busca de huacos (objetos de cerámica) y objetos de oro y plata.

152. Algo así como la maldición de las momias. En realidad son vapores venenosos de las tumbas tanto tiempo selladas y que pueden afectar gravemente los pulmones de los exploradores imprudentes. No confundir “antimonia” con el metal “antimonio”.

153. La Primera Expedición Arqueológica a Celendín fue la del Dr. Julio C. Tello en 1937.

154. El recubrimiento con oro revela que serían parte del atuendo militar con los líderes.

155. El fue uno de los colaboradores más cercanos del Dr. Julio C. Tello.

156. Entre ellos guardaba la atención el enorme hueso fosilizado de la extremidad de un mastodonte, que era una variedad de elefante.

157. Cronología relativa de una cultura con relación a lo que le antecede, le sucede, o le es contemporáneo.

158. Una manera más exacta de cronomedición con Carbono 14 es posterior a 1950.

159. Preferimos no usar este término porque se limita al territorio del departamento de Cajamarca.

160. Cuando un aguaceral les echa a perder los planes, o la siembra, o la cosecha, los estancieros de Celendín solían decir: “¡Por culpa del indio Catequil!” Esta simple interjección nos lleva a suponer que el nombre de la deidad antes de los Incas se llamaba así en esta región.

161. Vea el capítulo, “Vallecito de Llanguat”.

162. Expresión quechua que se traduce “cara sucia”.

163. La palabra “gallinazo” proviene del nombre de Gall (Franz Joseph Gall), el padre de la frenología que estudiaba la inteligencia a partir de la configuración del cráneo (si quieres lo crees, si no no). Esta nota es sólo para ti.

164. O de Celendín.

165. ¡Claro! ¡Por supuesto!

166. Barrio al norte de la ciudad de Celendín, poblado mayormente por gente vinculada con los trabajos agrícolas en el valle de Llanguat.

167. O gallinazo.

168. Pedacitos de vajilla de loza y porcelana con que juegan los niños pequeños dándoles valor de intercambio, de moneda.

169. El texto final empastado fue entregado el 18 de julio del 2013, y para ello viajaron desde La Paz, Bolivia, mi esposa Amanda y mi hija Lili Ester.

170. Expresión shilica que significa “escarmentar”. Quizás tenga alguna relación con el guano de las islas, que a la larga le trajo al Perú más calamidades que prosperidad.

171. Expresión de la cara anticipando el llanto.

172. Entresacado de la antología poética, *Los titanes de la poesía universal*, publicada por la Librería Editorial "Juventud", La Paz, Bolivia, 1983.

173. De quien trata la obra de Einar Pereira, *Celendín: Tablero de ajedrez*, Laser Producciones, Lima, 2004.

174. Más exactamente al emplazamiento del Reducto N° 2 que estaba comandado por Ramón Ribeyro. El Coronel Belisario Suárez estaba al mando del Reducto N° 5 en el actual barrio de La Calera, Surquillo. Aunque es probable que unos pocos hombres del Barallón "Celendín N° 1" hayan llegado a replegarse hasta allí.

De mi pluma,
con amor.

¡TA-DAA!

EL GRAN PBI

LA BIBLIOTECA INTELIGENTE EN EL GRAN PBI

—Instale su programa EL GRAN PBI en su computadora o en su teléfono móvil.
—Vea el Album de Fotos Siprallas en el volumen BIBLIOTECA INTELIGENTE.
—Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* y a sus Volúmenes Auxiliares.
—Acceda a los volúmenes sobre Ciencias Bíblicas en las Series de Antologías.
—Disfrute de 1.500 Historias Cortas llenas de humor en las Series de Antologías.
—Disfrute en especial el Volumen 15 de la Serie SHILICOLOGIA.
—Disfrute de los volúmenes traducidos en la Serie TRADUCCIONES.
—Acceda a las publicaciones del Centro de Estudios Bíblicos "Casiodoro de Reina" (CEBCAR) y de la California Biblical University of Peru (CBUP) en el volumen, ESTUDIOS UNIVERSITARIOS.
—Disfrute de EL GRAN PBI en su formato siempre ACTUALIZADO.

El programa informático ex–internet EL GRAN PBI (*Programa Biblioteca Inteligente*)
NO REQUIERE DEL INTERNET como la página web. Consulte a **cebcarcbup@gmail.com**

VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
Y DEL MUSEO DE LA BIBLIA DEL CEBCAR
Al pie, empastados en color azul, están los originales de la Biblia RVA
y de la *Biblia Decodificada*

¡Morituri te salutant!
Los que van a morir te saludan

EL GRAN PBI

Y

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, **cebcarcbup@gmail.com** - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651